
VOCES
DE CUNA
Y FUEGO
SILVIA P. MARTÍN

Voces de cuna y fuego

Silvia P. Martín

Voces de cuna y fuego

Corrección: Alba S. Santos Ochoa

Para Mari,
por todo lo que le has dado a Elania
y por todo lo que me das a mí.

«Todos merecemos tener a alguien que luche por nosotros».
Samirah, princesa de la familia de las Rosas.

TAMAN

TRISAR

CITRONIA

LUGUY

TEFALÉN

FERIS

DEHIA

Elania

PRÓLOGO

Un gemido brotó de su garganta al rozar la espalda por la pared de roca.

Ni siquiera sabía cuándo se había dormido. El tiempo se difuminaba allí. Una hora, diez minutos o un par de días parecían lo mismo. Vivir en una permanente semioscuridad tenía esos efectos, además de la desorientación y el letargo obligado.

Se miró el tobillo, sujeto por una cadena gruesa que despedía un tufo a óxido intenso, aunque puede que el olor viniera del ambiente. Cuando la empujaron a aquella gruta lo primero que percibió fue el olor a podredumbre y a los vapores propios de un lugar que llevaba mucho tiempo sin recibir aire exterior. Sintió que se ahogaba, pero se obligó a controlarse.

«El cuerpo es un organismo sabio y, como tal, sabe adaptarse», recordó que alguien le había dicho. Era incapaz de saber quién; los recuerdos eran una bola de pelusas enredadas y difusas en su cabeza.

Se sorprendió a sí misma al recordar la frase porque no solía prestar atención a esos datos. Sencillamente no le interesaban. Y ahora, allí, no pudo menos que comprobar que era verdad. Dadas las circunstancias, se había adaptado fenomenal. Sobre todo, si tenía en cuenta que no había muerto en los primeros siete días, como cinco de sus compañeras, ni a los quince, cuando cayeron diez más.

Había gritado y llorado, como todas. Pero mucho más cuando Yuter dejó de responder. Sabía que estaba muerta porque ella nunca callaba, ni siquiera allí. Aunque en su vida pasada había sido un poco egoísta, en la adversidad su buen corazón había prevalecido. Era ella la que enviaba palabras de ánimo, la que incluso se atrevía a intentar bromear o a hacer soñar al resto con el banquete que se darían al acabar esa pesadilla. Sentía que había conocido más a su amiga en la oscuridad que a plena luz, pues dudaba que antes hubiera sentido esa

punzada de dolor cuando vio cómo arrastraban su mancillado cuerpo por el suelo de aquella caverna mortal. Apenas un saco de piel pálida y amoratada con un ajado vestido que en su día costó una buena suma de monedas de oro.

Todas quedaron destrozadas porque Yuter merecía la pena. Todo lo contrario que Ámbar.

Ámbar, la alux que solo sabía hundirlas más en su agonía, aislada de las demás. Aunque todas estaban prisioneras y compartían ese nuevo complemento en el tobillo, Ámbar se negaba a mezclarse. La veía siempre silenciosa sin participar en las conversaciones susurradas si no era para soltar algo hiriente. La odiaba, y esa idea le hizo saber cuánto había cambiado todo. Para Ámbar, sin embargo, nada había cambiado, aún era una aristócrata y, como tal, seguía despreciando sin reparo a las alux de clase baja; sin ver que, allí abajo, todas eran iguales. Un *instrumento*.

Y, como para recordárselo, unas pisadas se oyeron en la galería. Todas miraron hacia la forma irregular de la entrada, un arco que solo les devolvía la imagen de un pasillo oscuro como la garganta de un gigante. Un par de ellos aparecieron por el arco de la galería. Las dos únicas antorchas de la cueva iluminaron sus siluetas fornidas y la inequívoca forma de los cuernos ondulantes. Todas se encogieron en sus sitios, como si eso pudiera hacerlas desaparecer ante su presencia.

Uno de ellos, el más alto, echó un vistazo a uno y otro lado. La oscuridad pareció no dejarle ver mucho, así que se acercó a coger una de las antorchas y las iluminó una por una. Sus ojos las observaban para decidir a quién elegir mientras todas rogaban en su interior que pasara a la siguiente.

Se paró frente a Ámbar y, antes de agacharse a quitarle el grillete del pie, ella ya gritaba con los ojos abiertos de pánico. Muchas no se molestaron en evitar el suspiro de alivio. El pelo rubio de Ámbar le tapó la cara mientras se retorcía e intentaba propinarle una patada al demonio. Era mejor no resistirse. O al menos eso había aprendido Lucy.

La reacción de la alux debió divertir al asys que, con una medio sonrisa en sus dientes afilados, la dejó libre para ver qué hacía. Como quien mira a un insecto molesto que choca contra un cristal antes de aplastarlo con la mano. Ella se incorporó rápida y sus pasos la llevaron hasta la entrada, aun viendo la otra silueta que la bloqueaba. El asys no tardó en darle una bofetada y la fuerza hizo que cayera al suelo

dándose un golpe brutal en la cabeza. Hubo un gemido general de terror.

El demonio que la había liberado se agachó junto a ella y le echó la cabeza hacia un lado. El fuego hizo brillar la sangre en el lateral. Los dos empezaron a discutir en una jerga extraña. Uno señalaba al otro y luego al cuerpo inmóvil en el suelo. Sus voces rebotaron sobre las rocas hasta cobrar intensidad. El más alto cogió del cuello al otro y este le propinó un par de puñetazos en el pecho. No tardaron en pelearse. Pero sus golpes no duraron mucho, una tercera figura apareció en el umbral y los dos pararon de súbito.

Lucy no sabía si los demonios podían sentir miedo, pero la expresión de sus rostros en ese momento debía de ser lo más parecido. Cuando el fuego iluminó la cara del recién llegado, lo comprendió. La cicatriz que le cruzaba el ojo derecho lo señalaba como el jefe, ese mismo que las había recibido en un curioso comité de bienvenida hacía ahora unas dos semanas.

Ella aún recordaba aquel día, cuando él había aparecido con sus cuernos negros y la banda de minúsculos huesos que le cruzaba el pecho para pronunciar un discurso estremecedor.

«Bienvenidas, alux. —Lucy se sorprendió de que hablara su lengua con tanta fluidez—. Os explicaré unas sencillas reglas para que no haya problemas. Que quede claro: todas vais a morir. Da igual lo que hagáis. —Paseó frente a ellas con los brazos a la espalda, como quien enumera la lista de ingredientes de una receta—. Podéis gritar hasta desgarraros la garganta, a lo que os invito con gusto para evitarnos el incordio de oíros; podéis intentar escapar, pero recordad que tenéis cientos de pasillos sin salida. Acabaréis devoradas por las ratas en el mejor de los casos. Por supuesto, también podéis mostrar resistencia, así tendremos la excusa para moleros a golpes, lo que hará vuestra tarea mucho más dolorosa si cabe. Vosotras elegís».

Algunas habían gritado. Otras habían llorado. Lucy se había quedado paralizada, dándole vueltas a dos palabras que se repetían una y otra vez en su cabeza.

«Vuestra tarea, vuestra tarea, vuestra tarea».

¿Qué podían hacer ellas para ayudar a esas alimañas? La respuesta no tardó en llegar.

Tras su secuestro en Trisar, con el llanto aún lamiendo sus mejillas, habían caminado durante días, metiéndose en las entrañas del bosque. Iban en fila, escoltadas a los lados por demonios que

permanecían impasibles como estatuas. Por aquel entonces, Lucy ya había pasado la fase de llorar y estaba más en la de autocompasión.

«Qué estúpida he sido».

Tiempo atrás se había paseado por El Brillante como si aquella amenaza no fuera real y no la afectara. Pero allí estaba. Debería haber hecho caso a la expresión seria de su hermana para entender la gravedad de lo que se les venía encima, debería haber hecho caso a su padre y quedarse en el castillo. Sí, debería haber actuado de forma diferente, pero ya era tarde.

Aquella noche fatídica, cuando bajó al refugio del Jardín de las Rosas y no vio a Ámbar junto al resto de aristócratas, se preocupó. Aprovechó el tumulto a la entrada del refugio para escabullirse con Yuter e ir a buscar a su amiga a su residencia en uno de los robles más maravillosos del valle. Ámbar las había recibido con una mueca para decirles con los brazos cruzados que se negaba a mezclarse con el resto de clases en el mismo espacio cerrado.

Ahora, poco tiempo después, entendía que su relación nunca había sido de amistad, sino más de conveniencia por ambas partes. Mirah tenía razón. Lucy buscaba la aceptación del grupo social de Ámbar, y ella, por su parte, ganaba posiciones al codearse con una de las princesas. Y había sabido exactamente en cuál centrarse. Mirah jamás habría aceptado una compañía envenenada como la suya, la había calado desde el principio. Pero Lucy no. No hasta ahora.

Desde el momento de su secuestro, cuando más de trescientas alux caminaban silenciosas entre los árboles del bosque de Trisar, Ámbar se había negado a hablarle más de lo necesario. Despojada de sus alas, Lucy solo podía verla como una chica reducida a su propio egoísmo, mientras en el camino algunas compañeras caían de cansancio y los asys las obligaban a levantarse con un tirón brusco de las manos atadas.

Aunque la comitiva era numerosa, no se cruzaron con nadie. Avanzaron por el bosque junto a los Acantilados del Este, lugar despoblado casi en su totalidad, a excepción de los blemios. Pero ninguno apareció o se atrevió a aparecer en ese periodo, y sus pies se dedicaron a seguir el camino de forma mecánica. Lo que los demonios parecían no advertir era la estela de podredumbre que dejaban a su paso. Toda la vegetación moría con su contacto, y las flores y la hierba se mezclaban para crear una alfombra negra que las conducía a un destino poco halagüeño.

El acantilado apareció ante sus ojos como un abismo de roca insalvable. Cuando vio detenerse a sus captores cerca del filo, sintió un estremecimiento. ¿Iban a bajar por allí? Era una auténtica locura, nadie sobreviviría. Poco después, comprobó que no eran tan estúpidos como pensaba.

Había un agujero en un lateral del terreno, oculto completamente por unas rocas. Un camino secreto por el interior del acantilado que descendía y descendía hasta la misma orilla del mar. Magistral. Una pequeña parte de su cabeza se preguntó cuánto tiempo llevaban vagando por Elania sin que nadie lo supiera.

El descenso fue agotador. Los asys tiraban de sus ataduras con prisa, acostumbrados a terrenos abruptos, pero ellas eran alux; las raras veces que utilizaban los pies siempre iban enfundados en sandalias sobre hierba mullida. La roca cortante no tuvo perdón y llenó sus piernas de arañazos rojizos. Si alguna tenía la mala suerte de tropezar, además se llevaba de regalo una rodilla descamada o un nuevo moratón.

Lucy lo llevaba bien. Era joven y ágil, pero las alux más mayores tenían que pararse a menudo, algo imposible dada la inclinación del terreno. Los asys las empujaban por la espalda, sin ningún reparo en rozar las dos heridas abiertas donde antes estuvieron sus alas. La infección de esas heridas haría que muchas murieran poco después.

Una vez completado el descenso, cinco barcos de velas negras los esperaban para partir únicamente iluminados por una luna blanca. Lucy alcanzó a ver un extraño emblema en una de las velas, pero fue incapaz de determinar su procedencia. Las obligaron a embarcar y las metieron apretujadas en las bodegas, en la oscuridad, donde ni siquiera tenían espacio más que para estar de pie o encogidas en el suelo.

Durante los diez días de viaje sobre el amplio mar de Ilis, se turnaron para tumbarse en cortos periodos de tiempo, subsistiendo con apenas unos trozos de un pan negruzco que no sabía a nada y unos buches de agua estancada de unos barriles polvorientos. Navegaban de noche y, al amanecer, los asys se unían a ellas para huir de la luz del sol. Los demonios descansaban por turnos y los que se quedaban en vela permanecían con los ojos negros fijos en ellas desde su lado de la bodega. Lucy apartaba la vista y la centraba en algún punto en el suelo cuando eso sucedía. Fue un viaje eterno.

El balanceo constante hizo que muchas vomitaran. Un aroma

enranciado impregnaba el ambiente de podredumbre y desesperación. Utilizaban los barriles vacíos para hacer sus necesidades y ellos los vertían al mar cada noche, pero todas se orinaron encima más de una vez. Algunas lloraron mientras el líquido se le escapaba entre las piernas y sentían que perdían todo rastro de dignidad. Pero, no, lo peor estaba por venir.

Poco antes del amanecer del día número diez, el olor rancio y fuerte de sus excreciones había extinguido cualquier olor a mar aun navegando sobre él. El barco se detuvo y encalló con un golpe seco en tierra. Lucy se dejó guiar y bajó mareada hasta caer en un terreno distinto de cualquier cosa que hubiera conocido. Las sandalias se le llenaron de arena y se encontraron ante un lugar desértico salpicado de inmensas piedras. No pudo evitar compararlo con su hogar, tan lleno de vida y verde en cada rincón. Aquel paraje inhóspito no tenía nada de color, y mucho menos señales de vida.

Y, tras atravesar un segundo mar de arena, llegó la última parte de su viaje. Ni siquiera fue capaz de ver la entrada a la cueva hasta que estuvieron casi allí, apenas una línea oscura entre un par de inmensas piedras que se fundían entre sí.

Pensó que seguirían en horizontal, pero al cruzar el umbral se sorprendió al encontrar una escalera. Unos escalones esculpidos en la misma piedra en una galería asfixiante que las hizo bajar y bajar hasta perder la noción del tiempo.

«Llevan mucho preparando esto».

Corroboró ese pensamiento al pisar al fin terreno plano y recorrer más de una legua de galerías subterráneas y laberínticas iluminadas solo por antorchas. Caminó casi apoyada en la alux de delante, desorientada y muerta de sed con los labios tirantes y resecos. Para cuando llegaron y les soltaron las manos, estaban tan cansadas que ninguna tenía ganas de escapar. Fue entonces cuando apareció él, el demonio de la cicatriz. Era diferente al resto. Más alto, más fuerte y de piel más oscura. Una simple mirada de sus ojos negros despertaba el temblor no solo de ellas, sino también de sus congéneres. Todos lo temían allí abajo, y ellas no iban a ser lo bastante idiotas como para no seguir su ejemplo.

Ese día las dejaron descansar tras una comida irrisoria aderezada con un poco de agua infestada de bichos. En otra ocasión y en otras circunstancias, Lucy hubiera soltado un comentario mordaz seguido de una mueca de asco, pero lamió hasta la última gota de agua como

si fuera la más gloriosa de las bebidas. Todas lo hicieron. Incluso Ámbar.

Volvió a la realidad. Al ver a su antigua amiga allí tirada, con la herida de la cabeza supurando sangre, Lucy se preguntó si Ámbar volvería a beber alguna vez. El demonio de la cicatriz se acercó mucho a los otros asys, aunque Lucy no entendía ese idioma suyo, su tono le erizó la piel.

Después, el líder se acercó a la alux del suelo y le puso una mano en el pecho. Asintió de forma imperceptible. Estaba viva. Aunque Lucy casi prefería que hubiera muerto. Sabía lo que venía ahora, todas lo sabían.

El segundo día de su llegada, después de que las separaran en varias zonas y cuando los ojos de Lucy se habían rendido al fin a un sueño incómodo sobre el suelo de piedra, los gritos la sobresaltaron. Se llevaron a diez, y ella no estuvo entre las escogidas. Las restantes se miraron incómodas con los ojos abiertos, sin entender qué ocurría.

«Vuestra tarea, vuestra tarea, vuestra tarea».

Los gritos llegaron después. Un sinfín de gritos que chocaron entre las paredes como una canción de dolor. Ella se tapó los oídos e intentó desvanecer el aluvión de torturas que se le ocurrían.

No todas las alux volvieron, y a las que faltaron nunca las volvieron a ver. Las compañeras que regresaron lo hicieron a duras penas. A más de una la tuvo que traer en brazos alguna de esas bestias para dejarla en el suelo. Desmadejadas como muñecas rotas, respiraban con dificultad mientras hilos rojizos humedecían el interior de sus piernas.

Hubo muchas lágrimas aquel día. De pena, de horror, de desesperación. El ultraje no había sido solo físico, sino también mental. Para las afectadas y para las demás, que ahora, por desgracia, conocían cuál era su destino en aquella maldita prisión.

«Vuestra tarea, vuestra tarea, vuestra tarea».

Los días habían pasado, lento y rápido a la vez. En una rutina constante entre el terror, el alivio y los gritos. Por el momento, Lucy se había salvado de ser forzada, pero en su galería ya quedaban pocas y era cuestión de tiempo que fuera una de las elegidas. No sabía a dónde se llevaban al resto de alux una vez mancilladas, pero, tras un par de días allí reponiéndose de su trauma, siempre aparecía de nuevo uno de ellos para llevárselas. Esas veces no había gritos. Quizá las trasladaban a otro lugar.

Podría haber tomado la actitud de Ámbar y entregarse a lo irremediable, o podría haber sido como Yuter e intentar suavizar la situación. Pero, no, Lucy era una descendiente de la familia de las Rosas y quería sobrevivir. *Tenía* que sobrevivir. Si se había visto obligada a madurar de golpe y a pasar de pensar en los vestidos a los planes de escape, que así fuera. Tenía un plan.

Miró de reojo la lasca que escondía tras la espalda, una pequeña roca alargada que había estado afilando sin descanso desde la misma noche que vio las intenciones de los asys. Cuando pasaba un día más sin elegirla, ella afianzaba su determinación en afilarla contra la pared, aunque se destrozara las manos. Algunas alux la miraban con curiosidad, pero ninguna dijo nada al respecto.

No era estúpida como para pensar que una simple lasca heriría a alguno de gravedad, pero sí podría conseguir su objetivo: la distracción.

Su mente volvió de nuevo al presente. Era difícil mantener en orden los pensamientos cuando todos los días eran tan terriblemente iguales. Contemplaba el cuerpo lacio de Ámbar en los brazos del demonio, pensando en cómo contrastaba la piel clara de ella con la color ceniza de él, cuando sintió que alguien se colocaba junto a ella. El terror la obligó a fruncir los labios al ver los ojos negros de Ersebek y la piel arrugada de su cicatriz tan cerca.

«No, no —rogó para sí—. Un par de noches más».

Ojalá hubiera tenido la habilidad de su padre, aquello habría facilitado mucho las cosas. Aunque quizá saber lo que pensaba tampoco le hubiera servido de mucho más que para aumentar su miedo. El líder se agachó y de un tirón arrancó el grillete de la pared para liberarla. Pasó los dedos por su brazo en una caricia extraña. Fue un instante fugaz. Sus ojos negros se posaron en el brazalete de su muñeca y luego en ella. La estudió un momento y la obligó a levantarse.

—Tú también vienes.

Tragó saliva, pero no se resistió. Aún veía la mancha de sangre fresca que Ámbar había dejado cerca de la entrada, no le apetecía que la suya quedara esparcida también sobre la de ella. Estaba sentenciada.

El líder se adelantó y el otro asys cerró la marcha tras ella. Al entrar en el pasillo más oscurecido, y aunque las piernas le temblaban, aprovechó para pasarse la lasca que había escondido en la mano

izquierda a la derecha y se la metió en el escote del vestido. Rogó porque su hermana, si es que estaba viva, le infundiera fuerzas.

1

El pasillo que había recorrido un millar de veces le resultó eterno.

Podría haber usado las alas, pero ni siquiera ahora se sentía cómoda con ellas y quería convencerse a sí misma de que su cojera no se notaba demasiado. El doctor Remín le había asegurado que, con el tiempo, sería apenas imperceptible para el resto. Poco le importaba lo que pensaran los demás, era ella misma la que quería sentirse en plenas facultades.

Aceleró el paso y se desvió para no cruzar por la Sala de las Cuatro. Aunque no había puesto un pie allí desde hacía ahora un mes, la cabeza se le llenó de imágenes: una mezcolanza de cuerpos, sangre y olor a desgracia. Los pocos que habían sobrevivido y habían realizado la titánica labor de limpiar los cientos de cadáveres de la estancia siempre comentaban lo mismo.

«Majestad —había dicho uno de los soldados—, el olor permanecerá, ha impregnado las juntas de piedra y siempre quedará un rastro».

Mirah no lo dudaba. Había muchas cosas de ese fatídico amanecer que perdurarían y otras que habían desaparecido para siempre. Recordó cómo se le humedecieron los ojos al recorrer las calles y ver las montañas de muertos, casi todos masculinos. Ancianos, hombres y adolescentes que habían perecido de una forma terrible porque en el único refugio del castillo ya no había espacio para nadie más.

Ella siempre había odiado la separación entre clases, pero nunca tanto como en aquel instante. Para su desgracia, la mayoría de la aristocracia se había salvado. Las posiciones y el dinero por una vez tuvieron mucho más peso sobre sus vidas de lo que pensaban y, aunque los asys casi asolan el refugio, muchos sobrevivieron.

Los alux de clase humilde y los spirits se habían tenido que pelear por un hueco en el espacio que quedaba. Entre los golpes de las peleas

para una selección por una supervivencia inesperada, alguno acabó asfixiado y pisoteado por la multitud. Nadie atendía a razones cuando se jugaba la propia vida y, lo que es peor, la de sus seres queridos.

Aterrorizados, los soldados que custodiaban la entrada al refugio del Jardín de las Rosas habían tenido el sentido común de dejar entrar a casi todos los niños. Y para qué. Ahora Trisar era el reino de los aristócratas y de los niños huérfanos. Muy pocos habían tenido la suerte de conservar a sus padres, y Mirah tuvo que controlar que no escaparan por las calles a buscar una cara conocida entre las montañas de cuerpos cubiertos por las primeras moscas carroñeras.

Deshecho el caos, fue evidente que no disponían de medios ni de manos para enterrar tantos cadáveres. La labor requeriría semanas y un tiempo que no tenían, por lo que, en su nueva condición de reina, ordenó algo impensable en la raza alux: la incineración. Miles ordenó a sus soldados que controlaran a los supervivientes cuando diera la noticia. Quizá esperaba un aluvión de blasfemias y una revuelta, pero permanecieron callados y en silencio. Por mucho que fuera en contra de todas sus costumbres, era la mejor opción antes de que los cuerpos se descompusieran al aire libre y Trisar se convirtiera en un nido de putrefacción y enfermedades.

Pocos asistieron a la cremación. El fuego los convirtió en cenizas en una zona despejada al final del bosque. Mirah contempló las llamas rojizas con Fury a un lado y Daval al otro, mientras sentía que contradecía todos los principios de los ancestros de su raza. Los alux siempre habían enterrado a sus muertos en el bosque, tapados por una tela verde antes de verter la tierra sobre el difunto. Sus espíritus quedarían así siempre ligados al mundo natural y cerca de los suyos. Pero ella les había impedido eso y los espíritus abandonaron la tierra en forma de humo hacia el cielo, con un destino incierto, despojados de un final acorde a su raza.

«¿Acaso podría haber hecho otra cosa?»

Torció por un pasillo, perdida en sus pensamientos, y la pierna recién recuperada le hizo trastabillar. No, no todas sus decisiones habían sido recibidas con ese mutismo por parte de los supervivientes.

Cuando descendió con sus recién desplegadas alas negras y entró en el refugio tras la masacre, todos enmudecieron, pero ella no se encogió ante sus miradas. Algo se había roto en su alma aquel día. Sí, puede que los demonios no se hubieran llevado la llave del agua, pero, aun así, Mirah sentía que habían fracasado.

Una de las primeras decisiones que tomó fue repartir tareas. Ser reina regente en un reino destrozado no era tarea fácil, pero no se había dejado manejar por esa panda de inútiles que durante años solo habían sabido pasearse por palacio con sus copas de vino en la mano. Muchos soldados habían perdido sus vidas en aquella batalla por salvarles el acomodado trasero, y era hora de que ellos aportaran algo a la nueva y destrozada comunidad.

Toda la aristocracia tuvo tareas que hacer por una vez en su vida y, aunque sabía que por lo bajo todos la maldecían y le enviaban miradas encendidas, nadie se atrevió a desobedecerla. Mejor. No le apetecía tener que imponerse con algún gesto de espada. Puede que hubiera heredado algo del carisma autoritario de su padre, pero ese tono frío e implacable para dar órdenes era nuevo hasta para ella.

Dio a elegir entre tres tareas básicas: limpieza y reconstrucción, cuidado de los huérfanos y formación militar. Muchos fueron los varone que optaron por la formación militar de la mano de Miles y Rowel, pero Mirah se alegró al encontrar también algunas spirits y alux interesadas en saber manejar una espada. Los tiempos cambiaban, qué pena que hubiera sido cuando habían sentido el peligro tan de cerca.

Tras un rastreo de dos semanas, las tropas de Rowel en el sur habían informado de que no había ni rastro de los asys desde el ataque. Algo en ella ya lo sabía antes de que llegaran los mensajeros porque las voces ya no la acosaban. Bueno, al menos no despierta. Todas las noches tenía pesadillas. Y ahora que los asys habían desaparecido de su entorno, Trisar tenía un tiempo precioso para recomponerse antes del próximo asalto, porque lo habría, no tenía dudas. Y, cuando lo hicieran, no tendrían tanta suerte.

Las armas de Perenite eran su única posibilidad de sobrevivir, pero los mensajes de su padre, y después de sí misma, solo habían encontrado un silencio mudo por respuesta. La reina de Taman los había abandonado a su suerte y la odiaba por ello. Cada vez que pensaba en Perenite solo tenía ganas de acuchillar lo que se pusiera a su paso.

Con los puños apretados, ni siquiera se dio cuenta de que había llegado a la puerta de la habitación real hasta que estuvo frente a ella. El arco labrado y esculpido en mármol dibujaba las mismas formas trenzadas de hojas que la nueva corona plateada que ella portaba sobre la melena oscura. Tomen la había instado a ponérsela,

rescatándola de aquel baúl donde su padre la reservaba para su futura coronación dentro de miles de años. Lástima que las circunstancias hubieran obligado a sacarla de su lugar tan pronto para reclamarla como regente. Suspiró y llamó a la puerta con delicadeza.

Los ojos del viejo Tomen la recibieron con una sonrisa antes incluso que su boca.

—Mi reina, adelante —dijo, haciéndose a un lado.

Ella le dedicó una inclinación de cabeza incómoda. Aún no se había acostumbrado a que se dirigieran a ella con semejante rango, y mucho menos alguien como Tomen, sobre cuyas rodillas había oído cientos de historias cuando no era más que una mocosa deslenguada.

La habitación del rey Edur era imponente. Un espacio abierto con alfombras mullidas sobre las que se asentaban muebles de roble. Junto a la puerta, una fuente pequeña relajaba el ambiente con las salpicaduras de los tres chorros que nacían en el seno del muro. En el centro destacaba la amplia cama de doseles azules, tras cuyas telas transparentes Mirah advirtió la figura del doctor Remín.

Mientras esperaba a que acabara, la alux observó las flores, sobre todo orquídeas, que crecían en la pared, abriéndose paso entre los huecos de las piedras, contrastando sus vivos colores con el aspecto austero del resto de la habitación. Se sintió un poco como ellas, apenas una planta que intentaba aferrarse a la vida entre la muerte de las últimas semanas.

Remín apartó la tela y salió con una bandeja llena de tarros y varios instrumentos. Ella reconoció todos de inmediato, pero le llamó la atención el olor intenso de las hierbas que reposaban en un recipiente redondo. Abrió los ojos y se acercó con rapidez hasta el lecho de su padre para descorrer la cortina.

—¿Papá? —murmuró, sentándose junto a él.

El rey Edur no respondió. Continuó inmóvil, igual que todos los días cuando iba a visitarlo desde hacía un mes. Lo estudió con atención. Ni siquiera un temblor en los párpados o un movimiento en los dedos. Nada. Su cuerpo, prisionero de aquella cama desde el ataque en una especie de coma cerebral, seguía sereno. La decepción la asoló.

Los cuidados de Remín y de sí misma, proclamada con humor por el doctor como «la primera reina enfermera», habían surtido efecto. Las heridas superficiales ya habían cicatrizado hacía tiempo, así como las dos terribles laceraciones en su espalda donde antes estaban sus

alas, pero el problema eran las lesiones internas, sobre todo, el traumatismo craneal. Remín la había tranquilizado para decirle que, cuanto más tiempo estuviera inconsciente, mejor, y le daba la razón, no se imaginaba a su padre sometido a una inactividad consciente con su reino reducido a pedazos.

—¿Le estás dando a oler tallos de resinera? —preguntó con brusquedad—. Solo se utiliza para los dolores de cabeza. Yo pensaba que él…

El doctor le puso una mano en el brazo para callarla.

—No, majestad, su padre aún no ha despertado —dijo, completando sus pensamientos—, y usted no lo sabe todo. La resinera también se utiliza para estimular el cerebro. —Se pasó la mano por uno de los lados de su frondosa barba blanca—. Durante la noche, el rey ha dado las primeras muestras de estímulos nerviosos. Yo solo le ayudo a aligerar el proceso y que dentro de poco le pueda echar a usted una buena reprimenda por pasarse aquí la mayoría del tiempo. ¿Acaso no confía en mí?

—Claro que sí, Remín. —Sus ojos se abrieron—. Entonces, eso es buena señal, ¿verdad?

—Lo es. Si seguimos con el tratamiento, despertará.

Lo abrazó con tanto ímpetu que la bandeja se le cayó de las manos, y con ella todo su contenido. Tomen le sonrió desde un lado y recogió los objetos desperdigados por el suelo con una orden de su cabeza. Estos flotaron en el aire un instante hasta ser depositados en la mesa más cercana.

Quería correr, saltar y hacer un par de fintas con su espada. Una *buena* noticia. Casi se había olvidado de lo que se sentía. Todo le pareció un poco menos complicado ante la perspectiva de abrazar a su padre recuperado. Sí, con él en marcha seguro que podrían hacer frente a lo que viniera, y esta vez no los pillarían por sorpresa. ¿Tendrían por fin esa conversación pendiente? ¿Esa que ella temía y deseaba a partes iguales?

El impacto de las últimas palabras de Edur antes de su caída en la inconsciencia había sido incluso mayor que la noticia de la muerte de su madre, que alguien encontró en uno de los pasillos del castillo con su bolsa de joyas favoritas tirada por el suelo. Parece que su obstinación la llevó a retrasarse en ir al refugio para salvar un puñado de alhajas. Tenía el cuello roto, por lo que debió de encontrarse con un asys, o quizá solo se cayó por las escaleras, víctima del destino.

Nunca se sabría.

Lloró las primeras noches, pero siempre lo hizo en la intimidad de su alcoba, fuera de miradas ajenas. Al fin y al cabo, esa hembra alux la había criado, pero no iba a llorar por la memoria de alguien que la había despreciado tan abiertamente delante de todos. Que la tacharan de desagradecida o mala hija si querían. ¿La habría llorado Emerit a ella? No, jamás. Y tampoco podía reprochárselo, porque nunca fue su verdadera hija.

Si había alguien por quien Mirah lloraba todas las noches era por Lucy.

Su querida hermana pequeña… No había día que no pensara en ella. Y por las noches, entre las pesadillas y las imágenes horribles que su mente creaba, amanecía con la piel tirante de las lágrimas. La incertidumbre de si estaba o no muerta la destrozaba. Se había tenido que controlar mucho para no ir en su busca. Incluso una de las primeras noches llegó hasta la linde con el bosque de Tefalén enfundada en su capa negra y se detuvo jadeante sobre un tocón. ¿Hacia dónde iba a ir?

Lloró al sentir el corazón dividido. ¿Iba a dejar lo que quedaba de su pueblo por ir a buscar a Lucy sin saber siquiera a dónde? Era absurdo. Y, aun así, no podía dejar de pensar en que la había abandonado a su suerte, al igual que a todas las alux secuestradas. Pero Fury, que siempre se esforzaba en que mantuviera la cabeza fría, la sacó de su error, no podía dejar el reino ahora. Por ello, se había asegurado de dejar el tema de la búsqueda de las alux en otras manos para poder centrarse en lo demás, al menos por el momento.

Con el corazón acelerado de alegría ante la posibilidad de que su padre despertara pronto, se despidió con rapidez de Remín, y Tomen la acompañó fuera. El viejo spirit chocó de bruces con Fury.

—Pero, muchacho, qué susto me has dado.

Fury se pasó una mano por el pelo.

—Disculpa, Tomen. Estoy un poco patoso últimamente.

—¿Solo últimamente? —dijo Mirah y lo miró para dedicarle una sonrisa. Él ladeó la cabeza al ver esa sonrisa sincera, quizás la menos forzada que le había visto en las últimas semanas, y frunció el ceño, expectante.

Tras quedar con Tomen después de la cena para la reunión del día, lo vio marcharse con una alegría un poco más contenida que ella. Aquel mes había sido una eterna condena también para el viejo spirit,

que, aparte de miembro del consejo íntimo de su padre, era uno de sus mejores amigos. En esos tiempos de caos, también había estado junto a ella, guiándola en todos los asuntos para levantar el reino, y no podía estar más agradecida. El trono le quedaba grande por más que quisiera llevar todo con cabeza, pero ella no era su padre, por lo que, cuanto antes lo tuvieran en plenas facultades, antes dejaría atrás ese peso abismal que se cernía sobre sus hombros.

Los pasos del viejo spirit se perdieron por el pasillo y Mirah se acercó a Fury para abrazarlo. El repentino gesto hizo que él se quedara descolocado por un instante. Lo notó contener la respiración con un jadeo antes de rodearla también con los brazos. Inspiró su aroma a metal, flores y cuero. En aquel pecho de puro músculo, era como arrimarse a una estatua de piel caliente.

—¿Buenas noticias? —susurró él contra su oído y el aliento le acarició la mejilla.

—Se está recuperando. En poco tiempo despertará.

Se sintió protegida entre aquellos brazos de spirit fortachón. Él sabía todo lo que había sufrido porque apenas se había despegado de su lado en todo ese tiempo. Por supuesto, ahora que era reina, esos gestos tan estrechos debían de enfurecer a la aristocracia, pero ella ya les había procurado entretenimiento suficiente para que no se centraran en estupideces de clases. Aunque fuera reina, no pensaba cambiar el modo de tratarse, ella y Fury eran los mismos.

—Estupendo. Es una gran noticia. —Él la cogió por los hombros para separarse y mirarla—. Venía a avisarte y, como no estabas en tu cuarto, supuse que te encontraría aquí. Es la hora de la lección de lectura de Quera.

—¿Y?

—Palabras textuales: «La señorita princesa Mirah es mucho más divertida». —Fury suspiró y meneó la cabeza—. Dice que no piensa volver a pronunciar ni una letra hasta que la enseñes tú. Ya le he dicho que ahora eres reina y estás ocupada, pero dice que yo solo soy un spirit grande y gruñón que ni siquiera le habla de peleas sangrientas con blemios olorosos.

Mirah soltó una carcajada y Fury levantó una ceja.

—¿Cómo se te ocurre contarle esas historias a una niña? —Su tono sonó casi paternal—. ¿Algo que decir en tu defensa, majestad?

—Que tiene toda la razón. No sé si cada vez eres más grande o más gruñón, la verdad. —Hizo un mohín y se encogió de hombros—.

De acuerdo, yo le daré la lección. ¿Dónde está?

—Rowel y Daval iban a hacer prácticas de espada así que supongo que… —Fury se cortó un instante y pestañeó. Su mirada verde se hizo más intensa—. En el Jardín de las Azucenas. —Ella torció la cabeza ante su repentino tono seco, luego resopló.

—Confirmado. Más gruñón —dijo. Él no hizo ningún gesto—. ¿Vienes?

La expresión del spirit se contrajo por un momento y su mirada se aclaró.

—En un rato. —Pareció que se había tragado una bola de púas.

—Pues te veo luego.

Él la cogió del hombro antes de que se marchara. Notó cierta desesperación en su mirada y una chispa de algo más que no lograba identificar.

—Nada de practicar con la espada —dijo él volviendo a ese tono sobreprotector de siempre que le era más familiar—. La pierna aún…

Ella le hizo un gesto con la mano para que se callara y enfiló el pasillo. Desde el ataque, el spirit cada vez estaba más raro. Aunque tampoco podía reprochárselo, después de todo lo que habían visto, de la muerte, los gritos y la impotencia…, lo extraño hubiera sido seguir con la cordura intacta. Se trenzó el pelo mientras andaba a paso rápido. Pronto Edur despertaría. Esta vez, al caminar, la cojera le pareció insignificante, como si una carga muy pesada hubiera liberado uno de sus agarres.

2

—No, no, la coges muy abajo, niña.

Rowel se colocó tras la pequeña para rectificar la postura de su mano en la empuñadura. Ella recolocó los dedos con paciencia en el mango de madera. Después, el hombre le alzó la barbilla con una mano y le enderezó la espalda.

—Así es. Una postura casi perfecta.

—¿Y cuándo puedo empezar a cortar piernas, señor Rowel?

El comentario salvaje con esa vocecilla de caramelo hizo que Daval esbozara una sonrisa. Observaba a aquel par desde un lateral mientras se limpiaba el sudor con un paño. Sentía la camisa oscura húmeda y los mechones largos adheridos a la nuca por el esfuerzo. Se apoyó en la fuente del centro del jardín con los codos, el mismo jardín que le había impresionado tanto a su llegada a aquellas tierras y que ahora había quedado reducido a un puñado de esquejes muertos y ennegrecidos. En los muros de piedra aún se conservaban algunos restos de hollín, absorbidos por la roca que había quedado teñida fruto del incendio. El Jardín de las Azucenas ya solo tenía azucenas en su nombre. El paso de los asys había acabado con todo el abanico de color y lo había reducido al negro, al color de la oscuridad, al color de la muerte.

—Por ahora ocúpate de tus propias piernas, renacuaja. —dijo el humano, intentando mantenerse profesional en la lección—. Venga, pierna derecha delante, siempre pierna derecha delante.

Rowel caminó unos pasos para enseñarle el baile de la guerra a aquella spirit parlanchina. Las trenzas rubias de ella se movieron sobre sus hombros al imitarle sin variar la expresión seria y concentrada que dominaba su rostro de piel perfecta.

—Estupendo, Quera —animó Rowel. Su corpachón compacto contrastaba con la figura espigada de ella, componiendo un dueto

bastante dispar aunque ciertamente entrañable.

Daval se aclaró la garganta y ahuecó las manos para dar un trago del agua de la fuente. Los callos de las manos respiraron aliviados ante el contacto del líquido fresco después de una dura práctica. Había recibido formación de lucha básica en la adolescencia, como cualquier hijo de noble tefalino, pero la vida posterior en las calles le había enseñado a manejar mejor los puños que las espadas. Se sentía mejor con armas pendencieras como un cuchillo que ocultar entre los pliegues de la capa que con una lustrosa espada con empuñadura de plata.

Acabó de confirmar sus faltas tras haber visto en acción a ese desagradable alux que lideraba al ejército alado y al propio Rowel que, aunque humano, se movía y manejaba las armas con una maestría de la que esperaba aprender algo. Aún seguía sin entender cómo el rey Edur lo había colocado con la daga arcóbriga, la única arma letal contra los asys, en la batalla.

Al menos no tenía que avergonzarse. No se había desenvuelto mal del todo a pesar de no ser un espadachín diestro y entrenado como los soldados. No, él era más de peleas a puños y a soplidos en un callejón de taberna. Y nunca le había ido mal, pero allí, cuando estuvo metido hasta las cejas en una verdadera batalla por sobrevivir, sintió sus faltas más grandes que nunca.

No era de extrañar que se hubiera tragado su orgullo y le hubiera pedido a Rowel que lo entrenase. Aunque también podría habérselo pedido a Miles.

«Ni muerto».

Una cosa era hacer un esfuerzo por convivir con los alux y otra mendigarles por su sabiduría. Meneó la cabeza. Las circunstancias lo habían llevado a vivir en Trisar una temporada, y eso no había hecho más que empeorar su visión de la raza alada. Al menos de la aristocracia, cuya mayoría había sido la afortunada en salvarse. Esos que se paseaban por ahí quejándose de sus nuevas tareas como si un corte en un dedo o las manos peladas de limpiar fueran la peor de las calamidades. Con gusto los mandaría a todos al mar con una corriente de aire. Aunque dejaría a la nueva reina sin reino que gobernar y sin nuevas cabezas para defenderlo.

Por mucho que le pesara, en su lucha iban a necesitar a toda la gente posible. Porque, sin duda, habría lucha. Los demonios se habían retirado, pero él no dudaba de que estaban creando un ejército mayor,

y no hacía falta ser muy listo para saber cómo.

Mirah se negaba a tratar el tema de su hermana, pero el destino que habían sufrido ella y las demás alux secuestradas para él estaba claro. Aunque cerrar los ojos a la realidad lo hiciera más fácil, Lucy, la princesa con esa cascada de pelo rubio que él había conocido, solo podía estar o preñada de un feto demoníaco o, en el mejor de los casos, muerta. Cualquiera de las dos opciones para Mirah era dar por perdida a su hermana, pero ¿cómo podía culparla? Él mismo había estado en una tesitura similar hasta que había aceptado lo innegable. Pensar en Tris le dolía. Le dolía tanto que dudaba que ese mordisco en el pecho fuera a desaparecer alguna vez. Aún recordaba su cuerpo frágil y polvoriento, el olor seco que desprendía la piel y la expresión de su rostro inerte. Ojalá hubieran tenido más tiempo. Ojalá no se hubiera largado de casa y… «No sigas por ahí». Cierto. Esa línea de pensamientos solo le haría más daño. Al menos Tris no estaría para ver la oscuridad que se aproximaba.

Aunque los asys no hubieran robado la llave, ¿cómo iban a apañárselas cuando regresaran? La reina de Taman ni se había dignado a contestar cuando estaban de mierda hasta el cuello. La supuesta buena relación entre los tres grandes reinos de Elania era pura fachada y había quedado demostrado. Una sola arma no fue suficiente antes y no iba a serlo una segunda vez.

Podría haber regresado a su rutina en Tefalén. Amenazar a desgraciados por un sueldo holgado hasta que esas bestias decidieran volver para arrasarlo todo y morir con las manos sobre las curvas de una mujer ardiente y una jarra fría esperando en la mesa.

«Así es, ese es mi Davy», habría dicho Morty.

Recordar a su amigo era como ver un pasado remoto y distinto. El antiguo Daval, ese que solo pensaba en sí mismo, habría actuado así. Pero ¿acaso ya no era ese Daval? ¿Por qué seguía en territorio alux?

«Por Tris».

Su hermana, la misma que se había sacrificado para hacerle comprender que aquello iba más allá de su propia vida, le había hecho reflexionar. No estaba en juego su presente, estaba en juego su futuro, el futuro de toda Elania. Se sentiría un capullo mezquino si se quedaba de brazos cruzados después de su sacrificio. No, le debía algo más a su memoria que una huida a la normalidad como si nada hubiera pasado.

Y luego estaba… *ella*. El otro *motivo*.

Un motivo con alas negras que se había lanzado al vacío para salvarlo.

—Estoy cansada de bailar, señor Rowel. ¿Podemos dar espadazos de una vez?

La queja de Quera lo hizo salir de sus pensamientos y se incorporó de la fuente para estirarse.

—Venga, humano, dale un poco de acción, que la cría se va a quedar dormida.

Rowel frunció los labios.

—Tú sí que me das ganas de dormir cada vez que intento que aprendas algo, silfo.

Daval hizo una mueca, pero no entró en su pulla.

—La pobre spirit no aprenderá nada si la tratas con tanta delicadeza. —Señaló la pieza entre las manos de la niña—. ¿Te da miedo que te lastime con una espada de madera? —Luego se agachó para coger la vieja espada con la que entrenaban los adultos, apenas una pieza mal afilada que, aunque no era de madera, estaba hecha para novatos y como mucho regalaba un arañón—. Vamos, Quera, ¿dos contra uno?

La niña no tardó en asentir con los ojos brillantes de excitación. Daval se colocó a su lado y adoptó la postura que Rowel se había empeñado en hacerle aprender y que ahora le salía de forma automática. Enderezó la espalda y se inclinó hacia adelante.

Rowel los miró a uno y a otro alternativamente. Suspiró y se acercó para coger su espada, una pieza también de entreno, pero mucho más alargada. Se dio un golpe con ella en la cota de cuero y dijo con voz divertida:

—Venga, venid a por mí, sabandijas.

Daval intercambió una mirada con Quera y fue ella la primera en avanzar con un gritito de guerra. Rowel se ladeó para esquivar su envite y giró la mano en un gesto fluido. Ambas espadas chocaron. Daval aprovechó para atacarle por el costado, pero él frenó su ataque con rapidez y lo repelió, obligándolo a trastabillar hacia atrás.

—¿Eso es todo lo que te he enseñado, silfo?

Se lanzó hacia él junto a Quera y el humano paró las dos estocadas con un golpe de muñeca. Una abajo y otra arriba. Se giró justo cuando la niña le lanzaba otra y la esquivó a la derecha al agacharse con asombrosa agilidad. Daval tomó aire, apretó el mango de la espada y avanzó para darle otro envite. La hoja casi le rozó el

hombro, pero Rowel retrocedió y lo paró con rapidez. Si no fuera por el brillo del sudor en la frente y la arruga sobre una ceja, Daval pensaría que ni le suponía esfuerzo. Los dos se quedaron allí, metal contra metal, en un pulso de resistencia. Entonces, Quera se acercó por detrás y le asestó un golpe al humano en el cogote. Él se quejó y empujó a Daval hacia atrás, pero Quera fue más rápida y ya le apuntaba con la punta de la espada al cuello.

—¡Está muerto, señor Rowel! —sentenció.

Él puso los ojos en blanco.

—¡Habéis hecho trampa! ¡No valen los golpes en la cabeza!

—Pero ¿no decías tú que en la pelea vale todo? —dijo Daval, levantando una ceja.

Quera le clavó un poco más la punta de madera en el cuello y señaló el suelo con la cabeza.

—Le recuerdo que tiene que morirse, señor Rowel.

Él resopló y levantó las manos en gesto de rendición, tiró la espada y se dejó caer en el suelo. Levantó una manaza para asir a la niña y tirarla sobre su pecho, y, al poco, ambos rodaron por la hierba entre risas. Los contempló con una mueca. Esos remansos de paz y de normalidad eran escasos en la rutina de las últimas semanas, por lo que se empapó los ojos con la calidez de la escena. No podía negar que era fácil rendirse a esa cría, quien, con la práctica y el tiempo adecuados, iba a ser una espadachina tan audaz como obstinada.

—¿Qué está pasando aquí?

Al ver que Mirah los observaba con los brazos cruzados desde la entrada al castillo, ahogó una sonrisa por lo terriblemente parecidas que eran ambas y se dedicó un instante privado en admirar sus formas bajo la tela del vestido gris perla que se ceñía en ciertos lugares de forma más perfecta de lo que le apetecía admitir. La reina alux alzó una mano para toquetearse la cabellera recogida con prisa en una trenza sobre su hombro. No la había oído llegar, pero Mirah sabía ser mucho más silenciosa que la mayoría de sus congéneres. Acabó su recorrido visual en la corona sobre su cabeza y, cuando notó que ella lo miraba, no apartó la vista y le dedicó un esbozo de sonrisa. El gesto pareció satisfacerla, después de ver cómo la mayoría la rehuía por algún motivo que le resultaba incomprensible.

—Majestad.

Al notar su presencia, Rowel no tardó en levantarse y colocarse erguido, casi en formación, antes de dirigirle una inclinación de

cabeza con las mejillas encendidas. Quera, por el contrario, se levantó para correr hasta ella y tirarle de la manga.

—¡Le he ganado al señor Rowel!

Mirah esbozó una sonrisa antes de cogerle una de las trenzas y hacerle cosquillas con el cabo en la nariz. Daval se acercó con expresión ofendida.

—¡Oye! ¿Cómo que *he* ganado? —se quejó—. ¡*Hemos* ganado!

—¿El señor Viento Durmiente no puede derrotar solo a sus adversarios? —Mirah rescató aquel mote que en su día le acuñara Fury y lo acompañó con una ceja levantada—. ¿Tiene que ayudarle una spirit que apenas le llega a la cintura?

Lo estaba picando. Y la sonrisa canalla de ella le removió las tripas. Mierda. ¿Por qué era tan jodidamente atractiva? Pero lo cierto era que, desde que la conocía, había visto aflorar pocas veces esa sonrisa. Entre sus nuevas obligaciones como reina, el estado de su padre, la desaparición de su hermana y pensar en cómo afrontar el siguiente paso, lo raro habría sido verla sonreír. Pero aquella mañana, al igual que el cielo claro, sus fantasmas interiores parecían haberse despejado. Estaba de buen humor y le gustaba la calidez que irradiaba.

—Quizá su majestad quiera darme alguna lección —sugirió, pasando un dedo por la base de la espada antes de mirarla. Ella torció la cabeza y él cambió el agarre para ofrecerle el mango—. O quizá tiene miedo de que la derrote.

Supo que había caído en su provocación por cómo sus ojos buscaron los suyos con intensidad. Al rozar sus dedos el mango, Daval sopló y la espada cayó al suelo con un tintineo metálico. Mirah entrecerró los ojos.

—¿Te crees muy listo? Está muy mal provocar a una luchadora lesionada —dijo, señalando su pierna por encima del vestido—. Pero estaría peor que pensaras que puedes ganarme. —Su tono avecinaba espectáculo, y Rowel y Quera no tardaron en colocarse a un lado mientras ella se agachaba a recoger la espada del suelo—. De acuerdo. Espero que hayas entrenado bien a este tipo, Rowel, porque se ha ganado una lección. —Daval se acercó para coger la espada de Rowel y se acercó a ella mientras se arremangaba las mangas—. Nada de trucos de silfo —le advirtió.

Él asintió con inocencia.

—Nada de alas de alux.

Ella asintió. Aunque se paseaba por allí cuando Rowel entrenaba a Daval, pocas veces participaba. Su pierna estaba ya casi perfecta a juzgar por la gracia con la que caminaba, pero sus nuevas labores como reina no le permitían ausentarse demasiado para practicar con ellos. La llama encendida de emoción que vio en sus ojos negros al acercarse le dijo que era una actividad que ella echaba de menos.

Quera animó a Mirah con una sarta de frases bastante poco adecuada para una renacuaja de su edad. Rowel intentó reprenderla, pero sin mucho ánimo; al humano en el fondo le divertía demasiado el carácter fresco y malhablado de la cría.

Daval y Mirah se colocaron uno reflejo del otro con la espalda erguida y en posición en guardia. Había visto lo suficiente como para saber que ella era implacable con la espada, por lo que debería ser más astuto para descolocarla. Se pasó la lengua por los labios, animado por la anticipación, y atacó con rapidez alargando el cuerpo para asaltar su flanco izquierdo. Ella se repuso de la sorpresa de un envite tan directo como para cortarle con un movimiento de muñeca. Su leve cojera no fue un impedimento para escabullirse hacia un lado y atacarle por la parte baja. Daval tuvo que agacharse para esquivarla antes de lanzarle otro estoque que ella paró. Y la alux tomó la delantera, lanzándole una cuchillada al hombro. Escapó por los pelos. Era rápida, por lo que provocarla era su mejor baza. Se alejó unos pasos para tomar aliento.

—¿El trono te ha restado habilidad, princesa?

Su sonrisa socarrona se borró rápidamente cuando ella corrió hacia él e hizo el amago de atacarle por la derecha. Le engañó y la hoja se desvió de su trayectoria para atacarle por la izquierda. Esquivó. Demasiado lento. Notó cómo la hoja le lamía la mejilla. Ella sonrió. Su cálculo era desquiciantemente perfecto. Había ejercido la suficiente fuerza y velocidad como para regalarle un arañazo sanguinolento, pero no para llegar a rebanarle la nariz.

—Tu lengua es más rápida que tu cuerpo —inquirió, altiva.

Quera gritaba de júbilo y Rowel se unió a sus gritos para sugerirle movimientos de contraataque. Daval bajó la voz para que solo ella lo escuchara.

—Princesa, no quieras comprobar esa afirmación. Hay niños delante.

El comentario consiguió justo lo que quería. Y, cuando vio cómo la sangre encendía las mejillas de la alux para desestabilizarla, sopló

con fuerza y la arrastró hacia atrás. Ella masculló por la sorpresa y se deslizó hasta que abrió las alas para ofrecer resistencia. Aunque no era la primera vez que las veían, sus espectadores se quedaron en silencio. Las dos enormes falanges negras la obedecieron con firmeza mientras afianzaba los pies en el suelo y después se agitaron para elevarla del suelo. Se acercó con tanta rapidez que él solo atinó a aferrarla del bajo del vestido antes de que tomara ventaja en el aire. De un tirón brusco, la dejó caer al suelo y rodó sobre ella. Forcejearon. Antes de que hiciera otro movimiento, le rodeó las caderas con los muslos de rodillas sobre ella y le puso la espada al cuello. Con la respiración agitada, ambos se miraron. La chispa de picardía y diversión en su rostro hizo que tuviera que contenerse por no acariciarlo. «¿Qué diantres te pasa, joder?», se reprendió.

—Has jugado sucio —susurró ella.

Daval desvió la vista a su boca antes de volver a sus ojos.

—Tú también.

—¿Y? Aun así, solo te veo herido a ti y no a mí. —Ella desvió la vista y aprovechó su instante de descuido para cogerle la mano y doblársela. Tan rápida como un jadeo, le robó el mango de la espada y rodó para quedar sobre él, apretándolo contra el suelo con sus muslos. Con las tornas invertidas, la nuez de Daval se movió peligrosamente cerca de la punta afilada de la espada que la alux apretaba contra su cuello. Era demasiado consciente de la calidez que le emanaba del cuerpo en contacto con el suyo. Su cabeza se encargó de dibujar un amplio abanico de imágenes de cómo podría haber terminado aquello si hubieran estado solos. El corazón le latía más rápido de lo que estaba dispuesto a admitir. No iba a pensar más en eso.

—Herido y muerto —concluyó Mirah, tan cerca de su rostro que notaba el aliento saliendo de su boca. Su pecho se agitaba arriba y abajo enfundado en la tela del vestido, ofreciéndole una visión perturbadora y deliciosa del escote que se esforzó en deslizar a una esquina de su mente, donde acumulaba las experiencias en las que prefería no pensar.

Los gritos de Quera los sacaron de esa crisálida invisible e íntima erguida sobre ellos.

—¡Chúpate esa, señor Viento Durmiente!

La spirit se acercó para sacarle la lengua y Daval entrecerró los ojos. Presentía que aquel estúpido mote duraría un buen periodo de tiempo. Ambos se levantaron y descubrió que en el jardín había un

nuevo espectador. Sin molestarse en disimular el ceño fruncido y con los brazos cruzados, Fury los observaba desde un lateral. Podría jurar que el spirit se estaba conteniendo para no borrarle la cara de un par de puñetazos, por el contrario, su corpachón se giró para enfrentar a Mirah.

—Eres una inconsciente. Tu pierna…

—Mi pierna está perfectamente, Fury —le dijo ella con un ademán despreocupado mientras se pasaba la mano por la frente sudorosa por el esfuerzo. Sus alas se agitaron y los ojos del spirit las recorrieron un instante hasta llegar a los bordes. Al notar su mirada en ellas, Mirah las dejó caer a su espalda, lacias, visiblemente incómoda. Daval no pudo evitar admirar la magia que hacía que las falanges comenzaran a recogerse sobre sí mismas, absorbidas por las dos aberturas en la piel que el vestido dejaba al descubierto. Ella continuó—: Y, si su propia líder no puede pelear, ¿cómo vamos a animar a esa panda de vagos a coger una espada para defenderse? —Eso hizo que soltara la espada y se alisara el vestido para volver a esa fachada de reina que parecía costarle adoptar y dirigirse a Rowel—. ¿Cómo va el entrenamiento de los alux?

«Terrible», pensó Daval.

Pero Rowel fue mucho más diplomático.

—Progresan con lentitud, majestad —dijo, llevándose una mano a un lado de la casaca y sacudiendo una mancha invisible como para ocultar su mentira con un gesto de distracción—. La mayoría no ha cogido un arma en su vida, y tienen que coger algo de masa muscular y de resistencia para aguantar unos cuantos pasos básicos sobre la tierra. —Hizo una pausa para carraspear—. Supongo… que el hecho de que yo sea humano tampoco facilita las cosas. Creo que hubiera sido mejor que Miles…

Mirah suspiró.

—El comandante Miles tiene otros asuntos que tratar por ahora —dijo con una sombra en la mirada—. Y tú y tus hombres sois lo bastante diestros como para enseñarles a defenderse. Ten paciencia, ¿de acuerdo?

Él asintió y ella se giró hacia Fury, quien había preferido callarse en vez de seguir reprendiéndola en público, aunque aún conservaba su expresión obstinada y era obvio que ver el espectáculo de lucha en el jardín no le había puesto de mejor humor precisamente.

—Fury, ¿has recibido el cargamento de acero que solicité a

Tefalén? —Él asintió—. Bien. Ve con Rowel y encárgate de evaluar cuántas flechas, espadas, dagas y armas que se te ocurran podéis sacar de ahí. Cuanto antes empiecen los nobles alux a practicar con armas de verdad, antes podrán saber en qué se maneja mejor cada uno.

«Si es que no son tan imbéciles como para rebanarse un pie», pensó Daval.

Fury asintió mientras seguía a Rowel y ella se giró hacia Quera.

—Y tú y yo tenemos sesión de lectura, señorita.

—¿Me vas a contar la historia de cómo un blemio arrancó la cabeza a…?

—Shh… —Mirah le puso una mano en la boca antes de que acabara y miró hacia adelante para comprobar que Fury no la hubiera oído—. Mantén la boquita cerrada o el spirit gruñón no me dejará darte más… eh… clases de lectura.

Quera asintió obedientemente antes de adelantarse. Ambos observaron cómo se alejaba.

—Así que clases de lectura, ¿eh? —dijo Daval, acercándose mientras envainaba la espada en la funda—. ¿Perturbar a los niños es parte de la labor de ser reina?

Mirah alzó una ceja. El sol de la tarde marcó el brillo en los mechones de pelo oscuro que escapaban de su trenza.

—Así es —dijo, siguiendo su ironía—. Como también es parte de mi labor ayudar a no perder activos importantes por no saber defenderse. —Le señaló la mejilla, que aún sangraba—. Rowel es un gran luchador, pero solo sabe lidiar con amenazas que pisan tierra. Tienes que aprender a pelear con un alux. Mañana después de la cena junto al arroyo norte del río Mel en el Bosque de los Suspiros. —Su tono era tan autoritario que era imposible contradecirla—. Y nada de espadas de madera.

No esperó a que respondiera y le guiñó un ojo antes de darle la espalda.

Ambos sabían que él no iba a negarse.

Daval no pudo quitarle la vista de encima mientras se quedaba solo en el jardín. Estaba empezando a inquietarle lo mucho que la dichosa alux lo alteraba y tuvo que activar su poder un instante para que una brisa suave le refrescara los sentidos y los pensamientos.

3

Miles se pasó una mano por el pelo tirante e Ymara estuvo tentada de decirle que, si se lo estiraba más, se levantaría la piel de la frente, pero optó por portarse bien y morderse la lengua. Caminaron en silencio y una rama crujió bajo sus pies. Se sobresaltó a sí misma. Le convenía andar más a menudo para estar más familiarizada con el sonido de las pisadas y no parecer una niñita asustada.

El alux la adelantó sin percatarse, entretenido en examinar el terreno boscoso. El día soleado en el Bosque de Tefalén les procuraba luz suficiente para su tarea, y, aun así, había zonas tan frondosas entre la vegetación que se veían obligados a estar muy atentos a su entorno.

Ella se quejó cuando una de sus alas chocó con las ramas de un cedro. El impacto hizo que unos cuantos insectos se precipitaran hacia el suelo. Aunque no era una experta en las especies vegetales, contempló muchas clases de árboles que nunca había visto en su tierra. En Trisar, el bosque era un lugar amplio de árboles diseminados con bastante espacio entre unos y otros, pero, desde que habían cruzado la frontera y se habían introducido en tierras vecinas, sentía como si se hubiera metido en una caverna vegetal.

El influjo de la lluvia en Tefalén permitía el desarrollo de una vida más rica, propia de climas húmedos. Por eso no se sorprendió al ver el musgo que cubría las rocas con un manto verde oscuro y que impregnaba el aire de un olor fresco y fuerte. Abrazados al musgo, habían nacido algunos líquenes de un color amarillo pálido que destacaban sobre el resto de hierbas.

—¿Has perdido ya tiempo suficiente o qué?

El tono brusco de Miles hizo que le dedicara una mirada envenenada. Después de más de dos horas sin la menor intención de iniciar una conversación, aquella no era la mejor frase para comenzar una. No lo soportaba y se obligó a contar hasta diez por no arrancarle

ella la coleta del cuero cabelludo.

«Uno, dos, tres…».

Él meneó la cabeza.

—Se lo advertí a su majestad. Debería haber venido solo.

«Cuatro, cinco, seis…».

Ymara tensó tanto la mandíbula que amenazó con desencajársela.

—Ahora tengo que cargar también contigo y… —continuó él.

No llegó al siete. Aleteó para acercarse con la barbilla alzada.

—Te voy a dejar claras dos cositas, Miles —dijo, clavándole el dedo índice en el pecho—. Primero, en todo caso, *yo* tengo que cargar contigo. Y, créeme, el spirit loco del pueblo sería mejor compañía y hasta mejor conversador que una ameba con espada como tú. —Los ojos claros de él se entrecerraron—. Y, segundo, te recuerdo que no estamos aquí ni por ti ni por mí.

Ahora el que tensaba la mandíbula era él. «Estupendo, que le hirieran un poco ese orgullo casi más grueso que su armadura militar le vendría bien». Miles asintió con el rictus contraído como si se hubiera tragado un melocotón y le hizo un gesto para que se adelantara.

No había dos seres más distintos en el mundo que ellos, y, sin embargo, allí estaban, unidos por dos motivos: el motivo general eran las alux secuestradas; el personal, Ylara, la alux que ambos compartían en el círculo de sus vidas.

Ymara había rememorado una y otra vez las acciones de aquel fatídico día, analizando cada detalle, cada movimiento; como si un cambio en sus acciones hubiera hecho que todo se desarrollara diferente. Era a ella a la que debían haberse llevado. Era su hermana gemela la que debía haber escapado. Pero Ylara no era ella, y ella no era Ylara. Su hermana no era una cabeza loca que se atreviera a actuar antes que a pensar. Y ese defecto propio de sí misma era el que, en un gesto egoísta de supervivencia, la había salvado. Pero para salvarse había tenido que abandonarla.

La culpa le había caído sobre los hombros incluso antes de esquivar las primeras nubes en su huida. Aquella última mirada de su hermana la había quemado por dentro todos los días desde su ausencia. Y el impacto había sido incluso menor porque no había llegado a volver a su hogar en el sauce para notar su ausencia, al estar ahora reducido a un tronco ennegrecido por el fuego. Era como si todo lo que Ylara hubiera sido se hubiera quemado, como si ella se hubiera

extinguido junto a las llamas.

Pero estaba viva. Lo sabía.

Aún le quedaba ese instinto propio compartido de las gemelas del que ella se reía constantemente. Aunque nunca había tenido esos pálpitos propios asociados a compartir bolsa durante nueve meses en la tripa de su madre soltera, en esta ocasión, sí que lo sabía. Ylara no estaba muerta.

«No todavía», se dijo con amargura.

Algo debía presentir también aquel papanatas rubio del que su hermana estaba enamorada. Encarnaba en sí mismo el prototipo de ser que ella podría pasar horas y horas criticando. ¿Qué diantres veía Ylara en él? Era despreciable.

Recordó un suceso en particular con ese imbécil de protagonista. Ella estaba con Nessa, la spirit líder de su grupo particular de revolucionarios, cerca del mercado. Era pasado mediodía y la población ya se marchaba a sus casas para preparar el almuerzo. Un alux noble con camisa ribeteada en azul que lo señalaba como uno de esos señoritingos del círculo real se había parado frente a la destilería de un spirit. El muchacho ya había echado la tela que cubría el tenderete y recogía a un lado todos los bártulos. El noble, un tipo algo gordo cuyas alas debían tener serias dificultades para elevar su peso, miraba el tenderete con los ojos entrecerrados, sofocado por el vuelo.

—Spirit, ponme un odre del mejor vino fresco. Ahora mismo.

El dueño, un joven delgado y pelirrojo, se paró y se encogió de hombros.

—Señor, el puesto ya ha cerrado.

—¿Y? No te he preguntado tu horario, te he dicho que me pongas un odre de vino.

Ymara y Nessa vieron que el spirit pelirrojo se obligaba a respirar hondo para calmarse y no darle un puñetazo. Ymara se lo habría dado de buena gana.

—Señor, le repito que está cerrado. Seguro que su casa no está lejos y tendrá algo con lo que refrescarse. A mí me esperan también para comer en la mía. —Le dedicó una inclinación de cabeza—. Que tenga un buen día.

El muchacho cargó una tinaja en un brazo y se dispuso a marcharse. El noble lo frenó cogiéndolo por la espalda del chaleco. La tinaja cayó al suelo y se rompió, y los dos se lanzaron a una refriega entre el vino esparcido. Al poco, un corro de espectadores los rodeó y

Nessa e Ymara no tardaron en unirse para vitorear al spirit, el cual estaba dándole un puñetazo en la boca a aquel desgraciado.

Miles apareció con un descenso rápido y se plantó frente a ellos para separarlos. Ayudó al noble a levantarse, pero el spirit pelirrojo se quedó en el suelo. Le sangraba una ceja, aunque era el alux gordo quien se había llevado la mayoría de los golpes.

—¿Está usted bien, señor? —le preguntó.

El tipo no tardó en gimotear, como una más de esas víboras aladas.

—Ese maldito spirit. Le he pedido amablemente que me vendiera un odre de vino y se ha puesto hecho una furia.

Nessa apretó los puños junto a Ymara y ella intentó que no se metiera, aun cuando intentaba controlarse a sí misma. Miles se acercó al spirit y lo levantó con mucha menos delicadeza que al noble.

—¿Es eso verdad? —inquirió—. ¿Lo ha atacado?

El spirit calló. Sabía, como la mayoría, que cualquier respuesta sería inadecuada dada su clase y posición, así que optó por mantener la boca cerrada.

—Pues claro que no lo es, maldita sea —estalló Nessa a su lado—. Ese tipo despreciable ha querido aprovecharse de él, pero tú, señor comandante, no vas a hacer nada porque es uno de los que te paga la reluciente armadura, ¿me equivoco?

Miles zanjó el asunto de la misma forma en la que parecía hacerlo todo: de forma fría y mecánica. El joven spirit se ganó que le cerraran el puesto una semana, además de unos días de trabajo forzoso en el castillo, al igual que Nessa, por su conducta «alborotadora y antisistema». El tipo noble se marchó con una batallita más que contar en su cena de esa noche con su panda de aristócratas.

Asuntos como aquel habían hecho que el comandante Miles se ganara el desprecio de parte del pueblo y, en concreto, del ala más revolucionaria del mismo. Ymara no se había querido inmiscuir en los asuntos personales de su hermana, pero, por dentro, la relación de ambos la desquiciaba.

Y ahora estaba con él como única compañía, en un intento desesperado por descubrir algún rastro de por dónde se habían ido esas bestias. La consolaba un poco saber que la princesa Mirah —ahora reina— comprendía lo que ella sentía, e incluso sospechaba que, si no tuviera el cargo que tenía, habría ido ella misma.

Mirah la desconcertaba. Ymara llevaba toda su vida en un

constante desprecio a la nobleza y a sus modos de hacer las cosas, pero, por lo poco que la había llegado a conocer en las últimas semanas, aquella reina de extrañas alas negras se salía de todos los estándares. Su sorpresa fue mayúscula cuando mandó a todos los alux de clase alta a realizar tareas y tuvo que contenerse para no aplaudir en medio del Gran Salón.

Poco después, en una pequeña audiencia privada, la reina regente les había pedido a Miles y a Ymara que buscaran rastros para saber a dónde se habían llevado los asys a las alux secuestradas. Aunque, para Ymara, la princesa menor, Lucy, no era más que otra cara bonita en ese rebaño de falsas, al notar el temblor en la voz de la reina, supo que ambas compartían el pellizco en el estómago.

«Las encontraremos», le había dicho.

Pero se arrepintió de haberle hecho aquella afirmación tan rotunda. La búsqueda no había ido mal al principio. Ese rastro de muerte en la naturaleza que dejaban los asys era como un camino de migas de pan. Por supuesto, solo buscaban de día, porque, aunque los hombres del ejército humano de Tefalén hubieran afirmado que no había habido nuevos avistamientos demoníacos, no podían correr el riesgo.

Desde que salieran de Trisar, habían serpenteado entre los árboles día tras día, pero, antes de que se fuera la luz, siempre volvían a alguna población cercana para pasar la noche. Aquello exasperaba a Ymara, que se quejaba de que tardaban más tiempo en ir y en venir que en conseguir resultados. Al cruce con el río Mer habían perdido el rastro, y tardaron cinco días en encontrar los primeros arbustos mustios y quebradizos en un punto muy alejado, lo que les indicó que la comitiva había tenido que dar un rodeo.

Y todo aquel proceso acompañada de un tipo que no se dignaba más que en cruzar un par de frases con ella, a pesar de que era idéntica a su supuesta compañera de cama. Esto la había incomodado algunas veces. Esas en las que él la había mirado con cierto brillo en los ojos, como si por un momento hubiera olvidado quién era ella en realidad. Ymara no tardaba en abrir la boca para soltarle un comentario ácido y recordárselo.

«Estás aquí por tu hermana», se repetía una y otra vez.

4

—… Y la gran mayoría de casas han sido reconstruidas gracias al apoyo de toda la población.

—Un apoyo forzado querrás decir, Tomen.

El viejo spirit se encogió de hombros con una mueca ante el tono de Mirah.

—Apoyo, al fin y al cabo —dijo.

La alux suspiró y miró a los presentes. Debían componer un grupo bastante variopinto, reunidos en la inmensa sala de reuniones del castillo donde su padre solía ofrecer audiencia a sus consejeros para tratar los asuntos del reino.

—Y ahora, majestad, tema provisiones —anunció Remín—. Tras los incendios y la podredumbre que han sembrado los demonios, estoy empezando a tener escasez de ingredientes para los preparados medicinales. —Frunció el ceño—. Me temo que hasta dentro de un año o dos el terreno no se recuperará.

—También hay que prever la escasez de alimentos que se aproxima, majestad —coincidió Tomen e hizo volar una libreta desde un lateral de la mesa hasta sus manos para consultarla—. La población de Trisar ha sido diezmada. —Hizo una pausa afectada—. Entre reconstruir, crear nuevos muros defensivos y entrenar a novatos luchadores, hemos reducido nuestro número, pero todos tienen que comer. Los campos de cultivo fueron asolados también por el fuego y los depósitos reales no cundirán mucho más. Cuatro semanas a lo sumo.

Mirah se levantó de su silla con un suspiro para pasearse, incapaz de quedarse quieta mientras su mente cavilaba. Notaba una pesadez en la cabeza desquiciante y los ojos le ardían después de semanas falta de sueño y rebosante de obligaciones. Su mirada se posó un instante en la silla a su izquierda, la que siempre ocupaba su padre y que se

negaba a tocar, como si hacerlo significara usurpar su lugar. La ausencia prolongada le dolía.

Esa alegría inicial de esperar que despertara se había ido difuminando con los días, al no ver ningún progreso aparente en su estado. Aunque Remín le aseguraba que cada cuerpo era distinto y necesitaba un periodo de tiempo diferente para recuperarse, ella comenzaba a vacilar después de dos semanas. Todos estos problemas que el reino arrastraba podrían haberse solventando de forma mucho más sencilla desde el punto de vista de Edur.

—¿Y qué sugerís?

Miró a los presentes. Tomen, Remín, Rowel y Fury. La enorme mesa quedaba ridículamente enorme para los allí reunidos, por lo que se habían arrimado a uno de los extremos mientras el otro quedaba vacío y desolado. Por un instante, deseó tener una chispa del poder de su padre para saber qué pasaba por sus cabezas.

—Hay que pedir ayuda —dijo Fury y sus ojos verdes la buscaron.

Mirah soltó un resoplido.

—¿A quién? Me niego a rebajarme para pedir algo a Perenite y en Tefalén el trono sigue vacío.

—No por mucho tiempo, mi señora —dijo Rowel, tomando la voz cantante desde el inicio de la reunión—. Me han llegado rumores… Mis hombres allí dicen que en los círculos nobles se está barajando un nuevo nombre para ocupar el trono.

—¿Quién? —inquirió.

El humano se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Todo es difuso ahora mismo. —Tenía la mandíbula tensa, fruto de los recuerdos, al decir—: Tras la muerte del rey Tuso sin descendencia ni familiares que puedan acceder a ocupar su puesto, se ha iniciado un nido de araña político muy desagradable.

—Todos los nobles silfos quieren poner su trasero en la silla real —dijo Fury.

—Básicamente, sí —coincidió Rowel—. Quien tenga más coraje e influencias lo conseguirá.

La relación entre ambos se había suavizado con el paso de los días. Mirah aún recordaba aquel primer encontronazo entre Fury y el general humano. Parecían dos seres totalmente diferentes a como se trataban ahora, podría decirse que hasta gozaban de algo parecido a una amistad.

—Quizá el señor Daval podría usar su condición para interceder

por nosotros cuando alguien se erija en el trono —sugirió Tomen y Mirah giró la cabeza hacia la silla vacía de Daval, que esa noche se había ausentado de la reunión—. Si el nuevo líder nos pudiera suministrar alimentos básicos hasta que nuestras tierras se recuperen…

—Eso no nos salvará si viene otro ataque —dijo Fury, recordando lo evidente.

El silencio cortante pesó sobre todos. Estaban sobreviviendo a base de simples *parches*. Reconstruir, entrenar, planear. Todas eran tareas absurdas si la oscuridad de los asys se cernía de nuevo sobre Trisar como objetivo. No habría supervivientes una segunda vez si las armas con las que combatían eran convencionales.

Con un dolor de cabeza lacerante, Mirah anunció que buscaría una solución y dio la reunión por concluida. Mientras se marchaban, ella se acercó a uno de los ventanales. Ya había anochecido y la silueta de la luna se perfilaba en un cielo despejado y moteado de puntos de luz. Contempló las casas nuevas erigidas sobre los escombros calcinados de las antiguas, así como los restos de algunos árboles que antes eran hogares alux, reducidos a unos cuantos troncos secos y ennegrecidos.

—Deberías descansar.

La voz de Fury la sobresaltó. No sabía que se había quedado. Notó su presencia a la espalda, muy cerca, pero no apartó la vista del ventanal.

—No puedo. —Su vista recorrió las estrellas en el cielo y sintió que esa nueva fachada de reina se deshinchaba en su presencia. No tenía necesidad de fingir delante de Fury. La conocía desde hacía tantos años que jamás podría haberle mentido—. Es cerrar los ojos y verlo todo de nuevo. Los muertos, los gritos, las caras de todos estos seres que ahora dependen de mí. —Soltó una risa amarga y las palabras comenzaron a rezumar de su garganta como un cántaro rebosante de agua—. Como si yo hubiera podido ordenar mi vida alguna vez, como para también ordenar otras. Siempre he sido una paria para la sociedad alux. Nadie me quería en el trono, y, sin embargo, aquí estoy. Si ninguno de esos nobles me ha hundido una daga en el pecho es porque ocuparse del reino ahora mismo es una tarea titánica. Una auténtica mierda.

Fury la escuchó con paciencia. Era incapaz de parar ahora que había empezado. Necesitaba un instante de liberación de toda esa

ponzoña que nublaba sus pensamientos o se volvería loca.

—Y mi pobre hermana… Me está consumiendo no saber…

—Ven aquí. —La cogió del brazo para girarla y estrecharla contra su pecho.

Y fue suficiente para que se relajara. El tacto firme pero suave de una de sus manos le paseó por la espalda y ella se permitió posar la cabeza en el hueco junto a su hombro. Fury siempre estaba allí. *Siempre.*

—Ahora es cuando te arrepientes de llamarme gruñón —dijo él contra su pelo.

—Eso nunca.

Notó que el pecho de él se sacudía con una carcajada y se separaron. Sus ojos verdes estaban iluminados por la luna y recorrieron sus facciones con una chispa de preocupación antes de atrapar un mechón de pelo sobre sus ojos y examinarla.

—Tienes que tomarte esto de otra forma, Mirah. Tu padre querría que…

—Mi padre no está consciente —cortó ella y se manoseó las manos con nerviosismo mientras se alejaba unos pasos hacia el ventanal—. Todo sería mucho más fácil. O quizá no. No sé cómo llevaría oír lo que pasa por las mentes de todos a mi alrededor.

Fury se quedó callado y ella se distrajo al pensar cómo su madre —o falsa madre—, Emerit, habría llevado esta situación muchísimo mejor que ella. Al fin y al cabo, siempre había sido un ejemplo espléndido de cómo manejar los hilos de un reino desde dentro sin romperse una uña. El spirit no había pronunciado palabra.

—¿Fury?

Se giró. Él la observaba con intensidad. Sus ojos parecían haberse oscurecido ahora que no reflejaban la luz de la luna. Se acercó a ella en la semioscuridad, alejados de los candelabros que iluminaban la mesa de reuniones. Su vista pasó de sus ojos a su boca y después a su cuello. Tragó saliva cuando la mano de él se alzó para trazar el mismo recorrido en una caricia extraña, pero no se apartó. El corazón se le aceleró un instante cuando los dedos del herrero se posaron sobre la cadena que pendía de su cuello y la recorrió con lentitud. La boca se le secó de forma repentina y pareció que el aire se volvía más denso en la estancia, cargado de… ¿anhelo?

Por un momento, pensó que iba a besarla. Y una parte de ella *quería* que lo hiciera.

Por Aleph. Era Fury. Su amigo de toda la vida. Eso no era posible.

Pero, cuando los dedos de él se cerraron en torno a la cadena para observar el colgante, ella sentía que era un mar de dudas.

—¿La llevas aquí? —El tono ronco de él fue cercano y lejano al mismo tiempo, y ella pestañeó para salir de esa extraña tensión en la que estaba sumergida hacía un instante.

Mirah llevó la mano también al colgante en un gesto instintivo que había repetido muchas veces en las últimas semanas. Había rescatado el colgante del joyero de Lucy. Tenía el tamaño perfecto para su cometido. Frente a la mirada de Fury, apretó la minúscula palanca en un lateral de la plata y el círculo se abrió con un chasquido metálico casi inaudible. La gema azul pareció despertar de su letargo encerrada allí y brilló con intensidad, como si dentro de aquella gota de agua de cristal corrieran varios ríos enfrentados. La llave del agua. Había sido incapaz de separarse de ella desde la batalla. No llevarla encima era como sentir que la había perdido, a pesar de saber que se ponía en peligro.

Estaban tan cerca que notaba el aliento del spirit haciéndole cosquillas en la frente. Y, de repente, vio cómo él pestañeaba y se apartaba de sopetón, soltándole la mano como si el contacto lo quemara. El gesto la molestó y el vacío que notó al poner distancia fue un bocado en las entrañas.

—¿Estás bien? —le preguntó al notar la confusión en sus ojos.

—Sí… claro… —dijo él, pasándose una mano por la cara—. ¿Y tú? ¿Estás… bien?

Mirah contrajo el gesto, perpleja.

—¿Cómo que si estoy bien?

Él hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No importa —reculó—. Creo que necesito descansar. Buenas noches.

Se alejó tan deprisa que no le dio tiempo ni a contestar.

«Parece que no soy la única que va a volverse loca aquí».

5

Lucy mojó el trozo de tela en el agua, si es que ese líquido infecto podía llamarse así. Un par de insectos revoloteaban en la superficie antes de exprimir la tela encima. Después, con cuidado, puso la tela en la frente de su paciente. La idea casi le hizo esbozar una sonrisa. *Paciente.*

«Mirah no se lo creería si me viera».

Tampoco ella creía todo lo que habían pasado las últimas semanas y ahí estaba. Se limpió la mano mojada en la falda del vestido, ya apenas una tela ajada y rota que servía para preservarle un mínimo de dignidad. Al menos ella la conservaba casi intacta, al contrario que la mayoría.

Ámbar se agitó en el suelo de piedra y murmuró entre sueños. Lucy le pasó el trapo por las mejillas y por el cuello. Tenía fiebre. Su antigua amiga llevaba días y días ahogada en una espiral entre la consciencia y el sueño desde aquella noche hacía dos semanas cuando se las llevaron a ambas fuera de la cueva donde las retenían. Esa misma noche en la que Lucy pensó que ella también pasaría a formar parte del grupo de alux mancilladas como muñecas rotas.

Pero se equivocó.

El líder, al que todos por allí conocían como Ersebek, la había conducido por galerías infinitas durante un paseo que le pareció interminable. En la oscuridad ni siquiera advirtió el momento en el que el demonio que llevaba a Ámbar desaparecía por algún recoveco. No habían pronunciado palabra, pero ella ya sospechaba que se comunicaban de alguna forma que escapaba a su comprensión.

Lucy tropezó casi a ciegas y el asys a su espalda la levantó de un tirón. Tuvo ganas de clavarle la lasca afilada que guardaba en el escote, pero se contuvo. Sería una estupidez y acabaría muerta antes de poder rozarle ni siquiera. Tras cruzar una verja rudimentaria

anclada a la piedra por uno de sus lados, llegaron a una cueva mucho más grande e iluminada que la que ella había conocido.

Las alux presentes bajaron la vista cuando entraron. Como animales heridos, se encogieron de terror, heridas en cuerpo y mente. En esta ocasión, no había grilletes, pero tampoco parecía que los necesitaran. En el ambiente se respiraba un aire de rendición, de desolación y algo más que no supo identificar y le erizó la piel. Todas tenían el cabello corto, apenas una maraña de mechones desordenados cortados con algún instrumento afilado.

Ersebek entró y recorrió con la mirada el espectáculo. Algunas junto a otras, como cachorros que buscan el calor de sus hermanas formando una especie de nido en el suelo; otras sentadas y solas, perdidas en sus propios fantasmas. En ese instante había tragado saliva con dificultad, sin entender aquella pequeña parada en su camino para forzarse a abrir las piernas a una de esas bestias. ¿Lo harían allí? ¿Delante de todas? Se llevó una mano al escote y tocó la punta afilada por encima de la tela, pero el líder la sorprendió al tomarla de la barbilla y mirarla directamente a los ojos.

La estudió en silencio y le giró la cara a uno y otro lado antes de olfatearla, después se encogió de hombros y se alejó unos pasos con las manos tras la espalda.

—¿Lo sientes, querida Lucy?

Frunció el ceño, sorprendida. Su dicción perfecta contrastaba con el resto de los asys, cuya jerga no salía de los sonidos guturales más allá de órdenes concretas como: «arriba», «abajo» o «muévete».

—¿Cómo sabes mi nombre?

Él la ignoró, no porque no la oyera, sino porque era obvio que no le apetecía responder. Por el contrario, siguió paseándose con ese cuerpo grande y los músculos marcados bajo la piel cenicienta. Al darle la espalda, sus cuernos reflejaron el fulgor de la antorcha más cercana. Pudo apreciar que eran de un negro casi líquido, diferente al del resto de asys. Ersebek se paró frente a una alux no demasiado joven que empezó a temblar casi al instante. La levantó cogiéndola de un brazo, pero no fue brusco. La mujer se mantuvo de pie con las piernas flojas y la cabeza gacha.

—Ya está en su seno —anunció él y cerró los ojos antes de poner una mano sobre su estómago plano. Luego respiró como si se alimentara de aquel gesto y disfrutara con su contacto. La alux no se movió; al igual que Lucy, no se atrevía casi ni a respirar. Ersebek se

volvió hacia ella y abrió los brazos para abarcar la estancia.

—Eres una alux con suerte, Lucy —dijo—. ¿Sabes que todas morirán para dar vida a nuestros vástagos? —Un gimoteo se elevó entre aquellas paredes. Él no hizo caso y se paró cerca de otra, una que apenas parecía haber entrado en la pubertad. La joven empezó a llorar. Ersebek le acarició el vientre con un dedo—. La oscuridad ya les come las entrañas, formándose. Crecerán rápido. Mucho más rápido que en cualquier mundana fecundación vuestra.

Se sintió horrorizada. ¿Por qué le contaba todo esto? Una chica levantó la mirada cerca de ella, en la semioscuridad y con el cabello cortado, todas parecían iguales.

—Nuestro mal las destrozará para salir adelante —continuó él—. Será una agonía lenta cuando sus barrigas comiencen a crecer, pero eso no nos importa, ¿verdad? O al menos no a ti, Lucy —paladeó su nombre entre los labios y se acercó a ella—. Serás la única que no pasará por ese infierno, ¿no estás contenta?

Meneó la cabeza sin entender.

—¿Me va a liberar? —Sintió la estupidez de su pregunta cuando ya la había lanzado.

Ersebek se rio. Su risa fue una estridencia ronca que hizo eco entre las rocas y obligó a las alux a encogerse en sus sitios. Esta vez sí pareció decidido a responderle e incluso se acercó a cogerle un mechón de pelo, que aún en aquellas circunstancias seguía con su brillo rubio perfecto.

—Oh, la libertad, esa misma que le habéis negado a mi padre durante tres mil años, ¿esa libertad, Lucy? —Su tono fue incluso más oscuro que sus ojos—. No seas estúpida. Morirás, como todas. —El demonio se giró de nuevo y caminó entre las alux. Su tono se convirtió en un susurro—. Me equivoqué, pero sé aprovechar las oportunidades y tengo nuevos planes para ti. Tendrás un trato de favor, como le corresponde a la hermana de la reina. —Se giró para mirarla—. Te necesito viva, así que ninguno de nosotros te tocará. Tu cometido será cuidar de todas las fecundadas o, mejor dicho, cuidar de que ellas no le hagan daño a lo que crece en su interior, ni a sí mismas.

Ella lo oía vagamente. Las palabras se repitieron en su cabeza. «La hermana de la reina, ¿cómo que la hermana de la reina?». Lo supo, así como sabía que aquel ser no elegía sus palabras al azar. Aquello solo podía significar que algo le había ocurrido a su padre. Quiso gritar, correr y perderse en aquellos pasillos oscuros bajo tierra. Hundió las

palmas de las manos en los pliegues de la falda en un intento de controlar sus emociones. El líder captó de nuevo su atención. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba de nuevo frente a ella. Se contuvo para no llorar delante de él, aunque ya tenía los ojos húmedos.

—Escúchame. Si muere un solo asys en su interior o al dar a luz, será solo culpa tuya —le susurró, cogiéndole la cara entre las manos —. Y me ocuparé de que sufras las consecuencias. Hay muchos modos de hacerte daño sin matarte. No sé si soportaré el placer de enseñártelos todos.

Ámbar soltó un gemido y abrió los ojos, sacando a Lucy de sus recuerdos. Sus ojos azules la miraron un instante y se entrecerraron en una mueca de dolor. La fiebre subía y ella no pudo más que intentar calmarla con una caricia en la mejilla. Le había vendado la herida de la cabeza como había podido, pero despedía un olor fuerte, quizá por la infección.

Volvió a caer en la inconsciencia y vio su pecho subir y bajar con calma. Su vista bajó un poco más, hacia el vientre. La curva era evidente y la piel comenzaba a tensarse en un intento de reaccionar a los cambios rápidos de su cuerpo. Una maraña de pústulas negras comenzaba a emerger en la superficie de todas sus extremidades, aunque aún no estaba tan avanzada como otras y aún no habían llegado a supurar ese pus grisáceo y nauseabundo. Cuestión de tiempo. Ersebek tenía razón, aquella gestación era muy rápida.

Ámbar había tenido hasta suerte. Su inconsciencia le había permitido no recordar su violación. Sufría, por supuesto, igual que todas las demás embarazadas, pero la conmoción del golpe la había hecho entrar en un estado catatónico donde no parecía ser consciente ni de sí misma.

El resto de las alux, por desgracia, era bastante consciente de todo. Los mejores días, Lucy se enfrentaba a sus miradas tristes; los peores, a sus gritos de dolor. Sin embargo, se había dejado llevar por su cometido, al menos para tener la mente ocupada. Las alimentaba, las ayudaba a cambiar de postura con esas nuevas prominencias en sus profanados cuerpos y las consolaba para evitar las ideas de suicidio que cada vez pesaban más sobre sus mentes.

En ocasiones, se encontraba con algunas miradas de odio, un sentimiento que relucía en los ojos de las que aún los conservaban en su color original y no ese negro que se extendía por las de estado más

avanzado. Lucy era «la elegida» y, aunque no fuera su culpa, podía imaginarse lo que rondaba por sus cabezas. «¿Por qué no comparte mi sufrimiento?». Ni siquiera ella lo sabía. Los planes del líder eran un misterio, y él parecía disfrutar con ello cada vez que iba a verlas.

Sus visitas siempre eran iguales. Cortas y estremecedoras. Posaba las manos en los cuerpos de algunas alux y cerraba los ojos. Luego se despedía de Lucy con una sonrisa, o algo parecido a eso, pues no era más que una mueca siniestra con los dientes al descubierto.

Ersebek tenía algún tipo de don que le permitía conectar con lo que se cocía en sus compañeras, las cuales no entraban allí hasta haber pasado por su particular revisión. A veces el cambio de los ojos tardaba en aparecer, pero él las tocaba para estar seguro. Si no percibía nada en el interior de una de ellas, la susodicha tenía la desgracia de volver a repetir el encuentro con un asys hasta quedar encinta.

Y solo entonces llegaban a la cueva que, en un intento de calmar los ánimos, Lucy había apostillado como «la Caverna de las Sin Alas». Las nuevas integrantes siempre llegaban con el cabello corto, una forma de distinguir a las fecundadas de las que no. Probablemente, para Ersebek no había duda, pero el resto de asys debían de verlas a todas iguales.

—Lucy… —la llamó una voz trémula.

Todas sabían ya su nombre, algunas desde antes, cuando aún era princesa, y otras desde ahora, convertida en la joven de melena rubia aún intacta que actuaba de cuidadora. La chica se hallaba en el extremo, sentada con la espalda apoyada en la piedra. Era una de las más nuevas y aún conservaba un poco de raciocinio. Lucy sabía que lo perdería conforme creciera el ser de su interior. Le pidió agua y ella se acercó al balde, donde apenas quedaban un par de dedos de líquido oscurecido.

Se acercó a la verja y miró a través de ella. Ersebek había dicho a sus secuaces que Lucy tenía vía libre para ir y volver a por agua al fondo de la galería, donde había un pozo subterráneo con más agua purulenta. Se acercó con el balde semivacío a la verja y la entreabrió. Al instante, un asys salió de la oscuridad para situarse frente a ella e impedirle el paso.

—Tengo que ir a por agua.

No supo si la entendió o estaba demasiado ocupado rascándose en algún lugar bajo la axila, pero le soltó un gruñido y se apartó a un

lado por toda respuesta. Costaba creer que unos individuos tan tontos hubieran irrumpido en su reino como lo hicieron.

«No, Lucy, nada de Trisar», se recordó.

Era la única forma de mantenerse cuerda ella misma: no pensar. Anduvo rápido por el pasillo que describía una curva hacia la izquierda sin cruzarse con ningún asys. No era estúpida como para creer que Ersebek tendría aquello sin vigilancia, pero con la excusa del agua siempre salía a explorar un poco más allá. Solo un poco más. La galería que desembocaba en el pozo tenía otras tres salidas: una a la derecha, otra a la izquierda y otra pequeña en el centro.

Había esperado a no encontrarse con ninguno para probar por el camino de la derecha. No estaba segura de por dónde la habían traído a ella desde la otra gruta más pequeña, pero supuso que era por allí. Había todo un universo de ramificaciones que habrían vuelto loco hasta al explorador más hábil, pero unos días atrás se había atrevido a internarse en el camino de la derecha. No se atrevió a avanzar mucho al oír unos cuantos pasos que venían de algún lugar y volvió corriendo hasta el pozo. Parecía un callejón sin salida, aunque puede que, por allí, todos lo fueran.

En esta ocasión, al verse sola junto a la poza de agua, agudizó el oído. No oyó nada a excepción de algunos sonidos lejos de allí. Se envalentonó y, con el balde en las manos que quizá le procurara una excusa en el caso de ser descubierta, se metió por el túnel del centro. Para los asys debería ser muy estrecho, pero para ella fue fácil de recorrer.

La gruta se dividía entonces en dos caminos y aún decidía cuál tomar cuando oyó un par de gritos. Tembló y tuvo el ánimo de darse la vuelta, pero, por el contrario, se quedó allí, paralizada. Provenían del camino a su izquierda. Oyó otro grito y luego un ruido de pasos por la galería. Sin saber qué hacer, reptó y se metió en un recoveco entre las rocas alejado de la luz de las antorchas.

Unos pies femeninos cruzaron corriendo por delante de ella y Lucy se encogió aún más en el sitio, clavándose el balde en la cadera. Al instante, unos pies más grandes entraron en su campo de visión y creyó que las manos de su dueño la sacarían a rastras enseguida de aquel estúpido hueco. Se martirizaba ya pensando en el castigo de Ersebek, pero nadie la atrapó. Por el contrario, los pasos se perdieron por el otro camino anexo.

Segura de que estaba lejos, salió fuera del hueco de la roca y

corrió hasta la zona del pozo.

«Maldita seas, Lucy, eres una estúpida».

El alivio la inundó al llegar a la poza de agua. Para qué engañarse, ella no era su hermana, no podía simular ser una chica valiente cuando estaba muerta de miedo. No se arriesgaría más, allí acabarían sus particulares excursiones. Se agachó para hundir el balde en aquel agujero. El agua parecía negra en la semioscuridad, pero casi mejor, verla con luz le haría apreciar todos los bichos y microorganismos menos identificables de su interior.

Oyó voces por el pasillo. Al parecer, los asys habían dejado descansar sus cabezas un rato de tanta jerga mental y habían pasado a pronunciar sus extraños sonidos. Si pasaban por allí, solo verían a la alux cuidadora recogiendo agua con un balde. Un balde que le cayó encima y la empapó entera al sentir una mano en el hombro. Se giró con un gemido y alguien le tapó la boca.

—Ayúdame, por favor.

Lucy miró a la chica. Aún no tenía el cabello corto y conservaba una melena color miel que le caía en mechones enredados sobre una mirada de pánico. Sus ojos abiertos y llorosos no dejaban de mirar a su alrededor, a la espera de que apareciera cualquiera de ellos.

—Por favor, van a llevarme a…

Sus palabras se perdieron en un sollozo. Lucy acababa de decidir que no quería problemas, pero algo le hizo coger la cara de la alux entre las manos. Le resultaba familiar. Sus ojos se encendieron al dar con la respuesta.

—¿Ylara? ¿Eres tú?

La alux abrió la boca, como si viera a Lucy por primera vez.

—¿Te acuerdas de mí, prin… princesa?

Por supuesto que se acordaba. Ylara había sido una de sus costureras favoritas. No había alux de su círculo que no conociera a «Las margaritas del sauce», un término despectivo para mofarse primero de la familia de donde procedían y, después, del sitio donde vivían. Y, aun así, todas y cada una de esas alux cínicas, ella incluida, habían llevado algo creado por las humildes pero prodigiosas manos de esas muchachas.

En alguna de sus visitas al taller, Lucy había mantenido una amena conversación con Ylara. Era una muchacha dulce y risueña, entregada a su labor. La había admirado por su destreza e incluso había llegado a pensar que serían buenas amigas si sus diferencias de

clase no se lo impidieran. Ámbar habría puesto el grito en el cielo ante semejante perspectiva, casi la veía menear la cabeza con un mohín. Pero ahora Ámbar estaba en estado casi vegetal, y, allí, Lucy e Ylara no eran más que dos alux que querían lo mismo: sobrevivir.

Unos pasos se acercaban por el túnel donde Lucy se había atrevido a internarse. Se mordió el labio mientras Ylara le cogía las manos en una súplica desgarradora.

—Por favor, princesa…

Los pasos estaban muy cerca. ¿Iba a jugarse su aparente tregua con el líder por ella? El miedo la dominaba, pero tragó saliva antes de decir:

—Llámame Lucy y no te muevas.

Ylara no tuvo tiempo de contestar. Lucy le señaló la poza con un dedo. La alux abrió los ojos al entenderla y, sin pensárselo mucho, se hundió en el agua sucia que distaba mucho del agua color turquesa del reino de Trisar. Ella se arrodilló en el borde y, poco antes de que un par de asys salieran de la galería, le empujó la cabeza bajo el agua.

Dos figuras de ojos negros se pararon al verla allí arrodillada con el balde. Lucy intentó que no le temblaran las manos cuando volvió a hundirlo en el agua, justo al lado de la cabeza de Ylara. Ellos la miraron con los dientes expuestos en un rictus despectivo, obligando a sus cerebros a identificar a aquella oveja lejos del rebaño.

Parecieron consultar algo entre sí mientras Lucy sentía las gotas de sudor que le resbalaban por la nuca. La silueta de Ylara bajo el fondo parecía desdibujarse, pero, si se acercaban más, por muy estúpidos que fueran, la descubrirían. Ersebek sabría que ella la había ayudado. Tembló y casi vuelve a tirarse encima el recipiente con los dedos rígidos por la tensión. Si aquellos asys no se iban pronto, jugársela no iba a servir para nada, y la alux moriría ahogada.

Pero la conexión mental con el jefe no debió tardar mucho en darles una respuesta porque uno de ellos se rascó la cabeza mientras el otro señalaba el camino de la izquierda, y ambos se perdieron a grandes zancadas antes de echarle un último vistazo.

Una vez se aseguró de que no había ninguno cerca, agarró del pelo a la chica y le sacó la cabeza. Ylara tomó una bocanada grande de aire. Estaba pálida y se contuvo para no toser y hacer más ruido. La ayudó a salir. La chica la abrazó, completamente empapada. Fue un abrazo corto, pero, aparte del frío y la humedad, Lucy sintió que reactivaba algo en su cabeza.

No tenía que ser Mirah; podía ser valiente a su manera.

—Tengo una idea.

Cogió de la mano a Ylara y la llevó tras unas inmensas rocas en un lateral de la gruta. La mandó agacharse y sacó la lasca afilada del escote. La costurera no retrocedió, parecía confiar en ella sin hacer preguntas. Lucy le agarró el pelo y, con ayuda de la lasca de piedra, la antigua melena de la alux fue cayendo a sus pies. No podían hablar mucho por miedo a ser descubiertas, así que se afanó en su tarea e Ylara no tardó en estar lista.

Lucy recogió los mechones del suelo para no dejar pistas y los echó dentro del balde. Ahora venía lo complicado. ¿Cómo iba a meterla dentro de la cueva de las embarazadas? Oyó pasos y le susurró que se mantuviera agachada antes de volver al centro de la poza. El asys que custodiaba la puerta la miró y se llevó una mano a la cabeza, después miró a uno y otro lado, buscando.

Se acercó a ella y le indicó con una mano la galería.

—Tú, volver. Rápido —dijo en tono hosco.

Lucy asintió sin creer en su suerte cuando lo vio cruzar la galería para meterse por el mismo camino donde se habían perdido sus compañeros. Ersebek debía de haber mandado a todos a buscar a la alux desaparecida.

Se asomó para comprobar que no había ninguno más de camino a la cueva. Una vez estuvo segura, volvió a por Ylara y la cogió de un brazo para que la siguiera. Por si acaso, corrieron para esquivar las luces de las antorchas al amparo de la oscuridad. Sentía el corazón palpitante y evitó tropezar en el terreno. Esperaba oír pasos apresurados a su espalda en cualquier momento, pero consiguieron llegar hasta la verja y la cruzaron tras hacer fuerza para abrirla. Ambas jadeaban y se encontraron con unas cuantas cabezas que se levantaban curiosas entre gestos de dolor

—¿Dónde estamos?

—Bienvenida a la Caverna de las Sin Alas —dijo Lucy.

Ya habría tiempo para explicaciones. Por el momento, la colocó al fondo de la cueva, en el lugar más oscuro en un hueco entre varias alux. Había conseguido salvarla. Ylara no estaba embarazada y ella tendría alguien allí dentro en plenas facultades con quien poder sopesar sus opciones, si es que las tenían.

Su pequeña victoria le había llenado las venas de euforia. Quizá aún quedaba esperanza, no para las alux fecundadas, pues con toda

seguridad morirían, pero al menos para ellas dos. Ahora tenía una amiga con la que luchar.

Ylara sería su secreto. El problema era cuánto podría mantenerlo.

6

Daval acarició la flor antes de dejarla sobre la parcela de tierra removida. Aquella noche durante la cena había caído una leve llovizna y el olor a tierra mojada era una adoración a los sentidos.

Le gustaba ir a hablar con Tris de vez en cuando. O con lo que quedara de ella.

Allí, en su tumba, rodeada de una naturaleza desbordante, no dudaba de que su hermana encontraría el descanso eterno que merecía después del horror que debía haber vivido. Su cuerpo ya llevaba bajo tierra casi dos meses, y una leve capa de musgo y verdina había ido cubriendo la superficie del montículo, marcado en sus contornos con un puñado de margaritas amarillas.

Se había negado en redondo a que la incineraran junto al resto de muertos. Y, aunque había precisado de la ayuda de Fury para cavar el hoyo, le agradecía que se hubiera mantenido en silencio y guardado sus comentarios mordaces mientras él asimilaba el duelo.

Ahora, los restos de la Señorita Ventisca reposaban en el reino vecino, cuya raza líder siempre habían detestado. Se imaginaba la sonrisita mordaz en los labios de su hermana.

El cantar de una lechuza moteada le sacó de sus cavilaciones para alzar la cabeza. Debía ser ya medianoche. Se incorporó y se sacudió las rodillas del pantalón antes de ponerse en marcha. Nunca había apreciado la melodía nocturna que componían los sonidos del bosque hasta ahora. Las hojas crujientes movidas por las ardillas que buscaban refugio, los insectos que despertaban para hurgar en busca de comida o el incesante canto de los grillos y de las lechuzas.

Recorrió el camino por el Bosque de los Suspiros con la seguridad de un nativo de Trisar. Tras varias semanas de recorrerlo al amparo de las estrellas, ese se había convertido, con diferencia, en su momento favorito del día. Cruzó la zona donde dos troncos caídos se cruzaban

entre sí y oyó el inconfundible rumor del agua. Había un par de lámparas de fuego encendidas junto a la orilla. A apenas unos pasos del arroyo, notó un movimiento fugaz por el rabillo del ojo y desenvainó la espada para parar el golpe a unos palmos de su gaznate.

—Vaya, señor Viento Durmiente, está usted progresando.

La voz de Mirah sonó divertida desde un lateral. Él esquivó la hoja que se le cruzaba por delante y giró sobre sí mismo para realizar un ataque bajo. Ella le cortó el movimiento con un gesto grácil y elegante. Sus espadas chocaron y el chirrido metálico se fundió con el de la corriente.

—Tengo una buena maestra.

Le dio un empellón, obligándola a dar un traspié hacia atrás. Ella tuvo que agacharse antes de que el filo cortante le rozara el rostro y aprovechó la posición para darle una patada. Daval sintió el ardor en la espinilla. La alux aprovechó para ponerse a su espalda y asestó una estocada que él paró. La tierra bajo sus pies crujía al son de sus pasos rápidos y cada ataque que conseguía detener le infundía más confianza.

Cada encuentro con la alux era un soplo de aire fresco y excitante. En silencio atesoraba esos instantes de intimidad que ambos compartían y se deleitaba observándola incluso más de lo que podía resultar decoroso. Le gustaba ver los movimientos de su cuerpo, que ella manejaba a la perfección como si la espada en la mano fuera solo una extensión de su extremidad. Le gustaba cómo juntaba las cejas concentrada y la arruga que se dibujaba entre ellas. Le gustaba cómo sus ojos lo buscaban en señal de aprobación cuando Daval hacía un movimiento satisfactorio. Pero admitir que le gustaban todos esos pequeños detalles era aceptar que pensaba en esa dichosa alux más de lo que había pensado en cualquier mujer humana o silfo. Y, aunque intentaba controlarlo, aquellas citas nocturnas no aliviaban el ardor que comenzaba a agarrarle la parte baja de las entrañas cuando estaban cerca. *Demasiado* cerca.

Aquella noche, como otra más, se movieron por el claro en un combate nocturno, amparados por los árboles y el arrullo del agua hasta que el sudor les perló la frente. En un momento en el que ella tropezó con una rama y estuvo a punto de caer, Daval hizo que una corriente la estabilizara, como si dos grandes manos se hubieran posado en su cuerpo con firmeza. Ella pestañeó.

—Qué caballeroso. No conocía esta faceta oculta —dijo con una

sonrisa burlona. El recogido en la nuca de esa jornada había dejado escapar unos cuantos mechones por el esfuerzo, y Daval tuvo ganas de hundir los dedos en esa melena oscura para liberarla. «No. No vayas por ahí», pensó, pero su voz tuvo un tono decididamente canalla al decir:

—¿Su majestad desea conocer mis facetas ocultas?

Ella alzó una ceja.

—Deja de coquetear para distraerme. Ese juego ya me lo conozco. —Y le asestó un golpe bajo directo casi a la entrepierna. Tuvo que saltar atrás y moverse hacia la derecha para no acabar con su hombría perjudicada.

Se adelantó. Dio un golpe bajo a uno y otro lado, un movimiento que le había enseñado Rowel, y que ella tuvo que esforzarse en esquivar. Fue entonces cuando Daval vio un resplandor extraño entre los árboles y le hizo una señal para parar. El ser tenía apariencia femenina y unas pequeñas alas brillantes. Su cara era infantil y estaba sentada en una rama con las piernecitas cruzadas y mirada de curiosidad. Jamás había visto una criatura más hermosa. Desprendía tanta pureza que incluso las hojas del árbol que la tocaban parecían estar más brillantes y frescas. Mirah había seguido su mirada.

—Es una asrai —dijo con fascinación en la voz.

En cuanto el pequeño ser notó que la observaban, se escabulló entre los árboles con una rapidez pasmosa. Pequeñas flores blancas habían brotado en el lugar donde había estado sentada y una estela dorada brillante quedó flotando en el ambiente.

La alux hizo un mohín de decepción.

—Vaya, se ha asustado. Hacía meses que no se dejaban ver. Desde que un asys asesinó a varias de ellas han estado escondidas la mayor parte del tiempo.

—Es… —Daval se acercó a acariciar la zona donde había estado sin encontrar una palabra para describirla—… increíble.

—Lo sé. Son los seres más antiguos de Elania. ¿Sabes que fueron las que esparcieron la naturaleza mágica por toda la tierra que pisamos? —Y comenzó un discurso que hizo que olvidara lo que estaban haciendo para convertirse en esa otra Mirah ansiosa por dar a conocer datos de los libros de su biblioteca. Conforme hablaba, sus alas brotaron con parsimonia de la espalda para quedar como una capa flácida y oscura por debajo de sus rodillas sin que ella apenas se diera cuenta. Como si una parte de su ser se disparara al ritmo de sus

emociones.

Daval había visto que era algo que le ocurría cuando tenía sentimientos intensos: muy entusiasmada o muy enfadada. Odiaba que mantuviera aquel pedazo de sí misma oculto, como si ese color fuera una maldición a ojos de los demás. Y casi lo parecía. Había notado las miradas de desprecio que los nobles alux le lanzaban cuando les daba la espalda. Si fueran tan listos como para mirar más allá de sus prejuicios, verían lo jodidamente bella que era. Contuvo el impulso de alargar una mano para acariciar esa parte tan magnífica y mágica, y el pensamiento prohibido le hizo tragar saliva.

Sabía que entrenar con la alux iba a ser un problema, pero no imaginaba cuánto. Esos retazos de intimidad con ella cada vez eran más difíciles. Y no porque fuera una maestra fiera, inteligente e implacable, si no por lo que le costaba mantener las ganas de reducir la distancia entre los dos. Y tener la mente fría, eso era una labor titánica.

Cada noche en aquel pequeño claro junto al arroyo, solo el bosque era testigo de cómo el aire se cargaba y caldeaba por su culpa. Aunque dominaba sus poderes de silfo a la perfección, le costaba que una chispa de su tensión interna no se escapara para afectar en el ambiente. Justo ahora, vio cómo una pequeña brisa revolvía los mechones junto a las sienes de la alux, como si a su poder le desquiciara no tocarla tanto como a él.

—Eh, relájate —dijo ella, atrapando uno de los mechones y colocándoselo tras la oreja—. Ya me callo. ¿Seguimos o necesitas un descanso?

Lo que necesitaba era recorrer con la boca aquel cuello largo y bronceado.

Entrecerró los ojos un instante y se lanzó a un ataque repentino con el fin de alejar de su cabeza todos esos impulsos estúpidos. Ella soltó una risita cuando esquivó y fintó para tomar la iniciativa del ataque.

—Eres muy predecible, silfo.

«Con que predecible, ¿no?».

Giró, soltó dos envites rápidos y salvajes, pero ella le desarmó con un giro de muñeca. Su rostro dibujó una mueca de satisfacción que él borró con un soplido brutal que le arrancó la espada de la mano. Mirah abrió los ojos.

—Empate —dijo.

Pero él, tras una zancada, la empujó contra un árbol. Su espalda chocó contra la rugosidad del tronco, pero ella no se quejó, aunque soltó un gemido de sorpresa. Estaba tan cerca que podía ver el brillo de sus ojos clavados en los suyos.

—No. Yo gano —murmuró Daval con voz ronca y bajó la mirada un instante a su mano para que ella lo siguiera. Se las había arreglado para sacar del cinturón la arcóbriga que ahora siempre llevaba encima. Un juego de manos que había aprendido en todos sus años en las calles de los peores suburbios de Tefalén.

Notaba su cuerpo tenso como la cuerda de un laúd junto al suyo y el corazón se le había acelerado. Su voz fue un murmullo al decir:

—Para matarme deberías apuntar más arriba.

Daval negó con suavidad. Su mano descendió un poco más hasta situar la punta de la daga cerca de su muslo interior. El pantalón fino que ella se ponía para sus prácticas definía la forma suave de su pierna bajo la tela. Todo el aire pareció cargarse de erotismo de repente.

—¿Tantos libros leídos sobre sanación y su majestad ha olvidado dónde está la arteria femoral? —Vio cómo ella tragaba saliva y sus ojos negros se posaron en su boca cuando él se pasó la lengua por el labio inferior—. He visto a algunos morir por una puñalada en esta zona. Se desangran en minutos.

—No he tenido el placer de comprobar tales artimañas. —Y tuvo la maldita capacidad de imprimir a su frase un tono tan sensual que hizo que él se tensara aún más y notara la boca seca. Sus alas permanecían visibles, formando una capa oscura a su alrededor que comenzaba a tensarse.

Fue como si el tiempo se detuviera mientras los dos se miraban. Distinguió el hambre y el ansia en esos pozos negros. Hizo acopio de todo su autocontrol para alejarse, pero, justo cuando se separaba, ella se inclinó y rozó sus labios con los suyos. La caricia fue tan intensa que cerró los ojos en un intento de dominarse y jadeó contra sus labios. ¿Cómo podía sentir tanto con tan poco? En una ocasión normal, habría tomado su boca sin contemplaciones, como antaño. Pero no quiso ser tan desgraciado como entonces. Podía ser alguien mejor que eso. Resolló e hizo acopio de todo su autocontrol para afianzarla con la mano libre contra el tronco. Vio la incertidumbre y la inseguridad que sembraban sus ojos.

—Mirah… —No quería que pensara que la estaba rechazando

cuando hasta notaba el hormigueo de sus dedos por no tocarla—. Será mejor que *esto* no suceda. —Vio la decepción en su gesto y sacudió la cabeza. Notaba la palpitación de su corazón bajo la mano que la anclaba contra el árbol e intentó explicarse—. No quiero *aprovecharme* de ti.

Ella se quedó en silencio y negó con suavidad con la cabeza. Su mirada se enardeció. Y él lanzó la última fuerza de su resistencia:

—Si me sigues mirando así, no podré parar.

—Pues no pares.

Una de sus manos lo atrapó por la nuca y lo atrajo hacia ella. Se unió a su boca con ansia, como si necesitara ese hálito para respirar. El beso se volvió voraz y hambriento. Daval dejó que ella llevara la iniciativa, pero, cuando su lengua se coló en su interior para explorarlo, soltó un gemido ronco desde la garganta y sintió que se encendía. Lanzó la daga a un lado y, con las manos libres, dejó que se deslizaran por su cintura para clavarse en su piel a través de la tela. Notó los músculos de su abdomen bajo las manos y dejó que estas se lanzaran a unas caricias furiosas por encima de la tela. Le sorprendió que el contacto con su boca fuera al mismo tiempo extraño y conocido, como si fueran dos partes destinadas a encontrarse. Una brisa caliente brotó entre sus cuerpos para lamerle la piel, como si besarla con la boca no fuera suficiente. La conciencia se le nubló mientras sus lenguas se entrelazaban en un baile tan rítmico como el de sus entrenamientos.

Una de las manos de ella se coló bajo su camisa para dibujar la forma de su espalda. Cada roce era tan intenso que notaba cómo su poder se cargaba como un arco dispuesto a disparar. Cuando la boca húmeda de ella descendió por su mandíbula al igual que sus manos a la parte baja de la espalda, soltó un gruñido y le atrapó las manos para inmovilizarle las muñecas contra el tronco a ambos lados del rostro. El gesto solo hizo que ella gimiera. Él inclinó la cabeza y, con una sonrisa lobuna, le mordisqueó con los dientes el labio inferior.

—Joder. Va a volverme loco, majestad.

Invadió su boca con una desesperación contenida en todos esos días atrás. Su sabor era suave y dulce. Notaba el sabor de la crema de almendras del postre tras la cena aún en su paladar, y ella protestó para liberar las manos en un intento de tocarle.

La dejó hacer y, cuando sus manos se enredaron en su pelo, bajó la mano para aferrar uno de sus muslos y levantarlo para rodear su

cadera. La proximidad a su entrepierna hizo que ella notara su dureza y gimiera contra sus labios. Protestó cuando ella se separó de su boca para girarle la cara hacia un lado. Sus labios recorrieron su mandíbula hasta el cuello dejando un reguero de saliva deliciosa y caliente. Ahogó una exclamación por lo bajo. Esa maldita alux era puro fuego.

Él dejó que una de sus manos le bajara el hombro de la camisa para dejarlo al descubierto y siguió el recorrido del colgante con dedos ágiles para acariciarla sobre la ropa interior. El gemido de ella le hizo estremecer. Sin pensarlo, llevó la otra mano a su pelo, y de un tirón le deshizo el recogido. La cabellera oscura cayó sobre sus hombros y ese único mechón de pelo rubio le hizo cosquillas en la mejilla. Cuando la intensidad del momento hizo que bajara la cabeza para recorrer con la lengua el camino desde su yugular hasta la parte superior de los pechos, constreñidos en un top de lino blanco, sus alas se desplegaron de una sacudida de placer.

Eso le excitó aún más. Se incorporó y, llevado por el deseo, llevó una mano a su espalda para acariciarle una de esas extraordinarias falanges que notó dura y tersa contra sus dedos. Y, entonces, ella lo empujó hacia atrás.

La miró desconcertado.

—Lo… lo siento —murmuró ella y recogió sus alas con rapidez. Como si no pudiera permitirse ese instante de vulnerabilidad. Se pasó una mano por el rostro. Allí, con un hombro de la camisa bajado, el pelo desordenado y los labios hinchados y enrojecidos por sus besos, era una de las imágenes más sensuales que había visto en su maldita vida. Ella siguió intentando darle una explicación—. No me gusta que me las toquen. Son… En fin. —Hizo un gesto con la mano sin saber qué más decir y se subió la manga de la camisa.

Sin mediar palabras, ambos supieron que la tensión del momento se había disipado.

—Créeme, más lo siento yo —murmuró él.

La sonrisa de ella fue fugaz.

—Me he dejado llevar —admitió y sus mejillas le decían que tenía toda la sangre concentrada allí en ese instante—. Siento haberte… *atacado*.

Daval levantó una ceja.

—Ojalá todos los *ataques* fueran así.

Intercambiaron una sonrisa cómplice.

—Supongo que necesitaba relajar tensiones —dijo ella como si

quisiera correr un velo ante el asunto y Daval se encogió de hombros.

—No voy a oponerme a que me usen como relajante si ese es el método, su real majestad —dijo con una mueca pícara—. Aunque me sorprende que escojas a un vulgar silfo en vez de a uno de esos elegantes alux de la corte.

—Tienes tu atractivo, aunque seas un pendenciero.

—Vaya, pensaba que me enseñabas solo porque era un…, ¿cómo lo llamaste? Oh sí, *activo importante* para la causa.

Ella se acercó para recoger su espada del suelo y entregársela mientras se guardaba la suya en el cinto.

—Y ese activo debe irse a dormir para recuperar fuerzas.

Una forma elegante de dar por zanjado el asunto. Se despidió con fugacidad y él se quedó allí, intentando que todas las partes de su anatomía se calmaran lo bastante como para poder caminar. Pero no iba a engañarlo. Aunque deseara restarle importancia, ese jodido momento había sido tan intenso para ella como para él.

7

Ymara suspiró. Esa mañana habían tardado casi siete horas solo en llegar hasta el punto de partida para seguir con la búsqueda. Tuvieron que dejar los caballos a mitad de camino, pues la frondosidad del bosque hacía imposible continuar a galope. Esa misma frondosidad que les había impedido seguir el rastro desde el aire, algo que hubiera acelerado mucho más todo el proceso.

Ahora, internados en esa bóveda verde, Ymara se arrebujó en su capa ante la leve brisa que movía las ramas de los árboles. No estaba acostumbrada a semejante clima y quizá era lo que peor llevaba. Miles, por su parte, enfundado en su coraza militar, esa que no parecía abandonar ni para liberar el bajo vientre, no debía sentir tanto el aire frío.

—Mierda. Ya hemos pasado por aquí —dijo él de pronto y tocó una marca en un tronco—. Hemos vuelto al mismo sitio de esta mañana.

Ymara miró a su alrededor y reconoció el terreno.

—Es cierto. —Le costó darle la razón, pero suspiró y se sentó sobre una roca con los brazos cruzados—. ¿Qué hacemos? Llevamos días sin seguir un rastro claro y, conforme nos acercamos al este, las horas de luz cada vez se nos hacen más insuficientes.

—Algo se nos escapa.

Miles no le dio tiempo a que preguntara qué se suponía que se les escapaba cuando aleteó para escurrirse entre las copas de un árbol hacia el cielo. La rotura de su ala en la batalla, ya cicatrizada, le había dejado un espacio abierto en la falange que al parecer no le molestaba demasiado al volar.

Ymara se encogió de hombros y agradeció el instante para descansar. Se quitó las botas para estirazar los entumecidos pies. Al alzar la vista, se sintió observada, aunque no vio a nadie.

—Miles… —fingió en voz alta con un leve temblor—. Vamos, no hace falta que te alejes mucho para afilar la espada.

Esperaba que su frase disuadiera a cualquier alimaña con malas intenciones. Unos pasos se acercaron haciendo crujir alguna rama por la derecha. Volvió a llamar a Miles, pero no había rastro de él. Ese imbécil se largaba en el momento más inoportuno. Podía ser un blemio, ya que estaban cerca del hábitat de los mismos, o podía ser un demonio, escondido del sol entre los árboles. Cualquier expectativa era mortal, así que se elevó sin siquiera ponerse el zapato para echar a volar, y, de repente, una figura menuda apareció ante sus ojos. Aliviada, volvió a posar los pies en el suelo al ver al niño.

—Hola, ¿quién tú? —dijo él con una voz alegre.

Pestañeó.

—Supongo que querrás decir: ¿quién eres tú? —lo corrigió.

Él asintió con una sonrisa, como si lo que acabara de decir fuera bastante divertido.

—¿Quién tú eres? —repitió.

Ella se echó a reír y se acercó.

—Me llamo Ymara. —Extendió la mano, aunque él no se la estrechó—. ¿Y tú?

—Pum.

—Un nombre… *curioso*, desde luego.

El niño se rio a carcajadas. Era humano y tenía un pelo rubio pajizo bastante desgreñado. No se asustó cuando Miles descendió entre los árboles y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y este niño?

—Se llama Pum.

Miles se giró hacia ella.

—¿Pum es un nombre?

Ymara tuvo ganas de darle una buena colleja, pero el niño no pareció ofendido y se dedicó a correr en círculos mientras repetía: «Pum, Pum, Pum. Nombre, nombre, nombre», entre risotadas. Ella se tocó la barbilla pensativa.

—Quizá sepa algo —le dijo a Miles sin apartar la mirada del pequeño—. No debe vivir lejos de aquí, puede que viva también en el bosque, como nosotros.

Él meneó la cabeza, contrariado.

—Pero míralo, es obvio que le falta un tornillo.

El niño pareció corroborarlo al decir:

—Pum bien.

La sonrisa del pequeño se ensanchó, pero Ymara no iba a darse por vencida.

—¿Has visto algo tú allá arriba? —le dijo a Miles—. ¿Alguna pista?

Él negó con la cabeza.

—No, hacia el sur solo hay acantilado y al este más acantilado. Sería un suicidio…

Ella no esperó a que terminara y se volvió hacia el niño.

—Pum, cielo. —Se esforzó en poner un tono dulce, aunque no era una amante de los críos—. ¿Vives solo? ¿Tienes una casa?

Él se acercó a coger unas cuantas ramas del suelo antes de decir:

—Pum y papá juntos.

—¿Nos quieres llevar con tu papá?

—Esto es una soberana estupidez, Ymara —dijo Miles exasperado.

Pero se calló cuando el niño les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran entre los árboles. Ella no se molestó en ponerse el zapato, pero lo recogió antes de seguirlo. Oyó el bufido del comandante a su espalda, como si no tuviera ya motivos para atizarlo con el zapato en la cara.

Aunque Pum llevaba los brazos llenos de ramitas, al ponerse en movimiento les costó seguirle el ritmo. No había duda de que se había criado allí y era su medio natural. Saltaba, se agachaba, esquivaba unas ramas y corría mientras seguía con su retahíla: «Pum, Pum, Pum. Nombre, nombre, nombre». Miles e Ymara tuvieron que replegar las alas para poder seguirle en su frenético avance.

—Maldita seas, Ymara, vamos a perder todo el rastro.

Ella le calló. Estaba harta de seguir siempre sus órdenes y, por una vez, iban a hacer lo que ella quisiera. Tras unas ramas, perdió al niño de vista, se agarró con una mano al tronco para agacharse por debajo y llegar al otro lado. Pum la esperaba con una sonrisa, tras él se erguía una cabañita en el espacio entre varios árboles.

Era una construcción sencilla hecha de madera con el techo cubierto de barro seco y hojas. A un lado había una cubeta oxidada con agua sucia y Pum se acercó a beber dejando caer los troncos apilados al lado.

—Pum, ¿ya has vuelto? —Una voz ronca sonó desde dentro de la casa.

Miles llegó junto a Ymara y ambos intercambiaron una mirada sin

saber cómo presentarse. La puerta de la cabaña se abrió.

—Has tardado poco, niño, seguro que…

El hombre se calló al advertir a los desconocidos y su instinto fue retroceder y pegar la espalda a la puerta. Pum se acercó a él y le echó todas las ramas que llevaba delante de los pies. Él no apartó la vista de los recién llegados mientras Ymara se aclaraba la garganta.

—Disculpe si lo hemos asustado, nos hemos encontrado con su hijo y…

—Este tarugo no es mi hijo —dijo él cortante—. Márchense, aquí no hay nada que pueda interesarles.

Los ojos del tipo brillaron. No era silfo, pero tampoco humano. Y, a pesar de que su pelo grisáceo revelaba que era entrado en años, tenía un tono muscular bastante curtido por la vida en el bosque. El hombre los ignoró a propósito para centrarse en examinar las ramas esparcidas.

—Menuda mierda has traído —se quejó—. ¿Qué piensas que puedo hacer con estas ramas enclenques? Solo se puede hacer esto. —Acto seguido, cogió una y arreó con ella al niño en un brazo. Él, sin embargo, se rio y corrió fuera de su alcance mientras chillaba: «Pum, Pum, Pum. Mierda, mierda, mierda».

—¡Eh! No haga eso —dijo Ymara, avanzando para ponerse delante del niño, el cual se perdió entre los árboles.

—¿Cómo no le voy a pegar? ¿No lo ve? Es la única forma de hacerle entender. —Pareció mirarla por primera vez y debió gustarle lo que vio porque sus rasgos se suavizaron—. Mi señora, el niño es mi sobrino, pero es tonto, nació así.

Miles aprovechó el cambio del hombre para preguntarle.

—Buscamos pistas de…

—Militar, ¿no? —El hombre le cortó—. Los de su calaña siempre haciendo preguntas antes de colocarte una espada en el gaznate. Malditos sean todos… —Comenzó una retahíla con un hablar atropellado—. Por eso me vine al bosque, estaba harto de vosotros. Malditos puercos. Hasta los blemios son mejores, escoria. ¿Qué os ha dado ahora a los alux por venir por aquí? ¿Se os ha quedado pequeño vuestro bosque? Malditos…

Ymara lo detuvo tocándole el brazo.

—¿Ha visto a otros alux por aquí?

El hombre la miró, había una nota oscura en sus ojos, después asintió.

—¿Cuándo?

—No sé, vivir en el bosque hace que midas el tiempo de otro modo. Unas semanas, quizá.

Pum apareció de nuevo entre los árboles y describió varios círculos alrededor de la cabaña: «Pum, Pum, Pum. Tiempo, tiempo, tiempo». Ymara no se dejó distraer por su cántico irritante, pero una parte de su mente pensó que se volvería loca si tuviera que convivir con él a diario.

—Estaba oscuro, pero sé que era un grupo grande. Mi vista ya no es la que era, aunque sabe apreciar las cosas bonitas. —Le dedicó un guiño de ojos—. Creo que eran hembras, aunque no les vi las alas, pero no iban solas, yo…

Se cortó y su rictus cambió a enfadado de forma instantánea. Ymara, que había comenzado a sentir que iban por buen camino, frunció el ceño. Había algo raro en aquel hombre, pero no sabía qué. Sin mencionar nada más, él se giró y alimentó las brasas restantes de un fuego casi extinguido. Intercambió una mirada con Miles y este se encogió de hombros. Se acercó al hombre que se había agachado y le daba la espalda. Tragó saliva antes de hablar.

—Las alux iban acompañadas de demonios, lo sabemos.

Su tono había cambiado:

—No sabéis nada, malditos alux.

Todo sucedió rápido. El hombre cogió un puñado de brasas con la mano y lo lanzó contra ellos. En el aire, las brasas se transformaron en espinas punzantes y luego en serpientes negruzcas. Ymara reaccionó para tirarse a un lado con un grito antes de que Miles se abalanzara sobre él tras sacar un cuchillo del cinto. Se situó encima del hombre y le apoyó la punta del puñal en la mejilla.

—Me has quitado las ganas de preguntar, chamán —le dijo—. Porque es eso lo que eres, ¿no?

Ella se incorporó aún con la vívida imagen de las serpientes en el aire. Un chamán. Nunca había conocido a ninguno, pero de pequeña su madre le había contado alguna historia sobre ellos. En un tiempo fueron humanos, pero mezclaron su alma con un demonio a cambio de ciertos poderes. Los chamanes no eran seres de fiar, capaces de crear visiones para aterrorizar y confundir; tras la caída de Haya Donek y de sus secuaces, la mayoría había desaparecido. O eso habían creído, igual que con los asys.

—¿A dónde se fueron? —preguntó Miles.

Pum se había quedado quieto un poco más alejado, seguía ordenando las ramitas en el suelo, como si no hubiera pasado nada. Su tío les dedicó una mirada de desprecio, pero después cambió a esa expresión tranquila de antes.

—Por el acantilado. Se fueron por mar.

Ymara abrió la boca. ¿Cómo no lo habían pensado antes?

Miles no parecía compartir su opinión.

—Mientes. Es imposible que…

—No es imposible, Miles —interrumpió ella—. Por eso no hemos podido seguir el rastro.

—Pero ese acantilado es un suicidio. No tienen alas, Ymara, tú misma viste cómo…

—Puede que haya algún camino escondido. —Se mordió el labio, pensativa—. Y deben de tener barcos. Son más listos de lo que parece, ¿no?

El alux lo meditó con los labios fruncidos, después asintió. El anciano volvió a hablar, su tono había cambiado de nuevo. Oscuro y dañino, hizo que a Ymara se le pusieran los pelos de punta.

—Cuando despierte, todos caeréis. Y nosotros nos haremos fuertes, mucho más fuertes. Vuestra muerte será el inicio de nuestra nueva vida.

Rio, con una risa desbocada parecida a la del niño, pero mucho más siniestra. El cuchillo de Miles ni siquiera hizo ruido cuando le cortó la garganta. Ymara abrió los ojos por la sorpresa al ver la sangre rojiza que manó a chorro. En sus oídos aún resonaba el sonido de su risa.

Miles limpió la hoja del cuchillo en el pantalón del hombre sin mediar palabra y se levantó.

—Comprobemos lo del acantilado. Si lo que dice es cierto, habrá huellas.

Ymara asintió, aún abrumada. Desvió la vista hacia el niño, que seguía entretenido entre las ramas. Su mente ida no había reaccionado a la muerte de su tío y parecía hablar solo en voz baja.

—¿Y el niño?

Miles se encogió de hombros.

—Se las arreglará —dijo.

Ella no rebatió su respuesta, pero sintió una punzada al saber que lo dejaban solo tras haber matado a la única persona que conocía. Quién sabe, quizá incluso le hubieran hecho un favor. Miles le hizo un

gesto para que echaran a volar. Él se elevó y, antes de seguirle, ella le dedicó una última mirada al crío. El pequeño levantó la vista y pronunció una última retahíla:

«Pum, Pum, Pum. Muerte, muerte, muerte».

8

Rowel se llevó una mano al entrecejo fruncido para masajeárselo mientras uno de sus hombres salía corriendo en busca del doctor Remín. El alux sangraba de una herida en el brazo que, aunque no era profunda, sí era escandalosamente sangrante. Lo oyó gemir como si acabaran de abrirle de par en par las entrañas y tuvo que controlarse para no decirle que dejara de dramatizar.

—Pero si apenas es un poco de sangre, señor Rowel. ¿Por qué llora como un bebé?

Esas palabras viniendo de una renacuaja a la que todos por allí sacaban varias cabezas solo consiguió que el alux herido la fulminara con la mirada.

—El resto, continuad —ordenó con un suspiro y le dio un empujoncito a la niña spirit en el hombro para alejarla unos pasos—. Quera…, no puedes decir siempre todo lo que piensas —la reprendió.

Sus inmensos ojitos claros, más brillantes que algunas gemas preciosas, se entrecerraron de desconcierto.

—¿Por qué?

—Porque está mal.

—Entonces, ¿debo decir siempre lo contrario de lo que pienso? Eso es mentir. —Se rascó tras una orejita antes de ponerse las manos en las caderas y mirarlo—. Mis padres decían que mentir está mal. —Una sombra de sospecha cruzó sus ojos—. ¿Usted miente cuando me dice que hago un movimiento bien? ¿O cuando le dijo al señor Daval que todos estos alux son una panda de endebles sin sangre? ¿O cuando le dijo a una de las señoritas rubias que cocinan en palacio lo bella que estaba en aquel rincón la otra noche?

—¿Cómo diablos sabes tú…? —Se calló y se pasó una mano por la cara. La perspicacia de la cría le echaba años encima. Y, por desgracia, esa inteligencia y capacidad de observación solo conseguían que la

quisiera más. Maldita sea—. No todo es una mentira, Quera. Y no todas las mentiras son malas. Quédate con eso.

Eso solo pareció desconcertarla más. ¿Cómo explicarle lo complicada que era la vida? ¿Y mucho más las relaciones sociales? Aunque, a juzgar por cómo ella se metía a todos en la palma de la mano, la capacidad de socializar no iba a ser problema cuando fuera una adulta. Si es que llegaba a serlo.

Una capa de negatividad se cernió sobre sus pensamientos, algo que ocurría de vez en cuando desde aquella batalla que parecía haberse desarrollado hacía años. Miró a todos los allí congregados. Sus hombres ayudaban a los alux y spirits a aprender unas nociones básicas de lucha, pero, con la falta de actitud general, la tarea estaba siendo tediosa.

No todos eran un desastre. Había algunos que destacaban sobre el resto y que quizá tuvieran alguna posibilidad en caso de peligro. Aunque no en el caso de un *peligro* muy concreto. Acarició la empuñadura de su vieja espada en el cinto. Estaba poco afilada y era bastante pesada, pero había bastado para sentenciar la vida de algunos ladrones de poca monta o de algún traidor a la corte del fallecido Tuso.

¿Pero ahora? Ahora era un trozo inservible de metal que jamás arrancaría la vida a un asys.

Después de toda una vida de enseñanza militar, era la primera vez que se enfrentaba a un enemigo que no podía matar, y ese mantra se repetía en su cabeza en cada jornada. ¿Y aquellos infelices? Aunque tuvieran las armas adecuadas, jamás alcanzarían la destreza de su ejército a tiempo para un nuevo enfrentamiento.

Podría haber abandonado el reino hacía tiempo, pero una parte de él era incapaz de alejarse de allí. Nunca había salido de Tefalén, pero ahora había descubierto que la sencilla rutina en Trisar para volver a una seminormalidad después de tanta desgracia le gustaba. En La Ratonera, estaba acostumbrado a esa vida anodina, gris y cuadriculada, pero en el reino alux todo era color y amabilidad. Salvando las distancias con los aristócratas, que lo miraban por encima del hombro por ser humano, había aprendido a gozar de la compañía de algunos otros alux y spirits.

Le había costado ver más allá de los estereotipos, de ver como iguales a los spirits, unos seres que en Tefalén solo se dedicaban al servicio, pero convivir con ellos tanto tiempo había roto con todos sus

ideales de esa vida anterior. Aquí se sentía más libre que en todos sus años liderando las fuerzas de Tuso, y eso era gracias a la reina Mirah.

La alux se había convertido en una mandataria justa y racional a pesar de su abrupto ascenso al trono. Admiraba esa fiereza que la llevaba a querer pelear, a buscar soluciones, a no quedarse reclinada en un sofá con unas pastas. Había conocido el reinado basado en el miedo de su antiguo rey, pero esta nueva perspectiva era mucho más satisfactoria. Aunque su ejército y él mismo pertenecieran al trono de Tefalén, estaba dispuesto a ponerse a las órdenes de Mirah de forma permanente. De todas formas, el panorama político seguía siendo un caos en el reino vecino y los pocos rumores que les habían llegado no habían traído ningún nombre que hubiera tomado el trono.

—A este paso no quedará ninguno vivo, humano.

Conocía la voz. Vio la figura corpulenta de Fury a su lado, quien ahora revolvía el pelo de Quera con una mano mientras ella soltaba un quejido travieso. Rowel suspiró.

—No tengo la culpa de que sean tan torpes.

—Quizás debas volver a las espadas de madera —sugirió Fury—. ¿Cuántas visitas ha hecho ya el doctor Remín al campamento?

—Quince. Bueno, dieciséis con la de hoy.

Fury ahogó un gruñido. Llevaba un saco colgado a la espalda y sus músculos estaban en tensión por el esfuerzo de cargarlo, aunque no parecía sufrir por ello. Desde luego, el maldito spirit tenía mejor tono muscular que muchos de sus hombres. Tenía más cuerpo de guerrero que de herrero, pero se calló el comentario.

Lo vio dirigirse a una de las mesas donde afilaban y adecentaban las armas de combate y dejó caer el saco sobre ella. Lo siguió y Quera se acercó a su vez con pasitos gráciles para contemplar cómo desenvolvía con mimo una docena de espadas nuevas. Rowel cogió una y la desenvainó para analizarla. La pulcritud de Fury a la hora de hacer armas era tan perfecta que era inevitable admirar cada pieza, tanto como obra artística como instrumento para liquidar.

Fury palmeó la mano inquieta de Quera cuando intentó coger una y ella hizo un mohín frustrado.

—No tienes edad suficiente.

—Nunca tengo edad suficiente, señor Fury —se quejó—. ¿Cómo voy a defenderme si alguien me ataca sin una espada *de verdad*? —Sacó la réplica de madera que siempre le permitían llevar y la tiró sobre la mesa.

—Nadie va a atacarte aquí, Quera.

—¿Estás seguro? —Fue evidente para todos que aquella afirmación no se sostenía, y ella fue capaz de imprimirle a la pregunta un tono tan burlón que él tensó la mandíbula.

—Es la hora de la lección de lectura —dijo Rowel, intentando suavizar el ambiente—. La reina Mirah te tiene que estar esperando, jovencita.

La niña se dio la vuelta y se alejó a pequeñas zancadas sin ni siquiera decir adiós.

—Por Aleph, espero estar muerto cuando sea adolescente —dijo Fury con un mohín.

—No tendrás esa suerte, spirit.

Y ambos intercambiaron una mirada cómplice. Las charlas que habían compartido algunas noches habían hecho que limaran asperezas. Rowel había llegado a apreciar sinceramente al herrero, que, bajo aquel pecho grandote, escondía un corazón bonachón y generoso.

—Llevas días sin venir a la taberna.

Fury lo miró de reojo un instante mientras seguía revisando las espadas.

—He estado ocupado.

Y no lo dudaba. Aunque las últimas tres semanas cada vez se dejaba ver menos por el campamento de entrenamiento y por palacio, a excepción de las reuniones establecidas.

—¿No has encontrado a nadie que escuche tus peroratas terribles sobre formación militar? —repuso el spirit con un deje burlón.

—Me temo que a nadie tan insufrible como tú. Y Daval tiende a desaparecer por las noches últimamente.

Notó una sombra que cruzaba su mirada al tensarse, pero al poco se giró para coger una de las últimas espadas del lote que estaba envuelta casi con más mimo que las demás y se la tendió.

—Un regalo —dijo—. No te acostumbres.

Rowel cogió lo que le ofrecía para desenvolverlo. Era una espada corta con el mango de bronce pulido y unas sencillas franjas lineales en la empuñadura. La sacó de la vaina y se alejó para ejecutar un par de movimientos en el aire. Era ligera y muy afilada. Jamás había tenido una espada tan precisa entre las manos, y el gesto le conmovió.

—Vaya, ¿quieres que me case contigo o qué?

Fury soltó una carcajada y Rowel le dio un manotazo en el

hombro. Su cara se contrajo de dolor y él le levantó el cuello de la camisa antes de que pudiera negarse. Tenía una herida larga y fresca allí.

—No es nada —dijo ante su mirada inquisitiva—. Un accidente en el taller. —Pero Rowel notó algo extraño en su tono al pronunciar esas palabras. Fury continuó—: Es hora de que jubiles esa vieja baratija y tengas la espada que merece un general.

En ese instante, uno de sus hombres llegaba acompañado de Remín.

—Perdón por la tardanza —dijo el doctor real en cuanto pasó junto a ellos. Tenía un brillo en los ojos casi contagioso—. Su majestad, el rey Edur, ha despertado.

—Al fin —dijo Rowel—. ¿Tiene alguna secuela?

—No lo parece, aunque aún tendré que examinarlo con más detenimiento.

—¿Ha avisado a Mirah? —preguntó Fury. Su voz fue mucho más ronca que hacía un instante y tenía la mirada perdida en los hombres que entrenaban por delante de ellos.

Remín negó con la cabeza.

—Su majestad la reina irá corriendo en cuanto se entere. Y es mejor dejarle descansar. Su cerebro aún tiene que procesar ese letargo en el que ha estado sumido todo este tiempo. —Se recolocó el asa de su morral médico en el hombro—. ¿A quién tengo que coser hoy?

Rowel lo acompañó hasta donde estaba el alux herido y se giró. Fury se había marchado sin ni siquiera despedirse.

* * *

—Y Aleph no tenía *racimos* para…

—Razones —corrigió Mirah.

—Eso —dijo Quera con la vista puesta en el libro—. Razones para no aliarse con los demás reyes de Elania que según el Tratado de… —Paró de pronto para mirarla—. Puff, odio la historia, reina Mirah.

La alux levantó una ceja.

—No siempre aprendemos lo que queremos, Quera. Sigue.

—El Tratado de los Elementos que se instauró en el año… —Se detuvo de nuevo—. ¿El señor Daval puede crear rayos?

El cambio brusco de tema la tomó tan de sorpresa que dejó caer la vela sobre la mesa, la misma que había encendido cuando comenzó a

ponerse el sol hacía un rato. Quera la recogió y la volvió a colocar en el soporte con tranquilidad. Por suerte, no se había apagado.

—¿Por qué me preguntas eso? Yo qué sé si el señor Daval puede crear rayos.

Quera se encogió de hombros.

—Pensé que, como sois amigos y volvéis del bosque tan tarde todas las noches, lo sabría.

Mirah sintió que enrojecía de cabeza a pies.

—Espiar está muy mal, señorita.

—No espío, reina Mirah —se quejó ella, volviendo a tratarla con ese tono formal—. Solo soy observadora, como usted me aconseja que sea siempre.

Ella bufó. La pequeña granuja era capaz de volver contra sí misma sus propias palabras.

—Pues no lo seas tanto. Lo que hagamos el señor Daval y yo no es de tu incumbencia. —Le señaló la línea por la que iba—. Pórtate bien, termina ese capítulo y te enseño ese libro de ilustraciones de antiguas torturas medievales que tanto te gusta. —Su cara pasó de la dulzura a la maquinación y bajó la vista al libro de forma automática—. Bien. Vamos.

Mientras la spirit continuaba la lectura con pequeñas pausas y ella le corregía algunas pronunciaciones, su mente se posó en ese comentario sobre sus encuentros nocturnos con Daval. No le importaba un comino lo que la corte opinara de sus actividades, pero tampoco quería ser parte de la comidilla que distrajera sus cabezas de las prioridades más acuciantes.

Sin querer, el carnal momento vivido con el silfo le empapó la mente de imágenes libidinosas.

Había empezado sus prácticas de combate con él porque de verdad pensaba que lo necesitaba, pero, conforme los días pasaban e iba aprendiendo, ella comenzó a alargar sus lecciones señalando como erróneos algunos movimientos que él ejecutaba a la perfección. Lo cierto es que disfrutaba con su compañía, con los breves momentos donde se quitaba esa máscara para contarle alguna anécdota sobre sí mismo y con esos comentarios de abierta coquetería que habían ido en aumento.

Aunque en un principio pensó que el silfo no era más que uno de esos truhanes acostumbrados a romper corazones para llenar su cama, poco a poco, notó que aquella atracción que nacía entre ambos iba

más allá de su actitud sinvergüenza.

La tensión había aumentado hasta el extremo de que, en sus prácticas, cada roce de su cuerpo con el de ella enviaba una señal clara a sus más bajos instintos. Quería gritar porque la tocase de todas las formas posibles. ¿Por qué diablos reaccionaba así su cuerpo? Hacía mucho que no se había sentido tan atraída por alguien, e incluso había llegado a pensar que esos primeros años de ardor sexual de su adolescencia alux habían agotado todos sus deseos.

Qué equivocada estaba.

Aquel instante en el que se había dejado llevar en el bosque le había demostrado que ese maldito silfo era capaz de meterse bajo su piel como una brisa ardiente.

Casi pierde la razón cuando notó la misma necesidad en él. El anhelo. La lujuria.

Se pasó una mano por los labios al recordar sus besos voraces.

Maldición, era imposible olvidar a alguien que besaba así.

Por mucho que hubiera querido aparentar cierta normalidad entre ambos, ya habían pasado cuatro noches desde aquel momento y no había podido dejar de pensar en cada maldito detalle. Tampoco había querido acudir a una nueva lección, cuando no estaba segura de cómo iban a reaccionar sus cuerpos. Prefería inventarse la excusa de que estaba cansada, aunque significara ver la mirada de incredulidad de él.

Aquella caricia en las alas había despertado todas sus inseguridades. Que alguien le tocara aquella parte tan íntima de sí misma era un límite al que no sabía si estaba dispuesta a llegar. Quizá estaba equivocada y no estaba preparada para entregarse a alguien.

Aun así, no podía evitar ese martilleo en el pecho cada vez que se cruzaban. Y eso que ambos habían intentado mantenerse ocupados en esos extraños días tras el encuentro. Sabía que debía hablar con él y ser franca, pero había demasiados asuntos que ocupaban su cabeza en ese instante.

—Me estás ignorando.

La voz irritada de Quera la sacó de sus pesquisas. Se masajeó la frente.

—Claro que no —la contradijo—. Es solo que hoy me duele la cabeza. —Se levantó de la silla para estirarse y mirar por la ventana. Ya había anochecido—. Vamos, tienes diez minutos para ojear ese dichoso libro antes de que vayamos a la cena y…

Alguien abrió la puerta de sopetón sin molestarse en llamar. En cuanto vio la expresión contraída de Tomen, supo que algo iba mal.

—¿Qué ocurre?

El spirit tenía los ojos brillantes y una pila de libros salió disparada de uno de los estantes.

—Majestad…

Tomen pasó la vista de la niña a ella. Pocas veces lo había visto sin encontrar las palabras, y aquello solo hizo que un puño se enterrara en su estómago para retorcérselo.

—Quera, sal. —Su tono fue tan autoritario que la niña obedeció en silencio y salió de la Gran Biblioteca con el libro bajo el brazo.

Mirah se acercó a Tomen.

—Habla.

—Mi querida niña —murmuró él y la agarró por los hombros. Pareció abrir las compuertas de algo cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y una docena de libros salieron disparados de sus lugares, aunque él no hizo ni el intento de controlarlo. Carraspeó y le anunció —: Tu padre ha muerto.

9

La tela verde envolvía el cuerpo en un abrazo y se balanceaba con el movimiento.

Fury tragó saliva con dificultad. Todo se le antojaba casi irreal en los últimos tiempos, como si estuviera en una nube de la que bajara en algunas ocasiones. Sin embargo, en aquel momento, al ver pasar el lecho fúnebre del rey, sentía los pies más en la tierra que nunca.

El rey Edur había sido un monarca ejemplar. Su sabiduría le había permitido crear un reino pacífico y equilibrado, al menos en la medida en que los altos cargos se lo habían permitido. Por eso no era de extrañar el ambiente triste y doloroso que impregnaba ese amanecer y que parecía llegar desde los asistentes hasta cada brizna de hierba en el terreno.

Una multitud, ahora mucho menos numerosa de lo que habría sido en un tiempo anterior, se había congregado formando un pasillo desde el castillo hasta la gran fuente del centro del pueblo. Muchos habían recibido la noticia apenas hacía un rato y se frotaban los ojos soñolientos y llenos de legañas. Las alux más distinguidas parecían más molestas al no haber tenido tiempo para acicalarse que afectadas por lo ocurrido. La actual reina regente, Samirah, de la casa de las Rosas, que ahora por ley pasaría a ser reina póstuma, les había negado esa diversión. Ninguna de esas víboras parecía recordar que era su padre al que había perdido.

A pesar de ser el rey de Trisar, el funeral iba a ser íntimo. Todos respetaron la decisión de Mirah de celebrar una ceremonia rápida sin demasiada ostentación. Por un lado, porque Elania ya estaba demasiado revuelta con el asunto de los demonios y, por otro, tal y como él sabía, porque ella misma se negaba a pasar por ese despliegue de falsedad hipócrita.

«Mi padre lo habría querido así», había dicho.

Y no lo dudó. Había estado presente muchas veces para comprobar la maravillosa relación que ambos mantenían, e incluso, a veces, la había envidiado. Él había perdido a su padre hacía mucho, y ya apenas recordaba lo que era sentir esa conexión con un progenitor. Había aprendido a ser, como le solía decir Rowel ahora, «un lobo solitario».

Mirah, por el contrario, aunque había demostrado que era una alux independiente, se había visto de pronto arrastrada a la soledad. Aunque había perdido a su madre y con toda seguridad a Lucy, ahora se enfrentaba al golpe más certero de todos. El que más le dolía.

Y, a pesar de que ese dolor debía de estar comiéndosela a dentelladas, allí estaba, junto a él, sin perder la compostura. Recta y enfundada en un vestido oscuro y sencillo, la corona reluciente sobre el cabello negro era el único elemento que señalaba su condición. Era incapaz de apartar la mirada del cuerpo inerte de su padre.

Cuatro soldados alux volaban a ras del suelo y transportaban la figura yacente sobre un lecho de madera y hojas. Sobre él, la tela verde de seda dejaba entrever la forma aún fuerte y vigorosa del rey, rodeado de rosas azules, como símbolo principal de sus raíces familiares.

Todos los supervivientes de Trisar habían acudido y formaban un pasillo bien diferenciado con alux a la izquierda y spirits y humanos a la derecha. El abismo de discriminación entre razas continuaba aun en los ritos más tristes. El rostro enjuto de Rowel le dedicó una inclinación de cabeza al cruzarse con sus ojos. No parecía cómodo en aquel acto formal, acostumbrado a la sencillez de las órdenes y de los movimientos de espada.

Los alux depositaron el lecho fúnebre en un espacio en el centro y todos bajaron la cabeza. El agua que brotaba de la fuente pareció cobrar intensidad ante el carácter mortuorio de la reunión a su alrededor. A su lado, Daval intentaba seguir el acto funerario a través de los susurros informativos de Quera. La pequeña guardaba las formas como si tuviera el doble de edad.

—Ahora cantan, señor Daval. —La oyó murmurar Fury—. Es la nana de la transición.

Una alux de clase alta y edad avanzada aleteó hasta el centro y, tras arrodillarse ante el lecho, entonó las primeras notas. A su alrededor, otras se le unieron y comenzaron a cantar. Conforme sus voces se fusionaban, formaron un círculo alrededor del cuerpo y se

elevaron con las manos entrelazadas y las miradas hacia el cielo. Fury entrecerró los ojos al sentir la música en los oídos. Hacía mucho que no asistía a un funeral alux, ya que su esperanza de vida lo hacía un evento, cuando menos, fortuito, y se sintió azorado.

La pena lo inundó un instante y se fundió en las voces, con la música bañándole la piel como si la levantara para reptar entre sus venas. Sin otro ruido que la cantinela, el sol iluminó el paraje y una brisa suave azotó los vestidos de las alux. Las notas parecieron penetrar a través de cada rama, de cada hoja y de cada flor del bosque, en una sonata que conectaba la vida natural con todo lo demás.

Y entonces su mente se oscureció. Otra vez.

Una presión le hizo perder el sentido de la orientación y todo se volvió negro. Su cabeza pareció achicarse, contraída a fuerza de la oscuridad que quería echar un vistazo a lo que se cocía por allí. Ni siquiera supo si fueron unos segundos o unos minutos. Cuando volvió en sí, se estremeció. Las alux seguían cantando y él se agarró el pantalón con una mano para asentar su orientación. Miró a su alrededor y solo se encontró con los ojitos de la pequeña Quera, que parecía estudiarlo con fingida inocencia. Desvió la mirada con rapidez.

Al menos, esa laguna mental no había durado mucho. No como en las primeras ocasiones.

Las primeras veces que ocurrió se dijo que era fruto del estrés y del agotamiento después de todo lo ocurrido. Siempre era igual. Un clic y su consciencia se marchaba. Luego volvía, apabullado y con la cabeza trastornada. No le había dado mucha importancia al principio, pero siempre que regresaba de esa inmediata oscuridad sentía un regusto amargo en la lengua que le hacía necesitar un trago de vino urgentemente.

Pero, conforme los días pasaban y él notaba pequeños cambios a su alrededor —cosas que se colocaban en lugares donde no recordaba haberlas puesto, retazos de conversaciones que no recordaba haber tenido, y esa constante sensación de presión craneal—, supo que algo ocurría.

Y sus sospechas lo llevaron a una terrible realidad que le costaba aceptar.

Tenía uno de esos seres en el interior.

¿Cómo había ocurrido aquella noche durante la batalla?

Al comprender la amargura de ese hecho, su primera intención fue alejarse. Pero, siempre que lo intentaba, sus pies volvían de vuelta, impulsados por las órdenes de una conciencia secundaria. Cuando intentaba contárselo a alguien, su lengua se detenía y no brotaba sonido de su garganta. Cualquier gesto que revelara el secreto que escondía era interceptado por el ser que salía de vez en cuando, como si lo usara como un mero instrumento de vigilancia. Era un traidor a su propia gente y no podía hacer nada para detenerlo.

Desde que tomó conciencia de lo que implicaba, intentaba no quedarse solo con nadie por temor a que su otra conciencia oscura decidiera hacerle daño. Y, mientras tanto, buscaba una forma de sacarlo con desesperación.

Sintió un temblor en Mirah a su lado y le colocó una mano en la espalda. Casi creyó ver un atisbo de posesión en los ojos del silfo ante ese gesto y frunció el ceño. Aunque le molestara, el acercamiento entre ambos era evidente. No era estúpido, mientras él lidiaba con esa desgraciada doble personalidad, el silfo le había tomado la delantera. Había visto cómo se miraban, joder. Y cada gesto fugaz que pescaba era como meter su corazón en la maldita fragua.

Se esforzaba por tragarse unos sentimientos que crecían día tras día, aunque sus propias emociones fueran lo último que le importara ahora. A veces, el impulso de besarla era tan intenso que se obligaba a alejarse para lograr un desahogo con unos cuantos golpes de maza que, en el fondo, dedicaría gustosamente a aquel tipo de ojos púrpura.

Suspiró al oír las notas finales del cántico de las alux, quienes bajaron para volver a su lado del pasillo. Llegaba el momento. Mirah también suspiró a su lado, como dándose fuerzas a sí misma. Le preocupaba que aún no hubiera derramado ni una lágrima.

La noticia le llegó a Fury tras una de esas lagunas mentales, una especialmente larga. En un momento estaba hablando con Rowel para darle las nuevas espadas en el campamento y varias horas después estaba en una de las calles del pueblo, cerca del castillo, pero sin destino aparente.

Cuando Rowel lo buscó poco después en su cabaña, aún sentía un dolor de cabeza que le cruzaba desde la frente a la nuca. Una vez en el castillo, ya entrada la madrugada, Fury vio cómo Mirah contemplaba el cuerpo inerte del rey, que no había perdido esa expresión tranquila que lo caracterizaba ni fallecido. Remín volvió a sollozar desde una esquina repitiendo una y otra vez que no sabía qué había podido pasar

mientras Tomen intentaba dejar de tirar objetos por toda la habitación.

Mirah, sentada junto al cadáver de su padre, le acarició la cara con dedos temblorosos sin prestarles atención. Su piel aún debía estar tibia y parecía que quería grabarse ese último tacto de vida en la memoria. Solo abrió la boca para pedir que la dejaran sola. Supuso que necesitaba despedirse de él en la intimidad. Cada persona vive y siente las fases de un duelo de forma diferente. Ella no había mostrado cambio alguno en ese rictus pétreo ni cuando la estrechó entre sus brazos. El único gesto de su contención fue sentir cómo sus manos lo comprimían con tanta fuerza que los nudillos debían habérsele puesto blancos.

Ahora, en pleno acto de duelo, la contención seguía allí mientras su figura regia enfrentaba el pasillo de seres con una rosa azul en la mano. La cojera se hizo un poco más evidente ante el peso de todas las miradas, pero ella no mostró señal alguna de debilidad y avanzó hasta el lecho de su padre. Una vez allí, con mimo, le depositó la rosa azul en el pecho y se arrodilló una última vez ante él. Después, los cuatro alux volvieron a izar el cuerpo para llevarlo por el aire hasta el bosque.

—Todos caminaremos juntos. Como iguales —anunció.

Fury alzó las cejas ante su decisión, una que no tenía precedentes en su historia. Y aún con la sorpresa en sus rostros y un leve murmullo extendido entre ambos lados del pasillo, todos la obedecieron. Los alux posaron los pies en el suelo y Mirah encabezó la comitiva. A su espalda todos se sumaron a la marcha mientras el sol iluminaba el camino que conducía al corazón del Bosque de los Suspiros, ese mismo que, en otro momento, Fury y Mirah habían cruzado comiendo pastelillos. Qué lejos parecían quedar aquellas versiones de sí mismos.

Una larga hilera de gente se sumó a la comitiva, y las pisadas mezcladas de alux, humanos y spirits acompañaron al rey a su descanso eterno. Un sentimiento los unió y algunos se lanzaron a llorar en silencio. El bosque los acogió entre sus paredes verdes y unos destellos dorados los recibieron. Fury alzó la mirada y vio a algunas asrai que, dejándose ver entre las copas de los árboles, honraban la memoria del difunto con su atención momentánea. Serían ellas las que velarían por su alma, que, a partir de ahora, descansaría en el bosque hasta la eternidad.

No había un silencio completo en el cortejo. Los pájaros piaban en

notas más graves acompañados del sonido de los insectos recién despiertos. Algunos animales asomaron la cabeza con curiosidad desde sus hogares y parecieron emitir un aviso general para el resto de los habitantes que vivían en las zonas más profundas.

El clamor llegaría a todo el bosque, saltaría de árbol en árbol entre los pájaros, fluiría con los peces por el río donde las ondinas se mesaban el cabello y escarbaría en el suelo para llegar a las madrigueras más profundas de las lombrices de tierra.

Llegados a cierto punto, la gente se disgregó. A su espalda, Quera tiró del pantalón de Daval y este la miró desconcertado.

—Señor Daval, nosotros nos quedamos aquí.

La pequeña spirit parecía conocer a la perfección todos los ritos del entierro en Trisar, quizá porque era algo por lo que había tenido que pasar muy joven al fallecer sus padres. Como mandaba la tradición, la última parte del viaje del difunto correspondía a los familiares cercanos. El rey Edur solo conservaba a su hija, y era ella la que debería caminar junto a él.

Fury se acercó para apretarle la mano. Ella se giró, casi en trance. Por primera vez en las últimas horas, rompió su máscara hermética y le dedicó una media sonrisa. Le devolvió el apretón de manos con un temblor en los dedos y no echó la mirada atrás al enfilar el camino.

En aquel punto, una vez diseminados el resto de asistentes, solo quedaron Daval y Fury, que la vieron perderse entre los árboles con un andar lánguido tras el cuerpo inerte de su padre. Los dos guardaron silencio hasta que su silueta no fue más que otro ente del bosque.

10

Daval acompañó a Fury de regreso a la ciudad.

El spirit le había insistido en dejar a Mirah en la intimidad hasta que concluyera todo el proceso, pero él no podía dejar de pensar en su imagen perdiéndose entre los árboles. Le asustaba ver esa mirada desganada y vacía que nunca había visto en sus ojos. Aunque las cosas entre ellos ahora fueran un tanto complicadas, sentía la necesidad de hacerle saber que estaba allí si quería romperse en pedazos y que alguien recogiera sus trozos para volver a recomponerla.

Era una sensación de fragilidad muy similar a la que había sentido él con Tris. Siempre había presumido de su capacidad para separar las emociones, una habilidad de la que solía estar bastante orgulloso. Sin embargo, su habitual máscara tosca se había agrietado con la muerte de su hermana de forma inevitable. Todo tiene un límite.

Contempló a unos cuantos alux que habían vuelto a sus quehaceres y transportaban una carreta con largos tablones de madera. Uno de ellos, un hombre casi demasiado rollizo como para ser alux, empujó la parte trasera del carro y un par de tablones cayeron al suelo. Bufó con fastidio y le dio una patada a uno de los tablones del suelo que le hizo soltar un quejido.

A su lado, otro alux más joven aleteó hasta él y le ayudó a cargar los tablones de nuevo en el carro. El joven soportó su ristra de quejas con estoicismo, pero Daval vio cómo apretaba los puños hasta empalidecer los nudillos. Aunque iban vestidos de forma similar, era evidente quién estaba acostumbrado al trabajo y quién no.

Supuso que aquel era uno de esos alux aristócratas relegado ahora a trabajador, quizá encargado de elevar barricadas en todo el perímetro del reino. Mirah se había asegurado de que una de las tareas principales fuera construir unas barricadas decentes para el futuro cercano. La había oído lamentarse de la mala situación

geográfica de la que gozaban y de lo expuestos que quedaban para un nuevo ataque. Por eso, desde el día posterior al ataque de los asys, la reina había sacrificado algunos de los árboles más jóvenes para poder crear un poco de resistencia. En ese tiempo, ella misma se había pasado a revisar los trabajos de vez en cuando, aunque, en el fondo, los que habían vivido el ataque de esas bestias tan de cerca como ellos sabían que no era suficiente.

El alux rollizo, demasiado acostumbrado a dar órdenes, levantó la voz al otro y le dio un empujón. El muchacho resopló y cogió él solo uno de los tablones para echarlo al carro, con los nervios de punta.

—¿Crees que se romperá la espalda solo o le *ayudará* alguien? —comentó Fury a su lado.

Su mirada también seguía al alux rollizo, que parecía haber olvidado que hasta hacía poco asistía a un funeral y ahora blasfemaba contra su compañero. Daval meneó la cabeza.

—Yo le *ayudaría* sin ningún problema —dijo.

—No lo dudo —aseguró Fury—. Hasta a mí me apetecería ver cómo una brisa repentina le hunde uno de esos tablones en la entrepierna.

—Bueno, prenderle fuego al trasero tampoco estaría nada mal —dijo Daval.

Ambos compartieron una sonrisa y, al darse cuenta, regresaron de inmediato a su actitud indiferente habitual. Daval miró hacia un lado y Fury fingió rascarse un brazo, como si aquel momento de conexión solo aumentara más la incomodidad entre ellos.

Aunque era evidente para todos que se detestaban, era inevitable que coincidieran en algunos puntos de vista, aunque en otros chocaran de forma estrepitosa. Daval se sorprendía con la facilidad que tenía su cabeza para tener listo siempre un comentario sarcástico que dedicarle. Y la del spirit no le iba a la zaga.

El ímpetu de Daval y su forma seca de reaccionar a las cosas no casaban para nada con el carácter tranquilo y afable del spirit, y, aun así, más de una vez habían evitado mirarse por encontrar cierta comunidad en el otro. Puede que en otras circunstancias hubieran sido amigos, de esos que se llevaban todo el día picándose en conversaciones ácidas como las que Daval solía disfrutar con Morty. Pero los dos tenían un punto en común que hacía esa relación bastante improbable: Mirah.

Para Daval era tan evidente que el spirit estaba enamorado de la

alux que no entendía cómo ella no lo había advertido. O puede que a Mirah no le apeteciera demasiado darse cuenta. Y la estrecha relación de los últimos días que estaba uniendo más a Daval con ella solo había conseguido levantar miradas punzantes en el spirit.

Podía soportar una tonelada de esas miradas si solo pudiera tenerla de nuevo entre sus brazos.

Joder. Otra vez.

La tórrida escena del bosque de unas noches atrás se empeñaba en repetirse entre sus pensamientos. Si bien es cierto que admitía la tensión sexual que había entre ambos, jamás pensó que fuera a más, por mucho que quisiera. Ambos venían de razas tan diferentes que era impensable algo más que una noche de placer. Era mejor que hubieran parado a tiempo porque, aunque no hubieran pasado de unos cuántos besos —y qué besos, joder—, la chispa de posesión que se había adueñado de él era inesperada. Porque, aunque hiciera suyo su cuerpo, sentía que necesitaba más.

El nacimiento de un sentimiento que jamás había experimentado era, cuando menos, preocupante. Se negaba a verbalizarlo, a admitirlo, a tomar conciencia de él.

Maldijo en silencio. Ese lado de su cabeza; ese maldito lado emocional siempre empeñado en poner nombre a todo. Él no estaba hecho para esas emociones, era magnífico para ocultarlas, pero, para el mismo arte de sentir, era un desastre. Recordó aquella ocasión, en un burdel escondido en las calles de Dehia, cuando apartó el trasero de aquella chica con brusquedad antes de subirse los pantalones. Ella lo miró con los ojos brillantes: «Maldito imbécil, eres de los que se quedan solos, ¿me oyes?». Ese día Daval aprendió que pasar más de cinco noches con algunas mujeres podía crearles ideas erróneas.

La culpa era suya. Al principio le divertía ese arte de camelarse a una muchacha hasta tenerla lista para sus necesidades, pero, con el tiempo, al notar que, además de placer, afloraban sentimientos en ellas, pasó directamente de ese proceso y eligió los burdeles como una opción más rápida y efectiva. En los últimos tiempos, hasta eso le cansaba. Se sentía vacío. Era un pozo seco que nunca nadie llenó. O que él nunca había dejado llenar. Tampoco había ayudado que su opinión sobre el resto de seres vivientes fuera cada día peor, y detalles como los de ese alux rollizo con los tablones solo la empeoraban. Pocos merecían la pena, pero Mirah…

«Oh, dioses, ella sí».

Pero ¿por qué engañarse? Ahora era una reina, ¿qué pintaba con él? Era más natural que se casara con Fury y tuvieran cinco perfectos hijos. O puede que con un alux alto y estirado como Miles. La sola idea le hizo apretar los puños. Estaba enfadado, *enfadadísimo*. Una corriente brotó de su boca al soltar el aliento y removió las cestas de verduras que cargaba una spirit. Fury murmuró algo a su lado y el solo pudo contestarle con un gruñido.

—¿Todos los de tu especie sois iguales o tú eres especialmente desagradable?

—No quieras comprobar lo desagradable que puedo llegar a ser.

Su tono había cambiado. Ahí estaba de nuevo el clásico Daval hermético, ese que llevaba tiempo sin visitarlo y que a veces buscaba pelea en una noche aburrida de taberna. Fury se llevó una mano al cinturón donde colgaba una de sus espadas de forma inconsciente, como si quisiera estar preparado en caso de que Daval decidiera atacarlo allí mismo. Y estaba tentado, sus sentimientos estaban tan revueltos que una pelea le sentaría de maravilla.

—¿Quién es? —susurró alguien más adelante.

Para su disgusto, el spirit no comenzó una trifulca y se adelantó al ver un carruaje negro que acababa de pararse cerca de la larga entrada a El Brillante. Dos caballos castaños tiraban de él y uno de ellos coceó el suelo con la pata delantera mientras su compañero agitaba la cabeza para espantar a algún insecto.

Unos cuantos curiosos se habían acercado a mirar, en su mayoría spirits que trabajaban en reconstruir sus casas casi tragadas por el fuego, y cuchicheaban ante aquella llegada inesperada. Dos corceles, uno delante y otro atrás, escoltaban el carruaje, y sus jinetes bajaron enfundados en caros uniformes militares de color borgoña.

Entrecerró los ojos. Ese color siempre le recordaba a cierta persona y un impulso le hizo adelantarse para situarse junto a Fury y la multitud de curiosos que intentaban espiar sobre las cabezas de los demás. La puerta del carruaje se abrió y de él, con un ademán altivo y elegante, descendió una figura femenina. Sus sospechas se confirmaron.

* * *

Hasta que no estuvo sentada en un sillón aceptable y con una taza de té humeante entre las manos, Cirae Wicker no se dignó a centrar la

vista en su hijo. El pelo largo le enmarcaba aquel rictus despectivo constante y, aunque solo había pasado poco más de un par de meses, Daval advirtió unas arrugas prominentes a los lados de su boca que no recordaba haber visto en su última conversación.

En una de las mesas del Gran Salón, una joven alux aleteó para depositar un minúsculo plato de fruta frente a ella. Cirae la observó con sus ojos púrpura, unos ojos que solían arañar cada mínimo rastro de seguridad en sus interlocutores.

—¿Dónde están los spirits de servicio, joven? —le preguntó con una voz dulcificada, pero sin rastro de sonrisa.

La alux titubeó ante su mirada.

—No tenemos. Muchos murieron en… —Se cortó sin saber cuánto quería oír aquella silfo que había irrumpido en el castillo con aires de grandeza—. Ahora la reina ha redistribuido las tareas entre todos los que quedamos, señora. Yo soy una de las que se ocupa de la cocina.

La joven lo dijo sin un asomo de vergüenza, pero el gesto de Cirae hizo que se encogiera un poco abochornada. Asintió y levantó la mano para que se fuera. Por fin, su mirada púrpura se enfrentó a la de alguien con su mismo color.

—¿Satisfecha? —dijo Daval—. Espero que ya hayas acabado con tu numerito de pomposa llegada para marcar tu superioridad sobre el resto. Y, ahora que ya sabes que a mí no puedes intimidarme con tus juegos de señora acaudalada y poderosa, ¿qué narices haces aquí?

Cirae lo oyó y eligió un arándano antes de llevárselo a la boca. El color de la fruta casaba a la perfección con el tono oscuro de su vestido, y ella cerró los ojos para degustarlo antes de concederle el honor de contestar.

—Bueno, en cierto modo lo de señora acaudalada y poderosa ya no es un juego. Antes el apellido Wicker era sinónimo de riqueza, claro. Sin embargo, ahora hay un pequeño matiz que desconoces y que nos da también poder.

Daval alzó una ceja.

—Nada de *nos* —recalcó—. Hace mucho que no me considero un Wicker, y hace mucho que vosotros tampoco me metéis en ese saco, así que ve al grano.

Ella meneó la cabeza y sus ondas castañas se agitaron. Alzó la barbilla.

—¿Cómo te has atrevido a enterrar a tu hermana aquí?

Así que eso era todo. Daval echó el aire por la nariz con fuerza

para evitar que una corriente de aire le hiciera caso y la estampara contra la pared. Se intentó concentrar en el ruido del agua que chapoteaba en una fuente cercana, pero su tono airado le hizo morderse el labio. Esa insufrible mujer lo había parido y, sin embargo, no existía la menor conexión entre ambos.

—No me mires así. Su lugar está en Tefalén, en el mausoleo familiar —continuó Cirae—. Aun después de las vergonzosas condiciones de su marcha y del abominable final que tuvo, el cuerpo de Tris debería descansar allí y no aquí. Este no es su lugar.

Daval se cruzó de brazos.

—¿Después de dos meses vienes con esto? —Alzó la voz, exasperado. Algo no le cuadraba—. Este lugar es tan bueno como cualquier otro. Tris jamás hubiera querido estar bajo tu yugo para el resto de la eternidad.

Su tono había subido de forma considerable y, aunque el comedor estaba vacío, ella no pudo evitar echar una mirada de soslayo a su alrededor. Después se inclinó por encima de la mesa para susurrarle:

—Este no es su sitio. Y el tuyo tampoco.

—¿Y qué sabrás tú? —La risa de Daval fue irónica—. Lo que te molesta es que te haya privado de la oportunidad de organizar una de esas grandes y majestuosas fiestas disfrazada de entierro pomposo, ¿me equivoco? —Ella apretó los labios y supo que había dado en el clavo. Luego añadió—: Aquí acabamos de enterrar al rey Edur, ¿lo sabías? No, porque la actual reina ha tenido el detalle de no avisar al resto de reinos dadas las *difíciles circunstancias*.

Una ristra de emociones pasó por la cara de Cirae, aunque las controló a tiempo.

—Las difíciles circunstancias, como tú las llamas, son las que me han llevado a mi puesto. —Cirae hizo una pausa—. Ahora soy la reina de Tefalén.

Fue como si le hubieran lanzado una piedra al estómago. Abrió la boca por la sorpresa y luego la cerró. Después de todo el convulso politiqueo que había asolado su patria, ¿era a ella a quien habían escogido? Ella lo miró con una mueca, disfrutando de su perplejidad.

—Tuso fue un buen rey o, al menos, todo lo que un hombre da de sí. —Se rio de su propio chiste—. Sin embargo, su propia vanidad hizo imposible que se hiciera con un grupo de hombres acorde a su rango, siempre se rodeó de militares, el muy imbécil. Ahora, una vez muerto y enterrado, sin herederos ni parientes vivos, Tefalén se alzaba como

un reino abandonado a su suerte ante un futuro bastante incierto por todo lo de los demonios. —Nombró el tema casi de pasada, como si no fuera un peligro demasiado importante que mereciera su atención—. Algunos nobles querían hacerse cargo, pero ninguno tenía lo que había que tener, ni siquiera el blando de tu padre. Conseguí el apoyo de todas esas ratas cobardes para aceptar el cargo y ocupar el trono.

Su confesión fue acompañada de una risita que resonó entre las paredes de la estancia. Daval tuvo que apretar los puños. Si había alguien incapacitado para semejante cargo era ella.

—Entonces espero que, como reina, estés aquí para mostrar tu apoyo a Mirah —dijo.

—¿La llamas por su nombre de pila? Qué confianzas —dijo ella con una ceja alzada. Maldita sea, nunca se le escapaba nada—. No, no estoy aquí para mostrar apoyo a nadie. Me reuniré con ella para decirle que no cuente con ningún hombre más de nuestro ejército de los que aún siguen aquí.

—No puedes hablar en serio —dijo él, echándose hacia atrás. No entendía lo que acababa de sugerir—. ¿Acaso no sabes lo que le pasó a Tuso? ¿No sabes todo lo que pasó aquí? Van a volver. Esos demonios quieren las llaves y debemos estar preparados y unidos para enfrentarlos. Es la única manera de…

—¿Igual de unidos que con esa salvaje de Perenite? —soltó ella—. ¿La misma que os ha abandonado? Perenite es una zorra egoísta, igual que todas esas salamantinas. Si no habéis recibido respuesta alguna hasta ahora, no esperéis respuesta en un futuro, Daval. —Se atusó un mechón de pelo antes de seguir—. Sin las armas adecuadas, estamos todos muertos, y cada uno va a intentar salvarse a sí mismo y a su reino. —Su mirada tenía un brillo astuto que no le pasó inadvertido y concluyó—: Así funciona este mundo.

—¡El mundo no funciona así! —explotó él. Una corriente de aire atizó la mesa, y la taza y el plato cayeron al suelo para hacerse añicos —. Si Perenite no nos ayuda, al menos podríamos hacerles frente con la unión de Trisar y Tefalén.

—¿Hacerles frente? Daval, óyete, ¿acaso tu estancia aquí te ha vuelto un estúpido? Defiendes una causa imposible —Se tocó la sien con uno de los largos dedos—. Piensa. Los asys ya tienen la llave del viento, por lo que no hay nada ya que les interese de Tefalén. Como reina me ocuparé de sitiar a toda la aristocracia silfo en la fortaleza del sur defendida hasta los cimientos por cada uno de los hombres que

puedan empuñar una espada. —Recogió un arándano que había quedado sobre la mesa y lo giró entre los dedos—. Y, mientras Trisar y Taman luchan por salvar sus respectivas llaves, nosotros estaremos comiendo con tranquilidad a la espera del desenlace. —Sus ojos brillaron—. Alguien tendrá que quedar para gobernar Elania cuando todos perezcan, ¿no?

Se metió el arándano en la boca y masticó.

—¿Y qué pasa con el resto de los tefalinos? —preguntó él—. ¿Los humanos, los spirits y demás razas que no tienen la suerte de tener nuestro maldito color de ojos?

Cirae lo miró y se pasó la lengua por los labios. El sol la alumbraba de lado y sumía parte de su cara en las sombras. Sus ojos se entrecerraron un instante.

—En cualquier guerra hay sacrificios, hijo. Tú mismo lo has comprobado.

11

Unas cuantas lágrimas de sangre negra cruzaron el aire ante el brutal golpe.

El asys gimoteó ante la nueva acometida, pero se dignó a levantar la mirada del suelo. Con la espalda contra la pared, clavándose los picos irregulares de la roca, una multitud de ojos oscuros lo miraban en silencio. Encadenado a dos gruesos grilletes que pendían de la pared, su fuerza podría haberlos desprendido con facilidad, pero no se atrevía. Hacerlo sería provocar su muerte instantánea.

Ersebek caminó a su alrededor. La cueva principal, esa donde se reunía para dar órdenes al resto, hoy era un centro de purgamiento. Aún se maravillaba de la velocidad a la que habían trabajado en el último mes, y contemplaba la imponente cueva, descubierta en una de sus excavaciones. Aunque no era muy alta, apenas unas cuantas cabezas sobre ellos, era amplia y trazaba una forma de media luna. De sus aristas salían los dos pasillos principales; uno de los dos, el de la derecha, por el que ellos habían accedido tiempo atrás.

La amplitud del espacio hacía que los extremos estuvieran más iluminados por el fuego de las antorchas, y que el centro, donde apenas llegaba la luz, se sumiera en una boca de oscuridad. Ersebek arrastró un pie, luego el otro; en un sonido que hacía eco y que sembraba el aire justamente de lo que quería: miedo. Nadie habló, ni en el terreno mental ni mucho menos en el físico. Ninguno se atrevía. Suscitar semejante temor tenía sus ventajas aparte del puro disfrute personal.

«Todo cargo de importancia requiere de sus momentos de diversión».

Su boca se curvó en una sonrisa. Decidió que aquel sería uno de esos momentos clave para terminar de ganarse el *respeto* de todos aquellos cabezas huecas. Algunos aún no parecían haber aceptado del

todo su mandato, sobre todo los más viejos, considerando que esa labor les correspondía por una simple cuestión de antigüedad y no de sangre. Era hora de cortar cualquier tentativa de arrancarle del poder, y eso requeriría de un buen espectáculo.

—Hermanos —pronunció de viva voz en su jerga—, sabéis lo cerca que estamos de liberar a Haya Donek. Deberíamos estar todos concentrados y entregados a nuestra tarea, ¿no es cierto? —Se acercó a uno de los asys espectadores y lo miró hasta que asintió antes de continuar con un andar lento y pausado, disfrutando de cada palabra—. Y bien, ¿qué pensaréis que dirá cuando le cuente que uno de nosotros fue tan estúpido como para dejar escapar a una alux?

Un murmullo general se elevó en la sala y algunos cuchichearon entre sí. No querían arriesgarse a pronunciar sus pensamientos en una comunicación mental que llegara hasta el líder. Ersebek acentuó una mueca en los labios y, con rapidez, se acercó al asys encadenado y le lanzó la piedra que portaba en la mano contra la cabeza, la misma con la que llevaba un buen rato destrozándole la cara.

—Os aseguro que yo seré mucho más benevolente que él. —Se retiró un salpicón de sangre del rostro y lo lamió con ceremonia antes de seguir—. Todos vosotros sois muy valiosos, sois la fuerza, sois el poder que permitirá a Nuestro Señor de Oscuros gobernar sobre todos. ¡Sois la oscuridad viva, maldita sea! —Algunos asys se dieron un golpe en el pecho con el puño y gruñeron con aprobación ante sus palabras.

«Muy bien, Ersebek —se dijo—. Inflama su espíritu antes de darles el toque final».

—Las alux son la parte vital del plan —continuó—. Muchos de nuestros compañeros engendrados con humanas murieron al poco tiempo de alcanzar su madurez. No me sorprendió, los humanos son una raza inútil que, sin embargo, nos ha permitido desarrollar la primera parte del plan con éxito. —Unos cuantos asintieron y él se acercó para mirarlos de cerca—. Somos menos ahora, pero eso no durará mucho, hermanos. Las alux nos permitirán ver nacer una raza de asys mucho más poderosa, y por eso no podemos perder a ninguna sola de esas hembras. O al menos no todavía.

Todos asintieron y él sacó los dientes. Aún no entendía por qué no parecían entender la importancia de esas alux frágiles, unas hembras cuya pureza desgarraría para traer al mundo a seres oscuros. Se pasó la lengua por los labios ante la perspectiva y se giró para enfrentar los ojos negros y muy abiertos del asys del centro.

—Vuestro hermano, este que ahora abre los ojos de terror como una vulgar rata —dijo, señalándolo con un dedo—, dejó escapar a una de esas preciadas hembras por las que algunos de nuestros hermanos murieron para poder traer hasta aquí. Hasta el momento, nadie la ha encontrado, lo que significa que quizá su cadáver ya ande devorado por las alimañas en algún rincón perdido de estas cuevas. ¿Sabes lo que eso significa?

Ersebek le cogió la cara con una mano y la apretó. Las heridas de la paliza aún sangraban. Él era más rápido en sus golpes de lo que su cuerpo demoníaco tardaba en regenerarse. El asys asintió.

—¡No, no lo sabes! —le gritó y unas perlas de saliva le llegaron a la cara—. ¡Le has hecho perder a mi padre otro posible vástago para nuestro propósito! ¡Por tu incompetencia!

Respiró con agitación sin saber siquiera si esos idiotas entenderían lo que era la palabra «incompetencia», pero había un mensaje claro que seguro que entenderían. Se acercó a un lateral y, tras un gesto, uno de los asys más viejos le dio algo pesado. El líder levantó el hacha sobre su cabeza.

No dudó. La empuñó con las dos manos y la clavó sobre el cuello del asys maniatado. El golpe le vino tan de repente que no pudo ni soltar un gemido, y un reguero de líquido negro borbotó de la hendidura. La hoja penetró en su dura carne y segmentó parte de los músculos, pero no fue suficiente. Hicieron falta tres hachazos más para separarle la cabeza. Esta cayó al suelo de piedra con un sonoro golpe que hizo eco en el repentino silencio del ambiente.

Todos habían enmudecido y observaron el cuerpo inerte oscilar hacia delante. Quedó allí colgado de las manos, con un agujero sangrante e irregular en el lugar donde antes había estado su cabeza. Un olor fuerte, entre óxido y podrido, pululó por la sala.

Sin perderse ni uno de los gestos de los allí presentes, se agachó y cogió la cabeza por uno de los cuernos. Los asys no quitaban la vista del cuerpo a la espera de ver si ocurría algo. La risa sardónica del líder les hizo centrar su mirada en él.

—¿De verdad esperabais la posibilidad de que se transformara? —Alzó la cabeza de su mano para mostrarla a los más cercanos y meneó la cabeza. Algunos se echaron hacia atrás—. Un asys tan débil como para dejar escapar a una prisionera jamás podrá ascender a céfiro. *Jamás*.

Pero no era cierto. Se había arriesgado. Siempre existía la

posibilidad.

Ninguno conocía con exactitud qué determinaba la conversión *post mortem*. Él tampoco. Pero eso ellos no lo sabían. Sin embargo, había creado un aura de duda entre los demás que le daba más poder para controlar sus movimientos. Ya se había erigido como jefe. Ahora acababa de erigirse como líder.

Tiró la cabeza a los pies de los dos asys que habían cuchicheado entre sí y los miró.

—Nuestro Señor no tolerará más errores. Y yo tampoco —murmuró—. Queda poco para sacarlo de ese agujero y, cuando despierte, me ocuparé de que se entere de quién ha servido bien y quién no, ¿entendido?

Asintieron. Se dispersaron cada uno a su labor y Ersebek dio orden mental a unos cuantos para que se ocuparan del cuerpo y lo asaran para la cena. No iban a desperdiciar comida en ningún caso, y él ya estaba más que harto de ratas crudas.

Satisfecho, decidió ir a dar un paseo. Se pasaría por la excavación para hacer una supervisión y luego iría a echarle un vistazo a las alux. Llevaba tiempo sin acercarse a ver cómo crecía la oscuridad en su interior, esa misma que las mataría. Se mordió el labio, excitado ante la sola perspectiva.

* * *

La pulsión fue más fuerte esta vez. Y a ella le siguió otra.

Ersebek no pudo evitar sonreír, o al menos todo lo que él podía considerar una sonrisa; una mueca de dientes afilados expuestos. Miraba el agujero oscuro donde más de una veintena de asys trabajaban sin apenas tomar un descanso. El líder les había obligado a trabajar en grupos, alternándose unos con otros, así, cada día, el grupo que comenzaba podía volcar todas sus fuerzas.

«Y pobre del que no lo haga», se dijo con una mueca.

Por el momento, estaba satisfecho. Después de tanto tiempo, iban en la dirección correcta. Habían estado haciendo pruebas en diferentes zonas de aquella nueva orientación y ahora solo les quedaba encontrar esa chispa que los condujera al lugar exacto.

Esa sensación que vibraba en su interior le decía que no faltaba mucho. Su padre lo llamaba y sería el primero en cruzarse con su poder. Se aseguraría de que nadie le arrebatara un puesto que tanto ansiaba.

Lo había meditado con cuidado. Haya Donek, reducido con toda seguridad a un amasijo de huesos desconchados y marchitos, necesitaría un cuerpo. Un simple caparazón vital donde introducir toda la esencia oscura que seguro que aún le quedaba. Él se lo ofrecería, se dejaría poseer las entrañas para alimentarse con todo lo que él quisiera otorgarle. Ninguno de esos palurdos podría albergar semejante fuerza, los consumiría. Pero él sí podía, siempre había sido diferente.

Algunos demonios habían aprendido el lenguaje de Elania, pero él lo conocía desde su nacimiento, como los restos de un recuerdo que nunca se borran. Su mente siempre iba por delante de los demás, y eso le fascinaba. Conocer sus raíces paternas era algo raro dentro de la comunidad demoníaca, pero él no era el hijo de cualquiera.

Los asys no tenían madres o padres, una vez paridos, crecían junto al resto de neonatos hasta alcanzar la madurez. Las hembras se ocupaban de ellos en conjunto y sus relaciones distaban mucho de ese sentimiento que otras razas llamaban cariño. Para los demonios no existían tales emociones, fornicaban por el simple hecho de reproducirse, o al menos en su mayoría. Sí que habían existido algunas excepciones en la antigüedad, pero siempre se habían erradicado de forma eficaz.

Sentir otras emociones fuera de la agresividad y el odio propio de su raza se consideraba una afrenta contra la misma. Ellos vivían para

sembrar el mundo de mal, ¿cómo podían albergar cariño por alguien? La idea le hizo reír. Él solo le tenía un especial *cariño* a la tortura y al poder.

La extinción de las hembras asys ocurrió años después de que Ersebek naciera, pero había oído la narración miles de veces en labios de Paludenk. Aunque no recordaba a su padre, pues él aún era un neófito cuando fue encerrado, el viejo chamán le había dicho que él era el único demonio de raza pura que quedaba, hijo del mismísimo Señor de Oscuros. Lo había visto abandonarse a sus visiones en ciertas ocasiones, algo que le había sido muy útil para encontrar cierto eslabón perdido de su plan. Por lo demás, su raza se había visto mermada y habían tenido que recurrir a otros vientres de concepción, lo que había hecho que los nuevos asys fueran mucho menos poderosos que antaño.

Buscaron otras opciones. Las humanas habían resultado fáciles de capturar. La independencia geográfica de las islas del Cieno con Elania les había permitido asediar los islotes en apenas unas semanas. Allí habían capturado a las primeras hembras.

Una decepción. La mayoría murieron incluso antes de parir. Sus simples cuerpos eran débiles y los retoños de sus entrañas también. Los que salieron adelante habían muerto la mayoría a las órdenes de Tolek en el cuerpo de esa silfo que tanto juego le había dado.

Pero eso podía cambiar ahora.

Con que las alux parieran solo un par de hembras, tendrían la supervivencia de su raza asegurada. Se pasó la lengua por un colmillo, visiblemente contento ante el curso de los acontecimientos. Una vez fuera de sus pensamientos, su mente de líder se volvió a llenar de las voces vacías de todos los asys. Extendía esa capa negra en su mente para callarlas y quedarse un rato tranquilo, pero alguien lo llamó con apenas un par de gruñidos.

Ersebek se acercó al otro túnel paralelo de excavación en búsqueda del dueño de la voz. Un asys joven le hizo señas con una mano para que se acercara hasta el fondo. Obligó al resto a apartarse para dejarle pasar y llegó hasta su altura. Había un agujero del tamaño de una cabeza y el asys acercó la antorcha para que mirara a través de él.

Su corazón martilleó de excitación.

Una galería. Una galería antigua.

Vio los restos de las antorchas consumidas en las paredes

pulcramente excavadas, de una forma mucho más virtuosa y ordenada que las que habían hecho ellos mismos. No había rastro alguno de movimiento, por lo que quizá las alimañas del subsuelo ni siquiera habían llegado a meter sus zarpas por allí.

—Dame esa antorcha —dijo y empujó al asys para mirar con más detenimiento.

La galería trazaba una curva hacia la derecha en la oscuridad y se preguntó cuánta distancia tendría. En el suelo, algo le llamó la atención. La piedra parecía estar cubierta de un polvo oscuro que aún no supo definir.

La punzada que sintió fue más fuerte y por primera vez supo que no había sido el único. Los asys a su alrededor se arremolinaron con los ojos abiertos, expectantes. Algunos se llevaron una mano al pecho al sentir la segunda oleada.

El joven asys de su lado, en medio del desconcierto, fue el más rápido de aquellos estúpidos en saber qué era. Gritó las únicas palabras que sabía pronunciar con un puño en alto.

—¡Nuestro Señor! ¡Aquí!

12

Ersebek tardó poco en calmarlos. La amenaza de que sus cabezas acompañaran a la de su hermano muerto ese mismo día fue suficiente. Todos volvieron al trabajo, pero el ánimo del grupo había sufrido un empujón necesario. Ahora todos trabajarían con más ahínco.

Empezaba la cuenta atrás.

La llave del viento se encontraba a salvo entre aquellas paredes de roca, en un recoveco escondido que ni siquiera le había apetecido revelar a los demás. Pero no era el único secreto que escondía: la alianza con Cirae Wicker había sido muy conveniente.

Recordaba aquella pequeña reunión que habían tenido en el bosque de Tefalén tras la batalla de Trisar. Aunque Ersebek solía sentir desprecio por cualquier ser viviente, tuvo que reconocerle a aquella silfo su valentía. Aquella hembra de rasgos angulosos y mirada analítica había demostrado que sentimientos como el cariño maternal no eran tan importantes como la ambición. Con su hija muerta y su primogénito en el bando enemigo, Cirae Wicker había jugado sus cartas para sacar provecho. Quería el trono de Tefalén y quería que la dejaran en paz mientras ellos asolaban el resto de reinos. A cambio, ella les proveería de las armas y los barcos necesarios para sus intereses. Ersebek la estudió en aquel claro del bosque. No había miedo en sus ojos. Podría haberla estrangulado en un instante, pero el tesón de la mujer para reunirse con él, que llegó en forma de carta una noche con un cuervo negro hasta uno de sus hermanos que buscaba algo que cazar en el exterior de la cueva, despertó tanto su admiración que la dejó vivir. Era un acuerdo temporal, y ambos lo sabían, pero lo aceptó. Quizá ella guardaba otros planes bajo aquellos ojos púrpura, pero, por ahora, aliarse con una de las líderes de Elania podía tener sus ventajas antes de dominarlo todo.

Llegado el momento, Ersebek la mataría, como a todos los demás.

Pero eso sería más adelante, por ahora necesitaban las llaves restantes. Y, aunque había errado al traer hasta allí a Lucy, le serviría para conseguir otra de las piezas claves.

Pensar en la alux hizo que cruzara la galería para hacerle una visita. Llevaba mucho sin pasarse por allí. Al principio iba todos los días, pero ya, con casi todas las alux preñadas, su presencia no era tan necesaria. Aún quedaban unas cuantas que no quedaban fecundadas. Había sentido rabia al posar las manos en sus barrigas vacías, sin sentir ese asomo de oscuridad que le calentaba las palmas. Les daría una última oportunidad. Si en el tercer intento no había suerte, y no morían en el mismo, asumiría que eran infértiles y las mataría.

«Una lástima».

Perder más vientres gestantes le ponía de muy mal humor, pero intentó que no le aguara las buenas noticias de aquella jornada. Ya habían perdido bastante tiempo con esa alux que se había escapado. Su ira volvió a flote como un pedazo de madera.

La búsqueda había sido poco satisfactoria. Y era imposible que escapara de allí, ¿verdad? El laberinto de túneles y recovecos que lo hacían llamar la Cueva de la Hidra no había sido un nombre puesto a la ligera. Ellos habían estado a punto de desistir de la búsqueda de Haya Donek en varias ocasiones, pero su terquedad se lo había impedido.

Ersebek llevaba muchos años bajo esas rocas y, aunque creía conocer una buena parte de la estructura de su centro, aún le quedaba un gran camino inexplorado. Había visto la luz de la luna en pocas ocasiones, un recuerdo vago de una esfera plateada. Su piel estaba cenicienta y escamada después de tanto tiempo a la sombra como una alimaña más que había crecido en aquella caverna infecta. Pero saldría de allí y, cuando lo hiciera, lo haría junto a su padre para dominarlo todo.

Pasó por delante de la poza de agua central, un agujero negro de aguas subterráneas que les permitía abastecerse desde que cambiaron su excavación a aquella parte. La zona oeste había sido la más complicada para subsistir porque, aunque las ratas eran abundantes para alimentarse, no habían encontrado ni un agujero donde mojarse las malolientes bocas.

No se imaginaba a la alux perdida destripando una rata con sus delicadas manos, y eso, unido a la imposibilidad de hidratarse, la haría perecer rápidamente. Puede que hubiera vagado sin rumbo en la

oscuridad hasta desplomarse con los labios agrietados y llenos de llagas, mientras su figura se consumía hasta el día en que, por pura casualidad, alguno encontrara un puñado de huesos. O puede que hubiera caído por algún agujero y su cuerpo, retorcido y con las extremidades rotas, apenas se viera entre la manta de ratas y gusanos que se alimentaban de su carne.

Una mueca se le dibujó en la cara. Los pensamientos macabros siempre le resultaban estimulantes. Era ese impulso retorcido el que lo había llevado a colocar a Lucy al frente de las demás. Una forma de premiarla y castigarla a la vez. Con el tiempo, su propio espíritu quedaría incluso más destrozado que el cuerpo de sus compañeras.

Llegó frente a la verja de hierro y el asys de la entrada se apartó. Se regocijó con los quejidos que brotaban desde dentro. Un cántico de dolor que parecía elevarse entre los recovecos de la piedra.

En cuanto notaron su llegada, una oleada de terror impregnó el ambiente. Las alux más cercanas se encogieron, o al menos lo intentaron en la medida en que sus ya abultadas barrigas se lo permitían, otras levantaron su nueva mirada de ojos oscuros antes de bajarla con rapidez al suelo.

Se colocó en el centro de la sala hasta que la vio. Lucy se hallaba agachada cerca del fondo de la cueva, en la semioscuridad, y las palabras que parecía intercambiar con alguien se cortaron al verlo. Se quedó quieta, mirándolo. Una flor aún sana entre un montón de capullos marchitos y segados. Él le hizo una mueca con los dientes y se adelantó hasta la alux más cercana.

La hembra dejaba ver que había abandonado ya la adolescencia hacía unos cuantos cientos de años. Su antigua piel, quizá blanca y tersa en otros tiempos, ahora se mostraba seca y salpicada con llagas purulentas de un color negruzco. El feto chupaba de ella, de su fuerza, de su vida. Se inclinó para posar una mano en su vientre, un círculo redondeado que ya le había roto las costuras laterales del vestido. La piel tensa pareció vibrarle bajo los dedos al conectar con la maldad latente en su útero.

—Falta poco, ¿verdad? —murmuró él.

Ella no contestó, pero un latigazo de dolor la obligó a encoger las piernas. Ersebek se irguió para seguir examinándolas entre gemidos y respiraciones entrecortadas. No se le escapó que Lucy se levantaba al fondo para acercarse a una alux en concreto.

Movido por su reacción, se acercó también. La vio tragar saliva y

miró a la alux que simulaba cuidar. Era aquella que se había abierto la cabeza en los primeros días. Presentaba un aspecto horrible, con la cara aún hinchada y amoratada y el cuerpo tan blanco que la piel parecía casi transparente. Aunque su gestación no estaba tan avanzada como en otras, el proceso seguía su curso, aún con la chica inconsciente. Imitó el gesto anterior y le tocó el vientre. Después ladeó la cabeza y cogió a Lucy de un brazo con brusquedad. Notó que temblaba de miedo y sonrió.

—Parece que haces bien tu trabajo, Lucy —le dijo—. Buena chica. Sigue así y quizá te ganes hasta un baño.

Se rio y ella asintió seria, con el cabello rubio meciéndose sobre sus hombros. Fue un destello. Apenas un leve giro de sus ojos azules hacia un lado antes de bajar la mirada, pero levantó su sospecha. La soltó y entrecerró los ojos antes de dar un par de zancadas en aquella dirección.

Al fondo de la cueva, en la zona más oscura, había unos cuantos cuerpos femeninos acurrucados entre sí. Ninguna se atrevió a levantar la vista hacia él y se acercaron más las unas a las otras. De repente, un quejido lastimero le hizo detenerse.

En el otro extremo, una en avanzado estado de gestación se agarró la barriga y volvió a quejarse de forma audible. Lucy se levantó para coger un trapo húmedo y mugriento antes de acercarse a ella. La alux soltó otro grito mientras se retorcía. Era joven y estaba tan escuchimizada que su barriga era como un trozo de carne que alguien le hubiera atado a las caderas.

—Ulaila, ¿qué ocurre? —oyó preguntar a Lucy en voz baja.

La otra alux no respondió, pero un líquido transparente se derramó entre sus muslos e hizo que la roca se volviera más oscura a su alrededor. Ersebek se acercó a grandes zancadas y su excitación le hizo olvidar lo anterior. Pasó uno de los dedos por el líquido del suelo y se lo llevó a la nariz. La alux soltó un chillido salvaje antes de volver a retorcerse sobre sí misma. Sin molestarse en limpiarse, colocó ese mismo dedo bajo la barbilla de Lucy para obligarla a mirarlo.

—Me es indiferente si has asistido a algún parto antes, pero estoy seguro de que sabrás las nociones básicas.

—Pero yo no…

—Tú no quieres morir aún, ¿verdad? —dijo con una sonrisa torcida—. ¿Qué lado prefieres, Lucy? ¿El tuyo o el suyo? —Le dirigió la cara hacia la alux que gritaba—. Más te vale aprender.

La vio tragar saliva y asentir, nerviosa. Sus manos temblorosas solo atinaron a humedecerle las mejillas a la chica. Asintió satisfecho y se dispuso a marcharse.

—Y Lucy. —Se detuvo un instante—. Recuerda. Si muere uno solo de esos demonios, te acordarás. —Su tono de voz fue amenazador—. Vaya si te acordarás.

Salió sin molestarse en ver su reacción y enfiló el camino de la galería subterránea. Las antorchas centellearon sobre sus dientes. Anunció por vía mental que el primer demonio de la nueva generación nacería hoy. Un eco de gruñidos encendidos le llenó la cabeza. Otro motivo más para inflamar el ansia de aquellos desgraciados.

Todo estaba bajo control. El éxito estaba cerca.

13

—Maldita zorra aristócrata.

Las palabras de Rowel brotaron como una llamarada. Luego, al darse cuenta de dónde y con quién estaba, se pasó una mano por la cabeza medio afeitada visiblemente apurado. Daval vio que lo miraba de reojo.

—Tranquilo —dijo con una palmada en el hombro—. No seré yo quien te quite la razón.

De hecho, si hubiera podido, Daval la hubiera estrangulado con sus propias manos. Poco le importaba que compartiera sangre con la susodicha; no se había sentido más lejano de ella que en ese instante. Que lo hubiera parido no significaba que no pudiera enardecer de indignación.

Mirah no respondió. Allí de pie, con el semblante petrificado, el vestido azul oscuro parecía teñir también la parte baja de sus ojos. Celebrar esa reunión apenas un día después de sumergir el cuerpo aún templado de su padre en la tierra quizá no había sido la mejor idea. Pero, a pesar de su tristeza, la alux no había vacilado en convocarlos tras el encuentro con Cirae. Daval no dudaba de que su agitada cabeza, ahora con un peso más, había estado moviendo hilos para encontrar una solución. Cómo le gustaría acariciar aquella arruga de preocupación entre sus ojos para borrarla.

El día anterior, recién llegada del entierro, cabizbaja y silenciosa, Mirah se había visto inmersa en una audiencia privada con la matriarca de los Wicker y ahora actual reina de Tefalén. Con su lujoso vestido borgoña y un rictus altivo en la mirada, Mirah podía haber mandado a esa silfo al infierno, pero hizo gala de una paciencia y un saber estar admirables para escuchar sus deseos.

Dos reinas en una misma sala, recién subidas al trono por motivos muy diferentes: Cirae, por ambición; Mirah, por obligación. Aunque

Daval no había asistido al encuentro, podía imaginar que su madre no había tenido ningún tipo de miramiento para desvelar sus intenciones a bocajarro, sin más que un sencillo y frío pésame dibujado en sus finos labios. La reunión no había durado demasiado. Daval vio la expresión victoriosa en los ojos de su madre antes de que esta abandonara El Brillante con un escueto gesto de cabeza como despedida al que ahora era el único hijo que le quedaba.

Tras eso, Mirah se había encerrado en sus aposentos, dando órdenes de que nadie la molestara. Sumida en una mezcla entre la pena por su padre y la rabia por el encuentro con la líder de Tefalén, él podía entender que, a veces, las batallas internas se libraban mejor en soledad. Esa misma mañana, Rowel y Daval practicaban movimientos de lucha, cuando Fury irrumpió a grandes zancadas en el Jardín de las Azucenas. Buscó con la mirada sin mediar palabra. Cogió un arco de entre la variedad de armas, se colgó un carcaj y lanzó una flecha al muñeco de prácticas que se ensartó con violencia en el lugar donde estaría su ojo derecho. Rowel, cerca de este, retrocedió cuando lanzó la segunda, que se hundió justo en la zona de la yugular.

—Calmar el espíritu con violencia no siempre acaba bien, spirit.

Fury volvió la vista a él un instante y sus ojos se ensombrecieron al decir:

—No creo que mi espíritu tenga solución. —Volvió a tomar una flecha que fue a dar justo en el corazón del muñeco de prácticas y su voz se volvió más dura—: No necesito tus consejos de mierda hoy, Rowel.

La salida de tono los pilló a ambos por sorpresa. Fury bajó el arco, y, de pronto, la cabeza del muñeco se prendió con un puñado de llamaradas rojas. Daval dio un par de zancadas para darle un empujón y que rompiera el contacto visual.

—¿Qué diablos te pasa?

Fury tomó aire y lo expulsó con fuerza mientras las lenguas de fuego lamían la tela de saco y se extendían por el torso de la figura.

—Mirah no quiere verme —soltó como si eso explicara todo—. Y he recordado…

No completó la frase. Su boca se cerró y tensó la mandíbula tanto que pensó que podría tragarse sus propios dientes. Daval intercambió una mirada con Rowel. El humano se encogió de hombros. Fury ya estaba cogiendo otra flecha del carcaj.

—Acaba de perder a su padre. Quizá deberías dejarla sola por una

jodida vez.

Las llamas ardieron con más ferocidad sobre el muñeco, extendiéndose hasta sus extremidades. Los ojos de Fury se enfrentaron a los suyos, y el verde pareció llamear al compás del fuego. El spirit le dedicó una mueca.

—¿Y lo dices tú? ¿El mismo que corre cada noche para encontrarse con ella en el bosque? ¿Ya te has metido bajo su falda? —La rabia que encerraba su voz era una versión del spirit que desconocía. Aunque no le sorprendía que supiera lo de sus encuentros, Daval apretó tanto el puño que se hundió las uñas en la carne. Ni siquiera sintió el dolor.

—Estás siendo un gilipollas, lo sabes, ¿no?

Sus miradas punzantes lucharon un instante. Luego, uno de los brazos del spirit lo apartó de un empujón y volvió a cargar otra flecha. Esta acertó justo a los genitales del muñeco llameante.

—No me obligues a buscar tu carne en vez de la paja con una de estas —siseó él.

Daval se mordió el interior de la mejilla para no explotar. La tensión preñaba el aire de un viento helado que removió los cabellos de Fury en una amenaza muda. No sabía qué resultado tendría un enfrentamiento entre ambos, pero el destrozo sería más que evidente. Y ya había demasiadas cosas *destrozadas* en ese territorio. Tras un instante de silencio solo roto por el crepitar del fuego que ya desprendía trozos del muñeco, Fury lanzó el arco y el carcaj al suelo y se marchó a zancadas rápidas.

Tras el encontronazo, el ánimo del spirit no parecía haber mejorado desde aquella mañana. Permanecía en un lateral, oyendo la reunión con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Los hombres de Rowel apenas llegan a doscientos —decía Tomen, devolviendo a Daval al presente—, ¿es necesario que se vayan a custodiar a una panda de silfos ricachones mientras aquí aún tenemos que proteger la llave?

—Es absurdo —convino Rowel. Una arruga de preocupación le cruzó la frente—. Y el resto de la población, ¿qué va a pasar con ellos? Los deja a su suerte, sin protección alguna, sin una mínima esperanza. La mayoría son humanos como yo, no tenemos nada mágico con lo que defendernos. Esa furcia va a permitir que las tierras tefalinas se llenen de sangre humilde con tal de salvar su culo. —Furioso, pateó el suelo—. Con Tuso esto jamás habría pasado

Daval alzó una ceja, escéptico.

—¿Eso crees?

—Es la verdad. —Se defendió con un asentimiento brusco—. A mi parecer, solo hay dos opciones: quedarnos y custodiar la llave, o marcharnos para defender a los tefalinos que Cirae quiera dejar desamparados. En ningún caso nos pondremos bajo su mando.

Podía entender la indignación del general humano porque él la sentía como propia. El gesto de Cirae iba a condenar a una muerte segura a muchísimas personas, y no le quitaría el sueño por las noches.

—Rowel pertenece a Tefalén. Y sus hombres también.

La voz de Mirah llegó como un susurro ahogado, quejumbrosa después de mucho tiempo sin emitir ni una sola palabra. Acostumbrados a verla en constante actividad, aquella parsimonia era tan extraña en ella que los descolocaba.

—¡Pero, majestad! —Se quejó el susodicho—. Ahora que conozco a lo que nos enfrentamos, ¡no pienso irme solo para ponerme bajo el mando de esa reina de pacotilla y defender a los malditos silfos! ¡Llevo años haciéndolo y nunca me han agradecido nada!

Su puño golpeó la mesa y, sin pensarlo, se inclinó e hincó una rodilla en el suelo.

—Antes servía a Tuso porque no tenía elección —continuó, y Daval no pudo evitar recordar sus primeros encuentros donde el firme honor de Rowel a su rey le pareció al mismo tiempo admirable y repulsivo—. Pero, con Tuso muerto, todos mis juramentos se enterraron con él. Déjeme jurarle lealtad. Déjeme elegir por quién empuñar mi espada.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y todos callaron, un poco contagiados del espíritu candoroso de aquel soldado humano. Mirah suspiró y se acercó. Le obligó a que se levantara del suelo y le cogió la cara entre las manos. Su mirada parecía haber perdido un poco de ese vacío de los últimos días y una leve chispa, más familiar, se había encendido.

—Es un honor que quieras servirme, Rowel —le dijo—. Y estaré encantada de que luches a mi lado, pero eso será más adelante. Si Cirae ha tomado su decisión, bien, que se encierre en su pomposa prisión. Y, si todo esto acaba como debería, seré yo misma la que me ocupe de que obtenga su merecido. —Miró a Daval y este asintió. La leve chispa de sus ojos parecía cobrar intensidad conforme hablaba—.

Pero ahora tenemos que pensar.

Suspiró y volvió a su sitio en la mesa. Su vista se posó un instante en el lugar que otras veces habría ocupado el rey Edur, después cogió un trozo de pergamino que reposaba sobre la madera para desdoblarlo y plantarlo en la mesa ante la vista de todos.

—La reina Perenite se ha dignado al fin a contestar —explicó—. Anoche llegó esta carta. Se negó a darnos armas antes y se niega a darnos armas ahora.

Un murmullo general se extendió por el despacho.

—¿Cómo que antes? —inquirió Tomen con un hilo de voz.

—Mi padre nos lo ocultó. —El recuerdo de su cuerpo inerte debió de asediarla porque se detuvo un instante antes de seguir—. Perenite contestó con una negativa. Al parecer, él aún tenía la esperanza de que recapacitara y que apareciera de forma mágica con carros y carros de armas con esencia aharí para *salvarnos.* —Pronunció la última palabra con un deje amargo en la voz—. Y ahora el rey está muerto. Él y muchos seres más.

Daval vio que apretaba los puños sobre el vestido. Probablemente se estaba controlando para no blasfemar contra ella, contra Taman y contra todos los salamantinos. Los círculos morados bajo sus ojos ahora hacían evidente que había existido otro motivo aparte de la muerte de Edur para que no pegara ojo. La reina salamantina los había condenado sin haberles provisto de las armas adecuadas para defenderse y ahora desvanecía sus únicas esperanzas como quien sopla sobre las fibras de un diente de león.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Fury, abriendo la boca por primera vez. Sus ojos verdes pestañearon, un poco más oscuros desde el rincón donde se situaba.

—La carta continúa —dijo Mirah—. La reina nos invita, bueno, *invitar* sería decirlo de forma suave, nos exige trasladarnos a Taman.

—¿Cómo que trasladarnos? —dijo Tomen y sus orejas se mecieron nerviosas—. ¿A su hogar? ¿En las montañas?

Mirah les leyó la carta completa. La reina salamantina lamentaba mucho la pérdida de Edur, y, como gesto solidario hacia el reino de Trisar, exigía a la nueva reina Samirah y a todos los supervivientes trasladarse hasta Taman. Allí se les procuraría de asilo en el Orbe de Fuego, residencia real en las Rocosas de Aharí. La carta concluía con una frase: «Querida, por vuestro bien, y por el nuestro, ruego que os encaminéis hasta nuestra tierra sin demora. Así podremos proteger la

llave del agua de manera adecuada de manos enemigas. Atentamente, Perenite».

Todos guardaron silencio un momento.

—Menuda cínica —gruñó Rowel—. «Por vuestro bien». Ha sido tan egoísta como para dejar morir a mucha gente a sabiendas. No la considero mejor que la nueva reina silfo. ¿Es que solo hay una reina lógica en este jodido mundo?

Una de las comisuras de Mirah se elevó ante su alusión.

—Entenderéis entonces el motivo de esta reunión —dijo, mirándolos a todos uno por uno—. Reconozco que mi primer impulso fue tirar la carta por la ventana, pero no tengo que dejarme llevar solo por mis emociones, al igual que vosotros.

Tomen carraspeó.

—Majestad, sin armas con esencia aharí, la próxima vez no habrá supervivientes —aseguró sin paños calientes—. Da igual que estemos construyendo barricadas, da igual la táctica militar que adoptemos con los escasos hombres que tenemos. No podremos enfrentarlos.

—Sí que podremos —defendió Rowel con los brazos en jarras—. Dejadme a mí la organización y no a ese estirado de Miles y yo…

Alguien golpeó la puerta con decisión. Rowel levantó una ceja al ver al susodicho que entraba volando a ras del suelo. Para confirmarle que lo había oído, Miles le dirigió una mirada afilada.

—Menudo poder de invocación. ¿Si nombro a mi difunta madre también aparecerá?

Miles ignoró al humano. Daval vio que tenía aspecto cansado y las vestiduras pegadas al cuerpo. No parecía haber pasado ni a cambiarse para dirigirse directamente hasta allí. Sus ojos se dirigieron a Mirah mientras se acercaba.

—Mi señora —dijo con voz afectada—. Lamento mucho la muerte del rey Edur.

Daval lo vio tragar saliva como si una bola se le hubiera atascado en la garganta. Aunque no mostró más reacción que aquella, supuso que era lo máximo que podían esperar de él. Ella le puso una mano en el brazo.

—Le serviste bien, Miles. Él te tenía un gran aprecio.

—Era mutuo, majestad. —Retrocedió para colocarse cerca de Tomen e hizo un gesto con la mano para señalar la puerta. Una cara conocida los miraba desde la entrada.

—Ymara, bienvenida. —Mirah le hizo un gesto para que pasara—.

Me vendrá bien un punto de vista femenino entre tanta testosterona.

La alux de cabello miel asintió y no vaciló en entrar, aunque sus ojos abiertos mostraban cierto orgullo porque la actual reina valorara su presencia.

—Siento su pérdida, majestad —dijo.

A Daval no se le escapó el tono mecánico y complaciente de la frase. Torció la cabeza a un lado para contemplarla un instante y descubrió recelo. Aquella alux, bastante atractiva, ya había dado algunas muestras de no estar de acuerdo con las decisiones de la monarquía de Edur. Después de que su casa quedara reducida a cenizas, la alux se había trasladado al castillo para remendar y elaborar todas las prendas necesarias para los huérfanos y los más necesitados. En las comidas, siempre se sentaba, o bien sola, o bien con un par de spirits de servicio de los pocos que habían sobrevivido. Daval la había visto analizar cada chispa de su entorno con meticulosidad y expresar su rechazo hacia un rey que no había sabido utilizar su evidente inteligencia para promover un cambio necesario en las diferencias sociales.

Sin embargo, Mirah no parecía desagradarle del todo a la otra alux. Aunque el abismo por los férreos ideales de Ymara sobre la aristocracia parecía grande, quizá algún día desapareciera. Por un momento, Daval se vio reflejado a sí mismo. Sin saberlo, la nueva reina era experta en retorcer los principios de los más tozudos.

—Y bien, antes de seguir con el tema que nos atañe, decidme. —Miró a Miles y a Ymara y su voz fue esperanzada al preguntar—: ¿Qué habéis encontrado?

El comandante alux carraspeó.

—Creo que tenemos una idea clara, majestad. Tal como usted supuso, el camino que siguieron era muy visible por la naturaleza muerta —dijo—. Se llevaron a las alux por la parte más este del bosque de Tefalén, cerca de los acantilados, y, poco antes de llegar al sur, perdimos el rastro. Era imposible que hubieran ido por allí, pero…

Ymara chasqueó la lengua con impaciencia.

—Lo que el comandante quiere decir es que era imposible, pero descubrimos la entrada de un camino que descendía por dentro del acantilado. Se las llevaron por mar.

—¿Por mar? —preguntó Tomen. Se rascó la cabeza, confuso—. ¿Tienen embarcaciones?

—¿Eso te extraña? —dijo Daval—. Han robado una llave escondida en el pecho de un rey, a su vez oculto en un lugar que es casi una fortaleza. No creo que les haya costado mucho tomar unos cuantos barcos.

—¿Y para ir a dónde? —preguntó Rowel. Se giró hacia Miles con una ceja levantada y, ante su mutismo, le picó—. ¿El señor comandante no tiene todas las respuestas?

La reina los cortó antes de que iniciaran un intercambio de pullas.

—Era evidente. ¿Cómo no lo había pensado antes? —Se dio un toque en la frente—. Están en la Cueva de la Hidra. Justo donde enterraron a Haya Donek. ¿Qué mejor lugar que ese?

Todos se quedaron en silencio.

—Tiene lógica —convino Tomen—. Se han escondido en el sitio perfecto. El más complicado de encontrar y el más cercano para seguir con sus planes. Lo están buscando.

—Estupendo —dijo Ymara—. Si sabemos el lugar, podemos ir a por ellas.

Había una decisión en su tono que no daba lugar a discusión, pero Tomen carraspeó.

—No lo creo, señorita —dijo—. Estábamos barajando la posibilidad de trasladarnos a Taman para estar a salvo. Y, si se me permite, majestad, aunque la idea de meterme en una montaña vaya en contra de mi claustrofobia, creo que es la mejor opción.

—¡Ni hablar! ¡Mi hermana está al sur! —estalló Ymara—. ¡Es allí donde debemos ir!

—No solo su hermana, señorita. Muchas otras alux —corrigió el spirit con paciencia—, incluso, como ya sabe, la princesa Lucy. Pero, aunque nos duela, ir hasta allí sin más, y sabiendo ahora que no dispondremos de armas adecuadas, sería un auténtico suicido para todos. Ni siquiera sabemos si están… —Dejó la frase en suspenso al ver cómo el rostro de Mirah se contraía.

Había visto ese mismo pesar en su rostro algunas noches cuando la oía hablar de su hermana. El dolor en su rictus era evidente. Sabía cómo era sentir que habías abandonado a una hermana a su suerte. Mirah no merecía el peso de aquella carga también sobre sus hombros, sin embargo, las circunstancias no eran fáciles ni halagüeñas en ningún caso.

—Quizá podríamos ir a Taman y, una vez allí, convencer a la reina Perenite, majestad —sugirió Miles—. Con que nos provea de

unas cien armas, podríamos volar entonces hasta el sur y…

—No hay tiempo para eso.

La voz de Fury resonó con brusquedad en la habitación. Daval suspiró. Aunque odiaba cómo se había comportado horas antes, se comió su orgullo para ponerse de su parte.

—Fury tiene razón—admitió—. Si han empezado a buscar las llaves es porque ya deben de estar muy cerca del lugar correcto. Y, mientras las hallan, aprovechan para aumentar su número.

Ymara soltó un gemido al entender lo que quería decir y Miles endureció la mandíbula.

—Venga ya, no me digáis que no lo sabíais. ¿Qué pensabais? ¿Qué se las llevaban de vacaciones? —Se defendió con las palmas de las manos abiertas—. Abrid los ojos de una maldita vez, están usando sus vientres para dar vida a más como ellos.

Mirah se dejó caer en la mesa para sentarse en una esquina ante el tenso silencio que reinó en la habitación.

—Sí, supongo que lo sabía —susurró.

Rowel se aclaró la garganta.

—Entonces, están creando nuevas bestias salvajes. Ajá. Eso lo cambia todo. Los doblábamos en número antes y casi nos matan a todos. Ahora, con menos hombres y una población mermada…

—Si nos quedamos aquí estamos muertos, majestad. —Tomen resumió su deducción.

La reina se masajeó el cuello con una mano. La decisión de abandonar a una hermana no era fácil de tomar. Aquello iba a costarle otra cuchillada interior de la que tendría que purgarse más adelante. ¿No era eso lo que él estaba haciendo? Se purgaba de la muerte de Tris y su alma solo obtendría la paz si acababa con el plan de los asys. Eso implicaría sangre y puede que su propia muerte, pero ya hacía tiempo que lo había asumido. Sin embargo, había inocentes en el reino que, sin saberlo, estaban agotando sus últimos días de vida. Lo más sensato era escoger la opción que permitiera salvar a la mayoría de ellos.

Un plan se forjó en su cabeza. Tendría que hablarlo más tarde con Rowel.

En la sala, tras un debate acalorado, Mirah ordenó que guardaran silencio.

—De acuerdo. Soy la reina, pero no voy a decidir sobre vuestras vidas. Pensemos en el bien común. ¿Quién está de acuerdo en hacer

caso a Perenite?

Todas las manos se levantaron, menos la de Ymara y Fury. La gemela alux meneó la cabeza mirándolos y se acercó para posar un dedo sobre el pecho acorazado de Miles.

—¡Eres repugnante! —le dijo—. Nunca te has merecido a Ylara, y nunca te la merecerás.

Furiosa, aleteó rápida para salir del despacho sin despedirse. El estallido de la alux dejó un regusto amargo en la habitación. Mirah se volvió hacia Fury, con ojos suplicantes, como si le pidiera que no le hiciera las cosas más difíciles de lo que ya eran.

—Vamos a Taman —dijo él.

14

Tiró la corona sobre la mesa del tocador con violencia.

La exquisita pieza dorada pareció mirarla desafiante. Pasándose la mano por el pelo oscuro, se resistió a tirarla por la ventana en un arrebato, en parte porque era lo único que le quedaba de su padre además de los recuerdos.

Pero no podía volcar la rabia que sentía en un objeto inanimado. No cuando el aluvión de emociones no era más que fruto del dolor y la desesperación por todo lo acontecido. Aún no se había derrumbado y sabía que la contención se estaba alimentando de ella, bocado a bocado, como un parásito.

Después del entierro, de la reunión y de todos los preparativos para abandonar Trisar de los últimos dos días, sentía resquebrajarse las capas desconchadas de su máscara. La carta de Perenite, que una asrai mensajera había traído, hacía que la ira fuera su único alimento en esas jornadas. Hasta el momento había aguantado con aparente serenidad, tal como requería su nuevo cargo, pero se sentía al límite.

«¿Serenidad? ¿Cuándo me han cambiado de hija?», diría Edur con esa medio sonrisa pícara.

Cualquier intento de calmarse fue en vano. Se acercó a coger su espada y descargó su furia dando estocadas al aire hasta que la piel brilló con su transpiración. Las alas negras habían brotado de su espalda como dos cuervos deseosos de volar, y se agitaron siguiendo sus movimientos en un intento de aplacar sus emociones. Ni siquiera supo el tiempo que pasó hasta que, con la respiración agitada, dejó caer la espada al suelo y se paseó por la habitación.

Jamás había odiado a alguien, pero solo pensar en el nombre de Perenite le encendía un instinto primario de destrucción y violencia tan fuerte que le temblaban las manos.

Aunque nunca hubiera conocido a la reina de Taman, la imaginó

en su trono, una anciana de pelo rojo sentada con total tranquilidad mientras en Trisar una horda de demonios intentaba acabar con todo rastro de vida y robar una reliquia que podría cambiar el curso del futuro. Cuánta sangre fría.

Dio una patada al cesto de la ropa para lavar en una esquina de la habitación. Ahora, por el bien de todos, tendrían que partir hasta el reino de aquella arpía. Sintió un regusto amargo en la lengua que reptaba por su esófago.

No es que le apeteciera especialmente correr a salvar a los alux de la corte, los mismos que la habían juzgado con dureza en multitud de ocasiones y que ahora la seguían juzgando, eso sí, con mucha más discreción. Y eso sin contar con los rumores conspiradores para sacarla de la línea de sucesión de las Rosas antes de la irrupción de los demonios.

Las medidas implantadas para devolver el reino a una *normalidad* aparente tampoco le habían hecho sumar puntos, pero ahora era la reina y tenía que pensar que, aparte de todos ellos, estaban los demás alux menos pudientes, los spirits y los humanos de Rowel.

«Tendrás que comerte tu orgullo para ponerlos a salvo», se resignó.

Tomen tenía razón. Quedarse allí sería condenarlos a todos, y, además de las muertes, tenía un motivo de más peso para ir hasta Taman: ahora era la protectora de la llave del agua.

Se tocó el colgante y sostuvo su peso entre los dedos un instante. Era un medallón plateado, uno que ella misma le había regalado a Lucy en uno de sus cumpleaños. Se lo compró a una spirit morena que hacía artesanía en el pueblo y le pareció una pieza maravillosa para el cuello de su hermana.

«Tiene el tamaño perfecto para que guardes algo que te dé suerte», le había dicho Mirah emocionada, a la vez que manipulaba la figura redondeada y la abría. Lucy había asentido antes de decir: «Será mi amuleto».

Pero, para que algo sea un amuleto, debes llevarlo puesto, y Lucy tenía más de cincuenta colgantes entre los cajones de su habitación. No era de extrañar que, con el paso del tiempo, el adorno quedara relegado a uno más de su colección. El medallón jamás habría pensado que alguien lo rescataría años después para un propósito semejante.

Mirah lo abrió tras meter la uña en la rendija que abría el centro de la pieza para revelar su contenido. Pareció que el metal brillaba

con más intensidad. Encajaba a la perfección. El destello azul turquesa se reflejó en sus ojos y en el espejo del tocador. Acarició con la yema del dedo la llave, como si la viera por primera vez. Era apenas una gema redondeada, cuyos cantos se estrechaban hasta acabar en pico en uno de los lados, como una lágrima. Sintió el poder que emanaba y que le ponía la palma de la mano caliente y fría al mismo tiempo. La volvió a ocultar con rapidez, casi temiendo que el poder se escapara solo con el contacto del aire y se metió el medallón en el escote.

Aleph había muerto para dar forma a esa llave y a la puerta que cerraba. Lo más sensato hubiera sido destruirlas todas, pero, según había dicho su padre, solo los creadores podían hacerlo. ¿Había destruido Perenite la suya? ¿Y la cuarta llave? ¿Sabían los demonios quién la tenía? Aunque no le agradaba una pizca el encuentro con Perenite, quizá ella pudiera desvelarle algunas dudas.

Se masajeó la muñeca y, con un suspiro, salió de la habitación. Se detuvo antes de atreverse a salvar la distancia hasta la puerta de al lado, pero se armó de valor y, con un jadeo, entró.

No había sido capaz de pisar la habitación de Lucy desde que se la llevaron. Fue Tomen quien buscó el colgante donde ella llevaba la gema. La idea de ver sus pertenencias esparcidas por aquí y por allá le apretaba el nudo en la garganta. Los doseles rosa pálido de la cama se mecían con la brisa de la ventana, y los cojines, de diferentes colores, estaban esparcidos sobre la colcha de forma desordenada. Junto a la cama había una mesa repleta de adornos para el cabello, joyas y algunos ungüentos para el cuidado y la belleza facial. Un exceso de artículos que hablaban de su eterna preocupación por su imagen.

Para el que echara un simple vistazo a la estancia, entre tanta tela cara y ostentación, la impresión sería que allí vivía alguien narcisista y codicioso. Craso error. En realidad, lo único que codiciaba Lucy, como Mirah bien sabía, era cariño y aceptación.

Junto a la mesa había una silla y en el respaldo reposaba un vestido de seda violácea. Lo tocó con dedos temblorosos dejando que sus yemas se deslizaran entre los pliegues de la tela. Parecía tan ligero y frágil como ella, una prenda perfecta y excepcional.

Se obligó a no derrumbarse, no aún.

¿Alguna vez volvería a ver a Lucy? ¿Qué habría hecho su padre? ¿Habría tomado la misma decisión? ¿Abandonaría a su hija a su suerte?

Ahora era ella la que tendría que tomar sus propias decisiones y

aprender a vivir con sus errores. Iba a comenzar una nueva fase y, aunque la grieta del dolor no se cerrara aunque pasaran cientos de años, tenía que continuar hacia adelante.

Suspiró profundamente para infundirse fuerzas. Mañana partirían hasta el reino de Taman. Viajarían con poco equipaje, solo lo imprescindible. Algunos alux de clase alta se habían quejado, incapaces de comprender por qué debían dejar sus tierras, pero aún más incapaces de hacer un equipaje con solo un par de mudas de ropa. El resto no había abierto la boca, sus posesiones eran pocas y parecían valorar más el precio de sus vidas que unos fardos de vestiduras y otros enseres de poca practicidad.

Sería un viaje largo y tedioso a terrenos desconocidos, pero, antes de marcharse, tenía que despedirse. Y había esperado a la última noche. Debía ser ya entrada la madrugada cuando se vio con el coraje de traspasar la ventana al ritmo de sus alas.

El viento le agitó el cabello y aleteó diestra, admirando desde su posición la tranquilidad del pueblo y las aguas del río Mel agitándose en la noche. La mayoría se habría ido ya a dormir y no distinguió más que unas cuantas motas brillantes que destacaban entre las casitas bajas. Pocas quedaban en pie, y algunas habían apañado los techos destrozados con unos trozos de madera mal dispuestos con clavos.

No tardó mucho en dejar el valle atrás y las copas de los árboles se hicieron más copiosas, a la vez que se internaba en el corazón del Bosque de los Suspiros. Descendió en el hueco entre dos gruesos nogales y se posó en el suelo de lado, sin apoyar el peso en la pierna afectada.

No necesitaba luz, sus ojos de alux le permitían una buena visión y respiró la pureza del aroma vegetal. Un par de ramas se movieron sobre su cabeza, signo claro de la curiosidad de algunos animalillos nocturnos. Respiró hondo para guardar en su memoria olfativa los olores del bosque.

Su bosque.

Era una de las despedidas de esa noche. En Taman, una tierra árida y montañosa, no encontraría nada de aquello. Cuánto iba a echarlo de menos. Todas las alux se criaban entre árboles. La rugosidad de las cortezas en la piel. El arrullo de las hojas mecidas por el viento. La fortaleza de su estructura. Todo era una parte más de sí misma. Siempre había disfrutado perdiéndose en la zona más salvaje, al complementar la información que le procuraban los libros con la

práctica exploración del entorno.

Desde pequeña se había tumbado en la manta de esponjoso musgo para admirar todo el espíritu natural en su inmensidad hasta el punto de quedarse dormida y despertar con unas cuantas hormigas correteando curiosas por su piel.

Caminó empapándose de todas las sensaciones familiares que le producía estar allí y cabeceó para sí misma al recordar que no solo debía despedirse del bosque. Una brisa susurrante removió las hojas de los árboles hasta que llegó al lugar. Dirigió la mirada a la tierra removida del suelo que creaba una forma alargada entre la hierba. Bajo aquel manto de tierra más oscura, el alma de su padre pareció darle la bienvenida.

Con el tallo hundido bajo la tierra destacaba una única rosa azul, la misma que ella había colocado sobre el lecho fúnebre. La misma que echaría raíces y que se alimentaría de los restos terrenales del ahora antiguo rey de Trisar. Fundiéndose con él, crecería y daría vida a otros nuevos brotes, hasta el día en que un manto de rosas azules fuera todo el rastro de lo que fue.

Y con ese pensamiento, se derrumbó. Al fin.

Arrodillada sobre la tierra, prorrumpió en sollozos. No fue un desahogo colérico y sonoro. Un llanto silencioso brotó salido de lo más profundo de su alma y las lágrimas marcaron regueros plateados en sus mejillas. Descargó la pena tomando aire por la boca en una asfixia que poco tenía que ver con sus pulmones. Tras una vorágine de recuerdos juntos, y cuando los ojos le escocieron, respiró hondo. No encontró la paz en los sollozos, pero, poco a poco, los ojos se le secaron.

En ese instante, una mariposa nocturna se posó en una de sus rodillas, emisaria de un consuelo mudo. Ese sencillo gesto la calmó, sabía que el bosque cuidaría de *él*.

El nuevo aire se le antojó más fresco, puro e incluso liberador. Cada lágrima vertida había aliviado un poco más el peso sobre sus hombros. La rabia, la culpa y la tristeza no eran buenas emociones para afrontar lo que estaba por venir. Posó una mano en la tierra y la desmenuzó con los dedos a la vez que aspiraba el aroma vegetal que emanaba de ella. Una última lágrima le resbaló hasta los labios y la saboreó.

—Siempre dijiste que era fuerte —murmuró en voz alta—, y, aunque ahora me siento más débil que nunca, sé que no es así. Tú me

has hecho ser lo que soy. —Alargó el brazo para acariciar la rosa—. Te quiero, papá. Descansa en paz.

15

No supo cuánto tiempo pasó allí, purgando su alma de la pérdida. Decidió caminar por el bosque antes de marcharse, sin saber si algún día volvería a pisarlo de nuevo, hasta que llegó a uno de los pequeños cauces de agua que discurría para unirse al río Mel. La luna era una perla grisácea que se colaba por el hueco entre los árboles para reflejarse en el arroyo.

Un sonido llegó hasta sus oídos, demasiado cerca como para echar a correr. Oyó pasos amortiguados en el terreno y vio el resplandor de una antorcha. Alguien la estaba siguiendo. Sin pensar, recogió las alas en la espalda, se escondió, adoptó posición de ataque y se abalanzó hacia la silueta que emergió de entre los árboles al ver su espalda. Reconoció el quejido de Daval cuando le clavó la rodilla en el muslo posterior y él se giró de súbito lanzándole un brote de viento que la lanzó hacia el arroyo. El impacto le cortó la respiración y la sumergió en el agua turquesa. Cuando salió para tomar aire, Daval se acercaba tras clavar la antorcha en el suelo.

—Joder, Mirah. —Sus ojos aún brillaban, aclarados como cada vez que usaba su magia—. Creí haberte visto, te seguí y…

Ella aceptó su mano.

—Lo siento. Pensé que era alguna amenaza y… tenía la cabeza en otra parte.

Él asintió, consciente de a qué se refería. No soltó su mano después de sacarla del agua y sus dedos se movieron en una caricia suave. Sintió ese calor que parecía fluir cuando se tocaban.

—¿Estás bien? —preguntó el silfo y luego sacudió la cabeza—. Vaya, es una pregunta estúpida. Es obvio que no. Creo que necesito que busques en esa biblioteca tuya un libro de cómo no comportarse como un capullo en situaciones así.

Mirah sintió cómo sus labios se curvaban en una sonrisa que él

correspondió. En la semioscuridad, no pudo dejar de admirar el cabello largo y oscuro que enmarcaba sus facciones, así como la barba densa y rugosa y cómo era sentir su caricia en la barbilla cuando la besó en ese mismo bosque. Por Aleph, parecía que hiciera una eternidad de aquel instante.

Sus dedos se separaron de los suyos y notó un extraño vacío. Vio cómo él se arrodillaba en la orilla y ahuecaba las manos para beber un par de tragos de agua antes de comentar:

—Tienes que dejar de mirarme *así*. No es muy adecuado, ¿no?

—No seas pretencioso, silfo.

Él se incorporó y giró la cabeza para mirarla.

—Siempre lo he sido. No es ninguna novedad, alux.

Mirah se acercó.

—Para ti, majestad —dijo sin saber de dónde sacaba fuerzas para bromear.

Daval soltó un quejido.

—¿No eras tú la que no quería títulos? —dijo, recordando cierta conversación de su pasado—. Y ahora tienes el más grande de todos. Qué mala suerte.

Sus ganas de bromear desaparecieron de golpe y bajó la mirada al suelo. Él debió advertir su cambio de actitud, porque la miró fijamente y, de pronto, pareció entender qué hacia ella allí.

—Soy un capullo.

—Por completo.

—Ven aquí.

Se acercó, la cogió del brazo y la obligó a acercarse a la orilla junto a él.

—Te estabas despidiendo.

A Mirah le sorprendió lo bien que ya parecía leer en su interior y suspiró. Estaba aprendiendo también a aceptar esos cambios de actitud del silfo que la descolocaban. La hierba ronroneó al posarse sobre ella en la orilla y sintió la frescura bajo el vestido mojado. En aquel punto, además de la antorcha, la luna les permitía verse las caras con su resplandor. Mirah tragó saliva.

—Sí, he venido a despedirme —admitió con un hilo de voz.

Él guardó silencio antes de decir:

—Yo también. De Tris.

Abrió los ojos. Acababa de recordar que el cuerpo de la hermana de Daval también fue enterrado en aquel bosque para su descanso

eterno. Asintió.

—¿Sabes? —continuó él—. Creo que Tris hubiera disfrutado mucho siendo una alux. Adoraba los animales, la naturaleza y siempre envidió poder volar. Os habríais llevado bien.

Aquella pequeña fisura para mostrar algo más de él hizo que cabeceara hacia un lado. Después de más de un mes conviviendo con él, sentía que había muchas capas que despegar de aquella armadura impostada. La ternura que notaba en su voz al hablar de su hermana la conmovió.

—Seguro que fue una mujer estupenda. —Se peinó el cabello húmedo con los dedos—. Volar es especial, pero admito que envidio vuestro poder.

Él soltó una risita ronca.

—Bah, no tiene nada de extraordinario —dijo. Dibujó una «O» con los labios y sopló hacia ella. La melena negra se le agitó hacia atrás en una caricia silenciosa—. Aunque hay ciertos momentos en los que es útil. Como para desequilibrar a mi maestra de espada.

Y tanto que la desequilibraba. Demasiado. Meneó la cabeza.

—¿La echas de menos?

Daval tardó en contestar y, cuando lo hizo, tenía la mirada perdida en el arroyo.

—Mucho. Es curioso, pero llevaba un año sin verla y es ahora cuando siento que la extraño más. Ahora que sé que se ha ido para siempre.

Sí, podía entender cómo se sentía. Por un momento, fue casi transparente, antes de que la máscara volviera a cubrir sus ojos púrpura.

—¿Te da miedo… olvidarla? —lanzó la pregunta con ansiedad—. No puedo dejar de pensar si llegará un día en el que no recuerde el rostro de mi padre… o de Lucy.

Daval volvió la vista hacia ella. Ni siquiera sabía cuándo se habían acercado tanto. Era como si sus cuerpos se buscasen de forma inconsciente.

—Un amigo decía que las personas que queremos siempre serán eternas aquí. —Le posó un dedo en la frente y bajó hasta el centro del pecho—. Y aquí.

—Parece un amigo sabio.

Él sonrió para sí mismo.

—Lo intenta cuando no está ocupado sumando conquistas a su

lista.

Mirah esbozó una sonrisa y empezó a juguetear con unos tallos de la orilla con la mirada perdida.

—¿Sabes? Siempre tuve ganas de explorar más allá del reino, y, ahora que tenemos que marcharnos, en fin, es difícil dejarlo todo atrás.

Una sombra cruzó la mirada de Daval y ella supo lo que iba a decirle.

—Has hablado con Rowel —adivinó.

Daval asintió. El general humano se había mostrado preocupado por el destino de toda la población de su tierra natal después de conocer los planes de la madre de Daval. Le costaba ver en los rasgos del tipo que tenía delante aquel rictus severo de su progenitora. Y, aunque el silfo fuera un hueso duro de roer, era incapaz de vislumbrar ese halo conspirador y taimado que tenía la nueva reina de Tefalén, Cirae Wicker.

—No podemos permitir que deje morir a todos, Mirah. Quedarnos de brazos cruzados no es una opción. Viajaremos por Tefalén para contarles lo que está sucediendo. Hay mucha gente humilde: agricultores, pescadores, mercaderes que viven apartados en sus casas. —Se pasó la mano por el pelo—. Ella va a darles una alternativa a la aristocracia; nosotros queremos dársela a la población de a pie. Todo tefalino tendrá la opción de acompañarnos hasta Taman para refugiarse, igual que vosotros.

Se mordió el labio, pensando en todo lo que aquello implicaba.

—¿Y si vuelven los asys, Daval? No tendréis posibilidad alguna por mucho que tú seas el único que tenga una arcóbriga con esencia.

—Lo sé —admitió—, pero, si no lo hacemos, los que no tendrán ninguna posibilidad son ellos. —La agarró con suavidad de los hombros para mirarla a los ojos—. Rowel aún es un tipo respetado en el reino después de sus años al servicio de Tuso. Podría funcionar.

Mirah sopesó sus palabras un instante. Luego, asintió resignada.

—A Cirae no va a hacerle ninguna gracia.

—Me temo que hay *cosas* que me importan mucho más que ella.

El tono fue bajo. Como si esa confesión hubiera sido arrancada de alguna esquina privada de su cabeza. Ninguno había vuelto a hablar de lo que había pasado en su última lección. Vio cómo él tragaba saliva y su nuez se mecía bajo la piel de la garganta donde había una pequeña cicatriz.

En un impulso, alzó la mano y recorrió ese borde irregular notando la aspereza de su barba.

—Entonces esto es una despedida —susurró.

Daval contuvo el aliento con los labios apretados, pero sus ojos, dos esferas púrpura brillantes, no se apartaban de ella. Había aprendido a reconocer cómo estos cambiaban cuando veía algo que le gustaba. Justo a como los tenía ahora, mirándola a ella.

Se levantó de súbito. No podía sucumbir de nuevo. Sus emociones con todo lo que había pasado eran un torbellino difícil de descifrar, por lo que era mejor poner distancia. Sin embargo, antes de que se alejara, una barrera de aire invisible la detuvo y la mano firme de él la agarró del brazo.

Cuando la giró para pegarla a su cuerpo, sus ojos emitían destellos de relámpago. No supo quién fue el primero en separar la escasa distancia. Puede que la idea de que sus caminos se fueran a dividir hiciera explotar la tensión del ambiente, pero, al poco, sus bocas se buscaban con ansiedad en un baile húmedo y excitante. El beso fue devastador.

Jadeó al notar la perfección al encajar sus labios con los suyos y su barba le arañó la piel marcándola con un deje posesivo. Su cuerpo se encendió y una bola de fuego caliente pareció brotarle en la parte baja del estómago, buscando su cercanía, su tacto, su lengua, su olor.

Cuando las manos comenzaron a buscar las formas del otro, esta vez fue él quien la detuvo, jadeando contra su cuello.

—No podemos hacer esto, porque, si lo hago… Joder, no sé si seré capaz de alejarme de ti.

Su voz ronca le erizó todo el vello del cuello con aquella confesión y, aunque su cuerpo pugnaba con su mente por continuar, lo entendió. No era el momento. Se apartó con suavidad, pero él no dejó que se alejara antes de susurrar:

—Es la segunda vez que paro. La tercera vez no lo haré.

Asintió, pero esa advertencia encendió aún más su deseo y notó cómo palpitaba. Daval tomó aquel único mechón rubio para apartárselo de la cara.

—Espérame en Taman.

16

—Señor Fury, ¿por qué ellos no van volando?

Quera señaló al cielo con un dedo para acompañar su pregunta. Sus pies crujían bajo la alfombra de hierba verde y, aunque ya llevaban seis días de caminata, no se había quejado ni un momento. Fury casi preferiría sus quejas en vez de toda aquella tromba de preguntas desde que habían salido. Esa boca minúscula podía ser muy insistente.

—Por seguridad, Quera —dijo con paciencia en la que sería su undécima respuesta de aquella mañana—. Ir todos juntos es más seguro en caso de encontrarnos con algún problema en el camino, así nos pueden proteger mejor. Y no todos vamos a pie, el comandante Miles y algunos de sus hombres hacen rondas para vigilar el camino que nos antecede.

—¿*Hacer ronda* es lo mismo que han hecho por las noches mientras dormíamos, señor Fury?

Para Quera todo era una experiencia nueva. Vivía todo con una intensidad casi contagiosa. La pequeña había saltado entusiasmada ante la noticia de dormir en esa zona del bosque, desconocida para ella y para muchos. Pero no todos estaban tan entusiasmados y los alux acaudalados se habían limitado a quejarse en voz baja a la vez que se acomodaban en algún hueco entre el follaje. Fury era incapaz de entender cómo una raza acostumbrada a vivir en los árboles veía tantos inconvenientes en dormir al aire libre. Pero, claro, aquellos no eran sus árboles y no estaban plagados de todas las comodidades a las que estaban acostumbrados.

La pequeña spirit movió sus orejas al asentir, aunque no parecía conforme con la respuesta dada. El sol del mediodía levantaba destellos en su cabello rubio. No pasaron ni dos minutos antes de que volviera a la carga.

—Y si nos encontramos un problema en el camino, señor Fury, ¿no sería mejor que yo llevara una espada que no fuera de madera?

Él puso los ojos en blanco. Esa renacuaja se había aficionado demasiado a los objetos punzantes. Era culpa de Rowel, rendido ante el encanto de esas trenzas rubias que le pedían que le enseñara a *aniquilar* a los malos. ¿De dónde había sacado semejante palabra? Seguro que de alguno de los libros de Mirah. Meneó la cabeza. Entre todos estaban creando una asesina en potencia, dulce y letal, como una florecilla venenosa.

Pero, a pesar de sus ansias de muerte y destrucción, esa dichosa niña sabía ganárselos a todos por su corazoncito. En un reino donde la mayoría de la población no necesitaba de medios de transporte, los caballos eran escasos. Habían reunido todos los corceles disponibles en la puerta de El Brillante antes de salir y establecieron prioridad para montar a ancianos y niños, pero eran insuficientes.

Fury había colocado ante Quera un caballo castaño moteado de manchas blancas, pero ella se había cruzado de brazos y había dicho que iría andando. Después señaló a una pareja de spirits bien entrada en años que cargaban a la espalda sus sacos, apenas con unos cuantos enseres de sus cientos de años de vida. La mujer, con una melena cana y desordenada, contenía los temblores de sus viejas piernas sin mucho éxito. Se agarraba al brazo de su esposo, algo más joven, pero con una barba blanca y larga que le tapaba el pecho.

Fury no pudo negarse ante su convicción, y ella no pareció darse por satisfecha hasta que los vio a ambos montados sobre el corcel y le dio un manotazo cariñoso en el morro al animal. Él no pudo evitar sentir cierto orgullo, casi paternal. Ahora, con un dolor de cabeza en proceso de crecimiento, llamaba a su paciencia y rogaba para que la pequeña le dejara un momento de respiro.

Caminaba junto a él, sin problemas para seguir las zancadas de sus largas piernas, embutida en aquel pantalón de niño y una camisa grisácea remendada en los bordes. Quera era tan cabezota como la reina y, a su imagen y semejanza, se había negado a llevar un vestido para viajar. ¿Cómo podía contradecirla, si la misma Mirah siempre hacía lo que le parecía?

—Y otra cosa, señor Fury —oyó que seguía ella—. ¿Cómo vamos a llegar hasta ese lugar si no tenemos un mapa?

—No te preocupes. Los soldados se saben todos los caminos de Elania, es parte de su formación militar —contestó distraído, ocupado

en distinguir a Mirah más adelante.

La reina andaba a buen paso hablando con Tomen, quien, por el momento, también se había negado a realizar la travesía en caballo. Ninguno lo contradijo por miedo a que empezaran a volar cosas a su alrededor.

Fury la vio intercambiar una sonrisa con el miembro más viejo del consejo de Trisar y tomó aire; el perfume del bosque, con sus notas florales, a tierra y a descomposición vegetal, se intensificó. Dentro de aquella comitiva, Mirah distaba mucho de parecer la reina. Llevaba unos pantalones holgados pero ceñidos en la cintura que le había confeccionado Ymara hacía unas semanas. Por arriba, una camisa con las mangas abiertas hasta el codo con una chaquetilla marrón de tela común, que terminaba en una capucha en la parte trasera y con la consecuente abertura de cintas en la espalda. No llevaba ni la corona, ni ninguna joya, a excepción de ese collar que le adornaba el cuello y cuyo colgante se perdía en el escote. Algo oscuro se removió en su interior al posar los ojos en él.

Casi esperó que el invasor lo apartara de nuevo en uno de esos episodios de inconsciencia, pero no fue así. La amargura de saber por fin qué le estaba pasando le creaba una desazón asfixiante. Y luego estaban esos retazos de imágenes que lo torturaban… Fue entonces cuando Mirah se encontró con su mirada. No tardó en retroceder para encontrarse con ellos. Quera la miró sin disimular su admiración.

—Reina Mirah, el señor Fury no quiere responder a mis preguntas.

Fury resopló y se acarició el puente de la nariz.

—Como ya sabes, el señor Fury es un poco gruñón, Quera —dijo. Las dos intercambiaron una mirada burlona y Mirah señaló hacia adelante—. Pero el señor Tomen es un spirit muy amable y ha vivido muchas cosas, seguro que estará encantado de responder a todas tus preguntas. Vamos, ve.

Quera movió la punta de las orejas antes de adelantarse en una carrera hasta el viejo spirit.

—Parece que lo lleva bien —dijo Mirah mientras ambos la contemplaban.

Fury se recolocó la cinta del carcaj de flechas sobre el pecho.

—Eso lo dices porque no la viste despedirse de Rowel —repuso—. No sé quién lloró más.

Ella sonrió. A su espalda, unos cuantos alux se quejaron al tropezar con unas piedras, poco acostumbrados a exigir a sus

remilgados cuerpos ese nuevo esfuerzo físico.

—A veces coges cariño a quien menos te lo esperas—dijo ella, distraída.

Sus ojos brillaban, perdida en algún pensamiento. Había una nota risueña en ellos, distinta a la mirada derrotada antes de salir de Trisar. O, al menos, de lo que podía recordar. La oscuridad de su cabeza había vuelto poco después y su invasor había tomado el mando. Otra vez.

A pesar de los agotadores días de preparativos del viaje, la noche anterior a la partida no había dormido debido a unas náuseas constantes que lo obligaban a cerrar los ojos para que la habitación no le diera vueltas. Luego vino la presión en la cabeza y las ganas de vomitar. Y *esa* imagen.

La de sus manos rodeando el cuello del rey Edur.

«Por Aleph. No, no podía haber sido él».

Pero es que ahora no siempre era él.

Vomitó al tomar conciencia de ese hecho, de cómo le había arrebatado a la única persona que le quedaba a Mirah. Después, con una mirada a su alrededor, había prendido todas las velas del taller y, con el pecho al descubierto, se puso el delantal de cuero. Apretó un puño para hacer un poco de fuerza y activó una llamarada de fuego dentro de la fragua, cuyos rescoldos ya empezaban a consumirse después de varias horas de inactividad.

Necesitaba trabajar para mantener lo poco que le quedaba de cordura.

Una vez tuvo las manos enfundadas en los guantes, introdujo la pieza de acero aún sin acabar en el fuego para que alcanzara la temperatura adecuada. Suspiró, pero la imagen se repetía en su cabeza una y otra vez por mucho que quisiera evitarla.

Echó un vistazo al metal, que ya había adquirido el característico color azul violeta al sobrepasar los doscientos grados. El calor, un amigo al que ya estaba más que acostumbrado, empezó a dibujar gotas de sudor por su cuello y torso. Sacó el metal justo cuando había adquirido ese óptimo color rojo cereza que le permitía darle forma mientras sus orejas se agitaban, lo que hacían cada vez con más asiduidad. Su instinto del peligro estaba atrofiado desde la batalla, pero ¿qué peligro iba a prevenir cuando él mismo era la mayor amenaza para todos?

Sobre el yunque, golpeó el material encendido casi con furia. El

metal cedió bajo sus golpes alargándose sobre sí mismo. Trabajó la punta afilada durante un rato, sin apenas pensar. Solo golpeó, una y otra vez.

Recordó ese instante durante la batalla, cuando un impulso le hizo ir en busca del asys que llevaba la llave del agua. Tarde comprendió que no era más que un señuelo. Luego, vino el golpe en la cabeza y el vacío posterior en sus recuerdos. Que no se hubiera limitado a partirle el cuello le dio las piezas que le faltaban. Necesitaban unos ojos en el bando contrario.

Aquella noche, la punta de la espada se había enfriado y él tuvo que volver a meterla en el fuego para seguir esculpiéndola. Se pasó el brazo por la frente para limpiarse el sudor antes de acercarse a beber un poco de agua del barreño a su derecha. Al inclinarse, el agua le devolvió una imagen de sí mismo con los ojos totalmente negros. Había dado un respingo, y, cuando volvió a contemplarse, sus ojos verdosos eran los de siempre.

Trabajó un rato más e introdujo la hoja recién forjada en una de las cubetas de enfriamiento casi demasiado rápido. El acero enfriado con rapidez aumentaba la dureza del mismo y, por tanto, esa pieza tendría altos riesgos de quebrarse en un golpe directo. Un error que siempre había criticado en sus ayudantes y que no se perdonaba a sí mismo. Una chapuza.

La dejó caer dentro del agua, derrotado, y se sentó en el suelo. La inactividad hizo que las sombras volvieran a su cabeza. Casi sintió al céfiro de su interior sonreír aquella noche.

—¿Estás enfadado conmigo?

La voz de Mirah le hizo volver al presente y la miró antes de volver la vista al frente. Negó con la cabeza con las facciones aún tensas. Ella levantó las cejas, sin creerlo.

—Siento haberte apartado estos días, ¿vale? —dijo con un suspiro —. He estado un tanto irascible con todo lo que estaba pasando, yo…

No podía soportar que ella le pidiera perdón cuando sospechaba que sus manos, dominadas por un ente oscuro, le habían arrebatado el último hálito de vida a Edur.

—Cállate. Está todo bien.

El tono fue más duro de lo que pretendía y ella creyó entender que estaba más enfadado de lo que pensaba. Le cogió la barbilla con una mano para que la mirara.

—Sé que siempre estarás ahí para apoyarme.

«O para estrangularte».

Dio un respingo ante el comentario amenazador en su cabeza. Si pudiera alejarse, haría tiempo que lo hubiera hecho. Por Aleph, la idea de que el céfiro lo utilizara para hacer daño a Mirah le desgarraba las entrañas.

Ella tomó su silencio como una invitación y le pasó una mano por la espalda para darle un abrazo rápido. Notó como sus manos —«¿o eran las del céfiro?»— la rodeaban para atraerla hacia él. Su aroma lo embriagó y solo pudo pensar en tenerla aún más cerca. Pero ella se separó deprisa, para decepción de los *dos*. La parte aún cuerda de Fury respiró aliviada.

—Me temo que ahora no puedo compensártelo con pastelitos de nube, pero mi deuda queda pendiente, ¿de acuerdo?

—Dudo que a esas salamantinas les vaya mucho la pastelería.

A su lado, un par de alux remilgadas cuchichearon entre ellas lanzándoles una mirada reprobatoria. Mirah puso los ojos en blanco. Era obvio que la cercanía entre ambos les daría palique para comentar el resto del viaje.

—¿Crees que esto es buena idea? —preguntó él al cabo de un momento—. La raza salamantina es la más desconfiada. Llevamos cientos de años sin cruzarnos con ninguno. Nunca se relacionan con nadie. Y… ¿por qué Perenite se negó a darle armas a tu padre?

—Es lo que pretendo averiguar. Espero que ella responda a todas las preguntas que no pude hacerle a él. —Sus ojos se ensombrecieron. Fury supo en lo que pensaba al instante.

—Puede que las palabras de tu padre no quisieran decir nada, Mirah.

Ella negó con la cabeza y se señaló la espalda. Aunque llevaba las alas recogidas para caminar mejor entre los árboles; él sabía lo que le costaba mantenerlas a la vista.

—Y yo creo que esas palabras lo dijeron todo —repuso—. Es la única explicación a que sea tan diferente a Lucy. Y a todos los demás. —Al nombrar a su hermana, su voz se volvió más débil—. Siento que cada paso que doy me aleja más de ella, Fury. Como si estuviera agotando la última posibilidad de recuperarla con vida.

—Intentas hacer lo mejor. No desesperes. Quizá Perenite tenga alguna idea —dijo él sin darle demasiada importancia. No quería crearle falsas esperanzas y mucho menos dar más información a la segunda conciencia de su cabeza.

—Sí, supongo que todos intentamos hacer lo mejor. Y, por eso, ahora Daval y Rowel se dirigen a Tefalén. —Suspiró y notó su desazón —. ¿Acaso el destino se empeña en alejarme de quien me importa?

Mirah se toqueteó la cadena del medallón. Fury notaba que había algo más en el sentido aparente de sus palabras. Era algo que ocurría últimamente cada vez que hablaba del silfo. El peso de los celos sumó una gota más al vaso y contrajo la mandíbula. La estaba perdiendo, joder. ¿Por qué diablos no se había atrevido a confesarle lo que sentía antes? Quizá pensaba que, con el tiempo, todo surgiría de forma natural entre los dos. Por Aleph, eran alux y spirit, el tiempo nunca había sido una preocupación. O al menos no hasta ahora, cuando un céfiro lo poseía cuando le apetecía y un maldito silfo había puesto sus ojos en ella.

Las trenzas de Quera se menearon sobre sus hombros dando saltitos cuando vino a buscarlos.

—¡Los alux dicen que se ve una laguna a lo lejos!

17

Ymara alzó una ceja al mirar el terreno que se abría ante ellos.

Aunque parecía que estaba más cerca, tardaron en llegar hasta la *laguna*, por llamarla de alguna forma. Distaba mucho de serlo. Miles se había adelantado hacía unas horas para avisar de que llegaban a las Torcas Tamaní y, aunque ella había oído hablar de su existencia, nunca había pensado ser tan privilegiada como para ver semejante paisaje.

Las últimas jornadas habían mermado las fuerzas del grupo que, después de un inicio tranquilo de viaje, se había visto resentido por el paraje cada vez más desértico. Hubo que racionar el agua al no encontrar ningún afluente perdido del río Mel en aquella zona. Dos veces al día, un grupo de alux retrocedía para llenar los cántaros en la última simiente del río que habían dejado ya atrás hacía tres días. El resultado fue que tuvieron que ir más lentos, y el calor tampoco ayudaba. El clima fresco de Trisar ya había empezado a dar paso a una calidez, de momento, soportable.

Sin embargo, las condiciones, que empezaban a ser complicadas y pasaron a ser mortales, hicieron que tuvieran algunas bajas. Había visto el rostro pálido de la reina, brillante de sudor, al ver caer a otro spirit de los más ancianos, los más afectados por el cambio de clima. El terreno no tenía piedad con ellos y la comida y el agua comenzaron a escasear a partir del séptimo día. Cuando al fin llegaron a la laguna y el calor era más intenso, la lista de muertos ascendía a casi treinta spirits y cinco humanos. Los conocimientos del doctor Remín eran ineficaces en condiciones tan adversas y el ánimo del sanador también comenzó a mermar. La naturaleza del viaje no permitió más que un entierro sencillo para cada uno de ellos antes de continuar. Quedarse parados cuando ya tenían la mayor parte del camino hecho solo haría que murieran más.

Era incapaz de entender cómo la reina había preferido elegir esa opción que quedarse en Trisar, aún con los peligros que conllevaba. Y sin olvidar el abandono de todas las alux. Dio una patada a una piedra en el terreno con las botas por la impotencia. Días después de su regreso para buscar pistas y de aquella reunión, la reina Mirah la había buscado para hablar. Escuchó sus razones, vio sus ojos húmedos y, aunque podía llegar a comprenderla, supo que no conseguiría hacerla cambiar de opinión. Por más que dijera que quizá en Taman podían urdir un plan para rescatarlas a todas, Ymara sabía que era un mantra que la propia reina se repetiría para calmar su conciencia. Ojalá el remordimiento se la comiera por dentro. Desde entonces, su relación había pasado a ser mucho más distante.

Por eso se sorprendió cuando la vio acercarse a ella para contemplar juntas el paisaje desde la ladera serpenteante. Desde allí, a un nivel inferior y hasta donde se extendía su vista, solo pudo apreciar un panorama extranjero y desconocido.

El espacio era abierto, salpicado apenas con algunos árboles muy alejados entre sí. La tierra de color claro presentaba unas formas irregulares en forma de agujeros, llenos de un agua estancada de color oscuro y verdoso, muy diferente a las aguas de los diferentes caudales del río Mel con los que se habían cruzado a lo largo del camino hasta allí. Ymara desconocía sus dimensiones, pero sospechaba que algunos eran bastante más profundos de lo que dejaban entrever. Entre unos y otros había unas líneas de tierra mojada que los separaban y cuya estabilidad sembraba ciertas dudas. Una cortina de juncos y hierbajos comunes crecía en algunas partes libres de tierra, aquellas que el agua aún no había podido invadir.

—¿No hay otro camino posible? —preguntó la reina a Miles.

Este negó con la cabeza. Ymara esquivó su mirada y sus alas se agitaron reflejando su rechazo. Tampoco podía mirarlo a la cara a él por abandonar a su hermana. Luego los oyó debatir junto a otros soldados, y el problema se hizo evidente. ¿Cómo iban a cruzar los spirits y los hombres de Rowel?

Apretó los puños. Quizá la reina decidiera abandonarlos también. Le lanzó una mirada encendida. Puede que estuviera siendo injusta, puede que estuviera sufriendo igual que ella, pero no pensaba tender un velo sobre el asunto, como si pusiera una mortaja a Ylara antes de tiempo.

Siempre había presumido de ser una alux independiente que hacía

lo que quería la mayor parte del tiempo, pero, ahora, poniendo distancia de su gemela, se sintió más dependiente que nunca de ella. Le faltaba una pieza vital de sí misma, tanto que casi le dolía.

—Ymara, ¿podrías cargar con Quera? —le preguntó la reina.

Se giró hacia ella y bajó la vista para ver la mano pequeña que se unía a la suya. La niña miraba con la boca abierta hacia delante, tan sorprendida que había dejado su habitual actitud parlanchina. Había aguantado aquel difícil camino con una fortaleza increíble para su juventud. Ymara clavó en Mirah sus ojos azules y decidió enterrar el hacha de guerra durante un rato.

—Claro —dijo con un asentimiento—. ¿Cómo lo hacemos?

Su pregunta pareció agradar a la reina, al incluirse de forma implícita como una más en aquel asunto. A su alrededor se congregaron Fury, Tomen y Miles. Ymara no pudo evitar el sentimiento placentero de formar parte en aquella asamblea improvisada.

—Los que vayan a caballo pueden cruzar por esa zona —dijo Miles, señalando una parte a la izquierda donde los caminos de tierra entre los agujeros parecían ser más anchos y estables—. Tendrán que ir en fila, de uno en uno y con sumo cuidado para que los caballos no resbalen. La zona es un lodazal y parece fácil partirse algo de un mal traspié.

—Así se hará—asintió la reina—. El resto de alux nos repartiremos para llevar a los demás hasta el otro lado. Espero que no sea demasiado recorrido. —Alzó la barbilla para intentar ver el final de aquel campo forastero—. Miles, escoge cinco hombres, escoltaréis a la población que irá en caballo por si surge algún problema.

—Yo voy con ellos —dijo Fury.

—Yo también —aseguró el doctor Remín—. Puede que alguien sufra una caída o algo similar. —Torció la cabeza con una mueca—. Centraos en que a nadie le dé un ataque al corazón ahí arriba.

—Quizá haya ciertos alux que no quieran… —Comenzó a decir Ymara. Miró de reojo a un par de alux de clase alta que los miraban con el ceño fruncido.

—Me da igual, tendrán que colaborar —dijo ella antes de alzar la voz para dar indicaciones.

Para su sorpresa, nadie se quejó. La situación ya era bastante complicada de por sí. Todos tomaron posiciones para bajar la ladera. Dejaron atrás los últimos recodos del Bosque de los Suspiros para

abrirse paso por las Torcas Tamaní, cuyas aguas parecían aún más verdosas conforme se acercaban.

La comitiva a caballo enfiló el flanco izquierdo con precaución. Los animales iban cargados con las provisiones de comida que quedaban, además de todos los enseres guardados en sacos de los spirits y humanos que los alux trasladarían. Ymara observó cómo se balanceaban los bultos sobre las alforjas y esperó que no fuera demasiado peso. Los primeros corceles y sus jinetes serpentearon vacilantes entre los diferentes surcos, pero, al poco, una vez comprobado que el terreno era estable, se relajaron.

Miles y sus hombres volaban cerca, recorriendo la fila de un lado al otro con atención. Fury esperaba para colocarse al final y comprobar que los últimos caballos completaban la comitiva. No parecía un trayecto más largo de un par de horas, pero era tortuoso.

Ymara y el resto de alux comenzaron su propia misión. Tendrían que hacer dos o tres viajes para trasladarlos a todos mientras se repartían a los spirits según peso estimado y fuerza física de su transportador. A más de uno lo tendrían que llevar entre varios. Al acabar, estarían agotados.

Quera fue la primera de Ymara. Agarró a la pequeña y le ordenó que le pasara los brazos por el cuello para afianzarse. Ella le dedicó una sonrisa tensa, y, entonces, Ymara tensó las falanges para ascender.

Hubo un jadeo de esfuerzo por parte de algunos alux. Aquello requeriría un desgaste físico importante. A su lado, dos alux se coordinaron para izar a un humano, uno de los soldados de Rowel con aspecto de fortachón, que no pudo evitar un gemido agudo cuando sus pies se despegaron del suelo.

El cielo se llenó de una multitud de alas batientes casi en formación; y surcaron el aire con rapidez. Quera chilló emocionada y, aunque afianzó los brazos de la impresión, sus ojos se abrieron para contemplar el mundo a vista de pájaro.

—¡Señora Ymara! ¡Casi tocamos las nubes!

Soltó una risita nerviosa mientras sus trenzas se deslizaban hacia un lado por la brisa.

Las figuras de los caballos, abajo, comenzaron a hacerse pequeñas y, al poco, los dejaron atrás. El espectáculo de las Torcas Tamaní desde las alturas era aún más impresionante, y no pudo evitar contemplar los agujeros como ojos que emergían del centro mismo de la tierra, alumbrados por los rayos de sol.

Volaron a la par que otros alux, pero había unas alas que no pasaban desapercibidas. Un poco por delante de ellas, unas alas negras y mucho más robustas que las suyas propias surcaban el cielo apartando el aire a su paso.

Al poco, los agujeros acuáticos fueron espaciándose unos de otros hasta que el terreno fue llano y comenzaron a ver lo que parecía el inicio de una pared de árboles. Mirah descendió y todos la siguieron. Ymara posó los pies en el suelo. Tras pasar el terreno de las Torcas Tamaní, era como haber emergido en un lugar totalmente diferente.

En Trisar el color verde era el dominante, pero allí los árboles se mezclaban en un manto de tonos rojos, amarillos y marrones que, junto con los rayos de sol, creaban un ambiente caluroso y encendido. No había flores y el suelo solo estaba cubierto de una manta de hojas caídas que crujían dolientes cuando los alux tomaban tierra con jadeos. Más de uno se dejó caer en el suelo con un quejido de esfuerzo y se quedó tumbado sobre sus propias alas para recuperar el aliento.

Ymara pasó una mano por el tronco nudoso y grueso del árbol más cercano. A su lado, Quera se agachó para coger un puñado de hojas del suelo y examinarlas cerca de los ojos antes de tirarlas sobre su cabeza con un salto. Algunos spirits pequeños la imitaron, e incluso un par de niñas alux se acercaron para llenarse los brazos de hojas y volar para verterlas sobre sus cabezas. De forma inesperada, el lugar se llenó de risas infantiles.

Los spirits adultos, más comedidos, pasaron las manos por los árboles igual que ella al pisar por primera vez un terreno diferente al que habían conocido durante cientos y cientos de años. Después de la muerte que había acompañado la primera parte del viaje, aquel ambiente relajado y feliz tras superar un nuevo obstáculo fue casi una bendición.

—Bien —dijo Mirah a su lado, pasándose la mano por la frente perlada de sudor. Una sonrisa enmarcó sus labios, contagiada de la alegría general—. ¿A por el segundo viaje?

Ymara asintió y, cuando las dos echaron a volar, seguidas de otro abanico de alas de colores, sintió que no podía culparla por mucho que quisiera.

18

El traslado a caballo era mucho más lento que por aire.

Obligados a sortear los obstáculos del terreno, Mirah aminoró la velocidad al sobrevolar la comitiva y asintió para sí al ver que ya habían completado la mayor parte del camino. Miró a su acompañante, aferrada a ella con los nudillos blancos y con los ojos cerrados.

La anciana alux, con un cabello blanquecino que aún conservaba algunos reflejos de su rubio natural, la había mirado con desconfianza antes de agarrarse a ella. Por el aspecto casi transparente de su piel y el leve rastro de flacidez del rostro, debía rondar ya los tres mil años. Mirah echó un vistazo a la espalda, donde sus alas, inservibles por la edad, apenas eran ya unos trozos lacios y secos que velaban sus omóplatos.

Sin embargo, parecía tener la cabeza en perfectas condiciones a juzgar por el brillo de sus ojos azules al susurrarle con voz débil: «Majestad, siento parecer una vieja tonta, pero llevo ya casi doscientos años sin volar. Me temo que la edad me ha dado mal de altura». Había asentido con una sonrisa y le había dicho que cerrara los ojos.

Afianzó el peso de la hembra alux en los brazos, notando ya pinchazos en los tendones por el esfuerzo y el sudor corriéndole por la nuca. Tardó aún un rato en vislumbrar los primeros árboles del bosque rojizo y varias siluetas que miraban al cielo. Los recovecos de las Torcas Tamaní fueron quedando a su espalda y alguien la alcanzó y se puso a su altura. Ymara, con los colores de sus alas fundidos en la velocidad de su aleteo, transportaba a un spirit adolescente que permanecía rígido abrazado a ella.

El muchacho miraba a la alux con los ojos abiertos, incapaz de disimular el color encendido de las mejillas ante semejante belleza. Ella, dándose cuenta, dedicó a la reina un vuelco de ojos con la boca

fruncida. Mirah ahogó una risita para sus adentros y aceleró. Sus alas, aunque poco acostumbradas a semejante esfuerzo, estaban a pleno rendimiento. Tuvo que admitir que una pizca de orgullo la llenó durante un instante.

Agarró con fuerza la cintura de la anciana para descender, y el viento que soplaba de lado les agitó el cabello. Eligió un hueco entre dos árboles y posó los pies con una flexión de rodillas. Varios pares de pies se posaron a su vez en el suelo y algunas hojas salieron disparadas hacia arriba por la acción de las falanges aún batientes.

La anciana se apeó de ella con un trastabillo y Mirah la tuvo que sujetar del brazo hasta que se estabilizó. La vio mirar el nuevo bosque con los ojos llenos de admiración y, aunque en otros tiempos hubiera sido la primera en pasear de aquí a allá toqueteando aquel terreno vegetal inexplorado, en esta ocasión apeló a su responsabilidad. Contó mentalmente la multitud apiñada entre los árboles.

El traslado ya casi había concluido y, conforme la nueva bandada de alux llegaba y depositaba a sus pasajeros, el grupo comenzó a hacerse más numeroso. Dio órdenes a una veintena de alux para emprender un último vuelo y recoger a los que quedaban al otro lado.

Cada muerto que había quedado en el camino hasta allí era una aguja que se clavaba en sus tripas. No soportaría perder a nadie más. Con las manos en las caderas, y recuperando el aire en los pulmones, dio unos pasos por el terreno para supervisar el estado de su pueblo. Los niños eran los que mejor estaban llevando el viaje y jugaban en un lateral, emocionados ante el nuevo panorama. Su sonrisa se borró al notar una ausencia evidente. Anduvo hacia el otro lado para mirar entre los pequeños corros de gente que hablaba entre sí. Ni rastro.

—¿Dónde está Quera? —preguntó a Ymara, cogiéndola del brazo para apartarla de los demás. La alux se encogió de hombros con el ceño fruncido antes de buscarla también con la mirada.

Mirah corrió hasta los niños. Ninguno se atrevió a responder hasta que uno de ellos señaló hacia un camino entre dos árboles. Mirah meneó la cabeza para sí misma. Esa niña y su curiosidad.

Sin mediar palabra, siguió esa dirección. Las hojas, amarillas y rojas, se mecieron engatusadas por la primera brisa de la tarde en el Bosque Rojo. Los pájaros se movían entre las ramas con un piar lánguido y desenfadado. Maldijo en voz alta al ver que se había alejado demasiado y levantó una pierna para sortear una gruesa raíz que sobresalía del terreno.

Al alzar la mirada, pudo ver un ave pequeña posada en una rama baja. Sus plumas, de un color rojizo encendido, casi se camuflaban entre la nube de hojas, si no fuera por las alas y el pico negros. El animal torció la cabeza emplumada y pareció estudiarla con sus minúsculos ojos negros antes de echar a volar.

—¿Quera? —llamó.

Las voces de la comitiva se convirtieron apenas en un susurro conforme avanzaba más.

—Vamos, Quera, no es hora de jugar al escondite.

El reiterado silencio ya la preocupó. ¿Se habría distraído al perseguir a algún animalillo? ¿Se habría caído y roto algo? Intentó agudizar el oído antes de volver a llamarla. La preocupación le instaló un nudo en el pecho y al andar su cojera se hizo más notable.

No supo bien cuándo, pero empezó a correr entre aquel paisaje que le parecía igual a cada tramo, y entonces lo oyó: un grito infantil ahogado. Orientada hacia el sonido, emergió de entre los árboles a un claro. Ni siquiera se detuvo a preguntarse por la docena de cabañas de madera que se intercalaban unas entre otras, porque solo tuvo ojos para Quera.

La niña yacía de rodillas en el suelo y alguien con una capucha negra la había cogido con fuerza del pelo, mientras, en la otra mano, brillaba la hoja de un hacha. Abrió las alas de golpe para abalanzarse sobre la figura a la vez que desenvainaba la espada de su cinto. El impacto tiró al desconocido al suelo. Al caérsele la capucha, se encontró con un tipo de barba castaña y pelo largo desgreñado. Con los ojos encendidos, blandió el hacha, pero ella lo esquivó echándose hacia un lado. Con una mano le aprisionó la muñeca contra el suelo y, justo cuando la hoja de su espada se acercaba peligrosa hacia él, alguien se lanzó sobre ella y la tiró hacia un lado.

Rodaron por el suelo. Sus ojos se encontraron con una criatura de pelo rojo. La larga trenza en la que lo llevaba recogido le llegaba hasta el trasero. Vestida con una falda de cuero hasta la rodilla y apenas un pedazo de tela envuelto sobre los pechos, su piel tenía un color verdoso salpicado de escamas brillantes. Era la viva imagen de una guerrera salamantina.

Con una destreza imposible, la recién llegada dio una vuelta sobre sí misma para darle una patada. La esquivó a duras penas y el pie de la pelirroja levantó una nube de tierra del suelo. Mirah rodó para incorporarse y adoptar posición de ataque. Por detrás de ella, el otro

individuo volvió a sujetar a Quera y esta se quejó. Mirah se giró para encararlo, pero la guerrera saltó y, con un giro en el aire, la tumbó de una patada en la espalda. No tardó en aferrarla del pelo, pero Mirah le asestó un tajo en el antebrazo con un movimiento de muñeca. Su rival gimió y, aprovechando ese instante de descuido, se la quitó de encima con un batir fuerte de alas.

Invirtió sus posiciones para inmovilizarla contra el suelo echando su peso sobre ella y rodeándola con fuerza con los muslos. Tan de cerca, advirtió que desprendía un olor intenso a tierra mojada, a pesar de que la tierra donde estaba tumbada parecía caliente y seca contra su cuerpo. La pelirroja clavó sus ojos en ella, unos iris verdes coronados con una pupila amarilla en forma de lágrima. Le sacó los dientes con agresividad antes de escupirle. El hilo de saliva alcanzó a Mirah en la mejilla y con un grito de rabia le acercó la hoja de la espada al gaznate.

—¿Cómo os atrevéis a atacar a una niña? —gritó con frialdad.

Su voz debió alertar a nuevas figuras que emergieron de las cabañas. Algunos se acercaron a curiosear y crearon una fila frente a las construcciones de madera. La guerrera en el suelo no contestó y le dedicó una mueca burlona. Acto seguido, cogió un puñado de tierra y se la arrojó sobre los ojos. El escozor hizo que la visión se le nublara y la salamantina aprovechó para reptar y salir de debajo de su cuerpo en un par de meneos. Mirah aún intentaba levantarse con una mano sobre los ojos cuando sintió el puñetazo en la nariz. Un dolor agudo se le extendió por el tabique, llegando hasta la cabeza.

Encendida por la pelea, aparcó el dolor a un lado para erguirse y le asió la trenza. La sujetó y tiró con todas sus fuerzas enrollándola sobre la muñeca y le asestó un golpe con el pomo de la espada en la mandíbula. El golpe la hizo trastabillar hacia atrás y soltar un salivazo sangriento al suelo. Lo que pareció encenderla más. La salamantina le propinó un puntapié salvaje en el brazo y el dolor le recorrió toda la articulación.

—¡Ya basta, Rachana! —gritó alguien.

La pelirroja no se dio por aludida, enzarzada como estaba en la pelea. Jadeó al lanzar un nuevo puñetazo que Mirah esquivó. Antes de que la fiera guerrera le lanzara otro ataque, dos pares de manos se acercaron a sujetarla. Aunque era más baja que ellos, la salamantina se revolvió con inquina.

A Mirah le costó apartar la vista de ella, cegada por la adrenalina.

Reconoció la figura de Ymara al fondo, hablando con el encapuchado. Era delgado y gesticulaba con brío junto a Quera, que los miraba con los ojitos abiertos de par en par. De pronto, una spirit de pelo corto salió del grupo de curiosos a la carrera y abrazó a Ymara. Mirah frunció el ceño visiblemente desconcertada. Fue consciente de que todas las miradas se centraban en ella, incluida la de la pelirroja agresiva.

«¿Qué narices está pasando?». Sintió el sabor a óxido de la sangre que le caía de la nariz y se la limpió con el dorso de la mano.

El encapuchado se acercó unos pasos a ella. Su actitud había cambiado por completo.

—Ha sido un error, señora… señorita… —pronunció la última palabra con cierta vacilación—. Lo lamento, yo…

—Tú estabas atacándola —lo cortó, señalando a Quera con un dedo.

Ante su alusión, la niña bajó la mirada al suelo, avergonzada, e Ymara se acercó a ella con las palmas de las manos abiertas. Negaba con la cabeza.

—En realidad, ha sido Quera quien lo ha atacado.

La alux le señaló un pequeño cuchillo teñido de rojo tirado en el suelo. Mirah pestañeó y miró de nuevo al hombre. En su pierna, camuflada por el pantalón oscuro, había una herida a la altura del muslo cuya sangre empezaba a empaparle la pernera.

—Droimen solo se ha asustado —continuó ella—. Es el líder de este asentamiento. Su hermana Nessa vivía antes en Trisar y es una gran amiga mía. No hay peligro alguno.

La spirit de pelo corto asintió por detrás. Fue entonces cuando advirtió la punta picuda de las orejas del hombre, que quedaban casi camufladas entre su pelo desgreñado. Jamás hubiera sospechado que ese tipo era un spirit, y menos con aquellas pintas de salvaje. Envainó la espada y se acercó a Quera.

—¿De dónde has sacado ese cuchillo, jovencita?

La niña se mesó una trenza con una mano.

—Señora Mirah, se le olvidó a alguien en el camino y yo… quería poder protegerme —dijo con una vocecilla aguda. Luego se cruzó de brazos e hizo un mohín—. El señor Fury no quiso darme una espada de verdad. Y usted me dijo una vez que nunca me fiara de nadie en el bosque.

La convicción de su voz hizo que Mirah se pasara una mano por

los ojos. Acababa de hacer un ridículo espantoso gracias a aquella renacuaja.

—Ya hablaremos tú y yo luego —dijo cortante.

Se acercó al supuesto líder y le tendió la mano.

—Siento el malentendido, Droimen —se disculpó.

Él se la estrechó. La mano ruda y encallecida de alguien acostumbrado a trabajar en el bosque. Con las facciones relajadas, tenía un aspecto mucho menos intimidatorio que momentos antes. Ella le señaló la herida.

—Puedo prepararle algo para cortar la hemorragia.

—No es preciso, tenemos a nuestro propio sanador, señora —dijo él con una mueca de dolor. No la llamó con el apelativo propio a su cargo, pero no la molestó—. Si quiere puede tratarla a usted también.

El grupo de curiosos había aumentado de forma considerable. Más de cincuenta rostros que intentaban poner la oreja para seguir la conversación de esa recién llegada desconocida.

—No se preocupe, creo que no la tengo rota. —Se tocó la nariz. Iba a necesitar un par de puntos de las manos de Remín para cortar el sangrado, pero poco más. Sus ojos se posaron en la pelirroja, que los miraba junto al resto desde un extremo. Ya la habían soltado y permanecía erguida, con el mentón alto y los brazos cruzados sobre el pecho. Una mota rojiza se dejó caer en su hombro. Era el mismo pájaro que había visto en el bosque.

—Disculpe a Rachana —dijo el spirit con una mano en la nuca tras mirar de reojo a la salamantina—. Si hubiéramos sabido quién era…

—Le hubiera arreado igual si te llega a tocar un pelo —soltó la pelirroja. Su voz dulce no casaba con su aspecto salvaje—. Ambos lo sabemos, Droimen.

Él puso los ojos en blanco antes de girarse hacia ella. Entre los dos hubo un intercambio de miradas silencioso que revelaba cierta intimidad. No había duda alguna de que, o bien habían sido amantes, o lo eran en la actualidad.

—Cuando se entere Perenite, te va a arrancar la piel a tiras, lo sabes, ¿verdad? —dijo él.

La alusión a la reina de Taman hizo que Mirah prestara aún más atención a la salamantina y torció el gesto. Ella estiró los brazos hacia arriba en un ademán perezoso y estudiado al mismo tiempo.

—Pues mejor, me toca muda de piel dentro de un mes. Es un

jodido incordio —murmuró y su estómago se alisó aún más para marcar las costillas bajo la piel escamada. Las piernas torneadas y fuertes hacían juego con el resto de un cuerpo perfectamente pulido a base de ejercicio. Si hubiera alguna duda de su raza, la cola verde que caía sobre el lado trasero de su falda acababa de confirmárselo.

Mirah se comió su orgullo para dirigirse a ella.

—Supongo que conoces a la reina.

La pelirroja soltó una carcajada escandalosa. Aún le goteaba sangre del golpe en la frente y la lágrima amarilla de los iris de sus ojos se acentuó sin disimular su diversión.

—Podría decirse que sí. —Después la miró de arriba abajo sin un ápice de recato, como si su presencia no despertara demasiado su interés, pero añadió—: No peleas mal para ser una alux estirada.

—¡Rachana! —la amonestó Droimen con un empujón—. Ya basta, vete a menear la cola un rato por ahí. —Ella le hizo un puchero con los labios y, con un suspiro fingido, se perdió entre la

multitud mientras su trenza se bamboleaba de forma sugerente sobre la línea de su trasero.

Droimen se dirigió al resto para que se dispersaran a hacer sus tareas. Mirah advirtió que todos eran spirits, con un aspecto similar al que presentaba Droimen: ropas oscuras, pelos largos y una mirada salvaje en los semblantes. Aunque apreció algo más, un punto en sus ojos que no solía ver en la mayoría de spirits de Trisar. ¿Felicidad, quizás?

Nessa e Ymara se acercaron, la buena relación entre ellas era más que evidente. La spirit, con las primeras arrugas de una edad madura enmarcándole los ojos, tenía un aire original y diferenciador a cualquiera de su raza que hubiera visto antes. Su pelo castaño, despeinado y revuelto, le daba un aspecto desenfadado a los rasgos aniñados de un rostro que no se parecía demasiado al de su hermano.

—Yo soy Nessa, majestad —se adelantó para estrecharle la mano. Estaba claro que era la hermana mayor y, aunque su hermano era el líder del grupo, ella no parecía estar, ni mucho menos, a su sombra—. Ymara me ha puesto al corriente de sus planes. En pocas horas anochecerá y Droimen y yo estaremos encantados de ofreceros nuestro enclave para pasar la noche.

Mirah no supo identificar si era una falsa hospitalidad debido a las circunstancias, pero asintió. Después del duro camino y de todos los que habían fallecido en él, todos merecían una comida caliente y algo

blando en lo que asentar las espaldas doloridas. Ella misma notaba todos los músculos agarrotados tras el exigente esfuerzo físico a sus alas.

Casi había olvidado que las tenía expuestas, algo con lo que estaba empezando a familiarizarse, aunque le costara. Las recogió y mandó a Ymara a buscar a todos los demás y avisar a Miles cuando llegara el grupo que venía por tierra. Nessa se apartó para informar a los otros habitantes, muchos de los cuales trabajaban en el exterior mientras otros habían vuelto a sus cabañas.

De repente, notó que Droimen la miraba, reflexivo, a unos palmos de distancia. Cuando habló, notó la chispa de la admiración en su voz:

—Jamás había visto a una alux luchar por la vida de un spirit.

Mirah giró la cabeza para buscar a Quera con la mirada y suspiró.

—Todos merecemos que alguien luche por nosotros.

19

Una sarta de risotadas llenó el paraje iluminado solo por la luz de las fogatas.

Miles apretó la mandíbula y su gesto, normalmente tenso, le afeó la cara. Con el pelo rubio ahora teñido de un líquido ambarino, miró con fastidio al spirit de pelo largo que acababa de tropezar sobre él, derramando todo el contenido de su copa.

—¡Casi que te queda mejor así, estirado! —dijo Ymara a un lado sin contener su risa malvada. Achispada y rodeada de Nessa y unos cuantos más, no dudó en levantar la copa hacia él antes de llevársela a los labios—. ¡A tu salud!

Cerca de ella, de pie y mesándose la punta de la trenza, la salamantina, una salvaje incapaz de pasar inadvertida entre el resto por su semidesnudez verdosa y su pelo rojizo, no dudó en levantar también su copa.

—Me uno a ese brindis —dijo. Sus ojos reptilianos parecían analizarlos a todos a la vez, con un gesto burlón permanente en las facciones. Advirtió que él la miraba y no dudó en sacarle la lengua viperina terminada en dos puntas.

Miles se contuvo para no sacar la espada. Había oído a muchos hablar de lo *divertida* que había sido la pelea entre ella y la reina. A juzgar por los comentarios, esa hembra algo bajita pero musculosa era una guerrera diestra y salvaje. Lo de salvaje no lo dudada, lo de diestra habría que verlo. Aunque había visto el regalito que le había dejado a la reina en la nariz.

Una vez cruzadas las Torcas Tamaní de manera casi exitosa —pues el único altercado había sido un resbalón de un humano que había acabado con una muñeca rota—, Miles y Fury se habían encontrado con Ymara esperándolos. La habían seguido por el bosque mientras les contaba lo ocurrido. Miles había recelado.

—¿Y cómo sabes que esos spirits incivilizados no nos van a tender una emboscada? —preguntó. Miró a Fury para que tomara partido a su favor, pero este solo se encogió de hombros.

Ella resopló con exasperación.

—No todos somos tan retorcidos como tú, comandante. Solo son una tribu de spirits que viven libres, sin ninguna de las ataduras arcaicas de otras razas. —Lo miró con inquina, dejando claro lo mucho que lo detestaba—. Te dejarán en paz si tú los dejas en paz. Aunque no lo creas, son bastante civilizados.

Pero allí, sentado frente al fuego aquella noche, no vio civilización alguna. Con sus orejas puntiagudas, se agrupaban en corros mientras charlaban a viva voz. Algunos cantaban y otros apenas esperaban a acabar el fondo de sus copas para llenarlas de nuevo con aquel líquido ambarino de dudosa procedencia.

—¿No te ha gustado? —preguntó alguien a su lado, señalando su copa llena. Al levantar la vista, distinguió a ese tipo andrajoso de sencillas vestiduras y mirada indómita que le habían presentado como el líder—. Poéticamente lo llamamos néctar de crepúsculo, pero, entre tú y yo, lo destilamos nosotros mismos y no es más que un licor baratucho que está malo de narices. Cuesta acostumbrarse a su sabor al principio, pero engancha.

«Menudo capullo». Miles estaba acostumbrado a un sistema de jerarquía bien diferenciado, donde todos se regían por unas normas de conducta y respeto. Sin embargo, allí no parecía existir norma alguna y todos pastaban de aquí para allá sin orden. Incómodo, vio que una pareja de spirits se besaban con pasión en un lateral sin ningún tipo de recato. Al otro lado, Nessa abrió una bolsita de tela y echó un puñado de alguna especie de polvo sobre un grupo de troncos, que explotaron y prendieron fuego al instante. Había que reconocerles tener un dominio perfecto de todos los elementos que les rodeaban en aquel bosque. Se llevó la copa a los labios y arrugó la nariz tras tomar un sorbo. El sabor era horrible, una mezcla fuerte de savia y alcohol.

—Pues parece que a algunos no les ha costado nada acostumbrarse —dijo, echando un vistazo a Ymara, que acababa de apurar la que sería su quinta copa.

Droimen sonrió.

—Nessa me habló de ella. Esa alux es una criatura singular.

Miles se encogió de hombros. Los dos la miraron un instante justo cuando se levantaba para dar un baileteo alrededor de la fogata, sin

hacer uso de las alas. Tuvo ganas de arrearle una bofetada, incapaz de entender cómo podía estar así sin pensar en su hermana. Pero no podía culparla por intentar hallar una distracción.

Él mismo había intentado no pensar mucho. Y pocas veces lo había conseguido. Recordaba la última mirada que le había dedicado antes de que un asys le arrebatara a Ylara de entre los brazos. Aunque refugiado tras la máscara impasible no lo mostrara, desde aquel momento, una mano invisible le estrujaba el pecho. Y cada vez apretaba más.

Había sospechado cuál sería la voluntad de los asys en cuanto se llevaron a la alux, pero, ahora que tomaba conciencia real, la idea lo había destrozado. Su cuerpo tan claro, tan suave, tan perfecto… ahora profanado por esas bestias. Un cuerpo que él tantas veces había acariciado para atesorar el tacto y que ahora quizás jamás podría volver a sentir.

Se sentía ruin por haberla apartado de sí mismo de forma consciente en esos últimos meses. Pero lo cierto es que le asustaba lo mucho que le gustaban los momentos con ella. Y, por mucho que quisiera convencerse de que solo eran unos momentos de desahogo para ambos, había notado cómo disfrutaba de las charlas posteriores, las bromas y las caricias silenciosas.

Pero no estaba hecho para una relación. Él vivía para su ejército y para su trabajo. Aunque siempre había una parte de él que se fustigaba al pensar en cómo habría sido tener una vida más corriente con Ylara. Quizá con un par de pequeños con el pelo miel de su madre.

Desechó el pensamiento con rapidez antes de que le doliera, con la vista perdida en la fogata nocturna. La decisión que había tomado Mirah era la más razonable, por mucho que doliera. A estas alturas, si Ylara aún no estaba muerta, un rescate era imposible.

Observó distraído cómo la salamantina se unía a Ymara en su baile y las dos reían con una carcajada mientras se movían al ritmo de las palmas del corro.

—Rachana también es un ser singular.

Casi había olvidado que Droimen seguía a su lado. No se le escapó ese tono entre anhelante y derrotado que manchaba sus palabras, y Miles posó la vista en la pelirroja. Sus escamas parecían centellear con el reflejo de las llamas en un auténtico disfrute para los ojos de sus espectadores. Era la pura imagen de la sensualidad en cada contoneo.

Un ser prohibido, salvaje y mortífero. El pájaro rojo que siempre la acompañaba soltó un graznido, posado en el techo de una de las construcciones cercanas.

—Por suerte, parece que ella te aprecia.

Droimen levantó una ceja. Luego entendió lo que Miles quería decir.

—Oh, no, amigo, nada de eso. —Negó con la cabeza—. Mala suerte diría yo. Rachana es indomable. Entre tú y yo, compartimos lecho de vez en cuando, las veces que ella decide darse una escapada por aquí. Pero nada más. Yo me conformo con eso, no la puedo atar a mí para que me jure amor eterno. ¿Qué clase de líder libertador sería? —Hizo una mueca.

Miles lo miró antes de pasarse una mano por el pelo, aún húmedo de licor.

—No sabía que había spirits libres como vosotros—dijo—. Si las noticias corren por Elania…

—Se desencadenará una revolución —confirmó él—. Justo lo que queremos. Llevamos cientos de años intentando construir una comunidad equilibrada y libre. —Abarcó al resto con un ademán de la mano—. La mayoría de los que ves aquí son spirits que lograron escapar de la esclavitud consensuada de alux y silfos. Ahora han roto esas cadenas. Son libres y felices.

Miles observó a un grupo de niños. Mezclados entre sí, spirits esclavos con spirits libres y alux jugaban a tirar piedras al fuego con alegría.

—Al margen de nuestras diferencias físicas, todos somos iguales —dijo Droimen—. Es lo único que queremos que entendáis, tú y todos. Abolir la servidumbre de mi raza es el primer paso. Y algo me dice que la nueva reina de Trisar puede hacer mucho bien a nuestra causa.

Ambos la miraron desde lejos. Mirah charlaba con el doctor Remín en un lado mientras comían frutas silvestres de un cuenco. La pequeña Quera, a fin de relajar su regañina reciente, se había frotado un puñado de arándanos por las mejillas. Los miró e hizo una mueca, y Mirah meneó la cabeza derrotada antes de tirarse sobre ella para hacerle cosquillas.

¿Quizá ese spirit tenía razón? ¿Podía ser que la reina Mirah trajera un cambio? Bah. Antes tenían que acabar con el tema demoníaco para poder pensar en un futuro. La charla derivó a esos asuntos y ambos intercambiaron posiciones sobre los asys, y cuál sería

su siguiente paso.

—Aquí no estaréis seguros —argumentó Miles—. Venid con nosotros.

Droimen negó con un suspiro.

—No, aquí no estaremos seguros, pero es nuestro hogar y nos ha costado mucho conseguirlo. —Había una fuerte convicción en su voz —. Créeme si te digo que la batalla la van a librar los grandes líderes por separado. Como siempre, cada uno desde su egoísmo y por sus propios intereses. Así ha sido siempre y así será. —Su mirada se centró en el grupo de niños y Miles no pudo evitar pensar en la nueva reina de Tefalén y sus exigencias—. Nosotros no vamos a inmiscuirnos. Si eso cambia algún día, ya pensaremos si tomamos partido.

Miles asintió pensativo mientras Droimen bebía de su copa en silencio.

—Rachana os guiará el resto del camino hasta Taman —dijo.

Miles alzó una ceja.

—No es necesario. He repasado el camino.

—Es obvio que estáis agotados, alux. —Chasqueó la lengua—. A veces hay que comerse el orgullo para hacer lo más sensato.

—¿Y quién asegura que la reina Mirah y ella no se enzarzarán en otra pelea? Esa hembra salamantina es incontrolable, tú mismo lo has dicho.

—No, no puedo asegurártelo. —Droimen se encogió de hombros con una mueca—. Pero, por la cuenta que le trae, se controlará. Rachana es la nieta de Perenite. La única que le queda viva.

20

Si había algo que compartían todas las razas era el placer por los chismes.

Las habladurías, los rumores, los cotilleos. Todo siempre se había asociado al género femenino, pero, como Daval bien sabía, en la mayoría de los casos eran los hombres los que, con la excusa de beber en una taberna apestosa, hacían sus corrillos para compartir datos jugosos después de haber puesto la oreja por aquí y por allá.

Por lo tanto, no le extrañó que, al llegar al siguiente pueblo, unas cuantas caras les dedicaran una mirada de reconocimiento. El rumor se había extendido, tal y como habían planeado, incluso de forma mucho más rápida y efectiva de lo que esperaban. Y es que, cuando la noticia implicaba la salvación de tu propio trasero, la gente estaba mucho más receptiva.

Rowel y él habían hablado largo y tendido por el camino. Bueno, en realidad era Rowel el que había hablado y él había ido contestando apenas con monosílabos y frases escuetas. Aquella mañana en la que abandonaron Trisar, decidieron partir antes del alba.

La despedida más importante ya la había tenido en el bosque la noche anterior a su partida.

Rowel también tuvo una despedida importante. Se escapó a ver a Quera y regresó con los ojos húmedos y la nariz congestionada de mocos acuosos, tocado en su vena sensible por una renacuaja que apenas le llegaba a la cintura. Daval le dedicó una mueca burlona y él se limitó a una respuesta gruñona para ponerse en marcha.

Las primeras horas de camino, Daval no fue un acompañante muy agradable. Incapaz de entablar una charla decente, su cabeza no era más que una maraña de hilos entretejidos con toda esa avalancha de nuevos sentimientos. Esos últimos besos junto al río se repetían en su cabeza una y otra vez. Ahora, con tierra de por medio, no podía evitar

cuestionarse. «¿Qué diablos me pasa con ella?». Aunque, en aquel momento, hechizado por su olor y por sus labios, no había habido demasiadas preguntas.

Aún sentía calor al recordar el tacto de su cuerpo pegado al suyo, pero eran sus ojos, esos ojos oscuros, los que lo encendían como carbones que prenden una llama. Había intentado engañarse en todo ese tiempo diciéndose que solo era deseo, pero ese leve fulgor en el pecho cuando la tenía cerca…

«Te estás enamorando, Davy», pareció susurrarle la voz de su amigo Morty. Arrugó la nariz. Ni hablar. La sola idea de depender de alguien le repugnó y aparcó esa línea de pensamientos a un lado.

«Que se la quede el spirit si es lo que tanto ansía».

Pero no pudo soportar la vívida imagen que creó su mente de los dos juntos. «Por todos los dioses. ¿Son celos?». Soltó un gruñido audible.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rowel a su lado. Erguido sobre aquel caballo grisáceo parecía mucho más alto. Los años de soldado le hacían adoptar la postura militar de forma casi autómata.

Daval negó con la cabeza.

—Nada —atajó con brusquedad, malhumorado de repente—. ¿Por dónde dices que debemos empezar?

El humano levantó una ceja, molesto porque no le hubiera prestado atención alguna en todo el tiempo que llevaba hablando.

—Las tabernas —dijo Rowel—. El centro neurálgico de toda la actividad de la clase media y baja. Tengo hombres repartidos por todas las poblaciones, contactaremos con ellos para que corran la noticia por las tabernas y principales centros de ocio.

Y así fue. Comenzaron por Luguv, una población minúscula que hacía frontera con Trisar, y continuaron bajando por el camino largo que bordeaba todo Tefalén y que, de paso, les acercaría a Taman en cada ciudad de su recorrido.

El discurso siempre era el mismo. La nueva reina Cirae Wicker pretendía abandonar a todos los que no fueran los silfos de su corte contra los demonios. Iba a guarecerse en un castillo al sur con todo el poder militar mientras el resto moría cuando llegara el enemigo.

Suficiente. Un mensaje claro y conciso que levantaría ampollas en toda la población.

Su madre se creía muy lista, pero olvidaba que, para la gente de a pie, ella solo era una encumbrada con ganas excesivas de liderazgo.

Además, los últimos acontecimientos y la muerte de Tuso a manos de su hijo poseído por un céfiro habían corrido por todos los lugares. La población, muerta de miedo, se había visto obligada a emprender sus labores diarias con la expectativa de un ataque similar al vivido en el reino vecino. La historia de la masacre se adornó, como solía pasar en estos casos, con historias de desmembramientos y detalles bastante gráficos que hacían temblar a niños y mayores.

Y ahora, en su rutina empañada de temor, un par de individuos comenzaban a verter ideas extrañas sobre los próximos pasos de la reina Cirae. «Por eso es tan importante la reunión de hoy», le había asegurado Rowel a la entrada de Citronia.

Tras dejar a los caballos apostados en un establo de poca monta, siguió a Rowel y ascendieron por unas escaleras para subir a otra calle a distinto nivel. La recorrieron a paso silencioso, apenas cruzándose con un par de viandantes. Volvieron a subir otra escalera, mucho más estrecha, que los condujo a la zona más alta del pueblo, encima de una pared de piedra que parecía flanquear su zona oeste.

No tardaron mucho en vislumbrar unas cuantas siluetas con uniforme militar que se pusieron tiesas y en alerta, poco acostumbrados a recibir visitas en su posición. Alguien dijo desde lejos que quizá fueran otro par de borrachos, pero un hombre se adelantó con un gesto de reconocimiento y negó con la cabeza.

—Descansad —ordenó con una voz ronca y grumosa. Los demás lo obedecieron.

Rowel se llevó una mano al pecho a modo de saludo y el otro hombre lo imitó. Era un humano maduro con el cabello blanco en las sienes acompañado de un grueso bigote, pero aún con un buen tono muscular.

—Qué alegría verte, comandante Rowel —dijo con un asentimiento. Sus ojos lo miraron con afecto mientras cambiaba el arco de mano.

—Mucho tiempo, general Woquened —confirmó él—. Me dijeron que te habían destinado aquí.

—Sí, casi que lo prefiero, el sur es muy húmedo y uno ya tiene una edad. —Hizo una mueca—. Pero no se lo digas a mi mujer, o me obligará a abandonar mi trabajo por un futuro para criar gallinas en casa.

Rowel soltó una risotada. Woquened miró a Daval.

—¿Y tu amigo es…?

—Nadie que te importe, humano —respondió en tono brusco. No le gustaba en absoluto cómo lo miraba. ¿Podía fiarse de él o Cirae ya habría hundido sus garras para envenenar al ejército?

Woquened lo miró con los labios fruncidos y Rowel alzó las palmas de las manos en son de paz.

—Perdona a mi compañero, desconoce lo que es el tacto.

El general se encogió de hombros.

—Bueno, tú tampoco has tenido nunca demasiado —dijo y echó otro vistazo a Daval antes de cambiar de tema—. Y bien, ¿te has reincorporado? ¿Una misión de la nueva reina?

—Sí y no.

Woquened alzó las cejas para que se explicara y Rowel lo apartó cogiéndolo de un brazo para hablar. Una vez se aseguró que no había oídos curiosos cerca, no se anduvo con rodeos.

—La nueva reina me importa un comino —dijo en voz baja—, y menos cuando te cuente lo que sabemos. —El general abrió los ojos, desconcertado. No tardó en ponerlo al corriente y, cuando acabó, la expresión de Woquened era tensa. Los miró a ambos con gesto grave.

—¿Cómo sabéis esto? ¿Quién…? —Meneó la cabeza e hizo ademán de darse la vuelta—. No puedo dar crédito a vuestras palabras, yo…

—Mi nombre es Daval Wicker. Soy su hijo.

Woquened se congeló y su bigote se contrajo al fruncir los labios. Se pasó una mano por la cabeza, claramente desconcertado.

—¿Y por qué me contáis esto a mí?

—Queremos salvar a los tefalinos, trasladándolos al reino de Taman —dijo Daval. Advirtió que Perenite esperaba a la población de Trisar, pero no a la de Tefalén, aunque seguro que Mirah no tendría problemas en informarla de los nuevos planes—. En unos cuantos días podríamos ponernos en marcha.

Rowel asintió para respaldarlo.

—Woquened, no podemos permitir que esa fulana deje morir al pueblo. Al mismo pueblo que nosotros juramos defender. ¿No estás harto de ser una marioneta de los silfos?

El hombre miró a Daval y lo señaló.

—¿Y quién dice que no soy una marioneta también en sus manos? Igual que tú.

—Es un poco imbécil, pero tiene buen fondo —dijo Rowel y se encogió de hombros antes de acercarse al otro humano y tomarlo por

los hombros con afecto—. Woquened, hazlo por todos nuestros años de amistad. Recuerda cuando entrenábamos y hacíamos patrulla juntos. Eres casi un hermano para mí. Y sé que tienes el respaldo de todo el ejército. No podemos hacer esto sin ti.

El general sopesó sus palabras, no parecía nada convencido.

—Y, dime, ¿qué es exactamente lo que quieres que haga?

—Que el ejército deje a Cirae y a su panda de ricos solos. Uníos a nosotros.

Woquened negó con la cabeza.

—¿Quieres que vaya como una serpiente rumiando ideas antisistema entre los hombres? ¿Para abandonar a quien les da de comer?

—No —dijo Daval—. Para abandonar a quien estará con una copa en la mano mientras vosotros esperáis en sus puertas a una muerte segura. ¿O acaso nadie os ha puesto al corriente de las particularidades del enemigo?

—Claro, pero yo…

Los ojos del hombre bajaron, perdidos en la veta entre dos piedras del suelo. Lo notó, comenzaba a creerlos. Se mantuvo en silencio un instante antes de hablar:

—Si me descubren, me acusarán de alta traición. Y a vosotros.

Rowel se encogió de hombros.

—No me importa. Hay mucho que perder como para pensar en nimiedades.

El otro humano suspiró.

—De acuerdo. Lo haré. Pero tarde o temprano alguien se irá de la lengua. Siempre pasa.

—Esperemos que para entonces estemos lejos de aquí.

21

Un temblor le recorrió la espalda al contemplar el cuerpo inerte entre las manos.

Pequeño, con la piel ceniza y los ojos sin pupila fijos en algún lugar del techo, el ser no respiraba. Y casi que ella tampoco. Conteniendo el aliento, le apoyó la mano en el pecho, cuyo tono claro resaltó con el color del recién nacido.

No se preocupó por la parturienta, llevaba muerta ya un buen rato, quizá ese era el principal motivo de que la pequeña bestia hubiera emergido de entre sus piernas sin vida alguna. Se veía incapaz de llamarlos *bebés*, porque sencillamente no lo eran. Esos seres salían entre gruñidos guturales tras chupar hasta el último rastro vital del útero de su portadora. Nacían con unos pequeños cuernos grisáceos y con una ristra de dientes afilados. No lloraban, no pataleaban, no hacían muecas. Aparte de sus extraños ruidos, solo se sabía que vivían por los parpadeos en sus miradas oscuras. Era espeluznante.

Lucy se daba prisa en no tener a ninguno de ellos mucho tiempo entre los brazos. El contacto le daba repulsión y le encendía una desazón en el pecho, como si la maldad de esos pequeños seres le penetrara por los poros si los sostenía demasiado.

Cumplida su función, los dejaba en el suelo, aún unidos a la alux por el cordón umbilical. Ni siquiera le habían dado nada con lo que cortarlo, y dio gracias por poder hacer uso de la lasca afilada agenciada en los primeros días de aquella pesadilla. Eso mientras no hubiera ninguno rondando. Si lo había, muy a su pesar, se veía obligada a morder el cordón con los dientes para desgarrarlo. Más de una vez había vomitado antes de seguir con su ritual.

Una vez separado, pasaba un paño mojado por el cuerpo del ser para retirar los coágulos de sangre y el viscoso resto de fluidos parecido a cera untuosa que los manchaba, sobre todo alrededor de la

cara, para que pudieran respirar sin dificultad. Y allí acababa su trabajo. Esperaba a que algún asys apareciera y se lo llevara lo antes posible. ¿A dónde? Ni lo sabía ni le importaba.

Ylara la ayudaba en algunas ocasiones, velada por la semioscuridad de las antorchas y con cuidado de que su barriga perfectamente lisa no denotara el engaño. Lucy daba gracias todos los días por tener a alguien con un rastro de cordura con quien hablar y compartir sus lamentos. En el peor momento de su vida, podía decir que había hecho una amiga, una amiga *de verdad*. Y era justo ese sentimiento lo que le hacía temblar en cada visita de Ersebek. Por suerte, estas no duraban mucho, centrado en los nuevos retoños demoníacos que formarían parte de sus filas. Pero, a cada alux muerta, la Caverna de las Sin Alas quedaba un poco más vacía. ¿Cuánto podría mantener el secreto?

Él sospechaba. Si ella solo pudiera mantenerse fría como una estatua ante su presencia, todo sería más fácil. Pero el temblor se instalaba en sus extremidades incluso antes de que cruzara la verja. Sabía lo que pasaría cuando la cueva estuviera casi vacía. Aquellos ojos oscuros encontrarían a su amiga y sería castigada con dureza. E Ylara tendría un destino aún peor.

La voz de la susodicha la trajo al presente.

—¿Y ahora qué?

Lucy no la miró, aún con la pequeña masa de carne entre los brazos. Era el único muerto hasta el momento. Centró la vista en la forma femenina del sexo del recién nacido que trazaba una línea irregular entre sus piernas muertas. Se consoló al pensar en que al menos había una hembra menos para que aquellos desgraciados se reprodujeran.

—No lo sé —dijo—. ¡Por Aleph! Me va a castigar.

Ylara meneó la cabeza. Los mechones corticheados, apelmazados y grasientos que ahora constituían su cabellera, se agitaron. La vio echar un vistazo fugaz a su alrededor con las mejillas encendidas. Apenas quedaba una docena de alux semidesnudas repartidas por la estancia. Habían tenido que rasgar sus ropas para que la tela de sus vestidos, los mismos que llevaban hacía semanas, no obstruyera el desarrollo del embarazo.

Algunas permanecían inconscientes, otras, destrozadas por el dolor, apenas eran capaces de emitir unos gemidos lastimeros con las voces rotas. Sus cuencas oculares negras se perdían en el techo de la

cueva sin ánimo de entablar conversación alguna mientras la piel era un nido de pústulas supurantes. El asys que solía custodiar la puerta continuaba allí, aunque algo apartado, solo alcanzaban a ver la sombra que su corpachón levantaba sobre el muro.

Ylara apoyó la espalda contra la pared, pensativa.

—Quememos el cuerpo —sugirió, señalando una de las antorchas.

La idea hizo que la mirara con la boca abierta.

—¿Para qué? —Señaló el cuerpo muerto de la alux—. Habrá preguntas. Se dará cuenta.

Se alegró de que los asys no entendieran lo que hablaban. Incapaz de pensar en algo decente, por su cabeza no dejaban de pasar las amenazas del líder. Ylara se encogió al ver que la silueta de la puerta se movía un poco y susurró:

—Tengo una idea.

Lucy fingió tocar la frente de la alux muerta y, en voz baja, ambas intercambiaron unas cuantas frases sin mirarse. Se mordió el labio a la vez que meditaba.

—Podría funcionar —dijo—, pero eso implicará sacrificar a alguien.

Su compañera echó un vistazo alrededor. En sus ojos azules solo había una determinación que Lucy ya había adoptado hacía tiempo: la supervivencia. No parecía sentir pena después de vivir el dolor reiterado de muchas de ellas, la muerte era un alivio más que un castigo.

Lucy centró sus ojos en Ámbar. Había despertado unos días atrás, solo para ver en su campo de visión una tripa abultada que había crecido dentro de ella tras su tiempo de inconsciencia. El impacto de aquel hecho hizo que enmudeciera, no había pronunciado palabra alguna. A pesar de cuánto había cambiado su opinión sobre ella, Lucy intentaba dedicarle algunas palabras amables de vez en cuando, pero la orgullosa alux la ignoraba con la vista perdida en algún punto sobre el techo.

En ese momento, Ámbar era un ovillo a unos pasos de ellas y su cuerpo temblaba, movido quizá por un nuevo aluvión de dolores. Lucy se acercó.

—Ámbar —la llamó bajito.

La alux no hizo gesto alguno, con los ojos cerrados.

—Ámbar —repitió y tomó aire antes de decir—: ¿Quieres… acabar con esto?

Sus ojos se abrieron con expresión lánguida. Su mirada, ahora oscura, se esforzó en cruzarse con la de ella. Tragó saliva. Lucy se metió la mano en el escote y sacó la lasca, ahora ya convertida en un arma perfectamente afilada con el paso de los días.

Ámbar había sido una alux despreciable y un poco corta de miras, pero la entendió al instante. Lucy no pudo evitar sentir un ramalazo de tristeza por ella, cuando, con los ojos brillantes y de forma casi imperceptible, asintió. La expectativa de acabar con su sufrimiento había encendido su mirada de un anhelo desgarrador.

Lucy miró a Ylara y asintió. Ayudaron a Ámbar a colocarse cerca de la recién parida muerta y del cuerpo inerte del ser. La alux no hizo preguntas, solo se dejó llevar, con el espíritu sumiso de quien quiere abandonar este mundo. Una vez colocadas, Lucy e Ylara se miraron. ¿Serían capaces de hacerlo?

Lucy empezó con lo más fácil. Vigiló que no hubiera cambios en la puerta antes de erguirse sobre la pequeña asys. Suspiró y obligó a sus manos a no temblar. Sujetó la cabeza de la pequeña fallecida y la degolló. La sangre negruzca manó del cuello de la criatura. Iba a cernirse sobre Ámbar, pero Ylara la detuvo.

—No. Tú primero. Que haya un buen reguero de sangre que te respalde.

Ylara cogió la lasca de entre sus dedos y Lucy le ofreció el antebrazo. Le hizo un tajo no demasiado profundo y alargado. Lucy se mordió el labio y, con los ojos entrecerrados, sintió otro pequeño corte en el dorso de la mano.

—Más realista —dijo Ylara, encogiéndose de hombros.

—Al final voy a pensar que disfrutas.

Las dos intercambiaron una mueca e Ylara se situó junto a Ámbar, que las miraba con ojos febriles. Asintió como dando su permiso y cerró los ojos.

Su compañera iba a acercar la lasca al cuello, pero se detuvo y negó con la cabeza.

—No puedo —susurró.

Lucy le quitó la piedra afilada de las manos a la vez que la sangre caliente le empapaba el propio brazo, pero se detuvo con la mano en el aire.

Degollar a una de esas bestias y degollar a una de las suyas eran cosas muy distintas.

Al ver que titubeaba, Ámbar alzó la mano y la agarró. No abrió los

ojos, pero sus labios dibujaron dos palabras: «Por favor». Lucy respiró hondo para infundirse fuerza. Posó una de las manos sobre su frente en una caricia, intentando no rozar las pústulas, y, con la otra, apretó la lasca sobre la piel blanca de su cuello, esperando ejercer la fuerza suficiente para que fuera una muerte rápida. Sintió como si lo viera todo desde una esquina de la cueva, ajena a aquellas manos que ahora se llenaban con la sangre chorreante de la que fue una de sus mejores amigas. Una amiga de otra Lucy, en otro tiempo y en otro lugar.

No hizo falta que fingiera sus gritos que, desgarradores, parecían consumir parte de sí misma. Arrodillada en el suelo e incapaz de hacer algo más que ver cómo el pecho de la alux se agitaba, fue Ylara la que tuvo la sangre fría de colocar la lasca en la mano de Ámbar y de manchársela con su sangre. Después, a todo correr, se sumergió en la parte más oscura de la cueva y se agazapó junto al cuerpo de otra alux inconsciente para ocultarse, justo cuando los ojos del guardia de la puerta se asomaban entre los barrotes. Los ojos del asys recorrieron la escena, rascándose la cabeza en una llamada al entendimiento que pareció no llegar.

Lucy aún seguía aturdida, con la mirada perdida en el charco de sangre junto a la cabeza de Ámbar, cuando Ersebek entró tiempo después, alertado con suma rapidez por aquella vía mental que compartía con sus congéneres. El líder observó la escena imperturbable antes de aferrarla del pelo para levantarla. El gesto brusco pareció devolverla a la realidad.

—Me atacó tras el parto —logró decir, señalando a Ámbar—. Se ha cernido sobre mí. He intentado detenerla, pero ha matado al recién nacido antes de suicidarse.

Fingió un mareo y se pasó una mano por la cara para dejar bien a la vista los cortes. El demonio miró a la criatura degollada y después acercó una mano al vientre de Ámbar. Ni siquiera se detuvo a echarle un vistazo al cuello abierto de la alux. Ersebek apretó los puños. Si en aquellos ojos oscuros se pudiera leer alguna emoción, Lucy estaba segura de que vería rabia. La aferró por el brazo y le hundió un dedo grueso en el corte. Ella gimió.

—¿Es que crees que soy estúpido, alux? —Un par de salpicones de saliva le rociaron la cara.

Sin mediar palabra, la arrastró fuera de la cueva. Lucy ni siquiera pudo reaccionar más que para gritar. Ni siquiera sintió el dolor, atenazada por un temor que le oprimía las costillas. Negó varias veces

a plena voz, sin entender qué detalle había errado de su plan.

Todos debían conocer la furia instantánea de Ersebek porque no se cruzaron con nadie en su trayecto. Por lo poco que podía ver, el líder la arrastró por el camino de la izquierda desde la poza de agua y, tras recorrer otra de aquellas extensas galerías de roca, se detuvo para empujarla a una cueva más pequeña, donde un fuego crepitaba en llamaradas rojizas en el centro. Sin mediar palabra, la ató de pies y manos a unos grilletes. En medio del ambiente humoso, enfrentó sus ojos oscuros hacia ella.

—Te he tratado bien —le susurró fríamente—. Y tú me lo pagas matando a uno de los míos. Te lo advertí.

—¡Ya te lo he dicho, ha sido ella! —Se removió y las cadenas tintinearon.

—No, querida. Y ambos lo sabemos. —Le pasó un dedo por la cara y ella intentó retirarse—. Nosotros no podemos morir con un simple corte en el cuello, ni siquiera un neonato. Pero, ah, eso no lo sabías, ¿verdad? —Le dedicó una mueca de afilados dientes—. La pequeña hembra ya estaba muerta en su interior. Y, déjame pensar, ¿quién puede ser la culpable de eso sino la bella e inmaculada Lucy?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Ersebek cogió un palo de madera pequeño y lo prendió en las llamas. El olor de la madera ardiente inundó el aire. Se acercó de nuevo y lo acercó a uno de sus brazos en alto. El calor achicharró su piel. Chilló.

—Te crees muy valiente como para armar semejante espectáculo, y ahora estás muerta de miedo, ¿no? —dijo antes de acercar de nuevo la madera encendida. El fuego se comió su carne en unos dolorosos segundos—. Por un lado, te lo agradezco. Necesitaba algo con lo que desfogarme. —Movió el palo de una mano a otra—. Y, aunque no puedo ni matarte a ti ni a ninguno de esos imbéciles, puedo conformarme con esto.

Volvió a acercar el fuego, esta vez a su mejilla. Su grito volvió a resonar entre las piedras y se revolvió dolorida. Sintió el ardor en la carne, cerca de la boca, como una masa derretida. Ersebek sonrió con maldad.

—Qué estimulante, ¿verdad? —dijo y se pasó la lengua por los dientes—. Los dos ganamos en esta íntima reunión. Yo disfruto y tú te vas con una lección aprendida.

Lucy se agitó. No sabía cuánto duraría aquello, pero él se encargaría de alargarlo para tratar de quemar también cualquier

resquicio de su voluntad. Lo que no sabía Ersebek es que estaba consiguiendo el efecto contrario. Estaba cansada de tener miedo y, después de aquello, solo había una firme determinación en su cabeza: tenía que buscar el camino para salir de allí.

22

El Bosque Rojo, el mismo que lo había impresionado al principio, ahora era una tortura.

Fury se pasó una mano por el pelo y lo sintió pegajoso. Tras horas y horas de caminata, el cambio en el clima era más que evidente. La temperatura parecía aumentar a cada paso que daban y miró el suelo casi a la espera de ver salir humillo de la tierra. Y eso que él, entre su trabajo y el poder ígneo, estaba bastante acostumbrado a las altas temperaturas.

Miró a su espalda. El resto no estaba mejor. Los alux volaban bajo, esquivando los árboles para que los rayos de sol no les atacaran las alas, una de sus zonas más sensibles a los cambios de clima. Algunos incluso preferían caminar junto a los spirits en un andar lánguido y cada vez más pausado. Acostumbrados a las temperaturas suaves, la población de Trisar no estaba preparada para semejante ambiente y un murmullo de quejas empañaba la tranquilidad del bosque.

—¿Falta mucho, señor Fury?

Quera tenía las mejillas encendidas por el calor, aunque este no afectaba a su habitual lengua despierta. Fury se encogió de hombros sin ánimos de darle una respuesta. La niña no se rindió y señaló hacia el frente, donde la salamantina encabezaba el desfile. Era evidente que no estaba nada contenta con su nueva misión de acompañante.

Rachana caminaba siempre a unos pasos por delante de ellos, con la larga trenza meneándose sobre la espalda y su curiosa mascota al hombro. Tenía que admitir que sus movimientos reptilianos eran hipnotizantes incluso sin proponérselo. Emanaba de ella un aura animal, elegante y orgullosa, que sospechaba que era un rasgo inherente a la raza. Pero la paciencia no parecía ser una de sus virtudes, y cuando se quedaban atrás, les dedicaba una mirada cansina mientras daba golpecitos con los pies desnudos sobre el terreno.

La única con la que parecía congeniar era con Ymara. Ambas mujeres habían hecho buenas migas en el enclave de Droimen y ahora charlaban a la vez que caminaban juntas. La pelirroja debió de soltar algún comentario sobre Miles, que volaba en uno de los flancos, porque ambas miraron en su dirección antes de dar una risotada y él frunció los labios.

Fury pensó un instante en aquel curioso enclave de spirits. Droimen y los suyos suponían un cambio radical en su raza y una explosión de todos los ideales con los que se habían criado. Había visto las miradas sorprendidas de los spirits de Trisar. Ninguno jamás había conocido a unos spirits con libertad absoluta para elegir dónde vivir, a qué dedicarse o qué ponerse sin tener otra raza detrás que les pautara la vida. Podía ser un gran avance para el futuro de todos los spirits de Elania.

Antes de marcharse, el líder y su hermana Nessa habían sugerido que, si en un futuro alguno decidía unirse a su causa, sería bienvenido. Algunos spirits habían asentido, y Fury no dudaba de que, si no hubiera habido un peligro acechando a corto plazo, más de uno se hubiera salido del grupo. El mundo estaba cambiando, pero era necesario alguien que propiciara ese cambio.

—¿Cómo hacen *sus cosas* los salamantinos si tienen cola, señora Mirah?

La pregunta hizo que Fury pusiera los ojos en blanco y Mirah no pudo evitar reírse. Al otro lado de la niña, la alux también tenía la piel húmeda por el calor y, aún con la nariz amoratada por la pelea del día anterior, parecía con la energía suficiente para proseguir el camino.

—¿Por qué no se lo preguntas tú? —sugirió.

Quera miró a la salamantina y negó con la cabeza.

—Me da miedo —dijo y se retorció las manos—. Seguro que come bichos. Y a mí me gustan mucho los bichos, señorita Mirah. Pero ella no, no me gusta.

La reina no respondió. Parecía compartir los sentimientos de la niña porque frunció los labios mirándola. No podía decirse que su presentación hubiera sido cordial. Cuando Nessa les había dicho que Rachana se había ofrecido a llevarlos hasta Taman, Mirah se había negado en redondo.

Pero Nessa había insistido y la joven salamantina no había dicho nada hasta el amanecer, cuando, antes de partir y estirazándose tras salir de la calidez de la tienda del líder, había pronunciado en tono

burlón: «Vamos, alitas negras. Coge a tu tropa y seguidme» antes de perderse en la arboleda.

Ahora, muchas horas después y tras una parada para hidratarse y comer algo, se habían vuelto a poner en marcha bajo el implacable sol que, a duras penas, frenaban los árboles de hojas doradas y rojizas. El paso de los caballos también era más lento, aun cuando habían tenido una noche completa de refresco, pero allí las temperaturas diurnas eran bastante extremas, como si se acercaran a un foco de calor.

Rachana e Ymara se pararon. Llegaron junto a ellas y contemplaron que el bosque terminaba allí para dar paso a un terreno árido y montañoso que se extendía hasta donde alcanzaba su vista. Al fondo, una cordillera de inmensas montañas trazaba sus siluetas contra el cielo. Fury no supo si era por efecto del sol o porque le engañaba la vista, pero la roca era de un color rojo apagado.

—Las Rocosas de Aharí —dijo Mirah a su lado.

Había un matiz de admiración en su voz. En el mundo de donde venían, solían convivir con la riqueza del agua y la vegetación, pero allí, en la parte más oeste de Elania, el paisaje desértico y escarpado, teñido de aquellos tonos rojizos, tenía también un cariz mágico.

—Qué aburrido —espetó Quera con disgusto—. Solo se ve tierra y montañas.

Rachana la miró y la tomó con rapidez de un brazo. Se agachó un poco más adelante y obligó a la niña a imitarla. Quera obedeció con algo de temor.

—Niña, ¿no te han enseñado tus padres que no se puede juzgar solo por lo que ves? —inquirió.

—No lo recuerdo, señora lagarto —dijo ella y la mujer alzó una ceja ante su alusión—. Quizá murieron antes de enseñármelo. —Se encogió de hombros y los ojos amarillos de la mujer la estudiaron antes de que su tono de voz se dulcificara.

—Llámame Rachana mejor, ¿vale?

Sus dientes blancos resplandecieron en contraste con el color de su piel y Quera se contagió de su sonrisa, mucho más relajada. La pelirroja tomó un puñado de tierra del suelo y se la mostró con las palmas abiertas.

—Puede parecer que aquí en Taman no haya nada —dijo con una caricia a la tierra amarilla salpicada de granos rojizos—, pero solo hay que saber mirar, pequeña. Quizá no tenemos tanta flora y fauna como en tu hogar, pero aquí somos mejores y la magia está escondida. —Le

vertió un poco de tierra sobre las manos y le ordenó mirar. Al instante, un leve destello dorado pareció cubrir algunos granos de tierra.

—En el corazón de esas montañas nace la esencia aharí, que convierte todo este territorio en pura magia e insufla vida. Aunque la tierra te pueda parecer seca, es rica en minerales y en agua. El poder de la esencia se va degradando conforme nos acercamos hasta aquí desde las Rocosas, pero aún se puede percibir las huellas de esa magia, ¿verdad? —La niña abrió la boca y asintió.

—¿Y qué es la esencia aharí, señora Rachana? ¿De dónde sale? ¿Podremos verla?

La pelirroja levantó una ceja.

—Pero, bueno, ¿siempre eres tan preguntona? —Dedicó una mirada a Ymara, quien asintió con la cabeza con una medio sonrisa—. Todo a su tiempo. Ahora, y para que tu grupo deje de desquiciarme y no se derritan sus vulgares pieles, mantendré una charla con los tálpidos. —Se dirigió a la criatura alada de su hombro—. Espérame aquí, Llamas.

El pajarillo no dudó en abrir sus alitas rojas y planeó para colocarse en el hombro de Quera, que sonrió ante la atención del animal. Rachana echó a correr rauda entre el arisco terreno. Esquivó unas cuantas piedras con un par de mortales en el aire, más por el placer de lucirse que por razones prácticas, y se escabulló ante sus ojos por un agujero en el suelo entre dos piedras. Su agilidad era sobrecogedora. El doctor Remín, movido por una curiosidad tanto profesional como personal se agachó también para coger un puñado de tierra y examinarla con interés.

—No la soporto —masculló Mirah a su lado.

Fury sonrió.

—¿Porque es tan cabezota e indomable como tú?

—No compares —resopló ella—. Por Aleph, solo tengo ganas de clavarle la espada en el ombligo.

La risita de la salamantina llegó desde algún lugar bajo sus pies.

—Dudo que acertaras. —La cabeza de la pelirroja emergió de un hueco en el suelo y asustó a Remín, que plantó el trasero en el terreno. Rachana se carcajeó antes de mirar a la reina—. Puedo hacerte morder el polvo otra vez cuando quieras, alitas negras.

Mirah la miró con el ceño fruncido. Si fuera ella quien pudiera prender fuego a cosas, la cabeza de la salamantina ya estaría ardiendo.

Fury miró el agujero por donde asomaba con sorpresa. Debía existir un mundo escondido por allá abajo. Rachana deslizó el cuerpo al completo por el agujero y les hizo un gesto impaciente con la mano.

—Si no trajerais caballos, sería mucho más fácil; pero, en fin, pensaba que los únicos que esclavizaban animales eran esos memos tefalinos —dijo—. El señor Cincuenta me ha dicho que por aquí hay una entrada lo suficientemente grande que abrirán para nosotros.

Aunque ella se movía rápida por un terreno que conocía a la perfección, todos los demás la siguieron con mucha menos destreza, con los días de viaje haciendo mella en sus fuerzas. La salamantina descendió usando las manos por la ladera de una roca y, en ese instante, Fury sintió que las orejas le temblaban.

Rachana completó el camino hasta el pie de una gran montaña de rocas y esperó con las manos en la cintura mientras llegaban hasta allí. Al poco, la pared de piedra, que en un principio no parecía más que un amasijo de figuras picudas, se abrió por un recodo en la base.

Un aluvión de manos con garras se apresuraba a quitar las piedras hasta que, en apenas unos segundos, había una entrada de un tamaño considerable. Varias siluetas del tamaño de un niño, con unos morros alargados y bigotudos, apenas les dedicaron una mirada.

—¿Qué son esas criaturas? —preguntó Quera.

Notó que Mirah analizaba su pelaje gris y los minúsculos ojos hasta que los identificó.

—Tálpidos. Una especie más evolucionada de los topos comunes —comentó—. Solo los había visto en libros, no pensé que hubiera colonias aún.

—¿Son ciegos, señora Mirah?

—Eh, cuidado con lo que decís —les chistó Rachana—. Nos van a dejar recorrer el resto del camino a través de sus casas, así que más os vale ser amables. —Bajó la voz para susurrar—. Y nada de preguntas si no queréis que lleguemos a Taman dentro de un mes.

Las manos con garras pararon su tarea para desaparecer dentro de su caverna oscura. Un olor a tierra mojada se elevó desde la cueva recién abierta. Rachana les hizo un ademán con la mano para que entraran.

—Vamos. A partir de aquí todo el camino es llano.

No sin cierto recelo, todos la siguieron. Una vez cruzó el umbral, y con las orejas aún agitándose, Fury sintió que la oscuridad volvía a su cabeza. Apretó los puños e intentó resistirse, concentrándose en

mantenerse consciente. Llevaba un par de días sin notar la opresión de su otra presencia. La presión oscura pareció amainar al concentrarse y, por un momento, respiró aliviado. Por desgracia, luego volvió con fuerza. En la negrura del túnel, sus ojos se oscurecieron.

23

Dentro de la cueva, el ambiente era mucho más fresco.

Mirah sintió el alivio en la piel casi cocida por las largas horas de caminata al sol. A su espalda, todo el grupo fue descendiendo por la rampa que conducía a aquel agujero en la tierra y el ruido de los cascos de los caballos resonaba más fuerte de lo normal con el eco entre las paredes de tierra.

Con un rango de visión muy limitado, avanzó con la sensación de que había muchas presencias a su alrededor. Sin embargo, ninguna parecía tener intención de atacar, más bien el contrario, notó la agitación propia de la curiosidad. La galería se abría poco a poco a un espacio más amplio que revelaba una auténtica ciudad escondida en su interior.

El camino no quedaba del todo oscuro gracias a los numerosos agujeros que conectaban con el exterior sobre sus cabezas y que filtraban algunos rayos de sol. Uno de esos halos iluminó el pelo rojizo de la salamantina un poco más adelante. Por un momento, dudó de si aquello podría ser una emboscada de aquella arpía pelirroja, pero ¿para qué? Ellos no tenían nada que pareciera despertar mínimamente su interés.

Pestañeó al llegar a un hueco mucho más amplio y, este sí, con una iluminación bastante decente a través de dos grandes huecos en la piedra que hacía de techo. Los rayos de luz, junto a las motas de tierra en suspensión en el ambiente, creaban un círculo iluminado en el suelo. Ymara dio un respingo cuando una silueta le rozó la mano y se pegó a Mirah.

—¡Hola! Soy Doscientos Setenta y Dos.

Las dos miraron a una de esas criaturas. Era pequeño, de apenas unos seis palmos desde el suelo, y su pelaje grisáceo, corto y duro, despedía ese olor tan característico a pelo mojado. La boca era apenas

una línea en el hocico y unas cuantas filas de bigotes se movieron a la vez que las olfateaba. Parecía joven con esa voz de pito algo gangosa.

El pequeño debió de abrir la veda y, de pronto, de la oscuridad, emergieron veinte, cincuenta, cien, hasta que un mar de bigotes y ojos ciegos les daban la bienvenida todos a la vez, en un murmullo que hizo que se relajara y soltara una carcajada. Cualquier idea agorera de emboscada se esfumó tal como había llegado al ver la simpatía de las criaturas. Miles, Tomen y los que la seguían se habían parado en la semioscuridad, obstaculizados por aquella maraña de seres. Algunos se acercaron a tocar a los recién llegados y un par de gritos, seguramente de alguna alux remilgada, resonaron en las profundidades. Rachana suspiró y meneó la cabeza antes de cruzarse de brazos. Llamas corrió a posarse en su hombro de nuevo.

—¡Doscientos Setenta y Dos! —regañó otro de ellos con voz de pito. Mirah fue incapaz de decidir si era hembra o macho porque todos eran muy similares entre sí. El mayor agarró al pequeño y lo metió en la marea de figuras grises mientras se quejaba—. Maldita cría, no puedes asustar así a los invitados. Verás cuando se entere tu abuelo.

De pronto, todos abrieron un pasillo para dejar pasar a un tálpido más grande que, a cuatro patas, se dirigía hacia ellos. Debía de ser mucho más mayor, porque, allí donde el pelaje ya no era una calva, era blanco y cano con hilos brillantes. El tálpido olisqueó el ambiente y se colocó frente a ellas en el círculo. Apoyado en las patas traseras, se irguió.

—Bienvenidos. Un honor tener a la reina de Trisar en nuestras humildes cuevas. —Hizo una reverencia en el aire con un brazo.

Rachana le dio un empujón a Mirah para que se adelantara.

—Este es el señor Cincuenta —dijo—. Es el jefe de todos los tálpidos.

Mirah le dio la mano y las garras le acariciaron la piel de la palma en una calurosa bienvenida. Todos los demás parloteaban con sus voces chillonas y ella intentó hacerse oír.

—Un placer conocerlo, señor Cincuenta. Es usted muy amable dejándonos completar nuestro viaje por su hogar.

—Es un placer, alux. No solemos recibir muchas visitas.

Sintió que la curiosidad bullía en su interior.

—Ah, ¿no? ¿Y cuánto llevan aquí?

—Oh, mierda —murmuró Rachana a su lado, dándose una

palmadita en la frente de escamas.

El tálpido movió los bigotes y le mostró los prominentes incisivos en lo que ella supuso que era una sonrisa.

—Oh, yo llevo mucho, majestad. Ni más ni menos que un par de años. Para nosotros es toda una vida si tenemos en cuenta que solemos vivir unos nueve o diez meses. —Comenzó una retahíla atropellada—. Mis padres nacieron aquí, el señor Diez y la señora Doce. Mi madre era una tálpida de armas tomar, ¿sabe? De hecho, aún creo que fue ella la que mató a mi padre en un desafortunado accidente con unas rocas, pero, en fin, yo continué su legado. —Abarcó con una mano a todos los hocicos allí presentes—. Ahora mismo, entre hermanos, hijos, nietos, bisnietos y sobrinos, puedo tener una familia de trescientos o cuatrocientos miembros. Pronto, alguno de ellos tomará el puesto de este viejo abuelo, ¿a que sí? —Un murmullo de voces divertido pareció responder—. Y todos los días nacen crías nuevas, así que imagínese la locura para poner tantos nombres, por eso nos llamamos por números, aunque a veces también nos olvidamos. —Señaló a uno de ellos—. Figúrese, por el olor, sé que ese de ahí es uno de mis nietos mayores, puede que el Ciento Treinta y Seis o el Ciento Treinta y Siete, a saber.

El señor Cincuenta emitió un gemido ahogado que pareció una risa y todos lo imitaron. Quera se había acercado y dejaba que unos cuantos de ellos la tocaran, curiosos al parecer por su carne blanda y sin un rastro de pelo.

—¿Por dónde iba? —El jefe tálpido se quedó un momento en silencio, meditando con la garra derecha apoyada en la frente. Al fondo, Miles esquivó a unas cuantas figuras peludas para acercarse hasta ellas.

—¿Este camino es seguro? —le preguntó. El señor Cincuenta arrugó el hocico al advertir a la nueva presencia.

—¡Por supuesto! El más seguro y el más escondido —respondió—. Nadie conoce su existencia excepto la señorita Rachana, aquí presente, y un puñado más de salamantinos. Llegamos a un acuerdo con Perenite y ella nos permite ser dueños de este territorio a cambio de proveerle de alimentación de vez en cuando. Por eso nuestras excavaciones llegan hasta la misma puerta del Orbe de Fuego. Tengo una historia divertidísima que contarles de cuando Ciento Ocho, uno de mis hijos, se topó con…

—¿Alimentos? —le cortó Ymara, ganándose un pisotón de

Rachana que ella ignoró movida por la curiosidad—. ¿Qué clase de alimentos se puede conseguir aquí? —Frunció el ceño y dio una vuelta sobre sí misma para mirar a su alrededor. Unos cuantos tálpidos aprovecharon para acercarse y olisquearla sin recato alguno.

El señor Cincuenta abrió los brazos hacia arriba.

—La pregunta no es esa, señorita —dijo él—, sino ¿qué clase de alimentos *no* se puede conseguir aquí? ¡La tierra es deliciosa! ¡Aquí hay de todo, un auténtico festín! —Hizo señas para que se lo mostrasen y un aluvión de figuras peludas se movieron con destreza para escarbar en la tierra de las paredes. Un par de ellos fueron los más rápidos y se acercaron al jefe para darle los tesoros encontrados: una babosa blanda de color negro y una araña grisácea que retorcía las peludas patas. El señor Cincuenta se las ofreció.

—¡Servíos y disfrutad!

Oyó cómo Remín rechazaba el ofrecimiento de alguna delicia con patas a su izquierda. Ymara y Miles intercambiaron una mirada y Mirah agradeció que esos seres fueran ciegos para no ver su gesto de asco. Negó con la cabeza.

—Uy, no —se excusó con delicadeza para no herir sus sentimientos—. Me temo que hemos almorzado hace poco.

—Ellos no comen eso, señor Cincuenta —atajó Rachana—. Son demasiado estirados. —Acto seguido, cogió la araña de la mano del jefe tálpido y se la metió en la boca para engullirla con una masticación crujiente—. Mmm, de mis favoritas. —Se relamió los labios y los miró cruzándose de brazos—. Y bien, ¿podemos seguir nuestro camino?

—¿Tan pronto? —se lamentó el señor Cincuenta—. Vamos, quedaros un rato más. Aún no os he contado nada del extraño apego que tiene Ciento Veintitrés con las serpientes, ni el trío amoroso entre Ciento Noventa y Siete, Ciento Ochenta y Cuatro y Doscientos Tres, y eso que los muy idiotas probablemente sean hasta hermanos, quién sabe. —Volvió a emitir esa especie de risa y todos lo siguieron.

—Ha sido un placer conocerlos, señor Cincuenta, pero tenemos prisa —dijo Mirah, que había visto que, si no cortaba sus divagaciones, efectivamente podrían pasar allí un mes.

—Nos vemos, Cincuenta —dijo Rachana, echando a andar. Su cola apartó a unos cuantos del camino con un empujón firme que hizo que se rieran más—. Espero una buena tanda de arañas de esas ahora que ya es la temporada.

—Por supuesto, señorita Rachana —dijo el tálpido con un asentimiento—. Salude a la reina de nuestra parte. Y, ustedes, ¡vuelvan pronto!

Rachana les hizo un gesto para que se dieran prisa y los tálpidos se dispersaron por un sinfín de agujeros y recovecos entre las paredes de tierra anexas a ese camino principal. En un instante, todo estaba casi despejado. La salamantina se giró hacia ellos con los ojos encendidos.

—Os dije que no preguntarais —reprochó.

Ymara se encogió de hombros.

—Son muy simpáticos.

—Y se aburren mucho. Están deseando que venga alguien para sacar conversación —dijo Rachana y bajó la voz—. ¿Por qué creéis que hay tantos? Se llevan todo el día fornicando.

Un par de esas figuras peludas los saludaron desde un agujero en la galería.

—Hay que reconocer que son encantadores —admitió Mirah.

—Pues ya sabes dónde venir a pasar tu vejez, alitas negras.

Mirah frunció los labios.

—¿Siempre eres así?

—Siempre.

—Te gusta sacar de quicio a la gente.

—Me encanta.

Le dedicó una mueca burlona y se cogió la trenza para tocársela de forma distraída.

—Ya lo dice mi abuela: soy un caso perdido. Así que vete acostumbrando.

24

Daval se llevó la jarra de vino especiado a los labios y su estómago rugió de hambre, en una exigencia de que lo contentara con algo más consistente. Rowel, con gesto impertérrito, miraba a su alrededor. Entrar en esa taberna olvidada y cochambrosa en una de las esquinas más escondidas de Dehia había sido idea suya. El comandante le había asegurado que, cuanto peor aspecto tuviera un lugar, mayor población concentrada tendría, pues sería mucho más económica que las tabernas y posadas de mayor nombre. Y no se había equivocado.

Repleta hasta los topes, la chica delgadita que servía los platos tuvo que alzarlos sobre su cabeza para hacerse un hueco entre la gente a golpe de cadera. Al llegar hasta ellos, puso en la mesa un par de platos llenos de un guiso amarronado con trozos de zanahoria que no tenía una pinta demasiado apetitosa. Sin embargo, con el ánimo de calmar sus tripas, hundió la cuchara en la salsa para llevarse un trozo de carne húmeda a la boca. Se sorprendió al comprobar que, a pesar de su aspecto, estaba bastante rico.

—No está mal —coincidió Rowel, masticando con fruición—. He comido cosas peores.

—Y yo. —Daval hizo una mueca y señaló con la mano a la barra, donde un tabernero con un bigote castaño susurraba algo al oído de una mujer. Esta los miró a ambos y asintió—. ¿Qué tal ha ido?

—Creo que bien —dijo Rowel con una mirada de reojo hacia allí —. Ese hombre conoció a mi abuelo y parece que no tiene en mucha estima a tu madre. En cuanto la he nombrado ha puesto cara de oler a mierda.

Daval se rio y echó un vistazo a un par de mujeres jóvenes que conversaban en una mesa. Una de ellas, rubia y de ojos pequeños, le dedicó una sonrisa deliciosa antes de cuchichear con su compañera. Sospechó que su interés, más que seductivo, era de otra índole.

—Bien. Es evidente por cómo nos miran algunos que saben quiénes somos —dijo—. Y ya hay rumores de que la gente está preparando los bártulos para largarse. Si todo continúa así, en un par de días podremos ponernos en marcha.

—Eso espero —coincidió su compañero, dando un trago a su vino —. Recuerda que aún necesitamos la respuesta del ejército. Sé de oídas que Woquened ha hecho su cometido, y son muchos los que nos apoyan, pero hay una parte que aún está reticente. Tienen miedo de la reina.

—Normal. —Daval se pasó una mano por el pelo y se encogió de hombros—. Es un sentimiento que ella sabe despertar a la perfección, créeme. —Atacó de nuevo el guiso con renovadas fuerzas hasta que alguien acercó una silla hasta su mesa y tomó asiento.

Un hombre calvo, de rasgos prominentes, posó sus grandes manazas en la mesa y los miró con los ojos entrecerrados. Al parecer, gozaba de buena reputación en aquel lugar, porque muchos pararon sus conversaciones para escuchar qué se cocía.

—¿Es verdad lo que decís por ahí, o solo sois un par de mentirosos?

La pregunta del calvo hizo enmudecer a la taberna al completo mientras se cruzaba de brazos en actitud defensiva, casi a la espera de darles una buena tunda si descubría que mentían. El tabernero se abrió paso entre el gentío y apoyó una mano en el hombro de Rowel.

—Yo respaldo al muchacho, Teupon —dijo, y alzó la voz—. Los que no lo conocéis, fue el jefe de guardia del difunto rey Tuso y un militar notable en todo el reino tefalino. Quizá a algunos os suene el nombre de Rowel.

Un murmullo general se elevó por la sala ante sus palabras, pero el calvo se rascó la cabeza sin estar convencido del todo. Rowel miró a Daval antes de levantarse frente a todos. Era una oportunidad de ser oídos que no podían desaprovechar.

—Lo que habéis oído es la verdad —dijo—. Y mi orgullo militar jamás me permitiría traicionar el poder real de Tefalén si no fuera por lo que sé. Todos tenéis miedo, como es natural, pero lo que os ofrecemos es una posibilidad de sobrevivir. Acompañadnos a Taman.

—¡No es verdad! —se quejó un hombre mayor, acercándose—. Aún hay militares en las calles, no nos han abandonado para irse a ningún lugar al sur.

—Claro que no, porque la reina aún no ha conseguido trasladar a

toda la corte al sitio indicado. Quiere aparentar normalidad —explicó Daval, levantándose también—. Es cuestión de tiempo que dé la orden y os quedéis solos.

Rowel asintió.

—Estoy intentando que el ejército se ponga de nuestra parte, pero es un proceso complicado.

—Yo les creo —dijo la muchacha rubia de la mesa que le había sonreído—. No voy a sacrificar mi futuro quedándome aquí. —Unos cuantos más la secundaron. Y, de pronto, se inició un acalorado debate donde la gente comenzó a preguntarles dónde y cuándo sería la partida.

En medio del bullicio, Daval apenas advirtió que había alguien que se acercaba a él.

—¿Mezclado en asuntos turbulentos sin mí? Me decepcionas, Davy.

Solo había una persona en Elania que lo llamaba así. La oleada de alegría le hizo estrechar a su amigo Morty entre los brazos. Era como estar en casa.

—Pero ¿qué te han hecho esos alux, maldita sea? —Se quejó él con una mueca de afecto.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

—Y yo —dijo Morty—. Pensaba que me alegraría de tenerte lejos una temporadita, pero, ay, amigo, dejas huella. —Dibujó un corazón con las manos y le tiró un besito burlón.

Con un meneo de cabeza, Daval le dio un puñetazo en el brazo y le hizo un gesto para que se sentara con él.

—¿Cómo me has encontrado?

Morty se retorció las manos.

—Ya sabes que soy especialista en poner la oreja. Oí esto aquí y allá. Alguien me dijo que un silfo un poco capullo se paseaba por aquí con ideas raras sobre la nueva reina. ¿Quién podía ser? —dijo. Su expresión alegre se desvaneció como si recordara algo de pronto y tragó saliva—. Siento mucho lo de Tris, Davy.

Asintió con los labios fruncidos, intentando que la tristeza no llegara hasta sus ojos. Le había informado por carta tiempo atrás para avisarle de todo lo ocurrido y de que no volvería a Tefalén en una temporada.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó para cambiar de tema.

Morty le robó la jarra de vino para dar un trago y echó un vistazo

a Rowel, que hablaba con el tipo calvo de pie, junto a la mesa.

—Poca cosa. El asunto de los demonios ha dejado a la gente sin ganas de saldar cuentas con nadie. —Se interrumpió para mirarle a los ojos—. Dime, ¿cómo la arpía de tu madre ha conseguido ser ahora la mandamás?

Daval se encogió de hombros.

—Supongo que ha sabido aprovechar el momento.

Él asintió y se mesó la barba rubia con una mano.

—La cosa está difícil aquí, ¿no?

La amistad cultivada después de tantos años hizo que entendiera al instante lo que quería decir. Se inclinó sobre él para bajar la voz.

—Mucho. Tal y como estamos, esas bestias son invencibles. Quedarse es morir.

Su amigo asintió con gesto grave. Daval se palpó la daga arcóbriga en el muslo y le hizo un gesto para que mirara.

—Solo hay un tipo de arma efectiva contra ellos. En Taman es posible que…

Un ruido los sobresaltó y, de una patada, alguien abrió la puerta de la taberna. Diez soldados irrumpieron en la estancia de sopetón y se oyeron algunos gritos. El que parecía el jefe, un tipo alto embutido en una coraza pulida con pinta de recién sacada de la armería, apartó a unos cuantos de su camino de un empujón.

—¡Esto es una redada! Buscamos a Daval Wicker y al exgeneral Rowel.

Rowel miró a Daval mientras la multitud les abría un pasillo hasta ellos. Un hombre los señaló con un dedo y Morty se levantó de la silla para darle un empujón por delatarlos con tanta rapidez. Los soldados caminaron hasta allí y a Daval no se le escapó la ropa borgoña y el emblema bordado en el hombro. Un triángulo con tres ondas en su interior. El escudo de los Wicker.

El soldado principal sacó una hoja de papel enrollada mientras sus hombres se colocaban alrededor de ellos en círculo, luego leyó en voz alta.

—Por orden real son acusados de conspiración contra la alta corona de Tefalén. Serán encarcelados de inmediato ante la gravedad de la afrenta a la espera de juicio. —Alzó la mirada para dar un vistazo general a su alrededor—. Quien ose difundir los ideales de estos caballeros será inmediatamente declarado enemigo de la corona y castigado como tal.

Un murmullo general se extendió por el lugar. El olor a sudor y a humanidad pareció incluso hacerse más acusado, nerviosos por la presencia militar en un espacio tan reducido. Uno de los soldados agarró a Daval de un hombro, y Morty se adelantó para enfrentarlo.

—¡No podéis hacer esto! —gritó. Se volvió hacia todos los allí presentes—. ¿No veis que esa mujer pretende destruirnos a todos? ¿Tan ciegos estáis?

Nadie lo secundó y Daval lo miró.

—Déjalo, Morty.

Rowel se zafó de las manazas de uno de ellos, que le había cogido bajo el brazo.

—¡Suéltame! ¿Quiénes sois vosotros? No os conozco a ninguno, maldita sea.

—Somos la nueva fuerza militar de su majestad —contestó el soldado principal con frialdad.

Rowel le dedicó una mueca.

—Oh, claro, esa furcia ha tenido que buscarse carne fresca para que le laman los zapatos. —Lo volvieron a agarrar y le propinó un puñetazo a uno de ellos. Hicieron falta tres para sujetarlo y varias bofetadas, pero no pudieron controlar su lengua. Con un hilo de sangre en una herida abierta en la ceja, continuó dirigiéndose a todos los presentes—: Tefalinos, esta es otra de las maravillas que os ofrece vuestra nueva reina. Violencia y coacción. No os dejéis engañar, lo que hemos dicho es la pura verdad, pero quien se haya ido de la lengua ha cortado todas vuestras posibilidades de sobrevivir. Felicidades.

Daval se retorció entre las manos de dos soldados que lo agarraron bajo los brazos con brusquedad. Con los labios fruncidos, no tenía muchas alternativas en aquella situación. Sus ojos centellearon, inspiró y sopló con todas sus fuerzas. Rowel y los que lo sujetaban salieron despedidos hacia atrás y él aprovechó para pegarle un codazo en el estómago a uno de los soldados que lo sujetaba. El golpe lo pilló por sorpresa y él renqueó para soltarse. Se giró hacia su otro opresor y le asestó un cabezazo.

La taberna se convirtió en un hervidero de actividad. Morty empujó a uno de los soldados y ambos rodaron sobre una mesa. Rowel se levantó para sacar su espada y se inició un choque de aceros que, en su avance, tumbó mesas, sillas, platos y jarras que cayeron al suelo haciéndose añicos.

Algunos, quizá los que sí creían en sus palabras, se lanzaron también sobre los soldados a golpe de puños, mientras otros se apartaban reticentes a aquella pelea repentina. De pronto, en medio de esa algarabía, un viento estático se coló en el lugar y los frenó a todos casi paralizándolos en el sitio.

Daval se sintió incapaz de completar la patada que le iba a pegar al soldado frente a él, y miró hacia la entrada. Cirae Wicker los miraba desde la entrada al lugar y sus ojos brillaban movidos por una ira que él conocía de sobra. Los labios pálidos formaban un círculo en su rostro a la vez que imponía su poder. Dejó de soplar y todos sintieron los cuerpos laxos.

La reina de Tefalén bajó la escalera a pasos cortos, con la cola del vestido borgoña oscuro arrastrando por los escalones y la corona de oro macizo con un rubí en el centro bien fijada a la cabeza. Al instante, un murmullo general comenzó a corear en voz baja que era la reina y no tardaron en hincar la rodilla en el suelo. Los soldados le dedicaron una inclinación de cabeza con la mirada gacha y en posición firme.

—Que una reina pise un lugar como este es una humillación —dijo con una voz lánguida y clara mientras posaba sus ojos púrpura en los presentes—, pero ya me imaginaba que para detener a semejantes criminales iba a ser precisa mi participación.

Se detuvo en el centro, junto a Daval, sin apenas dedicarle una mirada.

—Muchos aún no me conocéis, pero he prometido gobernar Tefalén sin insurrecciones de ningún tipo. Y muchos de los de aquí ya estáis contaminados con las ideas rebeldes de este par, por lo que no me va a temblar el pulso para dictar sentencia contra ellos y contra vosotros. —Sus ojos parecieron examinarlos uno a uno—. Ahora yo soy la reina y acataréis mis decisiones.

Algunos se miraron entre sí con nerviosismo. Ella dio una señal a los soldados para que apresaran a Daval y a Rowel, y esta vez no pudieron deshacerse de su agarre. Uno de ellos le colocó a Daval una venda sobre los ojos. Un silfo dependía de su visión para desencadenar su poder.

Nadie movió un dedo en esta ocasión. Las manos lo arrastraron fuera del lugar y sintió los pasos de los soldados y de Rowel a su espalda. Una vez fuera, el aliento de la noche sopló sobre su rostro.

—Tapiad la puerta de ese antro y prendedle fuego —dijo Cirae—.

Que sirva de lección a todo el reino. —Luego se acercó por primera vez a su hijo y le susurró al oído—: Sigues siendo un estúpido, Daval. Tu intento de salvar a la gente solo va a matar a un montón de inocentes esta noche. Espero que tomes conciencia de ello cuando te pudras en prisión.

25

—No te pega mucho.

La voz de Rachana sobresaltó a Ymara. Andando en la semioscuridad de la galería, la salamantina llevaba un rato sin hablar. Ella torció la cabeza.

—¿Cómo?

Los ojos lagartianos de la mujer se clavaron en ella.

—Ser alux —explicó—. No te pega nada, tienes un espíritu más… *salvaje*. La mayoría de tu raza es lacia y sin gracia ninguna.

Ymara se encogió de hombros con una risotada.

—Bueno, no dirás que la reina sea una lacia precisamente —dijo —. Según me dijeron, te hizo morder el polvo, ¿no?

Los ojos amarillos de la salamantina se desviaron hacia Mirah antes de volverse hacia ella con fiereza. El orgullo y la prepotencia parecían rezumar por cada recoveco entre aquellas escamas.

—Te dijeron mal —dijo, pasándose la lengua por el labio inferior —. Me da que no somos muy compatibles esa reinita y yo. En cambio, tú… —la miró y le pasó una mano por el pelo. La caricia fue suave e insinuante—… sí que pareces interesante.

Ymara alzó una ceja ante el tono abiertamente sensual de la mujer. No se le escapó el contoneo de caderas que le dedicó y que arrancó un par de destellos a las escamas plateadas de su cintura. El pajarito rojo de su hombro pio suavemente y ella sintió un revoloteo en el estómago que hacía mucho que no sentía.

Nunca había tenido problemas en identificar sus apetencias, pero sus escarceos no solían durar demasiado. Ella no era Ylara. Su hermana sí profesaba esa idea de amor eterno y especial, aunque fuera con aquel imbécil de Miles, pero Ymara nunca había encontrado un motivo para que una relación durara más que lo que duraban unos cuantos encuentros satisfactorios, luego, siempre perdía el interés.

Ya había cometido el error de dar falsas esperanzas a uno de los alux de su grupo habitual, y aquello le valió unas cuantas semanas de esconderse de cansinos poemas romanticones que tanto la incomodaban. Ella era una mujer independiente, y Rachana parecía muy similar a ella en ese aspecto.

—Diría que te estás insinuando si no fuera porque ya eres la novia de Droimen.

La risa de Rachana fue fresca y sibilante.

—Yo no soy de nadie, alux —le dijo y alzó un dedo a su hombro. El pájaro, obediente, se subió a él—. Mi cuerpo es una máquina hermosa y perfectamente entrenada para pelear desde que era un bebé. No sería justo que lo reservase solo para una persona, ¿no? —Alzó las cejas con un gesto entre burlón y lujurioso e Ymara se echó a reír.

—También eres perfectamente arrogante.

—Puede ser —dijo ella—. Pero mi abuela me dijo una vez que nadie te va a querer tanto como tú misma. Y algo me dice que sabes a lo que me refiero, tienes un poco de alma de salamantina.

—Lo dudo —protestó Ymara—. No va conmigo lo de comer arañas, gracias.

—Algún día deberías probarlas. —La salamantina se mordió el labio. Su mirada la recorrió de la cabeza hasta los pies y la lágrima amarilla de su pupila volvió de nuevo a su rostro, luego se inclinó hacia ella y susurró—: Las cosas nuevas a veces sorprenden.

Ymara no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios, pero permaneció en silencio, a pesar de que notó la palpitación en las partes prohibidas de su anatomía solo por las implicaciones de la frase. Sería mejor que se mantuviera alejada de una criatura. Olía a humo, a tierra y a peligro. Una seductora de manual y una guerrera seguro que implacable. Pero, conforme notaba su presencia cerca caminando junto a ella, solo pudo preguntarse cómo sería deslizar los dedos por esos costados escamosos. Sacudió la cabeza para esfumar esos pensamientos de su cabeza.

Por delante de ellas, un par de tálpidos pararon de arañar las paredes de tierra y las saludaron con un gesto entrañable en los morros. Uno de ellos extrajo de la tierra unos cuantos insectos para tirarlos en un cubo a su lado.

De pronto, la galería trazó una curva hacia la derecha y Rachana volvió la cabeza para informar de que estaban llegando. Ymara no se

sorprendió al comprobar que el señor Cincuenta y su más que extensa familia ya se habían encargado de abrirles un hueco de salida por donde cupieran los caballos.No pudo remediar el aleteo rápido que la llevó hasta la salida, deseosa de respirar aire puro tras muchas horas de caminata subterránea y un par de parones para descansar las piernas, poco acostumbradas a andar tanto. Con toda seguridad, toda la panda de alux aristócratas estaría a punto de desfallecer.

Al emerger al exterior después de casi un día bajo tierra, se puso una mano sobre los ojos, cegada por el sol del atardecer. Tras pestañear varias veces, notó que el ambiente aún era cálido, pero no con las temperaturas extremas del mediodía que habían soportado en el Bosque Rojo.

Enfocó la vista y abrió la boca, maravillada. La salida de aquel agujero en la tierra emergía directamente al pie de un grupo de montañas inmensas. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para intentar ver la cima, pero fue incapaz. Sin embargo, las dos montañas de los lados parecían pequeñas comparadas con la mole central que casi parecía rasgar el cielo.

Enclavado en aquel macizo montañoso de color rojizo, como si saliera de dentro, se erigía el castillo más extraño que Ymara hubiera visto alguna vez. Parecía excavado en la propia roca, y las ventanas salpicaban la piedra como agujeros irregulares donde brillaban las luces de las velas. Los pisos se dividían en una distribución escalonada y abrupta que aprovechaba la mismísima estructura. Se sentía incapaz de saber hasta dónde llegaba la construcción, pues las ventanas se erigían hasta donde le alcanzaban los ojos.

«A Ylara le hubiera encantado ver esto», pensó con amargura.

Un perfecto camino de antorchas a cada lado iluminaba un sendero que conducía hasta una puerta de bronce, flanqueada no solo por un grupo de siluetas, sino por muchas más apostilladas en los recovecos de la montaña.

—Bienvenida al Orbe de Fuego —le susurró Rachana en el oído antes de adelantarse, escoltada por un fuego que acentuaba el color rojo de su pelo—. Es el último volcán de Elania, aunque está inactivo.

Cuando pudo salir de su sorpresa, Ymara y toda la comitiva que iba emergiendo del agujero de los tálpidos iniciaron el ascenso por aquel terreno montañoso. Alguien la alcanzó y se puso a su lado, caminando con pasitos cortos.

—Señora Ymara, ¿cómo se puede vivir dentro de una montaña?

—No tengo ni idea, Quera. Tendremos que descubrirlo juntas, ¿no? —La pequeña spirit asintió y ella se extrañó—. ¿Cómo es que no estás con Fury?

Quera torció la boca y se cruzó de brazos en un gesto casi adulto que le resultó adorable.

—El señor Fury está muy raro —dijo la niña—. Apenas habla, solo mira todo a su alrededor. Como un búho. —La miró con sus ojitos verdes y cambió de tema—. Hoy he descubierto que me encantan los topos. Los tálpidos Doscientos Treinta Seis y Ciento Setenta y Ocho me han invitado a que vaya a jugar con ellos algún día. ¿No cree usted que son muy simpáticos? Si no fuera porque comen bichos, hasta me lo pensaría, aunque dudo que sean buenos compañeros para practicar con la espada. Ya sabe, al ser ciegos puede que acabe matando a alguno. —La niña miró hacia adelante, donde avanzaba Rachana y siguió hablando casi sin respirar—. La señora Rachana me daba miedo al principio, supongo que esos ojos dan un poco de escalofríos, pero creo que en el fondo es buena, aunque no me deje llamarla señora lagarto. ¿Usted qué cree, señora Ymara?

Ella aguantó su retahíla atropellada y siguió su mirada. Después, la tomó de la mano y dijo:

—Creo que vamos a descubrir muchas cosas nuevas por aquí, Quera.

26

Mirah comprendió por qué Perenite consideraba que allí estarían seguros.

El enclave del Orbe de Fuego era espectacular. No pudo más que maravillarse ante aquel volcán legendario y su sensación aumentó al ver la agilidad de los guardias que enseguida se pusieron en alerta al verlos llegar. Casi pareció que la montaña se ponía en movimiento cuando un aluvión de figuras reptó sobre las formas rocosas, con manos y pies ligeros a la vez que ondulaban las colas. Había muchas más de las que había creído ver al principio, camufladas entre la geografía.

Conforme se acercaron, descubrió que todas eran hembras. Pero esa no fue la única sorpresa. Armadas con unas lanzas delgadas y con plumas marrones en el mango, no le pasó desapercibido el halo dorado que envolvía las puntas de las armas. Apretó los labios con rabia al comprender que allí sí tenían armas con esencia aharí. Las salamantinas vestían con una indumentaria muy similar a la de Rachana. Sus cuerpos escamados los observaban llegar en alerta con los ojos amarillos fijos.

A pesar de su rabia creciente, Mirah sintió admiración al ver cómo algunas daban un salto en el aire para llegar hasta el suelo desde sus lugares de guardia en algún recoveco de la montaña. Con el cabello trenzado en diferentes formas, todas parecían jóvenes, sanas y de aspecto fiero. A su lado vio que Miles fruncía el ceño, reparando en lo mismo que ella.

—Majestad, sus armas son…

—Lo sé. Perenite nos debe una buena explicación.

Con la mirada buscó a Fury, que andaba por detrás de ellos. Apenas habían cruzado palabra en varias horas y estaba sumido en sus pensamientos con la cabeza gacha. De pronto, percibió un susurro en

su cabeza, apenas un instante que le erizó el vello de la nuca. Meneó la cabeza en alerta. Esa conexión con los demonios debía haber dejado una leve huella en su cabeza, pues esos pequeños flases de voces se habían vuelto recurrentes desde hacía tiempo. Suspiró y miró a Rachana, que llegaba a la entrada para intercambiar un gesto con dos de las salamantinas de la puerta, una de pelo castaño rojizo, trenzado en un moño en la cabeza, y otra más baja, de cabello negro recogido en dos trenzas que le caían sobre el pecho.

La del moño le sacó la lengua bífida y al poco ambas se rieron entre sí y entrecruzaron la punta de las colas. Luego, la morena de las trenzas manoteó con la lanza en el aire en lo que pareció una señal y alguien trasmitió su mensaje al interior, porque la puerta se abrió.

Rachana les hizo un gesto con la mano para que la siguieran. Conforme avanzaba, Mirah sintió todos aquellos ojos amarillos estudiándolos con curiosidad. Cruzar aquella puerta de bronce la introdujo en las entrañas de la montaña, y en una auténtica ciudad erigida dentro de ella. La puerta dio paso a un espacio abierto y diáfano con el techo de roca rojiza a varias cabezas sobre ellos.

Era lo más similar al centro comercial y urbano de cualquier pueblo, solo que dentro de una formación rocosa. En el centro, una gran escultura con forma de reptil cubierto en toda su estructura por cuernos punzantes, con las patas palmeadas asentadas en el terreno y la cola tiesa hacia arriba, lanzaba una llama ardiente hacia el techo a través de una boca entreabierta. El humo grisáceo creaba un poco de neblina en el ambiente que, junto al olor seco a humo, dedujo que era una seña de identidad del lugar.

Alrededor del reptil llameante, una multitud de salamantinos caminaban de aquí para allá en sus quehaceres diarios. Vio por primera vez a algunos de sexo masculino, la mayoría comerciantes, pero era más que evidente conforme seguían a Rachana por aquel espacio que allí el cotarro lo dirigían las hembras de la raza.

Desde la plaza salían varios caminos que se perdían en las inmensidades de la montaña. Los salamantinos les dirigieron algunas miradas curiosas desde sus lugares, y, al levantar la cabeza, vio algunos recovecos en la pared de roca, que dedujo que eran pequeños caminos adaptados a sus ágiles cuerpos. Había toda una ciudad en el cuerpo del volcán.

—¿Dónde están las casas, señora Ymara? —Oyó que preguntaba Quera más adelante, cogida a la mano de la alux.

—Nosotros no tenemos casas tal y como las conocéis, más bien tenemos nuestro propio *hueco* —explicó Rachana tras retroceder hasta ellas—. Creamos nuestros propios túneles en la montaña y cada salamantino se ocupa de labrarse su propio espacio, menos la reina, claro. —Se rio para sí misma y señaló los agujeros en las paredes de roca—. Cada agujero es un camino hasta el propio hueco de cada uno, hay miles y miles de recovecos hasta los niveles de arriba y en los niveles de abajo.

Quera e Ymara se miraron los pies, y la niña, animada por su respuesta, volvió a la carga sin perder la oportunidad de saciar su curiosidad. Mirah agradeció sus agallas para no dejar de hacer las preguntas que ella misma se hacía.

—¿Abajo? —dudó Quera.

—Abajo. Estamos en la zona base del volcán o conocida por aquí como la del Diablo Espinoso. —Señaló la escultura del lagarto—. Pero esto solo es la parte superficial, la mayoría de la población vive en los niveles inferiores subterráneos, mientras Perenite y su corte vivimos en la parte superior, más pegados a la cima.

Se introdujeron por un callejón que, si no fuera por el techo rocoso sobre sus cabezas, casi pasaría por una calle comercial de cualquier otro lugar de Elania. Las antorchas rojizas llameaban con fuerza en las paredes y les mostró un sinfín de tenderetes donde se vendían armas, telas, libros y comida. Después de la reunión con los tálpidos, Mirah no se sorprendió al ver las bolsas con gusanos, larvas, arañas y todo un despliegue de diferentes insectos que llenaban las mesas a los gritos de «Solo aquí los más crujientes, señoras» o «Ahora temporada de escarabajos frescos».

Los comerciantes los miraron pasar con claro desconcierto. Los salamantinos parecían mucho más escuchimizados que sus congéneres femeninas, con aquellos cuerpos torneados y musculosos por el ejercicio.

—Señora Rachana, ¿por qué hay tan pocos hombres? —preguntó Quera.

La pelirroja ni se molestó en bajar la voz. El pájaro, que había desaparecido durante un rato, volvió para posarse sobre su hombro.

—Porque no son muy útiles para la especie, querida —le dijo con una mueca—. Son genéticamente mucho más inferiores en tono muscular y agilidad que las hembras. Solo sirven para procrear y, dada la población que tenemos y nuestra casi infinita vida, la

reproducción está controlada al milímetro. —Se acercó al más cercano y le acarició la cara con un dedo sugerente antes de seguir su camino —. Por supuesto, nos podemos divertir juntos, pero yo prefiero otras cosas más… *exóticas.* —Su mirada se posó en Ymara un instante.

—Pues no parecen muy divertidos —reprochó Quera con un encogimiento de hombros.

—Oh, no me refería a eso, niña, sino al… —Ymara la cortó con un carraspeo.

La pelirroja meneó la cabeza con expresión divertida y susurró un «menudas remilgadas». Una vez salieron de aquel callejón comercial, se giró hacia ellos.

—Perenite pronto mandará a alguien para instalaros y guardar a los caballos. —Con las manos en la cintura, echó un vistazo a Mirah—. Y, ahora, visitaremos a la reina, alitas negras. A estas alturas ya nos estará esperando con todo su despliegue de encantos. —Su tono fue de fastidio y puso los ojos en blanco.

Tardaron poco en organizarlo todo. Mirah encargó a Tomen y al doctor Remín quedarse al cuidado del resto del pueblo. Muchos estaban agotados después del eterno viaje. Tuvo que esquivar las miradas de los alux de clase alta, que, sin duda, esperaban un recibimiento un poco más acorde a su posición, pero allí sus apellidos no significaban absolutamente nada. Una cura de humildad le vendría bien a más de uno.

A un lado, a través de un agujero en la pared, vieron una estancia animada donde varias salamantinas bailaban con copas en las manos al son del ruido, más que de la música, de un artilugio alargado y con cuerdas que un salamantino tocaba en un rincón. Varias cuevas con las mismas características se abrían a lo largo de la calle. Rachana saludó con una mano a un par de ellas que charlaban en el exterior de uno de los locales.

El volcán les descubrió otra estancia, mucho más inmensa, con el suelo de roca cubierto de telas y cojines amarronados llenos de polvo blanco. Una salamantina morena con el pelo recogido en una coleta de minúsculas trenzas se ejercitaba con la jabalina, deleitándolos con un espectáculo de movimientos en el aire, en una especie de danza mortal. Con los pies desnudos, saltaba, trazaba círculos y daba patadas entre toque y toque del arma.

—La zona de prácticas —explicó Rachana.

—¿Del ejército? —preguntó Miles.

—De todas —replicó ella, mirándolo con desdén—. Toda salamantina es guerrera de corazón y de espíritu. Todas estamos preparadas para luchar desde pequeñas, y todas pasamos por aquí entre una y cinco horas al día desde que podemos ponernos de pie. Hasta la más renacuaja de nuestra especie tiene mejores nociones de pelea cuerpo a cuerpo que cualquiera de vosotros.

Miles frunció los labios, pero se mantuvo en silencio, e Ymara contuvo una sonrisa en los labios. Todo lo que fuera minar el orgullo del comandante siempre parecía agradarle sobremanera. Mirah se sintió un poco molesta por los aires de grandeza que esa pelirroja daba a su especie, pero, al mismo tiempo, sintió unas ganas locas de descalzarse para aprender un poco de la técnica que había observado en su forma de luchar.

Tras cruzar aquel espacio de prácticas inmenso, Rachana se paró frente a un hueco donde había una escalera de piedra. Flanqueada por dos estatuas de serpientes enroscadas, entre sus sinuosas siluetas sostenían dos antorchas, que iluminaban unos escalones retorcidos que se perdían hacia arriba.

Miles, Ymara y Fury acompañaron a Mirah. El techo era bajo, por lo que no podían hacer uso de sus alas, y siguieron a la salamantina a pie por aquella escalera de piedra rojiza. Miró por el hueco. Ya había anochecido. Por el ojo del volcán, miles de pies hacia arriba, se abría un cielo salpicado de estrellas.

Aprovechó el momento para rezagarse de los demás y quedarse atrás con Fury. El spirit levantó la vista al sentirla cerca. La luz del fuego acentuó las ojeras bajo sus ojos.

—Llevas todo el camino muy callado. Reconozco que echo de menos alguno de tus reproches paranoicos.

Él permaneció en silencio y ella le puso una mano en el hombro. Fury soltó un gemido.

—¿Estás herido? —Su mirada se clavó en el lugar donde le había tocado, intentando ver más allá de su chaleco marrón.

—No es nada. —Y, aunque su voz intentó sonar despreocupada, notó la chispa de algo más.

Mirah levantó la mirada un instante para comprobar que estaban solos y lo empujó contra la pared de roca de la escalera. Él gruñó ante el gesto y ella mantuvo las manos sobre su pecho, después deslizó los dedos por el borde del chaleco para levantárselo. Frunció el ceño al ver la herida lacerante a medio cicatrizar.

—¿Cómo te has hecho eso?

Él abrió la boca y luego la cerró, como si se debatiera.

—Ya te he dicho que no es nada.

Mirah no aflojó su agarre.

—Vas a decirme ahora mismo qué te pasa.

—Mirah, no debería estar aquí, yo…

Se detuvo como si la lengua se le enredara. Tenía los puños tensos a ambos lados de las caderas, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Los músculos de los brazos estaban rígidos aguantando a duras penas la tirantez de su postura. El pelo alborotado, junto a la expresión sombría de su rostro, solo conseguía aumentar su aspecto desaliñado.

Fue rápido. Apenas un pestañeo. Pero él la agarró de los hombros e invirtió sus posiciones. En la semioscuridad de la escalera, sus ojos parecieron hundirse y tragarse la luz. El rostro de Fury se inclinó hacia su cuello e inspiró su olor. Desconcertada, tomó consciencia de lo cerca que estaban y de cómo la respiración de él iba a la par que la suya. El tiempo pareció congelarse un instante cuando su aliento le acarició la piel.

—Me pregunto cómo sería saborearte.

El tono era ronco y extraño y la lengua cálida se paseó por su cuello hasta el mentón. ¿Qué diablos…? Sin embargo, una parte de sí misma, oscura y secreta, se preguntó cómo sería que él la besara. Sin querer, alzó la cabeza en una invitación silenciosa a que no se alejara de su cuello, pero un rastro de raciocinio pareció abrirse entre su confusión para recordarle dónde estaban.

No hizo falta que lo apartara porque él mismo se lanzó hacia atrás de repente con un gruñido. Por su rostro pasó todo un abanico de emociones y, en ese instante, la voz de Rachana flotó desde arriba diciendo que no tenía todo el día. Se giró para ponerse en marcha, pero Fury la agarró del brazo.

—Tengo miedo de hacerte daño, Mirah.

Se calló de inmediato y los músculos de su boca palpitaron bajo la piel al morderse la lengua. Mirah sintió un nuevo susurro en su cabeza, apenas imperceptible, y chasqueó la lengua. Ymara se asomó por la escalera y los miró.

—Estamos esperando.

Mirah asintió. Echó una última mirada a Fury, sin entender un ápice de lo que acababa de pasar. Aún descolocada, siguió a Ymara y

a los demás para salir a un descansillo que se perdía en un corredor, aunque la escalera continuaba hacia arriba, perdiéndose en la roca. Al cruzar aquel pasillo, cuatro salamantinas montaban guardia junto a una puerta al fondo. No pudo evitar echar un vistazo a sus jabalinas con ese característico destello dorado e intentó calmarse para no lanzarse contra la reina en cuanto la viera. Otras dos salamantinas charlaban a la vez que transportaban unos cuencos transparentes.

Detrás de estas últimas, cruzaron la puerta hasta una estancia cálida y bien iluminada. Un fuego llameaba en un rincón, haciendo compañía a las antorchas pulcramente colocadas alrededor de la sala. Cerca del fuego y sobre el suelo de roca, se extendían varias telas superpuestas sobre las que descansaban un sinfín de cojines de vivos colores. Sumergida entre ellos y sentada con las piernas cruzadas, estaba una salamantina con el pelo mucho más rojo que Rachana. Cortado a la altura del cuello, las ondas rojizas acentuadas por el fuego hacían imposible mirar a otro lugar que no fuera ella.

La hembra esperó a que las dos salamantinas posaran sus cuencos en una mesa baja de madera junto a ella y les sonrió con unos labios vestidos con un rojo anaranjado intenso. En la mano portaba un artilugio alargado del tamaño de una pluma, en cuyo centro abierto brillaba una brasa encendida. Con todo el tiempo del mundo, posó los labios en el extremo del palito e inspiró. Al expulsar el aire, un humo dorado pareció impregnar el ambiente.

Pestañeando y casi en trance, posó su mirada en los desconocidos. Los recorrió a todos con la mirada mientras Rachana se despegaba y se apoyaba en la pared con los brazos cruzados. Mirah alzó las cejas. Estaba preparada para esa reunión desde hacía semanas y, después de ver cómo las salamantinas exponían sus armas de esencia aharí casi de forma burlona, había repasado mentalmente todo lo que quería decirle a aquella víbora por haberse negado a ayudarlos. Pero, ahora, frente a ella, y ante la calidez de la mirada de esa criatura, se desinfló.

Calculaba que Perenite debía rondar los diez mil años y, como tal, esperaba encontrarse a una señora mayor y encorvada con la piel escamada y seca, pero no estaba preparada para la belleza madura y segura que llenaba la habitación solo con su presencia. La lustrosa piel de sus escamas brilló cuando se levantó.

—Oh, Samirah, mi pobre niña, ven a mis brazos —le dijo con dulzura. Su voz ronca la envolvió con un halo embelesador que la desarmó y, antes de que pudiera reaccionar, también se sintió

envuelta en sus brazos delgados pero firmes. Sin soltar su extraña pipa, la salamantina la estrechó contra sus pechos duros en un gesto tan cercano que la incomodó. Después se alejó para mirarla y le pasó un dedo por la mejilla con una de aquellas afiladas uñas—. Cuánto has crecido. Qué belleza. —Con los ojos clavados en ella, tomó ese único mechón rubio de su pelo y lo acarició—. Un auténtico encanto.

—Hola, Perenite. —Fue lo único que atinó a decir.

La mujer la miró y le hizo un gesto con la mano casi ofendida para que se sentara junto a ella en los cojines.

—Ni hablar, nada de Perenite, llámame tía. Es lo que habría querido tu padre. —Al instante, su tono de voz cambió y sus ojos lagartianos parecieron humedecerse, se abanicó en un gesto un tanto sobreactuado—. Mi pobre Edur, cada vez que pienso…

La alusión a su padre hizo despertar a su furia dormida. Se incorporó con rapidez, como si estar fuera de aquel manto de cojines la ayudara a ver la realidad con mucha más claridad.

—¿Cada vez que piensas que lo dejaste morir? —cortó con voz gélida—. ¿Cada vez que piensas que por tu culpa han muerto miles de seres? ¿Cómo puedes ser tan hipócrita?

A su espalda, Miles y los demás contuvieron el aliento. La única que pareció disfrutar con su desplante fue, curiosamente, su nieta, que puso una sonrisita burlona desde su sitio.

Perenite la miró entre sus espesas pestañas y meneó la cabeza.

—Oh, no, querida, estás muy enfadada conmigo —dijo y levantó la cabeza para dirigirse al resto—. Por favor, sentaos, hay sitio para todos.

El resto, mucho más complaciente que la propia Mirah, se dejó llevar para encontrar un hueco en el suelo. Fue curioso ver cómo Miles y, sobre todo Fury, intentaba acoplar sus corpachones musculosos pero poco flexibles a esa postura. Rachana permaneció de pie, pero se acercó a uno de los cuencos y, al destaparlo, hundió la mano para coger un insecto. Lo alzó de una pata e hizo una mueca.

—¿Grillos? ¿En serio? —murmuró. A pesar de su disgusto se lo llevó a la boca y masticó con un crujido. Perenite alzó la mirada hacia su nieta. Torció la cabeza al ver la zona más oscura de su frente, que delataba un moratón, y luego su mirada se posó en el tabique cosido de la nariz de Mirah.

—Dime, por favor, que no te has liado a golpes con mi invitada de honor —resopló irritada.

Su nieta se encogió de hombros, pero asió el extremo de la trenza y jugueteó con él en las manos como un animalillo acorralado, la única muestra de debilidad que le había visto desde que la había conocido. Perenite alzó una mano en un tintineo metálico de su ristra de pulseras doradas. De pronto, el fuego del suelo cobró intensidad y las llamas alcanzaron el techo, volviéndose de un color dorado. Perenite le señaló el fuego con un dedo y Rachana resopló y le habló al pájaro de su hombro:

—Llamas, fuera.

El pájaro abrió las alas y abandonó a su dueña para posarse sobre una mesa apartada. Soltó un piar desgarrado, casi como si temiera el destino de la salamantina. Perenite volvió a señalarle el fuego.

—¡Señora, no pretenderá que…! —comenzó a decir horrorizada Ymara, pero Rachana le hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

Suspiró, avanzó una pierna y se metió entera en el fuego. El silencio quedó roto por las exclamaciones de todos y por el crepitar de la carne quemada. Al instante, unos chillidos llenaron la estancia.

—¡No! ¡Pare! —gritó Mirah—. ¡Solo se nos fue un poco de las manos! ¡Hágala salir!

Con toda la calma, Perenite dio otra calada a su pipa mientras los gritos seguían saliendo del fuego. Luego, expulsó el humo dorado con desquiciante lentitud y dijo:

—Maldita niña, deja ya de dar el espectáculo.

Las llamas bajaron de intensidad y los chillidos de Rachana se convirtieron en carcajadas. El fuego dorado volvió a ser una fogata normal y corriente, y la salamantina emergió totalmente desnuda de entre las lenguas calientes. Con la piel arrugada y despidiendo vapor, caminó sin ningún tipo de pudor. Aunque había conservado la cabellera intacta, la piel no era más que un papel seco y quebradizo. Sus pechos, ahora convertidos en un amasijo de piel endeble y apergaminada, se mecieron con sus risotadas escandalosas.

Los recién llegados se miraron sin entender, aún perturbados por contemplar cómo la reina había obligado a abrasarse a una de las suyas.

—Vuestras caras han sido de vicio. —Volvió a reírse ella y se rascó un costado antes de coger un extremo de piel chamuscada y tirar. El sonido le puso a Mirah los pelos de punta, pero comprobó que, bajo esa capa muerta, había una piel verde clara y mucho más

brillante que la anterior. La pelirroja los miró y se encogió de hombros —. En realidad, pica más que otra cosa.

—Disculpad a mi nieta —dijo Perenite con un meneo de cabeza—. Es una niña difícil y con un placer insano por las bromas de mal gusto. —Rachana le dedicó una mueca burlona y ella le señaló la puerta—. Anda, vete a cambiarte de piel. Me tienes contenta esta semana. Primero, el altercado con el tipo de aquella taberna; después la escapadita sin avisar para ver a tus amiguitos spirits, y ahora atacas a la reina de Trisar con…

Siguió con su regañina hasta que Rachana, haciendo caso omiso a sus palabras, les guiñó un ojo y desapareció por la puerta con un andar sinuoso en su trasero arrugado. Llamas corrió a acompañarla para tomar posición de nuevo en su hombro. Perenite se llevó un grillo a la boca y masticó antes de mirarlos.

—Nunca tengáis hijos. Y menos aún nietos —repuso con un suspiro—. Y bien, supongo que tendremos tiempo de tener una larga conversación, Samirah —le dijo—. Pero eso será después de que hayáis descansado un rato y comáis algo. ¿Tenéis hambre?

Miles miró los cuencos con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

—Oh, por supuesto, sé que vuestra dieta no es igual a la nuestra, muchacho —dijo ella con una sonrisa—. Ya me he ocupado de eso, en el Diablo Espinoso he ubicado una zona que servirá de comedor para nuestros visitantes. Aunque no lo parezca, sabemos cocinar. Espero que os guste el conejo estofado. Comed, descansad y mañana habrá tiempo para las preguntas, que seguro tenéis —dijo tras mirar a Mirah. Dio una nueva calada y el humo dorado salió de su boca envolviéndolos con un olor dulzón—. Bienvenidos, estaréis aquí una buena temporada.

27

Fury masticó el trozo de pan empapado en mantequilla.

Aunque le faltaba algún condimento con un poco más de gracia, el sabor de la mantequilla no estaba nada mal. Y más si servía para borrarle ese regusto amargo que llevaba arrastrando casi cada día de la última semana.

«Quizá algún día puedas explicar a qué sabe ser poseído por un demonio con una jarra de vino en la mano y un corrillo de oyentes expectantes», pensó con amargura.

Todo se estaba complicando. Al principio, el céfiro usaba su cuerpo como un espía en sus ausencias mentales. Pero se estaba volviendo más osado. Ya no solo era el más que posible asesinato de Edur, ahora participaba en las decisiones del consejo de Trisar como si fuera él mismo y después estaba esa extraña obsesión que la criatura estaba desarrollando por Mirah. No sabía si es que sus propios sentimientos se estaban entrecruzando con los del demonio, pero notaba cómo él la miraba a través de sus ojos. El anhelo oscuro y perverso. Las ganas de tocarla. De agarrar sus labios con los dientes o enterrar los dedos en su pelo.

Las heridas autoinfligidas no estaban funcionando y su resistencia al poder dominante del otro ser cada vez le costaba más. Pensar en qué se podría encontrar al recuperar de nuevo la consciencia lo ponía enfermo.

Cuando notó la vibración en las orejas antes de entrar en la galería de los tálpidos, se resistió con vehemencia. Repasar mentalmente todo el proceso de pulido de una espada le ayudaba. Y, aunque sintió el peso de la oscuridad de la inconsciencia acechándolo, durante un rato se vio a sí mismo entrar en la cueva y andar como si su cuerpo ya le fuera algo ajeno. Pero, a mitad de la conversación con el señor Cincuenta, la oscuridad regresó con fuerza y de nada valió el

truquito de su lado racional.

Y ese momento en las escaleras de ayer. Cómo él había cortado su tentativa de intentar decir algo y después… «Me pregunto cómo sería saborearte». Por Aleph, la sola idea de pensar en su boca infectada posada en ella… Por mucho que hubiera imaginado cientos de veces cómo sería hacerla suya, saber que el céfiro utilizaba ese juego lo constreñía de pies a cabeza.

Aun así, no estaba dispuesto a rendirse. Era casi imposible burlar algo que estaba dentro de ti todas las horas del día, pero tenía que encontrar la forma de advertir a Mirah. De advertirlos a todos.

No había dormido demasiado esa noche, agitado por los pensamientos, y notaba el cansancio en sus miembros adoloridos después del viaje. De poco había servido aquella cueva que le habían cedido y el cómodo lecho de paja de su interior.

Ahora, en pleno desayuno, pensó que no sabía si estaba famélico por el largo viaje o porque ahora comía por dos. A su lado, Quera lo miró con el ceño fruncido.

—Señor Fury, usted siempre me dice que debo moderar mis modales. —Su tono sonó a regañina—. Y hoy está comiendo como un gorrino.

Él la miró.

—Calla y come.

Las líneas en el ceño fruncido de la niña se acentuaron a la vez que se llevaba una mano a la trenza. Tomen tomó la palabra desde el otro lado de la mesa.

—Lo que Fury quiere decir es que los salamantinos no necesitan cubiertos y, por lo tanto, no tienen. ¿Crees que sería fácil pinchar una araña viva con un tenedor? Desde luego, hay que tener buena puntería para eso, ¿no crees?

Ella asintió y se llevó la hogaza de pan a la boca, pero no dejaba de mirar a Fury de reojo. Él se pasó una mano por el pelo, lamentándose por perder los nervios tan rápido. Echó un vistazo a las largas mesas de madera donde comían todos los recién llegados de Trisar.

Eran muchos los alux que, hambrientos tras el largo viaje y tras el estofado de conejo de cena y el descanso posterior, se habían levantado temprano para hincar el diente al desayuno. Unos cuantos salamantinos habían colocado en las largas mesas recién instaladas abundantes cestas con pan seco y cuencos de mantequilla y huevo

batido. Fury desconocía si eran los propios tálpidos los que también les conseguían esa materia prima, pero no se imaginaba al señor Cincuenta ni a ninguno de sus vástagos ordeñando vacas.

Allí no había sirvientes como tal, sino más bien trabajadores. Había oído a Rachana decir que todos aportaban algo a la comunidad y que las tareas iban rotando por grupos. Quizá aún conocía poco de la sociedad escondida en aquel volcán, pero no pudo menos que admirar la felicidad y la libertad de la que gozaban sus habitantes.

Era una estructura impresionante que albergaba un reino entero en su interior, un reino que parecía mucho menos numeroso de lo que había imaginado en un principio. Había espacio de sobra para ellos y para todos los tefalinos que Daval y Rowel pudieran conducir hasta allí. Entonces, ¿por qué había oído a la nieta de la reina decir que controlaban la natalidad?

Suspiró. Él estaba allí, con un demonio en su interior que podía hacer tambalearse todo aquello. Sintió que sudaba y se pasó una mano por la frente, abochornado. Una mano se posó en su hombro y él, sobresaltado, dejó caer el pan, que quedó pegado a la mesa por el lado húmedo.

—Perdona —dijo Mirah. Había cierta vacilación en su voz y notó cómo el recuerdo del suceso de la escalera se materializaba entre ambos. Sus ojos negros se clavaron en los suyos y lo que fuera que estuviera pasando por su cabeza, ella lo alejó para decir—: Voy a hablar con Perenite y quiero que vengas conmigo.

Él desvió la mirada a la mesa y negó con la cabeza.

—Será mejor que vayas sola. —Ella resopló, apartó a Quera a un lado y pasó una pierna por el banco para sentarse a horcajadas junto a él.

—Si es por lo de ayer, olvídalo —dijo, bajando la voz—. Todo lo que está pasando. Los dos estamos muy alterados… —Puso una mano sobre la mesa y buscó la suya—. Sigues siendo en quien más confío y te necesito. Me gustaría que estuvieras presente.

«Y lo mejor es que no esté. *Estemos.* Ni él ni yo».

Cuanto menos supiera, menos sabrían ellos. Negó con la cabeza. Ella insistió y, aunque se concentró en no moverse, el céfiro pugnó con su voluntad y se levantó. Era obvio que ese cabrón demoníaco no le iba a dejar negarse a una reunión tan jugosa.

Con un suspiro resignado, siguió a Mirah para cruzar la estancia y se perdieron entre los callejones de roca del Diablo Espinoso. Ni

siquiera sabía cómo ella recordaba el camino, cuando no llevaban ni un día allí.

Se cruzaron con un par de salamantinas, y reconoció a una de ellas, la del moño trenzado, como una de las guardias que flanqueaba la puerta a su llegada. La mujer los miró al pasar, no sin dedicarle una mirada lasciva a la vez que se mordía el labio. Él no estaba para pensamientos tan terrenales en ese momento. Subir de nuevo aquella escalera solos le hizo recordar y pensar en si podría volver a intentarlo otra vez. Pero el céfiro se adelantó a sus pensamientos y dominó los músculos de su mandíbula. Fue incapaz de articular palabra y supuso que ella lo achacó a la tensión que ahora parecía existir entre los dos. La siguió resistiendo el impulso de liarse a patadas con las paredes.

La reina seguía fumando de su pipa, exactamente en la misma posición en la que la habían dejado el día anterior. Los miró a ambos un instante, pero no pareció interesada en preguntar qué hacia él allí a pesar de observarlo con aparente interés.

—Buenos días, queridos.

Mirah no se anduvo con rodeos.

—Dijiste que hoy habría respuestas, así que… ¿por qué no le enviaste las armas a mi padre? —inquirió. Su expresión decidida era un reflejo de toda la rabia acumulada, como si hubiera repasado ese encuentro en su cabeza una y otra vez durante la noche—. ¿Cómo pudiste quedarte aquí sentadita mientras en el reino vecino luchábamos sabiendo que no ganaríamos?

Perenite se pasó la lengua bífida por los labios. El amarillo del centro de sus ojos se intensificó y, tras dejar la pipa sobre la mesa en un gesto lánguido, se levantó. No era más alta que ellos, pero, embutida en un vestido verde con una abertura en un costado y una raja a cada lado de los muslos, su figura imponía. Las pulseras tintinearon cuando, descalza, salió de su confortable rincón y se acercó a ellos.

—Querida niña, hay muchas cosas que no sabes de mí —dijo ella —. Ni de tu padre.

Su voz fue dulce, pero había algo más, un punto amenazador que despertó su recelo. Aquella mujer, con sus miles de años de sabiduría, iba varios pasos por delante de ellos. Aunque su corte de pelo desenfadado y sus ademanes cariñosos pudieran llevar a error, había que andarse con cuidado.

—Vamos a dar un paseo, queridos.

28

Seguir a Perenite fue más difícil de lo que parecía.

La reina salamantina se movía con agilidad a pesar de su edad y, tras llegar al nivel del Diablo Espinoso, los había llevado a través de una pequeña galería hasta pararse delante de una plataforma de madera con pasamanos a los lados que formaban una *u*. Al echar un vistazo, Mirah vio un precipicio que se hundía en las entrañas de la tierra y que parecía no tener final.

Un grupo de salamantinas se levantó al ver a su líder y ella se acercó para charlar un instante con ellas, como una más. La excentricidad de la reina la tenía entre el desconcierto, la fascinación y el rechazo, y sospechaba que, por mucho tiempo que pasara con ella, no obtendría una idea clara de sus intenciones. Por eso era mejor ir con prudencia.

Perenite se colocó en la plataforma de madera y les hizo un gesto con la mano para que la acompañaran. Los dos obedecieron y las salamantinas toquetearon un sistema de poleas anclado a la pared. Charlando entre ellas, soltaron un par de cuerdas. La plataforma se puso en movimiento y comenzaron a descender.

—Nuestra raza es una gran constructora y vivir aquí implica ciertas necesidades arquitectónicas —explicó Perenite. Mirah y Fury se apoyaron en la baranda de madera para contemplar el descenso. Había un hueco inmenso a cada lado por el que era fácil precipitarse al vacío y romperse la crisma. La reina continuó—: Hay varias *desplazadoras* para llegar a los niveles inferiores. Para la parte superior preferimos las escaleras, ya que el espacio se va reduciendo conforme se alcanza el cráter.

Mientras la plataforma bajaba, vieron diferentes niveles donde los salamantinos hacían vida normal. Había más mercados y lugares de ocio, como si en cada planta se erigiera una nueva ciudad con sus

propios habitantes. Todos se paseaban de un lado a otro, riendo bajo la luz de las antorchas. Allí el día y la noche se fundían el uno con el otro.

—¿Hasta dónde llega esto? —preguntó Fury, echando un vistazo al fondo oscuro.

Perenite lo miró y torció la boca.

—Hasta donde es necesario.

La salamantina no pareció decidida a completar su enigmática respuesta. El descenso duró un buen rato mientras se cruzaban con las miradas de algunos salamantinos que hacían guardia o esperaban a una *desplazadora* libre. Mirah se sorprendió de que ninguno le hiciera reverencias a la reina, y se saludaban con un gesto de la mano o una sonrisa. Lo cierto es que, metida en aquel nuevo ambiente, esas muestras corteses que tanto se mimaban en Trisar allí parecían arcaicas y hasta fuera de lugar. Todos eran iguales, o al menos a simple vista.

La idea le agradó, pero, conforme dejaron atrás los niveles de vida más bajos y se metieron en una parte más oscura y mucho menos transitada, descubrió que quizá sí había zonas restringidas solo a unos pocos. Un par de hembras hacían guardia sobre unas rocas cuando llegaron al último nivel. Ambas se levantaron apoyándose en las lanzas y se apresuraron a detener la plataforma.

La reina les dio los buenos días. El pasillo estrecho era especialmente caluroso con respecto a los niveles superiores e imaginó que debían haber descendido varias capas dentro del subsuelo. El aire allí era seco y un olor a azufre se coló en sus fosas nasales.

La piel se les humedeció de sudor con una rapidez pasmosa y, a la vez que se adentraban en aquel pasillo zigzagueante de roca rojiza, sintió que a su cuerpo le costaba acostumbrarse al súbito cambio de temperatura. A su lado, Fury también pareció sucumbir al calor y se pasó el brazo por la frente perlada de sudor.

—Os acostumbraréis, queridos —dijo Perenite a la vez que andaba un poco por delante de ellos. No se le veía ni un solo pelo fuera de su lugar y andar por allí parecía un paseo de críos para ella—. No pretendo mataros de un golpe de calor.

Mirah casi lo dudó al ver el andar lánguido y sereno de la reina, cuya genética parecía estar hecha para soportar temperaturas extremas en su piel verdosa. El tintineo de sus pulseras era el único sonido que perturbaba el silencio del lugar, pero, al poco, comenzó a

oír un burbujeo acuoso que reverberaba por las paredes.

Perenite se acercó para pasarle una mano sobre los hombros, con los ojos brillantes. Mirah quiso resistirse, pero la mujer la obligó a girar a la izquierda y solo pudo abrir la boca de fascinación.

Era una de las cuevas más inmensas que había visto en su vida. El color rojizo de sus paredes casi parecía dar vida a la piedra, insuflada por la luz de las antorchas, pero, sobre todo, por el reflejo del gran lago dorado del centro. De varias brazas de ancho, se hundía en el suelo y por encima del líquido luminoso se apreciaba una estela dorada que flotaba en el aire. No pudo controlar el gemido de fascinación que brotó de su garganta.

—Esencia aharí —susurró Fury por detrás con una voz ronca llena de incredulidad.

Perenite asintió y caminó por la orilla de aquel lago subterráneo.

—Estáis ante el último gran pozo de esencia aharí —dijo—. La esencia más pura de la tierra. Fue la que insufló de vida a toda Elania hace siglos. —Abrió los brazos hacia arriba—. Aquí nació todo, queridos. En las mismísimas entrañas de las Rocosas, en el corazón de nuestro mundo. Al principio de todo, cuando los dos grandes volcanes se separaron, este aún estaba activo. Las erupciones llenaron Elania del polvo y del magma mágico de la esencia aharí, pero, con el paso del tiempo, la tierra evolucionó y solo quedaron algunos vestigios de lo que pasó. ¿Nunca os preguntasteis por qué el río Mel tiene ese tono tan característico?

La sonrisa pícara de Perenite hizo que Mirah alzara las cejas ante su relato. Siempre había pensado que el legado mágico del valle de Trisar pertenecía a sus antepasados, no a un suceso geológico.

—Has dicho el último gran pozo.

La reina la miró y asintió. A paso rápido, se acercó a coger una antorcha y se aproximó a una abertura que comunicaba con otra cueva similar. Se asomaron. Aún sin iluminar, solo vieron un agujero en el centro.

—En la antigüedad, había seis pozas iguales a la que habéis visto —dijo la reina—. Pero ahora todas están secas. Por lo tanto, sí, niña, estamos en el último pozo de esencia aharí que queda en Elania.

—¿Cómo se secaron? —preguntó Fury.

Perenite torció el gesto ante su tono seco y volvió de nuevo a la orilla. Mirah se acercó un poco más al borde. El líquido dorado hervía y burbujeaba creando pompas en la superficie.

—La gastamos —reconoció Perenite. Había cierto matiz apesadumbrado en su voz. Acto seguido, les mostró un brazo escamado—. ¿Veis mi piel? Habréis oído por ahí que mi raza es inmortal, pero siento decepcionaros, queridos. Somos longevos solo gracias a esto. —Se agachó para hundir un dedo en la hirviente superficie líquida, después lo sacó rezumando humo y lo chupó. Al instante, sus mejillas verdosas parecieron tomar más color.

—Los salamantinos somos los únicos que podemos tolerar la fuerza de la esencia. Es una sustancia pura, una concentración ardiente de poder blanco. Tan fuerte como peligrosa.

Mirah se quedó un momento hipnotizada a la vez que observaba aquel halo dorado. Tuvo el impulso de imitar el gesto de Perenite, pero ella le sujetó la mano con una agilidad certera…

—Para cualquier otra raza, la esencia solo os achicharraría vivos —dijo y luego le soltó la mano para tomarle un mechón de pelo. Lo examinó en silencio antes de seguir—: Mi querida niña, aunque no lo parezca, soy una vieja lagarta ya y sé que has venido con la esperanza de que os proveamos de armas con nuestra esencia. —Soltó el mechón con un suspiro—. Quiero dejar las cosas claras de antemano: mi respuesta es no.

Mirah apretó la mandíbula con todas sus fuerzas. Aunque el tono de la reina salamantina seguía siendo dulce, su mirada se había vuelto agresiva, cargada de determinación.

—¡Maldita seas! ¡Los demonios han vuelto! —Estalló, como si despertara de un sueño en el que estaba desde que habían bajado—. ¡Tus armas son la única forma de derrotarlos!

—Lo sé, niña —dijo ella con un gesto de la mano—. Los demonios aún no han perecido porque el espíritu de su líder sigue vivo de algún modo, pero llegará el momento en el que se extinga y todos desaparecerán. Sin Haya Donek poca cosa pueden hacer.

Mirah resopló contrariada.

—¿Poca cosa? ¿Cómo puedes ser tan cínica? —gritó—. Han destrozado mi reino. Han secuestrado a la mayoría de nuestras alux para re… —vaciló. Notaba que la palabra le quemaba en la boca, pero la dijo—:… reproducirse. Por Aleph, mi pobre hermana… —La rabia era tan fuerte que le castañeaban los dientes—. ¡Y tú solo eres capaz de darme una negativa! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Perenite aguantó su explosión sin bajar la mirada, después, con un susurro sibilino le ordenó que se calmara.

—Comprendo que todo lo ocurrido habrá sido un duro golpe para ti, Samirah. Pero no voy a lanzarme a otra guerra, lo siento. —Señaló el pozo dorado—. Esto es todo lo que le queda a nuestra raza para sobrevivir. Todos necesitamos beber un sorbo de esencia al día para mantenernos con vida, por eso lo dosificamos con cuidado para que los que quedamos tengamos aún una larga esperanza de vida, si no, falleceríamos en un intervalo de entre veinte o treinta años. Menos incluso que un humano. —Se pasó la mano por el puente de la nariz —. En la época oscura, accedí a forjar todas las armas con nuestra esencia. ¿Sabes lo que eso supuso? Nuestra raza era casi el doble de lo que es ahora, y míranos. —Su imagen serena pareció endurecerse y, al apretar los puños, las antorchas más cercanas cobraron intensidad en llamas doradas—. Hablas de la muerte de tu pueblo, pero no sabes que quien más sufrió en el pasado fuimos nosotros. Sacrificamos a miles de bebés y adolescentes por crear todas esas armas.

—Pero la mayoría se devolvieron al concluir la guerra, ¿no? —preguntó Mirah—. Y solo tus salamantinas tienen las armas adecuadas. ¿No sirvió eso para volver a rellenar las pozas?

—No funciona así, querida. —Perenite meneó la cabeza—. Las armas se forjaron por las habilidosas manos de un grupo de expertas salamantinas y, para impregnarlas en la esencia, no basta con meterlas aquí, es necesario cambiarlas a un estado gaseoso para que las partículas mágicas recubran la superficie del arma. —Se puso las manos en la cintura y su pelo rojo contrastó con el dorado de la superficie—. Una vez sufrido el cambio, la esencia ya no es la misma. Cuando mi ejército se quedó con una cuarta parte de las armas, sabíamos lo que teníamos en nuestras manos. Cada arma fue vida perdida para un salamantino, y sabemos valorarlo como tal, algo que el resto de razas nunca entenderéis.

—¿Y el resto de armas? —preguntó Fury.

—Aunque fundimos casi toda arma que nos llegó, solo conseguimos llenar esta poza, que en su momento llegó a estar por la mitad de lo que veis ahora. Es lo único que nos queda.

Mirah sacudió la cabeza mientras pellizcaba el pantalón con fuerza de forma inconsciente. Una parte de su lado racional podía llegar a entenderla. Pero la otra no podía dejar de pensar en que aceptar sus explicaciones era aceptar que no iba a poder luchar por su hermana. Perenite se colocó frente a ella.

—Lo que no te explican cuando eres reina es que, a veces, por el

bien común, tienes que tomar decisiones que te destrozan por dentro. —Le acarició la mejilla con una de esas largas uñas y su mirada se perdió en algún punto sobre una de las paredes de roca al añadir—: Aunque nunca vuelves a ser la misma. Ocupar un trono es un regalo envenenado.

Mirah la estudió. La furia se arremolinaba en crestas en su estómago, pero entendía lo que quería decir Perenite. Como si supiera el mar embravecido que pasaba por su cabeza, la reina se inclinó para darle un beso en la mejilla. Sus labios estaban sorprendentemente fríos para el poder cálido que dominaba. Cerró los ojos un instante, como si ese contacto aliviara parte del peso que la ahogaba. Y, derrotada, dejó abrir las compuertas al dolor y a la impotencia antes de que le emponzoñaran cada órgano, músculo y hueso del cuerpo. Y lloró.

—Querida niña —dijo, pasándole un dedo para borrar una lágrima—. Lo de que me llamaras tía no era una broma. Tu padre fue como un hermano para mí en el pasado. Cuando naciste, prometí que te protegería. —Sus ojos amarillos brillaron—. Y aquí estoy. Es lo único que puedo ofrecerte: protección para ti, para los tuyos y para la llave.

Mirah no habló, con una mano tomó la cadena que le colgaba del cuello y se sacó del escote el medallón. Lo aferró con fuerza en el puño clavándose el metal en la palma y miró a Perenite.

—¿Cómo puedes estar segura de que no llegarán hasta aquí? —preguntó con la voz ahogada. Intercambió una mirada con Fury, que permanecía serio y callado—. ¿Cómo puedes saber que no liberarán a Haya Donek?

Perenite esbozó una sonrisa, como si hubiera estado años esperando que alguien le hiciera esa pregunta. Un brillo reptiliano iluminó sus ojos.

—Recuerda que estamos en un volcán —dijo—. Sabemos aprovechar nuestra posición defensiva. Queda poco tiempo para que desaparezca lo poco que queda del alma de Haya Donek, solo tenemos que esperar hasta que todos esos demonios acaben debilitándose. —Era difícil no contagiarse con el convencimiento de su voz—. Y, aun así, si te quedas más tranquila, la llave del fuego está a buen recaudo. Me he ocupado concienzudamente de eso.

—¿La destruiste? Eres la única de los creadores originales que queda con vida.

Perenite frunció el ceño.

—Claro que no. La destrucción de la llave destruiría también la puerta. La escondí mejor que ese estúpido de Tuso. Dichosos silfos, ¿habrá alguno que no sea un imbécil en la historia de Elania? —Mirah se mordió la lengua al recordar a Daval. Perenite señaló el lago dorado—. Encerrada en un cofre en el fondo mismo de la poza, ningún demonio podría llegar a ella sin morir al instante. —Colocó una mano sobre la de ella en el medallón—. No te preocupes.

Mirah se mordió el labio. Un recuerdo le revoloteó por la cabeza para que lo sacara a la luz.

—La cuarta llave, la llave oscura. ¿Sabes dónde está?

Perenite se toqueteó las pulseras. Parecía reacia a revelar más.

—Ya veo que tu padre mantuvo su promesa de no decirte la verdad.

Ella frunció el ceño, notando cómo el corazón comenzaba a galoparle más deprisa.

—Dímelo.

Su voz fue una orden baja, incapaz de apartar los ojos de la salamantina. Sin saberlo, estaba conteniendo el aliento, presintiendo que las siguientes palabras de Perenite serían cruciales para encajar más piezas de todo ese galimatías.

La reina resopló y al fin se lanzó a hablar.

—La cuarta llave la rompió su creadora, la hermana de Haya Donek. —Hizo una pausa para añadir—: Tu madre, Samalek.

29

Ylara se estremeció como si ella misma sintiera el dolor.

Con cuidado, ayudó a Lucy a apartarse el cabello rubio teñido de sangre de la espalda, y la contempló a la escasa luz de las antorchas. Entre los pliegues rotos del vestido, aquello era una auténtica carnicería.

—¿Tan mala pinta tiene?

—Supongo que no podrás asistir a un baile en unos días.

El sonido ahogado de su compañera fue una mezcla entre una risita y un quejido dolorido.

Tras un vistazo furtivo a la entrada y comprobar que el asys de la puerta no estaba demasiado cerca, se incorporó para ir por el barreño de agua y llevarlo hasta el fondo de la Caverna de las Sin Alas. Tragó saliva antes de romper un trozo limpio del bajo del vestido, después, sacó del cinto aquel pequeño set de costura que siempre llevaba encima, apenas con un par de agujas y una bobina de hilo blanco. Casi había olvidado que lo tenía hasta que tuvo que empezar a remendar las heridas de Lucy. Cómo habían cambiado las cosas, ahora cosía carne en vez de tela. Una vez acabó la sutura, hundió la tela en el agua oscura para limpiar los restos de sangre, con la esperanza de que los miles de microbios que vivían en la superficie no agravaran las heridas de su amiga.

En otros tiempos, jamás hubiera pensado en que podría llamar así a la princesa. Y mucho menos ella, una simple alux de la familia de las Margaritas. Pero habían comprendido que allí los apellidos no eran absolutamente nada. Lucy y ella se habían convertido en inseparables dadas las circunstancias.

La oyó soltar un gemido al pasarle la tela por la superficie lacerante del primero de los cortes. Intentó contarlos, pero, en algunas zonas, la piel levantada a jirones sangrantes lo hacía imposible.

—Como sigas así, vas a tener más cicatrices para contar a tus nietos que cualquier soldado —intentó bromear—. Serás la abuela guerrera Lucy.

Ella hizo un esfuerzo por reírse, pero se encogió de dolor ante un nuevo toque y la piel quemada y arrugada de su mejilla se le tensó aumentando el quejido. Mientras el paño se iba tiñendo de rojo, Ylara miró de soslayo las quemaduras de sus piernas, donde la piel rosácea estaba arrugada en algunas partes. Era un sacrilegio mancillar así a una hembra alux tan hermosa como Lucy y notó cómo la rabia le crispaba los dedos.

Los latigazos de la espalda habían sido el castigo a la princesa por el tercer asys muerto. Una nueva criatura había salido a la luz inerte de entre las piernas de su difunta madre, y no habían tenido ganas de idear otra treta para engañarlo. El complot con lo de Ámbar se había vuelto en su contra. Ya no había espacio para más ardides. Aún recordaba el nudo en el pecho, acurrucada contra el abultado cuerpo de una alux desconocida, mientras el líder se llevaba a Lucy a rastras de la cueva aquel día.

Una ansiedad se había instalado en Ylara ante la idea de no volver a verla nunca más. Había imaginado que la matarían y se había quedado hecha un ovillo sin atreverse siquiera a respirar y con los ojos cerrados. No supo cuánto tiempo pasó hasta que la verja volvió a abrirse y una temblorosa Lucy se desplomó en el suelo. La acunó entre sus brazos, y, llorando las dos, se quedaron horas allí juntas, enlazadas.

Esta vez, cuando él había aparecido en la verja, alertado por uno de los suyos tras la muerte de otra criatura, Lucy se había levantado del suelo y se había pegado a la pared con la cabeza gacha. Ni siquiera habían intercambiado palabra alguna antes de que se la llevara.

Y ahora, curándole las heridas, no dejaba de preguntarse por qué Lucy era especial de alguna forma para el líder. Quizá solo disfrutaba atormentándola para matarla una vez concluyera su tarea, o ¿quizá había algo más que desconocían? En cualquier caso, Ylara estaba en deuda con ella. No solo la había salvado, sino que cada vez se arriesgaba más por ocultarla. Ambas sabían que su pequeño nido de semitranquilidad estaba llegando a su fin.

Solo quedaban veinte alux por parir, y sus rostros macilentos casi desvelaban que morirían antes de escupir a los fetos. Habían trasladado a todas al fondo de la cueva para forjar un escondite aún

aceptable entre los cuerpos. Pero ya todo era insuficiente. Con los restos de la ropa de las ya fallecidas habían conseguido abultar un poco la barriga de Ylara bajo su vestido, pero eso solo serviría para despistar al asys de la puerta. La próxima vez que el líder viniera estaría condenada. Por suerte, las visitas de Ersebek eran cada vez menos frecuentes.

¿Las matarían a las dos allí mismo o solo a ella?

Era más que evidente que la posibilidad de preñarla a esas alturas era innecesaria. Con más de doscientas bestias nacidas, incluidas unas cincuenta hembras que aseguraban su reproducción a largo plazo, las semanas transcurridas habían sido agotadoras. Hubo momentos en que solo tuvieron unos cinco o seis partos, pero el resto de días se habían sucedido uno tras otro como si siguieran un orden establecido.

La Caverna de las Sin Alas se llenó de un aroma rancio, entre los restos de sangre, líquido amniótico, sudor, lágrimas y vómitos. Pero el peor olor era el de la muerte. Los asys se llevaban con rapidez a los recién nacidos, pero los cuerpos de las madres se quedaban allí criando larvas en una pila infestada de gusanos hasta que se los empezaron a llevar.

Era evidente para qué. Tenían que alimentar a toda esa nueva progenie. Una progenie que, al parecer, crecía muy rápido. El horror las inundaba al oír los gruñidos intensificarse entre las galerías de piedra. No eran voces de cuna, sino un sonido salvaje que reclamaba algo que alimentara sus oscuros cuerpecillos. ¿Y qué mejor que la carne misma de la que habían emergido? De todos modos, ya habían empezado a comérselas por dentro desde que su semilla germinó.

Ylara y Lucy veían pasar los días como si estuvieran en una pesadilla. Pero todo aquello era demasiado real; las pesadillas no olían ni dolían. Medio consumidas, apenas alimentadas con unos cuantos mendrugos al día, sus fuerzas iban decayendo y la piel se les iba pegando a los huesos al perder parte de la carne. Pronto, las mataran o no, no serían más que otros dos cuerpos en la pila de muertos. Algo en su cabeza se negó a aceptar ese destino, pero debían hacer algo antes de que sus fuerzas ya no les dieran más opciones. Exprimió el trapo y un chorro de agua rosada empapó el suelo de piedra.

—Tenemos que salir de aquí. Ya.

Lucy se giró para mirarla con cuidado. Molida a golpes y con unos cuarenta o cincuenta latigazos a la espalda, sus ojos azules no habían perdido esa determinación desde el día en que le había salvado la

vida.

—Aún no sé el camino correcto —se lamentó.

La vio reflexionar. Lo que Ersebek no sabía es que Lucy aprovechaba sus paseos para recoger agua e investigar el camino de salida. Por supuesto, él se habría dado cuenta, pero no el resto de demonios, que no parecían ver nada anormal en sus más que recurrentes visitas a la poza. Algo estaba pasando en algún rincón de allí abajo, porque cada vez había menos asys campando por aquella zona y eso les facilitaba mucho las cosas.

Juntas, en cada vuelta de Lucy, habían ido estableciendo un mapa del lugar, rayando con una piedra en un hueco oscuro de la pared del fondo. Aquel lugar era un caos de galería y caminos que no llevaban a ninguna parte. Lo único que tenían claro era que debían coger el de la izquierda de la poza, a partir de ahí, del pasillo salían cinco caminos. Habían descartado tres de ellos, ahora solo quedaban dos.

—¿Y a qué vamos a esperar? ¿A no tener fuerzas ni para correr? —repuso Ylara en voz baja y se guardó el set de costura de nuevo en el cinto. Señaló a las alux restantes, con los vientres abultados, respirando con dificultad en medio de la inconsciencia—. ¿Vamos a esperar a que otro de esos bichos nazca muerto y que él acabe contigo a golpes?

Lucy se estremeció. Se peinó el cabello rubio con los dedos, un gesto que, por un momento, Ylara echó de menos. Su pelo deformado ahora era cualquier cosa menos hermoso. Lucy tenía la mirada perdida en la inmensa mancha de sangre seca en el suelo, que ahora era de un marrón oscuro, allí donde había muerto Ámbar.

—Solo hay que esperar a un cambio de guardia. —Gateó para situarse frente a ella y cogerle la cara entre las manos—. Hay que hacerlo hoy.

Lucy se mordió el labio y la miró. Una de las mangas rotas del vestido se le cayó hacia adelante y dejó casi a la vista uno de sus pechos. Ylara cogió el retazo de tela y, con la punta de la lengua en un lado de la boca, manipuló los restos colgantes hasta conseguir atárselos tras el cuello con una lazada. Admiró su obra y le guiñó un ojo.

—Pues me gusta este estilo de escote, oye. Lo voy a patentar si salimos de aquí.

Lucy meneó la cabeza, pero ese gesto pareció sacarla del trance.

—Tenemos dos caminos, Ylara. Un cincuenta por ciento de

posibilidades de escoger el correcto. A eso súmale esquivar a los asys, a Ersebek y a su panda de neonatos.

—Fácil, ¿no? —bromeó. Su expresión se volvió seria—. Es un cincuenta por ciento de posibilidades de vivir, piénsalo así. —Vio que ella dudaba—. Sé que a mí me matarán al instante, pero, en realidad, estoy condenada aquí y ahí fuera del mismo modo. Déjame al menos intentarlo.

Lucy asintió antes de soltar un sonoro suspiro.

—De acuerdo. Pero, después de haberte salvado, no voy a permitir que mueras.

Ylara sonrió y ambas se abrazaron. Lucy se quejó cuando sus manos rozaron las heridas de la espalda, una espalda que, como la suya, parecía que hacía mucho tiempo que había tenido dos alas.

30

Ersebek traspasó el hueco abierto en la roca y se encaminó por el corredor.

Un olor fuerte a quemado impregnaba el ambiente y sus pies dejaron nuevas huellas en el hollín negro asentado en el suelo. Ya habían iluminado aquel pasillo abandonado con antorchas y pasó una de las manos por las paredes pulcramente alisadas. Lo notó. Había magia en aquella antigua construcción.

Anduvo por la galería. El día que consiguieron despejar la entrada al fin, tras recorrer un trecho, se habían encontrado con el impedimento de un corrimiento de piedra en el techo que había obstaculizado el camino. Eso les restó unos cuantos días hasta que consiguieron despejarlo, pero ahora era totalmente transitable.

Era largo, pero no infinito. Tras varias horas, llegó al final. Unos cuantos asys ya estaban allí. En silencio y con los ojos abiertos, observaban la imagen que se elevaba frente a ellos.

El calor era achicharrante. Donde la roca de la galería terminaba, el hueco quedaba atravesado por una cortina de fuego desde el techo hasta el suelo. De un tamaño inmenso, no dejaba ni un resquicio para que se colara ni un simple mosquito. Las llamas se entrecruzaban entre sí, rojas y doradas, formando una verja encendida y abrasadora, que emanaba un halo de poder fuerte y antiguo. Bajo ella, entre las llamas, había un pequeño hueco en el suelo con un símbolo triangular que no dejaba lugar a dudas. La puerta del fuego. La primera puerta de la prisión de su padre.

Justo en ese instante, una de esas pulsiones pareció hacerle latir el cerebro. Cerca de él, el viejo Paludenk le mostró los dientes en una especie de sonrisa.

—Lo has conseguido, Ersebek. Sabía que faltaba poco, lo sabía.

Él asintió, casi con ganas de sacar a ese estúpido de allí junto al

resto y disfrutar de ese momento de gloria para él solo. Suspiró y se controló.

—Los nuevos crecen muy rápido —informó Paludenk.

—Lo sé —repuso irritado. Como si él no estuviera al corriente de algo en ese lugar.

Las alux habían generado un sustento alimentario vital mucho más fuerte del que había esperado. Antes de ir hacia allí, había observado esa nueva horda de seres de ojos oscuros casi con deleite. En apenas unos días ya alcanzaban el tamaño de un niño de quince años, pero lo mejor era verlos intentar manejar esas alas oscuras que les brotaban de la espalda. Había visto la sumisión absoluta en sus ojos negros, esos nuevos seres le harían caso con una confianza ciega que no tenía el resto.

Era la nueva generación, *su* nueva generación.

La que ayudaría a sumir a Elania en la oscuridad.

El plan había salido a la perfección. En pocos días, cuando alcanzaran la madurez, enviaría a un grupo de sus nuevos hermanos a por las llaves restantes. Riledek, el único de los más antiguos que no le parecía un idiota, estaba haciendo un trabajo magnífico con el spirit. La información recabada a través de su cuerpo era valiosísima para aligerar el proceso, aunque había notado un cambio en sus mensajes, además de cierta obsesión con su objetivo que no le gustaba ni una pizca.

—Espero que las llaves no sean un problema ahora que estamos tan cerca de Nuestro Señor —dijo Paludenk sin apartar la vista de la puerta.

Ese viejo chamán ni siquiera se había molestado en utilizar la vía mental y Ersebek se tomó su frase casi como una burla. Se contuvo para no achicharrarle pegándole la cara a las llamas, al fin y al cabo, era medio humano y no podía regenerarse. Pero se controló, y con los brazos cruzados lo miró con el mentón alzado.

—Lo tengo todo pensado.

Paludenk asintió.

—Te olvidas de la alux.

—¿Qué pasa con ella? —se quejó en voz alta—. Te he dicho que lo tengo todo controlado. El error que cometí al final nos facilitará las cosas. Por algo aún no le he cortado el cuello a su dulce hermanita.

—¿Y si no es suficiente? —sugirió Paludenk, sembrándole una duda que él ya tenía—. ¿Y si en realidad no puede…? —Ersebek lo

miró y torció la cabeza. Las palabras del viejo chamán flotaron hasta su cabeza como un susurro y, antes de poder contestarle, una llamada general los sobresaltó.

La alerta hizo que todos se pusieran en movimiento, aunque quizá más por alejarse de él que por la situación. Ersebek chilló antes de asestar un puñetazo a la pared que le salpicó trozos de piedra pulverizados. Esa maldita alux se creía muy lista. Lucy se había escapado.

* * *

Se tapó la boca con la mano para no respirar demasiado alto.

Acurrucada en el hueco tras la roca donde le había cortado el pelo a Ylara, vio una multitud de pasos que cruzaban corriendo por la zona de la poza. Casi pensó que el bombeo de su corazón la delataría y esperó un poco más antes de asomar la cabeza. Unos cuantos asys cruzaron para meterse por el pasillo de la derecha. Había tenido que ser muy rápida.

Vendrían muchos más y, antes de que llegaran, debían estar ya fuera de aquella zona. Esperó a Ylara rezando porque el plan saliera bien. Habían tenido que improvisar al no haber ningún cambio de guardia y ver que el asys de la puerta no parecía tener intención de moverse.

Aún dolorida por los latigazos, había cogido el barreño y había avisado al asys de que debía salir a por agua. Él, con el gruñido típico por respuesta, le abrió la verja tirando con una mano. Lucy había esperado a estar fuera de su vista para correr. Por suerte, no había ninguno rondando por allí.

Una vez llegó a la poza de agua, había llenado el barreño y, con una mirada constante a su alrededor, había esparcido el agua del mismo, creando una especie de camino derramado hasta la galería de la derecha. Una vez allí, y al oír que se acercaban unas cuantas figuras, tiró el barreño al suelo y salió corriendo, ignorando el escozor de sus heridas.

Ya en la zona de la poza, solo tenía que esconderse y esperar. Pero en su cabeza aquel proceso había sido mucho más rápido. La idea era crear un cebo para simular que se había escapado por el corredor de la derecha. No dudaba de que Ersebek habría mandado a todos a buscarla y, como en esa zona había pocos de ellos, eso incluiría

también al guardián de la puerta, que solo pensaba que custodiaba a unas cuantas alux embarazadas de cuerpos tan maltrechos que serían incapaces de moverse.

Esperó y esperó. Oyó el bullicio. Los segundos parecieron eternos hasta que reconoció al de la puerta, que daba zancadas hasta el pasillo de la derecha. La estratagema les haría perder un rato en buscarla en la galería de la derecha, pero no podría durar mucho. Una figura menuda emergió de entre las sombras. Pegada a la pared, Ylara le hizo señas. Lucy salió de su escondite y ambas se cogieron de la mano para meterse por la galería de la izquierda.

Descalzadas para no hacer ruido, y aunque la roca del suelo les maltratara los pies, dejaron atrás el primer camino, uno de los que ya tenían tachados, y al poco el segundo, otro de los que no tenían salida. Poco antes de llegar al tercero, las sombras de un par de siluetas se perfilaron por el fondo, en la cuarta galería. Lucy se detuvo, pero Ylara la empujó dentro del tercer camino y dieron gracias porque estuviera despejado. Al poco, un coro de gruñidos se elevó en el aire.

Al fondo había dos estancias. Y no hacía falta saber qué albergaba la más grande con aquella verja de hierro tan parecida a la suya. Las figuras del pasillo principal se acercaban. Amparadas por la oscuridad, Lucy se asomó a la segunda cueva, y con un asentimiento de cabeza se metieron dentro. Ylara soltó un gemido al ver el contenido del lugar.

Sobre una roca que hacía de mesa se hallaba el cuerpo de una de las alux muertas. Le habían cercenado una pierna completa y la otra estaba corriendo la misma suerte, a juzgar por el hacha sangrante que descansaba en el suelo, abandonada por la salida rápida de su ejecutor. A su lado, en un cubo, estaban los trozos de cuerpo cortados de forma irregular. Se concentró en abstraerse para no vomitar.

En un lateral de la habitación, una pequeña montaña de cuerpos esperaba su turno para separarse en miles de pedazos y servir de comida a aquellas bestias. Los pasos se hicieron más audibles al acercarse y ellas miraron a su alrededor sin saber qué hacer.

Lucy tragó saliva ante la idea salvaje que se perfiló en su cabeza. Intentó no pensar demasiado mientras apartaban los cuerpos muertos y forcejeaban con ellos. Fijó la vista en un punto perdido para no mirar sus caras pálidas. El olor a podrido instalado en su nariz se convirtió en asfixiante cuando se echaron los cuerpos encima. Se mordió la lengua al notar el peso que le apretaba la espalda abierta contra el suelo y que hizo que le saltaran las lágrimas ante el dolor

lacerante. Cerró los ojos y notó los dedos de Ylara buscando los suyos entre aquella manta de muerte, en un intento de sentir algo caliente. Hundida entre los cadáveres, supo que, si algún día lograba escapar de allí, nunca sería la misma. Tenía la mente tan quebrada como el alma.

Un par de asys parecieron revisar las estancias. Supo que uno de ellos era Ersebek cuando oyó su maldición. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—No está aquí —dijo la voz de otro y ella se sorprendió al oírlo hablar en voz alta con un dominio parecido al del líder—. Ya se lo han dicho, había un rastro de agua.

Ersebek chasqueó la lengua. Se lo imaginó examinándolo todo con sus ojos negros. Un solo dedo sano fuera del montículo de carne muerta, un mechón de su cabello rubio visible, y todo se acabaría.

El coro de gruñidos se intensificó.

—Mis pequeños tienen hambre, ¿cierto? —Su voz revolucionó a las criaturas y la verja resonó con sus tirones—. Esos estúpidos no se preocupan de proveerlos del alimento suficiente, Paludenk. Son nuestra pieza vital, así que ocúpate de que estén bien alimentados. De lo contrario, me ocuparé de alimentarlos con tu propia carne, viejo. —La amenaza no obtuvo respuesta.

Lucy cerró los ojos aún con más fuerza al oír sus pasos explorando muy cerca de ellas. Ylara le apretó los dedos y contuvieron la respiración. Pero Ersebek se limitó a coger el cubo con los restos desmembrados y acercarse a la estancia donde estaban encerrados los nuevos asys. El sonido húmedo le indicó que había esparcido los restos dentro de la verja, y al poco los berridos de pelea por la carne hicieron eco en la cueva.

Permanecieron allí un rato más. Lucy aguantó sin moverse, incluso sintiendo las larvas de gusanos que se comían la espalda del cadáver sobre su cabeza. Reprimió sus gritos. Pensó en su hermana, en su padre y en su madre, y en todo lo que aún quería hacer. Pensó en las tardes de sol en el Bosque de los Suspiros, en el agua turquesa refrescante del río Mel. Maldita sea, si aún ni siquiera había tenido oportunidad de enamorarse. Como tampoco la mayoría de esas hembras muertas cuya vida se había truncado sin apenas despegar. Se negó a morir en aquel agujero como las demás.

Cuando los pasos se perdieron y estuvieron seguras de que se habían marchado, emergieron de entre los cuerpos y enfilaron el pasillo de nuevo, envueltas aún en un olor a podrido que sospechaba

que tardarían mucho en quitar de su piel, pero que nunca arrancarían de sus recuerdos. A su espalda, las pequeñas bestias que ella misma había traído al mundo gimieron. Rezó porque fueran demasiado jóvenes como para que su comunicación mental estuviera desarrollada. Ylara se asomó a la galería principal y, al ver que no había nadie, corrieron afuera.

—¿Cuarto o quinto camino? —susurró agitada. Lucy se encogió de hombros, lo cierto es que no lo sabía. Solo tenían una pequeña probabilidad de éxito. Ersebek y su secuaz habían venido por la cuarta galería y dudaba que vinieran del exterior, así que solo les quedaba una opción sin explorar.

—Quinto —susurró.

Sus pies desnudos salvaron la distancia restante hasta aquel hueco de entrada que se les antojaba a miles de leguas de distancia. Cuando lo cruzaron y vieron una galería oscura apenas iluminada al inicio por cuatro antorchas, Lucy notó que resurgía un hilo de esperanza. Y, si realmente ese era el camino correcto, esperaba que supieran cómo salir.

31

La cabeza le iba a explotar en cualquier momento.

Se retorció las manos nerviosa mientras la *desplazadora* ascendía, sacándolos fuera de aquel centro dorado líquido, escondido en el punto más profundo del volcán. A su lado, Fury la miraba de reojo, entre sorprendido y meditabundo. Aunque últimamente su estado normal solía ser serio y callado, la noticia parecía haberlo descolocado. No dejaba de revolverse el pelo con una mano. En medio de su propia confusión mental, alzó una ceja hacia él en una pregunta muda. Él le hizo un gesto con la mano y su mirada se perdió en uno de los laterales del abismo.

Perenite no había ampliado su información. Aunque no se había negado a contestar a sus preguntas, la había atajado diciéndole que lo mejor era explicárselo todo tomando un té. Por un lado, lo agradeció, de haber permanecido en el lago de esencia aharí un poco más de tiempo se habrían desmayado por el intenso calor. Aunque todos aseguraran que el volcán estaba inactivo, la huella de su corazón ardiente aún rezumaba un calor asfixiante. Conforme subía y la atmósfera le templaba la piel caliente, comprobó que podía pensar con un poco más de calma. La reina estaba a su lado y parecía examinar sus pulseras con mimo una por una, como si de pronto su cabeza se hubiera ido a otra parte, muy lejos de allí. Su excentricidad la ponía muy nerviosa.

La llegada al Diablo Espinoso fue eterna. No sabía cuánto tiempo habían pasado allí abajo, pero el espíritu del lugar parecía mucho más relajado en ese momento, cuando todos se habían ido a almorzar o estaban a punto de hacerlo. Cruzaron las calles de roca roja en silencio. Los tenderos del mercado estaban recogiendo los últimos bártulos y los lugares de ocio cerraban para un descanso hasta la tarde. Al llegar a la zona de entrenamiento, solo había una figura,

moviéndose en uno de los laterales. El meneo de su trenza sobre la espalda no dejaba lugar a dudas de quién se trataba.

Perenite apenas dedicó una mirada a su nieta más que para decirle que debía tensar más los brazos. Ella le dedicó una mueca. Su nueva piel, de un verde brillante y lustroso, resaltaba aún más ante el reflejo del fuego de las antorchas. Con un vestido marrón atado a la espalda con una lazada, se movía con soltura portando un palo del tamaño de un brazo del que salía una cuchilla en cada extremo. Lo giró en el aire sobre su cabeza, con las manos en alto, antes de saltar y describir un círculo en el aire que acabó con una cuchillada a un enemigo invisible. Fury y ella la contemplaron absortos en cada movimiento, hasta verla deslizarse sobre una rodilla por el mullido suelo de prácticas. Antes de seguir a la reina por la escalera ascendente, Fury la tomó de un brazo con un gesto brusco. Pareció que le costaba hablar, pero al final dijo que estaba cansado y se iba.

Ella asintió. Confusa. Lo cierto es que no tenía buen aspecto. Aceptó la mano de Perenite, que la esperaba junto a la escalera. Ambas subieron de nuevo hasta la estancia de la reina, quien pidió muy amablemente a un salamantino que les trajera un té. Mirah se sentó, casi engullida por la maraña de pomposos cojines. Perenite se acomodó junto a ella y cogió la pipa, ya apagada. De un tarrito pequeño junto a ella vertió una cucharadita de polvo dorado en la abertura de la pipa y con una mirada la encendió. Tomó una larga calada mientras les servían un té en unas tazas blancas de porcelana pulida, que poco combinaban con el lugar, pero sí con su reina. Incapaz de mantenerse más en silencio, Mirah señaló la pipa con un dedo.

—Es esencia, ¿verdad?

Perenite soltó el humo y una nube dorada se extendió ante ellas.

—Sí —dijo—. Soy muy vieja ya y esta es la forma más rápida de mantenerme. Al principio solo era una calada al día, pero ahora parece que cada vez necesito un poco más. Me da pánico quedarme sin mi sustento, ¿sabes? Me gusta demasiado vivir.

Mirah se mordió el labio. Después de lo que le había contado abajo, era un gesto casi egoísta con respecto al resto de su raza. Perenite la miró, centrando en su rostro la mirada de sus ojos amarillos.

—No voy a torturarte más, querida niña —dijo con un suspiro lánguido—. Supongo que siempre te preguntaste por tu procedencia,

pero tus alas negras casi hablan por sí solas, ¿verdad? —No había desplegado las alas desde que habían pisado el Orbe de Fuego, pero supuso que Rachana la había informado. Perenite se toqueteó el mentón con una mano—. Retrocedamos a la época oscura. Yo era una joven salamantina que solo llevaba mil años en el trono de Taman cuando Haya Donek inició la guerra. El Rey de los Oscuros, como solían llamarlo por aquí, quería hacerse con todo el territorio a base de muerte y violencia.

Se detuvo y tomó un sorbo de té. Después se quedó con la vista fija en la superficie de la taza, trasladada por un momento al pasado.

—Elania no solo posee la esencia aharí, querida. En todo mundo en el que existe un poder de luz, también existe un lado oscuro. El volcán que se separó de este hace cientos de miles de años guardaba esencia oscura en su interior. Haya Donek se convirtió en quien era por su egoísmo. Absorbió toda la esencia oscura en su ser, y así se convirtió en el rey de su raza. —Suspiró y una nueva voluta dorada brotó de sus labios rojos—. La esencia oscura ingerida le ofrecía inmortalidad a su alma, además de proveer de fuerza al resto de su especie. Por eso todo rastro de vida vegetal muere a su paso.

»La condensación del mismísimo mal en él hacía que pudiera emponzoñar el alma de una persona hasta consumirla. Y al alma le seguía el cuerpo. Los más débiles caían por docenas, retorciéndose entre gemidos sin una herida visible. Otros, con el alma dominada por su poder, pasaban a ser un instrumento en las filas de nuestro enemigo. Y, a pesar de todo, nada era suficiente. El poder siempre trae ambición y él quería dominar los otros tres grandes poderes de Elania: el agua, el viento y el fuego.

—¿Y cómo lo derrotasteis?

—No fue fácil. Nos costó cientos de años y cientos de vidas entender cómo funcionaban sus súbditos, pero descubrimos que, si conseguíamos acabar con él, también debilitaríamos al resto de su especie. —Perenite jugueteó con una de sus pulseras antes de mirarla —. Aleph tuvo la idea. Luz contra oscuridad. Esencia aharí contra esencia oscura. Y no dudé. Se forjaron millones y millones de armas con nuestra esencia para librar lo que serían los últimos años de la guerra. En ese tiempo, entre batalla y batalla, Rugras, el rey de Tefalén, solía ir por libre, pero Aleph y yo nos hicimos grandes amigas. —En su voz notó una chispa de dolor con la que Mirah entendió que iba más allá de una simple amistad.

—Pasamos mucho tiempo juntas —continuó Perenite—, pero ¿sabes quién era el muchacho alocado que siempre estaba a nuestro alrededor?

—Mi padre —adivinó Mirah. La salamantina asintió.

—Edur era nuestra debilidad. Tenías que haberlo visto en nuestra época. —Sonrió para sí misma—. Un guerrero alto, guapo, con ese pelo rubio, esas alas y esos ojos azules… Era un maldito seductor. Y lo aprovechaba, no te creas que siempre fue el padre ejemplar que crees. —Mirah no pudo evitar sonreír con cierta melancolía. Las palabras cariñosas de aquella mujer le hicieron extrañarlo más que nunca.

—Fuimos a una misión al sur. Salamantinos, alux y spirits íbamos a librar una batalla contra uno de los principales escuadrones de asys. Acabamos con casi todos y, al final, una asys salió de entre los muertos. —Meneó la cabeza y se pasó la lengua por los labios—. Reconozco que era tan magnífica como temible. Tenía la piel del mismo color ceniciento que ellos, quizá un poco más clara, pero recuerdo a la perfección su cabello, tan negro y lacio que parecía chupar toda la luz. Aún con esas cuencas oculares negras, las hembras asys tienen una estructura ósea más… humana. Se acercó para decirnos que no iba armada, que su nombre era Samalek y que quería hacer un trato.

Al oír por segunda vez el nombre de su madre, Mirah sintió que se le erizaba el vello, como si su cuerpo reconociera aquella palabra antes que ella misma.

—Mi primera intención fue matarla —dijo Perenite antes de darle otra calada dorada a su pipa—, pero tu padre se negó, admirado por las agallas de esa enemiga desconocida. La buena de Aleph consintió y decidió que al menos oiríamos lo que tenía que decir. Cuál fue nuestra sorpresa al enterarnos de que era la mismísima hermana de nuestro enemigo. Samalek dijo que quería ayudarnos a derrotarlo. Eso me escamó, pero, tras oír todo su despliegue de argumentos de cómo hacerlo, tuvimos que meditarlo. Era una buena oradora, taimada y eficaz. Y nosotros llevábamos años intentando acabar con él y todo había sido en vano.

La reina levantó una mano y los rescoldos del fuego de la hoguera parecieron cobrar vida, como si ese gesto le infundiera fuerzas para seguir con su historia.

—Al final se ganó nuestra confianza. Actuaba de espía, nos revelaba por dónde iban a atacarnos los asys, nos indicaba a por quién

iban a ir los céfiros principales, y eso nos permitió ir desequilibrando la balanza de la guerra a nuestro favor. —Hizo una pausa para mirarla —. Y, además de nuestra confianza, se ganó a tu padre.

—¿Se enamoraron?

Perenite meneó la cabeza y se levantó para pasear por la estancia.

—¿Amor? —Escupió la palabra—. No, querida, ella podía ser una asys hembra con ciertos atributos sugerentes, pero era un demonio. Dudo que conociera tal sentimiento. Yo sospechaba que sus intenciones tenían motivaciones oscuras por detrás. Intenté hablar con Edur, pero se puso hecho una furia. Aleph lo respaldó, como es lógico, era el niño de sus ojos. —Se quedó callada un momento y Mirah aprovechó para contener sus preguntas con un sorbo de té—. A partir de ahí, y cuanto más cerca estábamos de ganar la guerra, más fría era nuestra relación. Y, cuando se quedó embarazada de ti, todo fue a peor.

»Tu padre estaba cegado. No sé qué clase de embrujo había vertido sobre él, o quizá solo fue el calor de la entrepierna adolescente, pero parecía que yo era la única en darme cuenta. Fue entonces cuando tu madre propuso que enterráramos a su hermano en la Cueva de la Hidra, protegido por cuatro puertas. Dijo que allí se debilitaría hasta morir y todo habría terminado.

—¿Cómo sabíais que no os iba a traicionar?

—No lo sabíamos, niña, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? —Se encogió de hombros—. Yo estaba agotada, había visto secarse pozos enteros de la esencia que da vida a nuestra raza para hacer aquellas armas. La esencia nos insufla vida, pero también nos condiciona. Todos los días morían cientos de salamantinos, sobre todo bebés y niños, ya que no podíamos prescindir de más adultos para la batalla final. —Se giró con algo entre las manos y caminó hasta volver a sentarse—. Y, efectivamente, Samalek nos traicionó.

Mirah alzó una ceja y esperó que continuara. En su interior bullía una mezcla de emociones que se veía incapaz de definir.

—Te tuvo a ti unas semanas antes de que derrotáramos a su hermano. —Le acarició la cara con la yema de un dedo—. Tan pequeña y tan bonita, me parecía impensable que pudiera salir algo así de ella. Edur estaba eufórico y, por un momento, pensé que Samalek también. Con ayuda de Rugras, logramos encerrar a Haya Donek. Fue una batalla épica, en la que más de uno salimos resentidos, pero logramos debilitarlo y creamos una galería en la zona

más inhóspita de la Cueva de la Hidra.

—Mi padre me dijo que todos los líderes menos tú murieron por crear las puertas con sus respectivas llaves.

Perenite alzó una ceja, incrédula.

—Así que eso te dijo, ¿no? Aún después de tanto tiempo, mi pobre Edur era un mentiroso espléndido cuando de Samalek se trataba —dijo con ironía—. No, querida, todos volcamos nuestro poder en un cristal para crear la llave que cerrara cada puerta para siempre, pero ninguno murió por eso. Estábamos débiles después de semejante exigencia mágica, y ella lo aprovechó. Rompió su propia llave para recuperar todo su poder y traicionarnos. Nos pilló por sorpresa. —Tragó saliva y sus manos temblaron—. Aún no había recogido mi llave recién creada cuando nos atacó. Lo que no sabíamos es que, aunque no tuviera la fuerza de su hermano, ella tenía el poder de manejar la esencia oscura a su antojo. —Entrecerró los ojos un instante—. Fue capaz de romper su cristal, recuperar parte de su poder y que la puerta de la oscuridad no se desvaneciera. Así mantenía a su hermano también encerrado. Hábil, ¿no?

»Samalek mató a Rugras y a Aleph a sangre fría. Fue tu propio padre quien la mató a ella antes de que acabara conmigo también. La atravesó con su espada y su alma se deshizo en cenizas ante la fuerza de la esencia aharí, para que no quedara nada, ni una fibra de su traición. Solo quedaron los trozos de cristal de su llave, bueno, solo dos de ellos, los mismos que Edur ordenó engastar en un brazalete.

La habitación se revolvió al oír ese detalle y un pitido acudió a sus oídos. Bajó la mirada a su regazo y su boca se abrió de pánico. Se tocó la muñeca desnuda. Toda su vida portando aquel objeto sobre ella… Su mente comenzó a funcionar a toda velocidad y retrocedió hasta aquel momento lejano donde Lucy le pedía prestado el brazalete.

—Me lo regaló mi padre… —susurró y enterró la cara entre las manos al comprender—. ¡Oh, por Aleph! Se llevaron a Lucy por error. ¡Ese brazalete debía haberlo llevado yo!

A pesar de su discurso atropellado, Perenite pareció entender la línea de sus pensamientos.

—Oh, vamos… No podías saberlo, querida. De todas formas, falta un trozo del cristal. —Le levantó la cara con la mano—. Sin la gema completa, esos cristales son inservibles. La puerta oscura jamás se abrirá.

El crepitar de las llamas fue el único sonido mientras las dos

guardaban silencio, perdidas en sus propios demonios interiores. Cuando la reina volvió a tomar la palabra, había un tono amargo en su voz.

—Me convertí en tu tía, aunque no ejercí mucho como tal. Al año siguiente y con la intención de ocultar tu procedencia, Edur se casó con Emerit y el secreto quedó oculto para siempre. —Perenite le acarició el pelo distraída y la analizó con los ojos amarillos—. ¿Sabes? Aún me pregunto si conservas algo de ella.

No le gustó la insinuación y se incorporó con rapidez.

—No soy un demonio —declaró.

—Claro que no, querida.

No supo por qué se sentía tan enfadada de pronto, pero quiso salir de allí rápido e ir a algún lugar a asestar espadazos al aire. Con la mandíbula apretada, le hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias por el té.

Salió de la estancia todo lo veloz que sus piernas le permitían y, por un momento, deseó estar en Trisar y desplegar sus alas para alejarse lejos de allí, lejos de todo, lejos de la verdad, que escocía como la más grande de las heridas.

32

En cuanto el agujero de la celda se abrió, Daval sopló con fuerza.

El recipiente se precipitó contra la pared, partiéndose en mil pedazos y esparciendo su contenido por el suelo. Se revolvió inquieto, con la mandíbula apretada. Tres malditos días en aquel agujero. Tres malditos días cocinando en su interior la rabia más pura y ardiente contra su madre.

Maniatado en esa prisión de paredes romas, Cirae se había asegurado de que no hubiera ni un mísero resquicio por donde pudiera utilizar sus poderes. Al parecer, solo había un pequeño agujero por donde comunicaban las letrinas de cada celda, y era a través de él por donde había oído a Rowel, incluso más furioso que él, despotricar sobre todos los silfos y los descendientes de sus descendientes. Sus blasfemias habían llenado las paredes durante el primer día con toda la fuerza de su rabia, pero ahora, tras tres días de encierro, no parecían quedarle muchas ganas de usar la garganta estando sediento.

Daval no había hablado mucho. Su cabeza no dejaba de dar vueltas, pensando en la facilidad con la que su madre había calcinado a ese grupo de personas. Como si tuviera la boca llena de espinas, carraspeó al pensar en Morty. Su viejo amigo, el mismo que había acudido allí solo para verlo, y cuyo gesto había acabado por matarlo. ¿Es que toda persona que se acercaba a él acababa muerta?

Su madre no se había conformado con sus oscuros planes y, antes de condenar a todo el reino, se había asegurado de que ninguno osara escapar de sus redes. Había sembrado el miedo en la gente y eso significaba que su labor de las últimas dos semanas no había servido para nada. Se lamentó. Por un instante, aquel plan altruista de intentar salvar a la población le pareció una soberana estupidez. Él, un tipo que solía pecar de mirar solo por sí mismo, no estaba hecho para

semejantes planes heroicos. Eso le pegaba más a Rowel. O a Fury.

Pensar en el spirit le hizo recordar a Mirah. Frunció los labios.

«Espérame en Taman».

El recuerdo de esa promesa le quemó por dentro. Y más ahora que sabía que quizás nunca iba a poder cumplirla. Fueran las que fueran las intenciones de Cirae, solo había dos opciones: o los dejaba pudrirse allí, o los mataba. No era tonta y, en el fondo, lo conocía. Sabía que, si lo dejaba libre, y después de lo que había hecho, Daval iría a por ella. Casi saboreó la delicia de romperle ese gesto perfecto de un buen puñetazo.

Suspiró en la oscuridad y oyó el inconfundible sonido de un par de ratas en el rincón opuesto, dando buena cuenta de los restos de ese puré asqueroso que había contenido el cuenco. Un olor metálico y húmedo impregnaba el aire que, al principio, le había resultado irrespirable y que ya apenas notaba.

El primer día había buscado una forma de escapar. Pero no, aún con los ojos tapados no podía focalizar su poder para intentar hacer algo más que revolverse el pelo con una brisa a sí mismo. De todas formas, no le hacía falta ver para saber que detrás de las paredes habría un grupo de esos nuevos soldados de ropa color borgoña custodiándolo. Una panda de militares seguramente comprados a fuerza de bolsas de oro.

El mundo se iría a la mierda fuera mientras él estaba allí encerrado.

La rabia le hizo agitarse. La incómoda posición con las manos atadas hacía que le dieran calambres en los brazos. En realidad, lo que más le molestaba era fallarle a su difunta hermana. Se había jurado vengarla evitando que los demonios consiguieran su objetivo para que ella no hubiera muerto por nada.

—¡Eh! ¿Sigues ahí, compañero? —Oyó la voz de Rowel, que parecía venir de muy lejos.

—No. Estoy de vacaciones en las islas del Cieno.

Una risotada amarga hizo eco entre las paredes. Al menos alguien conservaba algo de sentido del humor. La voz de Rowel se volvió más seria.

—¿Sabes? La única persona a la que me da pena no volver a ver es a esa renacuaja.

Daval apoyó los brazos en las rodillas para descansar las manos inmovilizadas.

—Vaya, pensaba que era al rubiales de Miles.

—Buf —gruñó Rowel—. A ese parece que le metieron un palo en el culo al nacer.

Se rieron, pero unos gritos afuera les hicieron callar. Oyeron golpes y un estallido fuerte que hizo retumbar el suelo. Daval se pegó a la pared, expectante ante los pasos y los ruidos de violencia al otro lado de la celda. El sonido de espadas cortando el aire le hizo tensarse. Resonaba aún más fuerte a cada minuto. Y después, silencio.

Al poco, escuchó que alguien trastabillaba con unas llaves. ¿Y si Cirae ya había dado orden de ejecutarlo y uno de esos soldados venía a por él? Al abrirse la puerta con un chirrido, desconcertado, se concentró en soplar hacia allí. Un quejido le indicó que había dado en su objetivo, estampándolo contra la pared.

—¡Joder, Davy!

La inconfundible voz de Morty le hizo pensar que había perdido la chaveta, pero, cuando una mano le retiró la venda y una antorcha reveló las facciones de su amigo, sintió alivio al verlo vivo. Mientras él buscaba entre un manojo de llaves para quitarle los grilletes de los brazos, meneó la cabeza.

—¿Cómo diablos has…?

Morty lo calló.

—Luego te cuento —dijo—. Cuando salgamos de aquí y se te quiten las ganas de soplarme como a una polilla.

Se dieron un abrazo corto y lo siguió fuera de la celda para encontrarse con Rowel y su liberador, una cara familiar que reconoció tras aquel encuentro días atrás. Woquened se ocultaba bajo una capa negra y, con la espada aún goteando sangre, les indicó que lo siguieran.

Daval contó hasta diez soldados abatidos en el suelo. La piedra de la prisión se había llenado de su sangre, camuflada entre el color de sus ropajes. Volvió a echar un vistazo al símbolo de su apellido antes de ver a un hombre que les hacía señas desde la puerta. Alzó las cejas. Era el hombre calvo de la taberna, el mismo que había dudado de ellos y que ahora les devolvía sus pertenencias, metidas en un saco tras la mesa de la prisión. Con la daga arcóbriga de nuevo encima, se sintió mucho mejor. Como si al no llevarla le hubieran quitado una parte vital de sí mismo.

Al salir, el cielo nocturno de Dehia le llenó las retinas. Después del aire infecto de aquella ratonera, el olor del exterior era un ramalazo

de vida. Afuera, una multitud de hombres y mujeres los esperaba armados con palos, antorchas y otros utensilios. El calvo se acercó a Daval y le puso una mano en el hombro:

—Los actos de la reina nos abrieron los ojos, amigo —dijo—. Alguien capaz de asesinar a tanta gente inocente no va a mover ni un dedo por salvarnos en un futuro. Estamos con vosotros.

—Y nosotros —convino Woquened, palmeando la espalda de Rowel—. El antiguo ejército está contigo, general. Escoltaremos a toda la gente que quiera acompañarnos hasta Taman. Que esas ratas ricas se pudran en su castillo.

Unas cuantas manos se levantaron en un vitoreo general. Daval asintió. Todos esos humanos habían arriesgado sus vidas para sacarlos de allí. Quizá la gente no era tan mala como solía pensar. Alguien avisó de que venían los soldados de la reina.

Woquened encabezó a la turba enfurecida para que lo siguieran entre las calles. Fueron muchos los que se fueron uniendo, ya informados de antemano sobre los acontecimientos, aunque no todos. Algunos optaron por observarlos desde las ventanas, por miedo a las represalias.

En la parte más cercana al bosque, un grupo de veinte jinetes esperaba en alerta. Woquened les dio una orden a la vez que unos cuarenta soldados de color borgoña, ya con las espadas desenvainadas, llegaban a trote rápido. No vacilaron en atacar a la gente, por lo que las órdenes de Cirae eran claras: muerte o sumisión. Pero nadie parecía ya con intención de someterse y el enfrentamiento entre ambos bandos dejó los primeros cuerpos heridos en el mullido suelo. Un par de caballos cayeron sobre la multitud, rompiendo huesos y sesgando un par de vidas, pero eso no frenó el odio contra esos nuevos hombres, representantes de una reina que asesinaba a sus propios vecinos.

Rowel había pasado de su espada recién recuperada para hacerse con el espectacular mandoble de uno de los soldados inertes sobre la hierba mientras Daval se llevaba una mano al costado para echar mano de la arcóbriga. Agradecía ahora todo su entrenamiento en Trisar junto a Rowel, así como las técnicas alux de lucha de Mirah.

Se obligó a no pensar en ella. No ahora, y detuvo un ataque a su derecha antes de que hirieran a una mujer, armada solo con una sartén. Después, raudo, esquivó una estocada de un jinete, se agachó para pasar por debajo del caballo y salió por el otro lado. El soldado

solo atinó a soltar un gemido sordo cuando se le echó encima. Alzó la mano armada con una hacha de doble punta, pero Daval le hundió la arcóbriga en el vientre. Al mismo tiempo, de un soplido, lo desarmó, enviando su espada al suelo.

Jadeó y saboreó el sudor. Esto no era una práctica sin más. Aquí un mínimo fallo significaba la muerte. Justo en ese instante, un jinete lo derribó por el lateral. La arcóbriga se le escapó de entre las manos. En el suelo, Daval sopló. Una corriente de aire dura como un muro hizo que humano y caballo cayeran al suelo de costado. Con un grito, el soldado gateó, espada en mano, para lanzarle una estocada. Daval rodó para esquivar la hoja y se arrastró de espaldas sobre sus piernas para alcanzar la arcóbriga, que reposaba sobre la tierra unos pasos por delante. El soldado volvió a arremeter contra él. La segunda vez no tuvo tanta suerte y le abrió un tajo en el muslo.

Soltó un gemido ronco. La sangre manó con libertad e intentó ignorar el escozor. El soldado se dispuso a atacarlo de nuevo, pero, tras su espalda, se perfiló la silueta de Morty. Con una espada corta en la mano que dudaba mucho que supiera utilizar, le asestó un tajo en la espalda. El hombre gruñó, pero se giró con rapidez. De un tajo en la pierna, hizo que Morty retrocediera a trompicones.

Su poder de silfo hizo que el cielo se nublara. Rowel y los hombres de Woquened peleaban con maestría, enfrentando sus trucos de zorro viejo con la destreza inexperta del nuevo cuerpo militar de la reina. El resto de humanos de a pie, gente sin formación ni agilidad con las armas, caía a manos de los soldados que no vacilaban en sesgar sus humildes vidas.

Daval aprovechó la distracción de Morty para asir al fin la arcóbriga. Se levantó, agarró al tipo desde atrás y le hundió la daga entre las costillas. Aquello distaba mucho de sus peleas en un callejón oscuro de taberna. Nada de intimidaciones, nada de juegos. Allí estaba matando *de verdad*. Un sabor amargo le azuzó el gaznate.

Siempre había sido un buscavidas, un *superviviente*, igual que Morty. Pero, conforme veía desplomarse el cuerpo del soldado hacia delante y cómo sus manos estaban húmedas con su sangre caliente, notó que su alma se oscurecía. Era apenas un muchacho llevado allí por las circunstancias. Sacó el aire que había estado conteniendo. El cielo también se ennegreció más y un par de destellos relampagueantes lo encendieron con el comienzo de un chaparrón.

Morty miró el cielo y pareció notar esa mezcla de emociones que

lo empañaban por dentro. Su amigo siempre había tenido una intuición especial en lo que a él se refería. La sangre de su tajo en la pierna se esparció junto a las gotas de lluvia mientras cojeaba para acercarse. Le puso una mano en el hombro entre todo aquel alboroto de sangre y gritos.

—Contigo nunca me aburro, Davy —dijo, intentando hacerse oír por encima del ruido—. En solo unos días he escapado a duras penas de morir frito en una taberna de mala muerte, he confabulado para sacarte de la cárcel con los altos mandos del ejército y ahora me metes en una pelea con los nuevos amiguitos de la reina. Maravilloso, ¿no?

Daval torció el gesto, pestañeando ante la cortina de lluvia que se cernía ante sus ojos. Su rostro se congeló. Ninguno advirtió la silueta del hombre que se cernía tras ellos. La punta de una espada le rebanó el cuello a Morty. Una lluvia roja regó la hierba desde su garganta. El ataque rápido congeló la sonrisa en los labios de su amigo. Una sonrisa que no se borró ni cuando su cuerpo cayó hacia adelante de rodillas en un gorgoteo agónico y una de sus manos se posó sobre su cuello, como si aquel sencillo gesto fuera a borrar el tajo mortal.

Daval gritó. Gritó tan fuerte que pensó que su propia garganta explotaría en otra lluvia de sangre. Un grito escalofriante que salió de algún lugar que desconocía. Con los puños apretados y los ojos púrpura más brillantes que nunca, inmovilizó al asesino con una cortina de aire. El soldado manoteó en el aire contra aquella barrera invisible. Y no supo qué vio en sus ojos púrpura, pero el gesto se le contrajo de terror. Aunque el cuerpo entero le temblaba de ira, el pulso de Daval no falló al apuñalar al hombre. Perdió la cuenta de las cuchilladas, mientras, en silencio, su mano se seguía moviendo. Una y otra y otra vez.

La lluvia arreció hasta convertirse en granizada. La pelea paró de forma abrupta y fueron muchos los que salieron corriendo, de uno y otro bando, para escapar de los granizos del tamaño de una nuez. Aún con el cuerpo del soldado muerto y destrozado ya en el suelo y los granizos cayendo sin misericordia sobre ellos, Daval no paró de acuchillar al hombre hasta que Rowel lo apartó de un empellón y le dio un guantazo.

Pestañeó, con todo el cuerpo tenso y fijo. Tenía la mirada perdida, incapaz de enfocar a su alrededor. Todo era rojo, dolorosamente rojo a su alrededor.

—Ya está, Daval. Todo ha terminado. Se han ido.

El humano habló con ese tono de quien intenta apaciguar a un animal, pero lejos estaba su alma de apaciguarse. Ignorándolo, se desplomó en el suelo junto al cuerpo de Morty, cuya silueta estaba rodeada de bolitas heladas. Sus ojos estaban fijos en algún punto vacío entre toda esa incomprensión de la violencia y la muerte. Con un gesto suave, le deslizó los dedos por los párpados para cerrárselos antes de estrecharlo entre sus brazos.

33

Ymara sujetó la mano de Quera mientras esta lo miraba todo con los ojos abiertos.

Tras el descanso reparador de los primeros días en el Orbe de Fuego, al fin se habían lanzado a explorar un poco el lugar ahora que tenían un poco de tiempo libre. Perenite había demostrado ser una monarca tan extraña como racional y había establecido horarios para todos entre entrenamiento físico, ayuda a labores de cocina y lavandería y cuidado de los animales.

La presencia de otra raza entre aquellas paredes hacía patente nuevas necesidades que los salamantinos no tenían, por lo que Ymara vio justo que fueran ellos mismos, tanto alux como spirits, los que se preocuparan de cubrirlas. El entrenamiento ayudaba a sus cuerpos a mantenerse activos y, aunque no podían llegar, ni mucho menos, a pisar la zona de lucha de las salamantinas, al menos podían coger algo de masa muscular allí dentro del volcán.

Pero estar ocupada no alivió su estado de ánimo. La reina Mirah había informado de que, por una razón de peso, Perenite no iba a darles armas e Ymara había visto destrozada cualquier posibilidad de recuperar a su hermana.

Aquel día la buscó para recriminarla, para exigir explicaciones, pero sus ganas se disolvieron ante aquel rostro demacrado de ojos hinchados y expresión derrotada. La conversación en la pequeña cueva, que ahora constituía el *habitáculo real* de la reina de Trisar, las había destrozado a las dos y, al mismo tiempo, las había unido. Ya hacía días que había decidido dejar de dirigir su odio hacia Mirah, cuando no era más que otra víctima de las circunstancias.

Pero, ahora, necesitaba otro objetivo a quien culpar. Y las constantes insinuaciones de Rachana se lo ponían muy fácil. Como apenas veía a la reina de Taman, había volcado su impotencia en su

nieta. Una tristeza furiosa se había instalado en ella con el paso de las jornadas mientras veía contonearse a la salamantina.

Rachana se dejaba ver bastante entre los recién llegados, en parte por fastidiar a más de uno y en parte por verla a ella. No sabía qué era lo que había despertado en esa salamantina, pero parecía que disfrutaba haciéndose la encontradiza con sus curvas escamadas y su larga trenza pelirroja. Esa misma mañana, mientras Ymara corría por la zona de entrenamiento para fortalecer las piernas, la exuberante hembra se había puesto a su par sin siquiera jadear para ofrecerle entrenar con la jabalina. La sonrisa de esos dientes blancos en contraste con su piel verdosa era tan resplandeciente que se preguntó cómo sería pasar la lengua por cada uno de ellos. Furiosa por cómo estaba contaminando su cabeza con sus comentarios libidinosos, la había mandado a tomar viento fresco.

Aunque no quisiera admitir que Rachana le resultaba más que atractiva, abandonarse a los deseos terrenales justamente ahora, cuando la posibilidad de volver a ver a Ylara se había desvanecido, le parecía frívolo. Qué cínica era. Porque no había mayor frivolidad que ahogar sus penas en el fondo de un vaso en alguna taberna escondida del Orbe de Fuego, como había estado haciendo la mayor parte del tiempo. Y, cuando no estaba olvidando con el alcohol en las venas, se volcaba en ejercitarse. Sus manos, acostumbradas a las agujas y los dedales, agradecían esta nueva rutina, así como sus piernas, las que nunca había utilizado tanto como hasta ahora.

Era la pequeña Quera la que la había salvado de su propia espiral de autodesgracia. Aburrida porque ni Fury ni Mirah habían aparecido mucho en esos días y alojada en una cueva aledaña a la suya, ahora compartía muchos más ratos con la pequeña spirit. Hoy estaban dando un paseo. Aunque le dolían las articulaciones por el ejercicio físico, no había tenido más remedio que rendirse ante el mohín de esa boca minúscula.

Y ahora caminaban entre una multitud de esos seres, cruzando la plaza central del Diablo Espinoso en plena hora punta de mercado. Al principio se había sentido cohibida, pero la gracia de Quera desarmaba hasta al más hosco, y pronto fueron muchos los comerciantes que se desvivieron por sacarle una sonrisa. Un salamantino joven, como todos allí, había dicho que en Taman había muy pocos niños. Por consenso, cada diez años se elegían treinta salamantinos de los más mayores para morir y dejar de tomar la

esencia aharí para así poder traer al mundo a treinta criaturas más. Aquello explicaba por qué no había visto a ningún niño desde que habían llegado.

Al llegar al puesto de una salamantina, Quera se detuvo a admirar la maravillosa exposición de animalitos y flores de metal que creaba una hembra de pelo castaño y trenzado en forma de diadema sobre la cabeza. Sus ojos amarillos las observaron con una sonrisa cálida. La pequeña se acercó a coger un broche con forma de libélula cuyo interior traslúcido encerraba un poquito de tierra de motas doradas, igual que la que habían pisado al llegar a aquel reino.

—¿Te gusta? —susurró la vendedora.

Quera asintió con ganas mientras la salamantina salía de detrás de la mesa y se agachaba para colocarle el broche sobre la camisa. La pequeña spirit miró el nuevo complemento ilusionada, pero Ymara negó con la cabeza.

—Lo siento, no llevo dinero encima.

—No importa, alux —dijo la salamantina con un encogimiento de hombros—. Hay cosas que no tienen precio. —Señaló la sonrisa de Quera, que comenzó a dar saltitos, visiblemente emocionada.

—Gracias.

Antes de echar a andar, la mujer la detuvo. Le puso un broche en la palma de la mano y la miró.

—Un regalo para el alma herida —dijo con una sonrisa enigmática antes de volver a su sitio tras la mesa del puesto. Ymara solo atinó a asentir y miró el broche con la silueta de un pájaro pintado de un vivo color rojo y con el pico negro. Lo reconoció. Era la misma especie de la criatura que siempre acompañaba a Rachana. Se lo colocó agradecida en un lado del pecho del vestido y continuaron su camino.

Había que reconocer que esa renacuaja preguntona era un soplo fresco para olvidarse de todo. Ambas disfrutaron de una tarde entretenida mientras intentaba responder a todas sus preguntas con paciencia. No podía menos que admirar el coraje de la pequeña, que había aprendido a desenvolverse sola tras quedarse huérfana. Había vivido una desgracia siendo muy pequeña y, sin embargo, eso solo parecía hacerle vivir todo aún con más intensidad.

—¡Es el señor Fury!

Quera salió corriendo para acercarse al spirit, que caminaba solo por delante de ellas. Lo pilló por la espalda y se agarró a una de sus piernas con una risotada. Él, sorprendido, se la quitó de encima con

brusquedad y cayó al suelo. Al instante, al darse cuenta de quién era, se apresuró a levantarla justo cuando Ymara llegaba hasta ellos.

—Perdona, me has asustado. —Oyó que decía, pasándose una mano por el pelo e intentando esbozar una sonrisa—. Si fueras armada, me habrías dejado fuera de combate con facilidad. ¿Qué parte del cuerpo me habrías destrozado, señorita?

Sabiendo que los detalles escabrosos parecían divertirla sobremanera, la niña olvidó su arranque brusco y arrugó la nariz.

—Como diría el señor Rowel, siempre piernas. Hay que restar movilidad al enemigo.

—Aprobada.

Ymara miró a Fury. El herrero era uno de los pocos seres que ella consideraba un ser íntegro dentro del círculo de la reina. No tuvo que forzar su sonrisa al dirigirse a él.

—¿Dando un paseo?

—Sí. Necesitaba… despejarme.

—¿Se ha enterado, señor Fury? —preguntó Quera emocionada—. ¡Pasado mañana habrá una fiesta! ¡Adoro las fiestas! —Su ceño se frunció—. Bueno, eso creo, aún no he asistido a ninguna.

Él asintió con la cabeza.

—Algo he oído sobre la Conmemoración del Fuego. —Sus ojos parecieron vaciarse para perderse en sus pensamientos—. Alcohol, fogatas, baile y un festín de bichos.

Ymara arrugó la nariz.

—Todo sonaría maravilloso si no fuera por lo último.

Él asintió, pareció dudar.

—¿Crees que es adecuado? —La miró—. Es decir, con todo lo que está pasando. Hay pocos motivos de celebración.

Ymara frunció los labios. Entendía lo que quería decir. Pero fue Quera la que, con su habitual despreocupación, espetó:

—Estamos vivos. Es un buen motivo para una celebración. —No pudieron más que sonreír y ella se giró hacia él—. ¿Bailará conmigo, señor Fury?

El semblante del spirit se ensombreció, luego negó con la cabeza.

—No creo que vaya, pequeña. Estoy… muy cansado últimamente.

Se despidió de forma abrupta y se fue. Cuando se pusieron de nuevo en marcha, Quera tenía el ceño fruncido. Pareció dudar un instante, pero se lanzó a hablar.

—El señor Fury ya no parece el señor Fury —dijo.

Algo en su tono hizo que inclinara la cabeza hacia ella.

—¿Por qué dices eso?

—Anoche fui a buscarlo a su cueva, señora Ymara, pero no llegué a entrar. Entre la cortina vi que estaba en un rincón con el brazo extendido. Se hacía cortes con un cuchillo. —Ymara puso gesto de extrañeza y notó un escalofrío—. Miraba la sangre como si esperara algo. Igual que cuando yo me iba al bosque de noche a esperar a que salieran las luciérnagas de sus escondites, ¿sabe?

Asintió. No era muy dada a juzgar las rarezas de los demás y, aunque no conocía demasiado a Fury, creía que Quera tenía razón en que estaba un tanto extraño. ¿Sería todo lo ocurrido en los últimos tiempos? Quizá se le había ido un poco la cabeza. ¿Acabaría ella igual después de todo?

De pronto, toda aquella lluvia de odio le resultó una tontería. No le apetecía acabar autolesionándose en un rincón oscuro, sumida en una espiral de sentimientos desgraciados. Debía aprender a vivir con lo que estaba pasando y entender que toda su rabia venía de la impotencia de no hacer nada.

Tras dar una última vuelta por delante de la estatua de fuego del Diablo Espinoso, volvieron a la zona donde se alojaban, un conjunto de cuevas un par de niveles bajo tierra con todas las comodidades. Dejó a Quera armada con un libro para seguir su lectura y se encaminó a la suya.

En cuanto estuvo entre aquellas tristes paredes, pensó en cuánto se había olvidado de sí misma en las últimas semanas, solo pendiente del destino de su gemela. Echó de menos una de sus conversaciones con Mirah, pero esta había estado especialmente ausente desde los primeros días que pusieron un pie allí. Hoy no quería beber sola. Tampoco le apetecía otra sesión de ejercicio. Ni volar un poco por los niveles superiores, tan asfixiantes conforme se acercaban al cráter del volcán durmiente. Una idea le cruzó la mente. Se mordió el labio. Era una soberana estupidez, ¿verdad?

Sin embargo, estuvo el resto de la tarde dudando y sintiéndose cada vez más vacía. Era casi la hora de la cena cuando salió envalentonada y se dirigió a la zona de entrenamiento para buscarla.

Por supuesto, ella estaba allí junto con unas cuantas más de su especie. Peleaban con aquellos movimientos casi inverosímiles entre patadas, golpes y piruetas en el aire. Admiró la agilidad de sus cuerpos, cómo esquivaban a su oponente, y cómo sus cabezas

entrenadas encontraban siempre un resquicio para seguir peleando aun estando en desventaja. Se apoyó en un lado de la pared hasta que terminaron su práctica, y entonces se acercó.

Rachana alzó las cejas al verla y apoyó la jabalina en el suelo, echando la cadera hacia un lado. Sus escamas desnudas estaban brillantes por la transpiración del ejercicio.

—Esta mañana una alux me mandó a tomar viento, ¿será la misma que ven mis ojos?

Le reconfortó saber que se lo tomaba con su habitual humor. Suspiró e intentó que la lengua no se le enredara.

—Esa alux quiere pedirte disculpas.

La pelirroja soltó una risotada y le dedicó una mirada punzante.

—¿Y cómo, exactamente, vas a convencerme para que las acepte?

Ymara alzó una ceja.

—No seas presuntuosa, salamantina. —Se apoyó una mano en la cintura—. De acuerdo, he sido un tanto imbécil estos días.

Ella la estudió con su mirada reptiliana.

—Desde luego, lo has sido —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Pero no te culpo. Sé que a veces soy demasiado insistente. Pregúntale a mi abuela.

La sola idea de pensar en la reina volvió a encender un poco la llama de la furia en su interior, pero la salamantina se acercó y, con un giro de muñeca, apuntó uno de los extremos afilados del arma que portaba en las manos hacia su pecho.

—¿Un cardenal? —preguntó—. ¿Has perdido a alguien?

Como si lo hubieran llamado. El pajarillo de Rachana descendió para posarse en la punta de la jabalina y acercó el pico a su escote. Ymara había olvidado que llevaba el broche que le habían regalado esa tarde.

—¿Cómo sabes…?

Rachana cambió la jabalina de mano con un movimiento fluido. Llamas aleteó para posarse sobre su cabeza y pio con suavidad.

—Aquí somos un poco místicos para ciertas cosas y nos regimos por nuestros propios códigos. —Se alejó para girar el arma en el aire en una maniobra atlética—. Comemos polillas para la ansiedad, salimos a tomar luz de luna para fomentar la agilidad mental, etcétera. La lista es larga, y en ella figuran los amuletos de pájaro cardenal para aliviar una pérdida. —Se encogió de hombros y miró a su compañero alado hacia arriba—. En realidad, antes nos los

comíamos, pero dejamos esa dieta hará unos dos mil años, las plumas nos daban gases. Los insectos son un alimento mucho más práctico, ¿no crees, Llamas?

El pajarito solo movió las alas, pero Ymara descubrió que parecía hasta indignado por el comentario de su dueña.

—Oh, vamos, no te enfades. —Miró a Ymara y explicó—: Es más orgulloso que yo.

—Me temo que eso es imposible.

La risa de Rachana era fresca y chisporroteante, como una llama recién prendida.

—Y bien, ¿a quién has perdido?

Sabía que esa pregunta llegaría en cuanto la conversación tomó ese rumbo. Ella no iba a dejar pasar el tema y decidió ser franca.

—A mi hermana. Éramos gemelas.

Rachana silbó y la miró de arriba abajo.

—¿Otra igualita a ti? Buah, ni en mis mejores sueños. —Su tono fue lascivo, pero al ver su gesto se detuvo para acercarse. Le pasó un dedo por la mejilla. Su tacto era tibio y suave—. Lo siento, soy una bruta, a veces se me olvida cuándo parar. Tu hermana… En fin, lo siento mucho.

Era sincera. Más allá de sus bromas, notó que empatizaba con ella. Algo se abrió en su interior y soltó toda la historia a trompicones, conteniendo las ganas de llorar. Rachana permaneció en silencio. Además de buena guerrera, no se le daba mal escuchar. Cuando acabó, aunque sabía que vomitar todos los detalles no la aliviarían, sí que sintió cómo el peso de su estómago disminuía.

Por desgracia, no tuvo éxito en lo de no llorar. Apenas se había dado cuenta de que tenía la cara húmeda por las lágrimas. Los dedos de Rachana se deslizaron por su cara para limpiárselas. Quizá era eso lo que necesitaba. Hablar con alguien que no la juzgara. *Hablar*, sin más. Los ojos de la salamantina eran dos ónices clavados en los suyos y no retiró la mano de su rostro hasta que pareció pensar que la incomodaría.

Ymara detuvo su mano antes de que se apartara del todo, sintiendola repentinamente vacía sin su contacto. Su voz fue un susurro.

—No pares.

La salamantina se humedeció la lengua con los labios y el gesto hizo que una corriente de energía le recorriera la espalda hasta la

punta de las alas. Sus ojos parecían aún más amarillos mientras la contemplaba sin molestarse en ocultar su deseo, pero meneó la cabeza.

—¿Y que luego me acuses de que me aproveché de ti cuando estabas triste y desvalida?

Su tono fingió indignación e Ymara esbozó una sonrisa. Pillándola por sorpresa, la alux le arrebató la jabalina de las manos y se alzó unos palmos del suelo. Rachana alzó una ceja.

—Así que la alux quiere jugar.

La expectativa pareció encender a la pelirroja, que tomó carrerilla y saltó con una pirueta majestuosa para intentar alcanzarla, pero Ymara se alejó aún más. La zona de entrenamiento estaba vacía. La cena ya debía haber comenzado. Tras un par de maniobras, Ymara se hizo la encontradiza y la pelirroja la aferró de la cintura para bajarla. Después, asió la jabalina y la tiró a un lado con brusquedad, como si cualquier elemento entre sus cuerpos fuera insoportable.

Frente a frente, notó su respiración entrecortada y la forma de sus pechos a escasa distancia de ella. Los brazos salamantinos la acercaron contra su cuerpo, pequeño y musculoso, y el calor a través de la ropa fue casi tangible. Ymara ahogó un gemido cuando uno de sus dedos se deslizó por el borde de una de sus alas.

—Puede que seas un pájaro roto, Ymara —susurró Rachana contra su cuello, y su aliento le erizó la piel—, pero voy a enseñarte que aún puedes volar.

Y, de pronto, sus manos estaban por todas partes, igual de habilidosas para la lucha que para despertarle sensaciones. En cuanto inclinó la cabeza para buscar sus labios, supo que su alma triste había encontrado algo que la reconfortara. Decidida a dejarse llevar por una vez después de tanto horror, la sensualidad de aquella salamantina levantó todas sus defensas y, antes de acabar desnuda en una zona pública, le pidió que se fueran de allí.

Rachana le dedicó una sonrisa pícara y la tomó de la mano. El corazón de Ymara galopaba, vivo por primera vez desde hacía semanas. Ambas se perdieron en un callejón perdido en el corazón del volcán hasta acabar en una pequeña cueva. La intimidad que creaban las dos antorchas de la entrada iluminaba un colchón mullido a ras del suelo, entre una pila de almohadones verdes. Rachana la desnudó con lentitud, como si el tiempo no existiera para honrar su cuerpo ahora sin barreras. Ymara descubrió la suavidad de su piel escamada en el

roce ardiente con la suya. La caricia experta de los dedos de la guerrera hizo que sus alas se rindieran a su tacto y concentró un calor ardiente, abrasador, entre sus muslos.

Ymara la empujó a aquel mar acolchado en el suelo y un ronroneo gutural y salvaje emergió de la garganta de Rachana. Cuando la lengua bífida de la salamantina le recorrió los senos para trazar un camino descendente, Ymara sintió que aquel cuerpo escamado podría hacerle olvidar un tiempo todo el peso de su tristeza, y se rindió.

34

Fury tiró el vendaje amarronado con rabia mientras la algarabía del exterior flotaba desde el pasillo. Era el día de la Conmemoración del Fuego y todos habían salido a las calles de piedra para honrar al elemento. El repiqueteo de los tambores, las voces y los bailes llenarían el volcán de fiesta, pero él se había negado a salir de allí.

Los cortes del brazo ya se habían secado, aunque parte de la costra se había adherido a la tela y, al arrastrarla consigo, se había vuelto a abrir. Con una maldición, se acercó a meter el brazo en el barreño de agua limpia junto a la cama.

El habitáculo que le habían asignado no era gran cosa, pero al menos era acogedor. Con los elementos justos para que un simple agujero en un volcán ofreciera todas las comodidades necesarias, lo único que echaba de menos era la naturaleza. Vivir en el Orbe de Fuego presentaba una única pega para él, si bien el ambiente era mucho más distendido y amable que en la Ratonera del difunto rey Tuso: era imposible saber bien cuándo era de día o de noche a no ser que estuvieras en la parte central de la montaña donde el haz de luz del sol entraba por el cráter. Había cuevas con ventanas pequeñas, o al menos eso le habían dicho, pero él no había sido uno de los agraciados.

Con el pecho al descubierto y el brazo chorreando agua, caminó hasta sentarse en un rincón con la espalda contra la piedra. Nada funcionaba. Recordaba las palabras de Mirah sobre el método del doctor Banyoli para extraer un céfiro. Pero no había tenido éxito, y eso que, con cada herida, iba un paso más allá. Ayer casi estuvo a punto de desmayarse. Casi había sentido la sonrisa socarrona del demonio, retándolo. Seguro que disfrutaba al verlo mutilar su propio cuerpo una y otra vez.

Miró la herida que se había hecho ayer. Un corte profundo que

había seccionado hasta parte del músculo. Cuando la sangre ya le había teñido el brazo completo de rojo y notaba el cuerpo laxo, entendió que no era suficiente.

Hacía días que intentaba no mezclarse con el resto más que lo indispensable. Desde el encuentro con Perenite allí abajo, notó la satisfacción del céfiro al tomar nota de un dato tan valiosísimo como el paradero de la llave del fuego.

«Espía, asesino, traidor».

Una retahíla de palabras que había empezado a supurar su cabeza. Cada mirada, cada gesto, cada acción le infundían miedo. Hasta comenzó a preguntarse cuáles de sus acciones cotidianas eran realmente propiciadas por sí mismo, y cuáles por *él*. «¿Había cogido ese trozo de pan porque tenía apetito o porque el céfiro se lo había ordenado? ¿La sonrisa que le había dedicado a Mirah era genuina o era un reflejo de la de *él*? La cabeza le iba a estallar.

—¡Lárgate, joder! —gritó y se agarró con fuerza los mechones de pelo.

«Espía, asesino, traidor».

El céfiro sonrió en su interior con su agonía y, de pronto, su rostro se congeló.

—¿Fury?

«Mierda. Ella no».

Corrió a ponerse la camisa por encima justo antes de que las cortinas de cuentas marrones, la única «puerta» al interior de la cueva, se meciera. Se quedó mirándola en silencio. Ataviada con un vestido vaporoso naranja con un corte decididamente salamantino, veía la forma sinuosa de sus caderas y de su ombligo en las aberturas de la tela. El pelo, apartado de la cara con dos horquillas de hojas doradas, le caía sobre la espalda.

—No me mires así —se quejó Mirah—. Ya sé que estoy horrible. La dichosa Perenite insistió en que hoy tenía que ir a la moda salamantina.

«Horrible» no era la palabra que él usaría en ningún caso. En ninguno en absoluto. Notó cómo su otra presencia oscura se tensaba, fruto de la excitación.

—Me ha costado encontrarte entre tanto agujero —resopló ella antes de dejarse caer en el colchón con gesto cansado. Por suerte, no vio que él se apresuraba a bajarse las mangas de la camisa sobre las heridas—. ¿Es que no vas a acompañarme a soportar los bailecitos de

esas arpías?

Se encogió de hombros, tenso.

—Sabrás arreglártelas.

Intentó sonar neutro, pero ella levantó la mirada. Sus ojos negros eran dos rocas ardientes con el resplandor del fuego de las antorchas.

—Tú y tu don ígneo tenéis más motivos para asistir que yo. —Hizo una pausa dura—. Al fin y al cabo, ¿qué soy? Una maldita mestiza. Soy parte de nuestro enemigo.

Notó la desesperación en su voz. Sabía que ella había intentado estar ocupada todos esos días para no pensar. Se había volcado en entrenar, en conocer más a la raza de Perenite, pero luego, cada noche, temprano, se alejaba a la soledad de su cueva y se dejaba llevar por sus propios demonios.

—Nada cambiará que le des más vueltas —intentó tranquilizarla—. Eres la hija de una asys, ¿y qué? También eres la hija de uno de los mejores líderes alux de la historia de Elania.

Permaneció callada. Y él se atrevió a tomar asiento a su lado, a una distancia prudencial que no pudiera comprometer a ninguno.

—He vivido engañada toda mi vida —repuso ella—. He llegado hasta aquí en un intento de obrar bien por el futuro de todos, de ejercer como una reina responsable. He tenido que escoger la decisión más complicada aún abandonando a mi hermana a su suerte, y ahora… siento que soy un engaño, una farsa para todos.

El desgarro en su voz hizo que se olvidara de la prudencia para tomarle el mentón y mirarla.

—Tú eres la misma. No importa la sangre que corra por tus venas.

Ella suspiró y cogió su mano para posarla en su regazo, sin apartar sus dedos de los suyos.

—¿Crees que aquí estaremos a salvo?

—Por supuesto. —La frase salió cínica y rápida de entre sus labios. Tan deprisa que supo que no la había dicho él.

Ella se llevó una mano a la cabeza, desconcertada.

—¿Sabes? A veces creo que vuelvo a oírlas. Las voces.

No se atrevió a moverse, quizá, si ella pudiera encajar las piezas que le faltaban… Abrió la boca en un intento de decir algo y rogó por encontrar la salida a aquellas palabras enjauladas, pero el céfiro tomó el control para besarla.

El beso pilló a ambos por sorpresa, pero Mirah no se apartó. El contacto calculado por su otra mitad oscura tanteó el terreno. Fury

notó su perfume, la suavidad de sus labios y el sabor de su saliva. Mirah, quizá llevada por la desesperación que parecía oprimir su pecho, se dejó llevar. Y, antes de darse cuenta, eran dos seres besando a la misma criatura.

Tierno y sucio a la vez. Brillante y oscuro al mismo tiempo.

Un anhelo compartido.

Cuando sus manos la aferraron de la cintura para tumbarla sobre el jergón y el cabello de ella se desparramó por la almohada, no supo bien quién de los dos dominaba ahora sus movimientos. El deseo nubló cualquier raciocinio mientras una de sus manos se colaba por debajo de la falda y le acariciaba la pierna. Ella jadeó contra su boca y él mordió ese labio inferior rojo e hinchado como si no le importara nada más, incluso cuando una de las manos de ella se deslizó por su brazo duro y dolorido por los cortes. Fue entonces cuando, al apartarse de su boca para llevar la mano a uno de los tirantes minúsculos del vestido, oyó que ella susurraba:

—No. Esto no está bien. Yo…

Le costó controlarse para apartar las manos, pero, justo cuando se apoyó sobre los brazos para retirar su peso de encima de ella, el céfiro tomó el control con una ferocidad salvaje. La aprisionó contra el lecho con una mano mientras la otra trazaba una caricia dura y exigente sobre uno de sus pechos, erizado contra la tela del vestido.

—He dicho que no, Fury —se quejó ella.

Vio cómo sus ojos negros pasaron de la molestia al terror cuando su cuerpo masculino se apretó contra ella con toda su dureza. La mano le desgarró el vestido con brutalidad dejando al descubierto uno de los pechos. Se inclinó para mordisquearlo y Mirah gimió de dolor. *Él* no pararía.

—¡Suéltame ahora mismo! —Era una exigencia desesperada.

El asco por lo que estaba haciendo con su cuerpo le hacía querer gritar. Se concentró para sacarlo del control, para apartarlo, aislarlo, enjaularlo. Para sacar sus jodidas manos de encima de ella.

«Espía, asesino, traidor».

Sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad. Apretó la mandíbula tanto que casi se la desencaja. «Para, para, para». Una oleada frenética le recorrió las venas y salió prendiendo fuego al jergón. Hizo rodar a Mirah hacia el suelo cuando las llamas lamieron el lugar donde estaban. Pero pudo apartarse. Se retiró hacia atrás y pegó la espalda a la pared de piedra.

Ella lo miró desde el suelo. Dolida. Confusa. Medio desnuda.

—¿Qué diablos has…?

Jamás podría olvidar la furia de esos ojos. Supo que algo se había roto entre los dos para siempre. Y le quedaba poco tiempo para arreglarlo. Ella se incorporó y se cubrió la desnudez con la entereza digna de una reina. La admiró aún más por eso.

Con la certeza de que todo lo que eran, lo que habían sido, se desvanecería como un soplo de niebla, abrió la boca y susurró:

—Besaría la oscuridad por ti mil veces.

35

Daval palmeó el cuello de su caballo antes de pararse junto a Rowel.

El corcel, un ejemplar joven de color marrón oscuro, le hizo recordar por un instante a su caballo negro, muerto a manos de un blemio tiempo atrás. Desde la altura impuesta por su montura, miró a todas las personas allí congregadas.

Una auténtica multitud compuesta por mujeres, hombres, niños, spirits e incluso algún silfo. Todos llevaban sus pertenencias en sacos a la espalda o las apilaban en un centenar de carros tirados por burros. Algunos intentaban cargar mucho más de lo que podían llevar, e incluso se habían atrevido a cargar con sus gallinas y puercos en jaulas.

Daval miró a Rowel y este se encogió de hombros. La población que había optado por acompañarlos parecía no entender el concepto de «solo lo indispensable». No pudo evitar resoplar.

—Están siendo demasiado lentos. No me apetece que los asys nos pillen cargando gallinas.

Rowel lo miró.

—Es difícil dejar todo lo de una vida atrás —dijo—. Aún no son plenamente conscientes del peligro al que están expuestos.

Daval se pasó una mano por la barba. Su paciencia desde lo ocurrido hacía ya tres días podría catalogarse como nula. Después de aquel arranque de furia, fueron muchas las miradas de miedo que cayeron sobre él. Aunque, entre el miedo, también vislumbró una chispa de respeto. La granizada era solo una pequeña muestra de que sus poderes estaban alcanzando otro nivel, despertando una parte inexplorada de su naturaleza de silfo. Se había sentido rebosante de poder, conectado a cada partícula de aire, a cada pizca algodonosa de las nubes y al suspiro del cielo.

Lástima que semejante poder hubiera aflorado por un golpe

directo. Morty. Su mejor amigo. Su sangre escurriéndose entre sus dedos. Apenas se habían vuelto a reencontrar y lo había perdido para siempre. La rabia aún le constreñía los dedos de apretarlos.

«Soy como el dedo de blemio que los chamanes utilizaban para maldecir. Un maldito mal presagio», le había dicho a Rowel con la cabeza entre las manos una vez hubieron enterrado a Morty y a todos los demás muertos. Tras aceptar el ofrecimiento de una familia de mercaderes para esconderse en su sótano, el general humano lo había acompañado con una jarra aquella fatídica noche, esforzándose en rememorar historias de su pasado para distraerlo del dolor.

Rowel era un gran tipo. Quizá uno de los mejores humanos que había conocido. Pero él estaba demasiado envenenado por dentro como para que sus charlas le sirvieran de bálsamo. La muerte de Morty había terminado de romper algo en su interior. Aunque se culpaba a sí mismo, sabía quién era la verdadera culpable, y estaba, con toda seguridad, lejos de allí y con una taza de té en la raquítica mano y un puñado de imbéciles besándole los pies.

Tras la pequeña batalla bajo la lluvia, Woquened, que al final se había implicado hasta los tuétanos, había dado aviso a su extensa red de soldados desertores de que comunicaran en las ciudades de Tefalén que todo ciudadano que quisiera podría acompañarlos en un par de días hasta Taman. Al principio, Daval había dudado de la efectividad del viejo Woquened, pero tuvo que tragarse sus dudas poco antes del amanecer del segundo día, cuando aparecieron los primeros carros.

La multitud había ido llegando poco a poco hasta el norte de Citronia, el punto de encuentro fijado y el más próximo a Taman, desde Ertremis, Feris, Dehia e incluso otros pueblos más pequeños. Al inicio de la tarde, eran muchos los que venían con signos de pelea: vendajes, algún corte y cojera en particular. Era más que evidente que había habido otros levantamientos a lo largo del reino, y todos contra Cirae y sus nuevos soldados.

Daval era incapaz de entender por qué Cirae no dejaba marchar sin más a una población a la que ni iba a molestarse en proteger, pero, por supuesto, se le escapaba un detalle familiar que él mismo arrastraba: el orgullo. La nueva reina, tal y como había dejado patente en la taberna, no iba a permitir que le arrebataran todo ese poder que acababa de saborear.

Que Rowel y Woquened la hubieran privado del antiguo ejército ya debía haberla desquiciado, por eso se había visto obligada a buscar

otras alternativas. Casi le divirtió pensar en cómo habría vaciado las arcas familiares de oro para proveerse de su propio grupo militar. Pero había cosas que el dinero no compraba, como la confianza.

Una muestra eran todas esas personas reunidas ante sus ojos, entre cuatrocientos y quinientos tefalinos que habían confiado en ellos. De poco serviría esa confianza si se veían atrapados en un ataque sorpresa. El tiempo corría y sospechaba que los asys no tardarían mucho en hacer aparición. Si los pillaban en pleno camino, todos morirían. Ya habían pasado tres días desde que hicieran correr la noticia, no podían esperar más.

Espoleó al caballo para ponerse frente a todos y se aclaró la garganta.

—¡Tefalinos! —gritó—. ¡Hay que ponerse en marcha! Sé que no os hacéis a la idea del peligro en el que estamos, pero el tiempo cuenta si no queréis ser solo una panda más de cadáveres regando el suelo con vuestra sangre. —Su tono cortante y directo se extendió en un murmullo entre unos y otros hasta que estuvo seguro de que todos entendían el mensaje.

Rowel lo miró con una mueca y asintió antes de acercarse. Más acostumbrado a dar órdenes, no tardó en tomar la voz cantante.

—Nos dividiremos en dos grupos, el general Woquened y sus hombres nos precederán al inicio mientras otro grupo de hombres, junto conmigo y Daval, cerraremos la comitiva. —Los miró tieso desde el caballo—. Nada de distracciones. El camino será agotador, pero, por suerte, tenemos caballos y carros para la mayoría. No podemos parar, si alguien no puede continuar, que nos avise. Y si alguien se arrepiente del bando escogido, que lo hubiera pensado antes. ¡Si estáis con nosotros, estáis contra la reina!

Hubo un murmullo general de excitación y la comitiva se puso en marcha. Daval no quería darle más tiempo a Cirae para que enviara a alguno de sus grupos de soldaditos para fastidiar. Por lo que iba oyendo en el camino, el incidente de la taberna no era el único acto de crueldad que su madre había dejado ver en los últimos días. Eran muchos los que aseguraban que sus nuevos soldados ejercían su labor con violencia más que con autoridad, y eso no le sorprendía en absoluto.

El ruido de los caballos y las ruedas de los carros levantaba una nube de polvo en la tierra del camino. Avanzaron deprisa durante el resto del día, y a ellos se fueron uniendo más personas procedentes de

otras poblaciones. Todas en busca de una salvación que Daval esperaba poder procurarles.

—Cada vez hay más —apuntó Rowel, cabalgando a su lado.

—¿Y no era eso lo que queríamos? —dijo él—. ¿Salvar al máximo posible?

—Claro, pero… ¿estamos seguros de que la reina de Taman estará dispuesta a dejar entrar a tantos desconocidos en sus tierras? Y, en cualquier caso, ¿realmente estaremos seguros allí, Daval?

Repitió las mismas preguntas que él se había hecho.

—Eso espero. —Su tono hizo que los que caminaban delante lo miraran de reojo.

Rowel se aclaró la garganta, luego volvió a tomar la palabra.

—La gente no sabe si temerte o darte una palmada en la espalda.

—Que me teman. Muchísimo mejor.

El humano se carcajeó.

—¿Sabes? Me recuerdas un poco a mí, o al menos al hombre que era antes —dijo—. Siempre encerrado en mí mismo, frío y gruñón. Serán esos dichosos alux, o será la reina Mirah, pero me siento diferente.

Daval se encogió de hombros por toda respuesta. Admitir que la alux de alas negras lo había cambiado un poco a él también era demasiado para su orgullo. Sin embargo, era así como se sentía: distinto. Aunque en un principio se había negado a admitirlo, las horas de reflexión vacías en aquella celda oscura junto con la muerte de su amigo le habían abierto los ojos.

La vida era efímera, tan efímera como un rayo. Apenas un fogonazo de luz que podía quemarte en un instante y reducirte a cenizas. Y ese pensamiento le hizo pensar que quizá, por una vez, sí que le gustaría dejarse llevar por ese sentimiento que desconocía y que ella le despertaba.

La herida del muslo le tiró al afianzar la posición sobre el caballo. La mujer rechoncha de la casa donde habían dormido se la había curado. Sus manos, ni de lejos tan habilidosas como las de Mirah, le habían hecho un humilde apaño con hilo y aguja. Por un momento, su cabeza imaginó los suaves dedos de la alux remendándole la piel y un calor inesperado lo encendió.

Y, de repente, una ráfaga de aire lo embistió y lo derribó de su montura.

El golpe le cortó la respiración y cayó al suelo de espaldas. El

caballo se encabritó y Rowel frenó al suyo para girarse. No le gustó ni una pizca el gesto de su rostro al mirar hacia atrás.

Un grupo de blemios se acercaba a zancadas rápidas seguido por una formación de veinte soldados. La cabeza asomada al carruaje que los precedía lo enfureció. El pelo de Cirae ondeaba ante el avance rápido del vehículo y su cara era un rictus de perversión. Con un soplido, mandó a Rowel al suelo junto a las últimas dos filas de viajeros.

Cuando la multitud echó la vista atrás, cundió el pánico.

Desde el suelo, Daval sopló y mandó al suelo a los primeros blemios que se acercaban demasiado deprisa. Pero no tuvo tiempo de mucho más, por los flancos aparecieron otras dos formaciones de soldados borgoña.

El carruaje de Cirae llegó hasta ellos, y ella, con un gesto de la mano, dio una orden y los blemios se pararon de súbito. La actual reina de Tefalén descendió con su andar grácil y frío cuidadosamente estudiado y los miró con las manos cruzadas por delante.

Desde la cabecera de la comitiva, el cuerpo militar de Woquened cabalgaba hasta allí, pero los soldados borgoña les cerraron el paso, acorralándolos en el interior del camino. Con las espadas desenvainadas, obligaron a los tefalinos a agruparse muy juntos, quienes gritaban de terror. Woquened fue el único que se desbancó del resto para llegar hasta ellos, justo cuando un soldado, el mismo que había leído su sentencia en la taberna días atrás y que parecía ser el cabecilla de su madre, agarró a Daval por el pelo y lo obligó a arrodillarse en el suelo de una patada en el estómago. Imitó el gesto con Rowel y le colocó la punta de la espada en el gaznate para que Woquened descendiera de su montura. Él dudó antes de echar las rodillas a tierra también con una expresión contrita en el rostro.

Cirae se paseó frente a todos, saboreando el momento antes de acercarse a su hijo. El desagradable olor de los blemios emanaba un perfume pérfido sobre el aire.

—Siempre fuiste tan rebelde como imbécil, Daval —apuntó con un rictus despectivo y le apretó la barbilla con la mano para que la mirara—. ¿A cuánta gente me vas a hacer matar para hacerme respetar?

Daval clavó sus ojos púrpura en ella y le escupió.

—¿A cuántos vas a comprar para conseguirlo? —respondió él y miró de reojo a los blemios—. Has roto un acuerdo de paz después de

cincuenta años solo para capturarme. La imbécil eres tú, madre.

Los ojos de ella centellearon de furia, y con un soplido le obligó a echar el cuerpo al suelo. Un fuerte viento le aplastó la espalda y ella lo mantuvo así mientras se dirigía al resto.

—Os advertí de que no os atrevierais a levantaros contra mí y, sin embargo, aquí estáis, traicionándome. —Su voz se alzó, llevada por una brisa sumisa hasta todos los rincones de la multitud. Chasqueó la lengua y meneó la cabeza—. He hecho un nuevo y muy interesante trato con los blemios. Ya que todos vosotros decidís abandonarme, les permito volver a ocupar las tierras de Tefalén, es decir, vuestros pueblos, a cambio de servirme. —Intercambió una mirada con un blemio grande y rudo, quien asintió con la cabeza—. Por supuesto, ellos me pedían algo más, un gesto de buena voluntad para saber que pueden fiarse de mí y yo de ellos. Están hambrientos, así que les he ofrecido comida. —Un murmullo general de miedo se extendió entre los congregados—. Sin embargo, soy una mujer benevolente, y aún tenéis una posibilidad. Si os unís a mí y al resto de silfos para protegernos al sur, aún podréis salvar vuestra vida, si no, acabaréis alimentándolos. Aquí y ahora.

Hubo algunos lamentos ahogados y Daval respiró con fuerza por la nariz llevado por un odio visceral. Mentiras y más mentiras. Acababa de poner a todos entre la espada y la pared. Oía las voces de la gente entre la duda y el miedo. A su lado, Rowel se revolvió, aún sujeto por los soldados.

—¡No la escuchéis! ¡Esta maldita zorra solo quiere envenenaros con sus palabras! —chilló a pleno pulmón—. ¡Ir con ella será morir bajo su yugo! ¿Es eso lo que queréis? ¿Es eso? ¡No os la creáis, no…!

Un soldado le propinó un puñetazo que le hizo escupir una flema de sangre a la tierra. Pero el murmullo general, que antes era de miedo, ahora se elevó como un grito de sublevación.

«¡Rowel tiene razón! ¡No podemos dejar que nos domine! ¡Ella no es nuestra reina!».

—¡No es nuestra reina! ¡No es nuestra reina!

Para asombro de Daval, el murmullo se convirtió en un canto enfurecido mientras todos agitaban sus armas al cielo del atardecer. Cirae, con los ojos violeta chispeando de ira, dio una orden rápida. Tres blemios se cernieron sobre Rowel. Lo incorporaron, le arrancaron la coraza y la ropa, que quedó a jirones a sus pies, mientras la gente se revolvía enfurecida, empujando la barrera de soldados.

Daval apenas fue capaz de levantar la cabeza un palmo del suelo para mirar, aún con la fuerza del aire de Cirae aprisionándolo por la espalda, pero fue suficiente para mandar un soplido que envió a los blemios al suelo. Semidesnudo, Rowel desenvainó su espada del cinto. Cirae aumentó la fuerza del viento que retenía a Daval hasta que su boca se llenó de tierra, pero oyó el quejido de Woquened a su lado, a quién también mantenía en esa posición sumisa.

—¿A qué esperáis, blemios? —chilló ella fuera de sí—. ¡Servíos!

Las bestias malolientes se acercaron a Rowel. Un humano contra tres moles. Cualquier otro se habría hecho un ovillo en el suelo, pero él jamás iba a dejarse atrapar sin pelear. Asestó una estocada a uno y pateó a otro. Sus pies se movían rápido mientras el resto eran meros observadores del espectáculo. Sin embargo, aunque el general era un virtuoso con la espada, sus ataques contra la piel dura de los blemios solo consiguieron malherir a uno de ellos.

Una mano invisible de aire levantó la barbilla de Daval cuando uno asió la cintura de su compañero y le clavó los dientes en la espalda desnuda. Rowel gruñó. El trozo de carne arrancada entre los dientes del blemio fue demasiado visible para todos.

—¡Para! —gritó Daval, notando cómo la desesperación le reptaba por el cuerpo. Pero Cirae solo compartió con él una sonrisa cruel y selló sus labios con aire para que no usara sus poderes. Siempre había sido una de las silfo más poderosas de Tefalén.

Con un reguero de sangre corriéndole por la espalda, Rowel alzó la espada de nuevo. El tajo se desvió cuando otra de esas bestias le agarró el brazo para morderle el bíceps. La multitud se agitó y hubo gritos de espanto. Otro blemio le arrancó la espada de la mano y esta cayó al suelo con un tintineo metálico que presagiaba lo peor.

—¡Joder! ¡Para… esto! —jadeó Daval. Tenía que hacer mucho esfuerzo para esquivar el poder del aire que le retenía el cuerpo y los labios. A su lado, Woquened tenía los ojos abiertos por el horror—. ¡No… lo… hagas!

Pero Cirae no estaba dispuesta a ser piadosa. Daval notó cómo sus ojos se encendían saboreando la dominación. Un dolor le recorrió la columna vertebral cuando se agitó contra las fuerzas de aire de ella. Oyó el aullido de Rowel cuando recibió otro mordisco. Más blemios se estaban acercando, hambrientos ante el olor de la sangre fresca.

Los ojos de Rowel buscaron los suyos apenas un instante. Un vistazo, fugaz, efímero, y supo leer todo lo que esos ojos humanos le

rogaban. Que peleara, que no se rindiera, que no se doblegara. Y, entonces, una dentellada le arrancó un trozo del cuello y la sangre manó a borbotones.

Los gritos llenaron el aire. Daval perdió de vista el rostro del humano entre la maraña de bestias. Los gritos de dolor se convirtieron en gemidos mientras se comían vivo a uno de los mejores generales de Tefalén. El ruido de masticaciones, húmedas y furiosas, se unió al de los gritos, y Daval clavó un puño en el suelo con tanta fuerza que levantó una nube de tierra. La impotencia comenzó a condensar una masa espesa y púrpura en su interior, alimentada por la furia y la rabia. Un centro de energía se inició en su pecho para extenderse por sus extremidades y notó cada poro del cuerpo presionado con algo que pugnaba desde dentro. Un ramalazo de dolor le hizo temblar de cabeza a pies.

Cuando uno de los blemios levantó a Rowel por el cuello, como una masa laxa y ensangrentada, y otro le arrancó una pierna de cuajo, Daval gritó.

«Parad. Parad».

Vomitó la energía contenida, que rompió las cadenas invisibles de Cirae como si fueran una ramita y una onda de viento explotó desde su cuerpo para levantar los pies de todos los de su alrededor y hacerlos caer al suelo.

Apretaba tanto la mandíbula que creía que iba a romperse, mientras la bola de odio que le inflamaba el pecho se hacía más y más grande. Oyó vagamente cómo la voz desgarrada de Woquened, henchida por la necesidad de venganza, espoleaba a todos para luchar.

Nadie dudó. Todos se lanzaron a una pelea desesperada. Los soldados de Cirae sacaron los espadas al igual que los de Woquened. La población se armó con lo que tenía a su alcance y las peleas cuerpo a cuerpo salpicaron de sangre la tierra en la búsqueda de la libertad para decidir su propio destino.

Daval se levantó justo al mismo tiempo que Cirae. Fue consciente de cómo sus poderes se concentraban para alinear cada partícula de la atmósfera presente. Sintió cada masa de aire como si fuera suya propia y volcó su ira en hacer aumentar la temperatura de las burbujas y crear un ambiente inestable. El cielo se ennegreció en apenas unos segundos y el corazón de las densas nubes negras destelló cargándose de energía.

«Parad. Parad».

Necesitaba que esas bestias pararan de rebañar el cuerpo del humano. Y se dejó llevar. Ni siquiera se paró a pensar, solo se dejó llevar por la fuerza intrínseca que parecía nacerle desde dentro de las costillas. Apretó un puño hacia el cielo y, con un gruñido ronco, un fogonazo blanco destelló sumiso. El impacto del rayo hizo temblar el suelo cuando impactó contra los blemios que se alimentaban de Rowel.

La sorpresa tiñó las facciones de Cirae antes de dedicarle una bocanada de viento certera, pero él la esquivó con tanta facilidad que ella trastabilló. Con los ojos clavados en el cielo, levantó los brazos, como quien se rinde a un dios. Y el uno se rindió al otro. Daval era cielo. El cielo era él.

Inspiró hondo para tomar fuerzas con el odio supurando en la mirada. Cirae volvió a soplar, pero él resistió su envite. Los ojos le brillaban con los iris plateados, casi fuera de aquel mundo terrenal. Y una cortina de rayos blancos comenzó a impactar sobre la tierra.

A su alrededor, la fuerza eléctrica fue quemando cuerpos hasta ennegrecerlos y caer convulsionando al suelo. Un tufo a quemado impregnó el ambiente junto con el humo que despedían los restos de carne de blemio.

Sentía el poder bullendo por todas las arterias e impregnando cada rincón de sus pulmones. Pestañeó antes de clavar la mirada en la causante de toda aquella desgracia. Daval dio un paso hacia Cirae y detuvo una ráfaga de aire de su madre con un gesto seco de la mano. Apenas le costó una leve brisa derribarla en el suelo y se acercó para mirarla desde arriba, con los ojos centelleando en ese nuevo tono plateado. En torno a ellos, los gritos de la batalla resonaban iluminados por los últimos haces de sol de la tarde envueltos en los rayos de Daval.

—Nunca has sabido conformarte —le dijo Daval. Su voz, rota y rasgada, era fría al dirigirse a ella—. Tu ceguera de poder te ha llevado hasta el final. Hasta aquí.

Ella le dedicó una sonrisa torcida. Era Cirae Wicker, ni siquiera en ese momento pensaba mostrarse débil, ni ante él, ni ante nadie.

—Conformarse es de palurdos, ¿verdad, hijo? —Su voz cambió a un tono más dulcificado—. Me agrada saber todo lo que han progresado tus poderes. —Se pasó la lengua por los labios—. Pero hay algo que aún no has aprendido, el valor de la oportunidad. A veces hay que saber aprovechar los tiempos oscuros para traer luz a tu

propia existencia. Da igual lo que eso implique.

Sus palabras estaban llenas de veneno. Ella siempre había estado llena de veneno, y ahora lo entendía. Había sacrificado muchos años de su vida de niño en la búsqueda de un cariño materno que, simplemente, no existía. La intensidad de sus ojos le dijo que ella jamás se doblegaría, siempre buscaría la forma de ensartar sus hilos ponzoñosos allí donde estuviera. Cuando él abrió los labios, dejó que las palabras flotaran hasta sus oídos en un murmullo llevado por una brisa suave.

—Has demostrado ser solo otro demonio más en esta guerra. Tienes lo que te mereces. Adiós, Cirae.

Ella le dedicó una sonrisa enigmática con una mirada de sus ojos violáceos que no se cerraron ni en el último instante. El resplandor cegador fue intenso. Daval aguantó la ráfaga del rayo. El calor le quemó las mejillas, pero no se apartó. Con el gesto pétreo, apenas dirigió una última mirada al cuerpo carbonizado e inerte de su madre antes de sacar la espada y unirse a la batalla.

36

La decapitación le salpicó la cara de más sangre negra.

El cuerpo encadenado se meció hacia delante rezumando los últimos restos de líquido vital a la vez que la cabeza caía al suelo. Ersebek no dudó en mirarla con desprecio antes de pisotearla con el pie. Un sonido viscoso llenó la cueva y los ojos inertes del asys quedaron fijos hacia un lado. Los mismos ojos que deberían haber estado custodiando la puerta donde estaban las últimas alux. Poco le importaba a Ersebek que él mismo hubiera dado la orden de dejar salir a Lucy a por agua de vez en cuando. Había tenido que volcar toda su rabia en alguien.

Y no había sido el único asys que había usado para resarcirse. El primer día buscándola, cuando uno de ellos se había acercado para decirle que no la encontraban, él había tomado una de las nuevas y mortíferas espadas y le había cortado la cabeza. Después, con un grito mental que casi les revienta el cerebro, ordenó continuar la búsqueda y no regresar hasta que tuvieran a esa maldita alux entre las manos. El segundo día, sin noticia alguna, mató al que vino a sugerirle que quizá la hembra se habría muerto en algún lugar abandonado de las galerías, como la anterior alux perdida. También decapitó al que venía con él, llevado por un odio profundo que le hacía rechinar los dientes.

Ahora, después de tanto tiempo sin encontrarla, decidió que mataría a todos esos inútiles en cuanto pudiera. Era evidente que sus nuevos vástagos eran mucho más fuertes e inteligentes que esos viejos demonios. La mitad, los más prematuros, ya casi habían alcanzado la madurez y en breve el sistema reproductor de su especie estaría solucionado en cuanto las hembras pudieran procrear. Todo iba de maravilla. Todo excepto haber perdido a Lucy, un eslabón importante en su estudiado plan.

Después de todas las torturas a las que la había sometido, pensaba

que ella ya tendría un manto de miedo tan grueso que le impediría cometer una estupidez. Pero esa alux no era la temerosa muchacha que aparentaba ser. Se había burlado de él para escaparse. Lo que ella desconocía era que salir de allí no era un simple paseo. Aquella cueva era un nido de alimañas y de caminos sin salida, como ellos mismos habían podido comprobar. Sonrió para sí, jamás podría salir de allí. Y la encontraría tarde o temprano para realizar la labor final que le tenía preparada.

Apartó la cabeza cercenada del asys de una patada, justo cuando Paludenk entraba en la cueva. El viejo chamán miró el cuerpo inerte, pero se abstuvo de hacer algún comentario al respecto. Dirigió sus ojos hacia el líder.

—Tenemos casi un centenar de ellos listos —dijo—. La sangre alux ha sido todo un acierto, son mucho más diestros y ágiles de lo que pensábamos. Les he enseñado a comunicarse y todos han dado excelentes resultados.

—¿Y en cuanto a la regeneración?

—Aún les falta un poco para el control óptimo, pero se regeneran de las heridas con rapidez.

Ersebek torció el gesto y asintió. Pasó un dedo por la hoja de la espada recreándose en la gota negra que se perfilaba en el contorno de su dedo antes de que la herida se cerrara.

—Excelente —dijo impaciente—. Estamos listos para dar el siguiente paso.

—Te escucho.

—Dales armas a los más despiertos y que partan al instante hasta Taman. Esperarán más instrucciones en el camino, pero déjales claro que las llaves son lo principal, ya habrá tiempo de una guerra. —Ersebek se relamió ante la perspectiva.

—Pero, señor, quizá sea pronto para mandarles a…

—Hemos esperado el tiempo suficiente.

Paludenk asintió antes de marcharse. El viejo chamán no parecía muy dado a conversar con él, claramente intimidado por sus acciones de los últimos días. No hacía falta ser muy listo para saber que no compartía su forma de actuar, aunque no se atreviera a decirlo. Aunque la espada de la mano casi le vibraba con las inmensas ganas de arrancarle la cabeza del cuerpo, se reservaría.

Había mucho que hacer. Solo, con el olor de la sangre reciente a su alrededor, cerró los ojos negros un instante y pensó en cuánto

tiempo más tendría que soportar a todos aquellos inútiles. Él estaba hecho para dominar, para dominarlos a todos. Pero antes de todo eso aún faltaba otro asunto que organizar. Aún con los ojos cerrados, se concentró entre aquella multitud de mentes que hablaban entre sí para encontrarlo.

«Riledek», llamó.

Esperó. El céfiro tardó en contestarle más de lo que pensaba.

«Le oigo, señor».

«Ha llegado el momento —dijo Ersebek—. Recuerda que necesito a la mestiza viva».

Hubo un instante de vacilación en la conexión mental al nombrarla.

«¿Y la salamantina? —preguntó Riledek en su cabeza—. ¿Qué hay de ella?».

Ersebek acarició la espada con una mano, pensativo.

«Mátala, me trae sin cuidado. Una vez cumplida su parte, solo será un estorbo».

«De acuerdo, señor».

La comunicación se desvaneció y la pulsión en su cabeza se hizo más intensa, acogiéndola casi con placer. Con la puerta al descubierto, ya casi saboreaba el triunfo. Mientras se hacían con el resto de llaves, él solo tenía una tarea: encontrar a Lucy.

* * *

Intentar tragar saliva enviaba un ramalazo de escozor a la garganta de Ylara.

Con los labios resquebrajados y la lengua acartonada, creía que nunca había tenido tanta sed como en aquel momento. A su lado, Lucy cayó al suelo de rodillas, añadiendo una herida más a su piel maltratada. Después de cuatro días vagando por aquellos túneles, su amiga estaba mucho peor que ella. Habían tomado unos cuantos buches de agua purulenta que goteaba por las paredes de uno de los túneles, pero desde aquella chispa de suerte de ayer, no habían encontrado ningún caudal más. Ahora, el peso de las heridas y de las torturas de las últimas semanas, unido a la falta de agua y comida, parecían haber acabado con sus pocas fuerzas.

Se dejó caer junto a ella antes de alzar la antorcha a uno y otro lado, el único elemento que les permitía iluminar el camino por el que

pisaban. Los pies le ardían y se los miró. Se arrepintió al momento. No eran más que una masa macilenta de jirones de carne rosada, sangre y suciedad. Los de Lucy no debían de tener mejor aspecto, aunque ese fuera el menor de sus problemas. Sospechaba que las heridas recientes de su amiga se habían infectado y, junto a la humedad seca que les calaba hasta los huesos, debía tener algo de fiebre.

Los primeros días, corriendo en la semioscuridad de la cueva con los sonidos de las pisadas torpes de los asys siempre a la espalda, habían tenido que variar el rumbo unas diez veces. Al principio, habían corrido recto, luego, dando gracias de que sus captores no fueran demasiado silenciosos, habían tomado una galería a la derecha que les había conducido a una cueva amplia; después, más adelante, tras unas cuantas horas sin señales de vida, volvieron a oír la presencia cercana de alguno y tomaron una nueva galería a la derecha. Y, después de eso, otra vez derecha, derecha, izquierda, derecha, izquierda, y ya era oficial: estaban totalmente perdidas.

La oscuridad hacía imposible orientarse, a veces los túneles descendían, pero nunca ascendían, y eso era muestra de que iban por muy mal camino. Lo único que ambas recordaban eran las sinuosas escaleras que habían bajado hasta llegar allí, pero la Cueva de la Hidra era un oponente más grande del que habían imaginado en un principio. Eso sin contar al otro enemigo mortal: el hambre.

Ylara se metió una mano por dentro del pecho del vestido, además del pequeño set de costura, ahora tenía algo más que guardar. Sacó la tela enrollada con el par de trozos de pan que se había llevado antes de escapar de la cueva.

—Toma, anda —dijo, mostrándole el pan duro con la palma abierta—. Tienes peor cara que el spirit roñoso del pueblo. —Su broma hizo que Lucy le dedicara una sonrisa cansada antes de tomar uno de los pedazos de pan y llevárselo a los labios. Tragar fue lo difícil. Con la boca tan seca como la tenía Ylara, bajar aquel amasijo por la garganta era titánico.

—Todos habláis de ese dichoso spirit y yo jamás lo he visto —dijo Lucy. Su voz era apenas un murmullo seco y ronco.

—Las leyendas son la base de cualquier sociedad, así que algo de verdad tendrá, ¿no crees?

Su tez se ensombreció, pensativa y derrotada, e hizo una mueca al moverse.

—Dudo que vayamos a volver algún día para averiguarlo.

—¡Eh, ni hablar! ¡Quita ese gesto ahora mismo! —la reprendió—. Como le diría a mi hermana Ymara: coser y callar. Y eso es lo que vamos a hacer, seguir adelante.

Lucy esbozó una sonrisa triste.

—¿La echas de menos?

—Muchísimo. —Ylara suspiró—. Aunque sea especialista en sacarme de quicio, solo pienso en el día de volver a abrazarla.

—Te entiendo. —Lucy asintió y se mordió el labio antes de continuar—: Siento que he sido muy injusta con Mirah, ella siempre ha estado ahí, pero yo… he sido una hermana horrible. —Un par de lágrimas humedecieron sus mejillas e Ylara se las limpió con el dedo.

—Tendrás tiempo de enmendarlo. Y, para eso, tenemos que salir de este maldito lugar.

Sus palabras parecieron renovar las fuerzas de su amiga, quien asintió y dejó que la ayudara a levantarse. Llegaron al final de esa galería, un camino de piedra irregular que desembocaba en una pequeña cueva, antes de tomar el único corredor que había y que les impedía caminar erguidas. Con las piernas flexionadas y la espalda encorvada, el camino se hacía cada vez más estrecho hasta que llegaron a un agujero. De pronto, un ruido hizo eco entre las piedras. Ambas se miraron con pavor antes de agazaparse contra la pared.

A través del agujero vieron un grupo de figuras oscuras y aladas que cruzó la galería con enérgicos aleteos a unos cuantos palmos del suelo. Los nuevos asys ya habían crecido e iban armados.

Ninguno reparó en su presencia. Pensó que las estaban buscando y se temió lo peor, pero el grupo no se paró a examinar a su alrededor y se perdió al fondo de la galería.

Ylara miró a Lucy con un brillo de esperanza en los ojos.

¿Podía ser aquella otra chispa de suerte entre tanta desgracia?

Si iban hacia el exterior, acababan de mostrarles la dirección correcta hasta la salida.

37

Miles estaba de mal humor.

Con la espalda apoyada en la pared y los labios fruncidos, se cruzó de brazos. Allí estaba Ymara sin cortarse en los gestos de cariño con la salamantina pelirroja. Su actitud desenfadada lo ponía enfermo. ¿Acaso se había olvidado de su hermana? Quiso acercarse y cogerla del pelo mientras Rachana le apartaba un mechón de la cara en un gesto muy íntimo para una estancia llena de personas. Para qué mentir, estaba celoso. ¿Por qué ella podía tener ese cariño con alguien cuando a él le habían arrebatado a Ylara? Aunque parecieran dos gotas de lluvia, eran muy diferentes.

Había albergado la firme esperanza de que Perenite les daría las armas para rescatar a todas las alux, pero jamás había pensado encontrarse ocioso, con los brazos cruzados y sin hacer nada más que esconderse en aquel agujero de fuego. Era el maldito comandante. Ahora, la decisión de haber ido hasta allí le parecía un error. La noche anterior había tenido que soportar el ambiente festivo de la Conmemoración del Fuego, mientras su conciencia no dejaba de gritarle que había abandonado a la única hembra que le había hecho sentir algo. Aunque fuera un suicidio, debía haber partido él solo e intentar encontrarla.

Pero su sentido del honor y el respeto a la memoria del difunto Edur le habían impedido abandonar a la reina Mirah. Sin embargo, ahora, refugiados en aquella mole de roca roja y con el ejército de fieras salamantinas, la seguridad de la reina de Trisar no parecía ser un problema.

Torció el gesto al ver la lanza de Rachana apoyada en la pared junto a ellas. A pesar de que la estancia estaba iluminada por las antorchas, no le pasó inadvertido el halo dorado de la afilada hoja. Una idea mezquina se forjó en su mente. Si la reina se negaba a darles

armas, entonces él robaría una. Aunque la lanza no era un arma con la que se sintiera muy cómodo, era mucho más útil que su espada común de acero labrado. La cogería y se largaría de allí esa misma noche.

Carraspeó y miró a todos los alux, humanos y spirits allí reunidos para degustar una suculenta comida compuesta ese día por pan con nueces y filetes de hígado cubiertos por una salsa amarilla. El plato de Rachana, a diferencia del resto, tenía un puñado de lombrices nadando en la misma salsa amarilla. No hizo falta estar cerca para saber que Ymara le preguntaba con un mohín cómo podía comerse eso.

Miles no apartaba la mirada de la lanza. De reojo vio cómo Rachana le insistía a la alux para que probara una lombriz de su plato. Las dos empezaron a discutir entre risas y pensó que era el mejor momento.

Intentó pasar desapercibido a la vez que sorteaba a los congregados en torno a la mesa. No paró su paso al pasar cerca y rodear la madera con la mano. Pero, apenas hubo avanzado, alguien lo agarró con fuerza de la coleta rubia y lo inmovilizó.

—¿Me puedes explicar qué haces, estirado?

El susurro de la salamantina era entre amenazante y divertido. Una de sus piernas enroscadas en torno a su rodilla se apretó. Ni siquiera sabía cómo había llegado hasta ahí sin que lo notara. Batió las alas para quitársela de encima, pero enseguida Rachana lo esquivó y le arrebató la lanza de la mano antes de hacerla girar en el aire sobre su cabeza.

Apretó los labios y fue consciente de que todos lo miraban. Ymara enarcó una ceja poniéndose junto a la salamantina y él le devolvió una mirada encendida.

—Dame tu lanza.

Rachana soltó una risotada y volvió a hacer girar la lanza antes de pasársela a la otra mano con rapidez y apuntarle al pecho con ella.

—Habré oído mal —se mofó—. ¿Me exiges que te dé mi arma?

Él no la miró, sino que sus ojos se clavaron en los de la alux.

—Voy a ir por Ylara.

La expresión de Ymara se congeló. El brillo divertido de sus ojos azules pasó a ser un velo de tristeza ante el recuerdo de su gemela. Como si los últimos días hubieran sido un bálsamo de sanar heridas, pero él las hubiera abierto más grandes y más dolorosas. Asintió al entender. Rachana los miró a ambos antes de encogerse de hombros.

—Desconozco qué clase de relación tienes con su hermana —dijo Rachana—. Pero no voy a darte mi lanza. Aquí las mejores salamantinas se ganan su arma de esencia. Es una condición de nuestra alma guerrera, ya que sabemos que portamos en las manos un objeto que contiene la vida perdida de otro salamantino.

Ymara la miró y se mordió el labio.

—¿Y no tenéis una armería donde podamos…?

Rachana la miró con el ceño fruncido.

—Las armas de esencia que quedan fueron heredadas todas por las principales guerreras de mi especie. Si os enseño la armería solo encontraréis un atajo de armas comunes. —Miró a Miles con la pupila amarilla clavada en él—. Robar un arma legendaria a una guerrera salamantina está penado con la muerte, ¿sabes?

Rachana pareció estudiarlos casi más allá de la piel. Su mirada se endulzó al mirar a la alux.

—Aunque existe una posibilidad… —surgirió—. Pídele a mi abuela que te forje un arma.

—¿Aceptará? —preguntó Ymara esperanzada.

Rachana se encogió de hombros.

—Puede. O puede que lo achicharre entre terribles sufrimientos. Venga, os acompaño.

No tardaron en subir las escaleras que conducían a la estancia de la reina de Taman. A su paso, Rachana saludó a un par de salamantinas con un toque de caderas. Para aquellas salamantinas cada gesto parecía una nueva exhibición de sus atributos y de su libertad sexual. Aunque esto no parecía restarle singularidad a su salvaje forma de pelear. Al margen de su carácter desvergonzado, el compromiso diario que volcaban en sus prácticas era incluso admirable. Nunca había pensado que una hembra pudiera pelear de semejante forma. Y poco tenían los salamantinos que decir en aquella comunidad. Aquí quienes llevaban las riendas eran ellas. Perenite sería un hueso duro de roer.

—¿Todos los salamantinos controláis el fuego? —preguntó Ymara.

—Oh, no, cariño —dijo Rachana con una risotada—. Me temo que ese poder se restringe solo a la vieja arpía de mi abuela, pero nuestras raíces sí nos permiten soportar el fuego. —Le enseñó el brazo—. Cada escama es un aislante del calor y, cuando se nos somete a una elevada temperatura, lo único que conseguimos es mudar la piel por una nueva en óptimas condiciones.

—Vuestro sistema regenerativo es sorprendente.

—No creas. Es un premio y un castigo a partes iguales porque también nos hace ser esclavos de la esencia. Sin ella, pereceríamos a la misma edad o antes que un humano común.

Ymara asintió justo cuando llegaban a la estancia de Perenite. La reina los recibió entre la misma nube de humo dorado que la primera vez. Fumando de su pipa alargada, cuando la neblina se disolvió, sus ojos amarillos miraron a los recién llegados con curiosidad.

—Tienes compañía. —Rachana se sentó entre los cojines con las piernas cruzadas.

Ymara le dio un empujoncito y él carraspeó.

—Majestad, solicito audiencia inmediata con usted.

Perenite lo miró divertida y Rachana soltó una carcajada.

—¿Audiencia? —repitió ella—. Por favor, querido, deja esos desplantes para tu corte, aquí no somos tan formales. —Las pulseras tintinearon cuando alzó la mano en una invitación—. Vamos, sentaos.

Ninguno se movió, como si traspasar esa barrera fuera sumergirse en la nube opiácea de la reina salamantina. Ella se encogió de hombros.

—Como deseéis. ¿Qué queréis?

—Quiero una espada con esencia aharí.

Soltó la petición de golpe. La reina torció la cabeza y se pasó la lengua bífida por los labios.

—¿Quieres? —repitió y su tono fue mucho menos dulce que antes —. Tú, comandante alux, ¿vienes a exigirme algo de mi propia tierra? ¿Algo que, como ya habrás oído, es nuestro sustento vital?

Él no se achantó.

—Solo una, majestad. Eso no es nada.

Las llamas de las antorchas y del fuego junto a ellos se intensificaron en un crepitar ahogado, y los ojos de la reina parecieron volverse aún más brillantes.

—¿Cómo que nada, muchacho? —espetó con un meneo de cabeza —. Eres un ignorante. ¿Sabes acaso que solo la creación de un arma supone un gasto de esencia equivalente a tres años menos de vida para uno de los míos? ¿Lo sabías? —Alzó las manos enfadada—. Vamos, ve a preguntar por ahí quién va a sacrificar tiempo de su existencia por ti, un simple desconocido.

Las llamas alcanzaron altura y fue entonces cuando él tragó saliva. Iba a volver a hablar, pero Ymara tomó la palabra.

—Mi señora Perenite, sé que, aunque el comandante se exprese de forma horrible, sus intenciones son buenas. —Bajó la mirada antes de confesar—. Mi hermana gemela fue secuestrada por los asys con el resto de nuestras alux y aún tenemos la vaga esperanza de salvarla.

Perenite los miró un instante, y las llamas parecieron calmarse. La reina dio una larga calada a la pipa antes de pronunciarse.

—Querida, comprendo tus motivos, pero ya le expliqué a vuestra reina las implicaciones de mi decisión —dijo—. Creedme si os digo que entiendo lo que es sacrificar a tu familia por un fin mayor. Todas mis hijas lo sufrieron, incluida la madre de Rachana. —Sacudió la cabeza—. Y, aunque tuvieras esa espada, alux, ¿acaso vas a ir solo a por ella? Admiro las ideas heroicas, pero la mayoría son bastante estúpidas.

—No tendría por qué ir solo —dijo Rachana. Se miraba las uñas con un gesto de aparente hastío—. Estoy segura de que podría reunir a un grupo de guerreras deseosas de un poco de acción más allá de estas paredes.

Perenite alzó una ceja. Era obvio que no dudaba del deseo de lucha de su nieta ni de ninguna de sus luchadoras. Un fugaz destello de preocupación le empañó los ojos, pero se esforzó en ocultarlo e hizo un ademán despreocupado con la mano.

—En cualquier caso, nadie estará dispuesto a dar un poco de su esencia asignada y…

—Yo se la daré. —Rachana se levantó y se dirigió a un cajón. Sacó un pesado volumen con una infinidad de trozos de colorido papel sobresaliente y lo dejó caer al suelo. Encontró la pestaña que buscaba coronada con un nombre con una serie de intrincados caracteres y dijo —: Réstalo de mi cuenta, abuela.

Perenite la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás segura?

—Claro, qué más da. Aún tengo vida por delante y tres años no es nada en comparación con salvar a alguien a quien quieres. —Miró a Ymara con los ojos brillantes y una media sonrisa.

Perenite dudó, pero debía conocer lo bastante a su nieta como para saber que no iba a cambiar de parecer.

—Tú sabrás, condenada niña —gruñó. Miró alternativamente a Miles e Ymara—. Seré franca. Aunque os la fabriquemos, sabéis que a estas alturas puede que estén todas muertas, ¿verdad?

Miles tragó saliva.

—La esperanza es el último hilo que hay que cortar.

Perenite suspiró, se encogió de hombros y murmuró para sí misma.

—La edad me está haciendo una blanda.

38

El sudor le corría por la nuca mientras asestaba estocadas a uno de los fardos de paja instalados en la zona de entrenamiento del Orbe de Fuego.

«Besaría la oscuridad por ti mil veces».

El derechazo de la espada tajó la parte inferior del fardo y las briznas de paja se esparcieron sobre sus pies. Con la furia aún hirviente en las venas, Mirah era incapaz de olvidar los retazos de aquel momento de la noche anterior.

Aún notaba la calidez de los labios de Fury sobre los suyos. La exigencia de su lengua reclamando su sabor. Se había dejado llevar por esas primeras sensaciones, mezcla de sorpresa y curiosidad. Después de tantos años juntos, el contacto íntimo había sido extraño, aunque agradable. Sus brazos fuertes, el torso atlético y el olor a madera que siempre desprendía. Había sentido que su corazón bombeaba por un ramalazo de deseo, de ganas de escapar de toda aquella vorágine de sucesos, de escapar de ella misma y de lo que era.

Podría haber acabado enlazada entre sus piernas llegando a un clímax que le daría un momento de paz y de alivio. Pero la parte fría de su cabeza la había obligado a pensar al notar el anhelo bajo las capas del deseo. Supo que Fury la amaba en ese justo instante. Notó la fuerza de su sentimiento y cómo este se adueñaba de su corazón para hacerlo latir más deprisa. ¿Es ese el latido que había notado más de una vez? ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Y ella? ¿Qué sentía ella? ¿Era lo mismo que sentía por Daval? Ceder al placer físico dadas las circunstancias no era justo para ninguno.

Con el batir de todas esas dudas, quiso parar. Y, luego, todo se volvió gris. Las manos de Fury desnudándola a tirones. Su tacto salvaje y duro. Y la mirada hambrienta de sus ojos verdes, oscurecidos de repente. Había intentado violarla.

Volvió a asestar un par de ataques a la paja, como si cada movimiento le sacara veneno del interior. Podrían haber hablado, encontrado un punto en común donde esa tensión se relajara, pero, tras ese intento de forzarla, supo que su orgullo jamás podría perdonarle. Esa actitud estaba tan fuera de lugar en Fury… ¿Se había dejado llevar por la rabia por su rechazo? ¿El orgullo herido era motivo para actuar así?

«No busques un motivo a una traición».

Y era cierto. No había justificación.

En la sociedad de Trisar no se contemplaba el acoso ni la violación. Tanto hembras como machos habían sido castigados ante conductas semejantes por orden de su padre. Y, aun así, Mirah sospechaba que sus métodos serían mucho más *amables* que los de Perenite, quien reinaba con tanta dulzura como crudeza.

¿Por qué diablos lo había hecho?

Había visto sus facciones desencajadas al separarse de ella. Pánico, vergüenza y tristeza. Como si hubiera una faceta de sí mismo que repudiara lo que había intentado hacer.

Recordó su carácter taciturno y extraño de las últimas semanas, que en el viaje hasta allí se había acentuado incluso más. Una chispa se encendió en su cabeza. ¿Podía ser que…? No, lo desechó entre esa miríada de pensamientos. No se veía con la claridad mental para encajar esa pieza que le faltaba.

Ambos se habían evitado durante todo el día, incluso en las comidas. Y prefería que fuera así unos días, hasta que pudiera aplacarse. Se limpió el sudor con la manga. Qué bien le vendría uno de esos comentarios mordaces de Daval para distraerse. Pensar en el silfo le hizo morderse el labio con fuerza. Demasiados días habían pasado. El camino de Trisar hasta Taman era mucho más largo que partiendo desde Tefalén. Hizo un repaso mental para deducir que Rowel y él ya deberían estar de vuelta. ¿Los habrían interceptado un grupo de asys? ¿La población de Tefalén no los había creído?

Sabían que era una misión arriesgada, pero entendía sus motivos para intentar salvar a la población del egoísmo de Cirae. Aún le parecía impensable que alguien pudiera encerrar tanta crueldad en su corazón, pero su cabeza le recordó a Samalek.

Ahora entendía ese desprecio que la difunta Emerit le había profesado siempre. Nunca había podido verla como una hija y, con toda seguridad, se había esforzado en ello durante toda su vida por el

amor hacia Edur. Debía de haberle querido mucho para aguantar cargar con la hija de otra hembra. ¿Sabía Emerit quién era su verdadera madre? ¿Se lo contó su padre?

La verdad en labios de Perenite había provocado una explosión de emociones. Saber que había una parte oscura en su interior la aterrorizaba al principio. Pero, ahora, digerido un poco más, debía confesar que sentía cierta fascinación por sus orígenes. ¿Qué era ella en realidad? ¿Era más alux o más demonio? Quizá su deseo constante por dominar la espada era un reflejo de la violencia del carácter de Samalek. Quizá la necesidad de justicia era un vestigio del de su padre.

—Hola.

La vocecilla de Quera la sobresaltó. Se había acercado tan silenciosa que ni había reparado en su presencia. La miraba mesándose una trenza rubia con la mano y la boquita torcida hacia un lado. Sus ojos estaban húmedos y brillantes.

—¿Has estado llorando?

Ella asintió.

—Echo de menos al señor Rowel.

Mirah suspiró y apoyó la espada contra el fajo de paja que aún no había destrozado. No sabía qué palabras usar para consolar a la pequeña cuando ni tenía palabras para sí misma, así que se arrodilló y abrió los brazos:

—Ven aquí.

Ella aceptó el abrazo y la apretó con sus manitas por detrás del cuello.

—¿Y si no vuelve nunca? Quiero mucho al señor Rowel —dijo con voz triste—. Y a usted también, reina Mirah. —Añadió con la cara escondida en su pecho—. Y al señor Tomen, porque me cuenta muy buenas historias. Y a la señora Ymara, que es muy guapa y me lleva a dar paseos. Por fin tengo una familia desde hace muchos años y quiero conservarla.

Mirah le acarició la cabeza, conmovida por sus palabras. De pronto, sintió que sus dudas con respecto a sí misma se evaporaban como una nube oscura sobre su cabeza. Ella era Mirah, y nada más. Y, si alguien como esa renacuaja de corazón puro podía quererla, ella también podía quererse a sí misma, fuera la hija de quien fuera.

—¿Pero sabe a quién quiero más, señora Mirah? —continuó la spirit en voz baja, como quien comparte un secreto—. Al señor Fury.

Porque siempre ha cuidado de mí. Es el spirit más valiente y bueno que conozco.

No pudo evitar fruncir los labios y su mirada se ensombreció, porque estaba de acuerdo. Si había seguido siendo inseparable del herrero tantísimos años era por lo mucho que admiraba ese corazón noble que encerraba su pecho. Quera le preguntó si la acompañaba a cenar, y ella suspiró, derrotada. Necesitaba algo de alimento para alejar todos esos negros pensamientos.

Las dos se alejaron hacia la entrada de uno de los corredores para salir de la zona de entrenamiento. No advirtieron la presencia de quien las había estado espiando, escondido en las sombras de una esquina. Si lo hubieran hecho, habrían notado que sus ojos, antes de un verde lustroso, ahora habían perdido los últimos vestigios de color para volverse completamente negros.

39

La batalla con Cirae y sus hombres había dejado muchos muertos entre humanos, blemios y algún spirit. La labor de Daval había sido decisiva para conseguir la victoria, pues, una vez calcinada la reina, la lealtad de sus soldados se evaporó igual que sus expectativas de recibir más oro por su parte.

Había echado un vistazo a los cuerpos del suelo con los puños apretados al ver más vidas inocentes perdidas por la obstinación de su difunta madre. Aún se podía ver la silueta ennegrecida en el suelo, pero no sintió culpa alguna, como si un velo se hubiera instalado en su alma, ya de por sí oscura. Cirae y él habían llegado a ese punto sin retorno en el que, o bien ella lo mataba a él, o él la mataba a ella. Intentó hacer memoria para recordar algún momento feliz, pero no lo encontró, todo fue un amasijo de escenas de reproches, castigos y duras miradas que le secaron la garganta y le hizo fruncir los labios.

Perdido en sus pensamientos, no había percibido la presencia de Woquened que, junto al resto de la antigua fuerza militar de Tuso, había apresado a los soldados con el símbolo Wicker.

—¿Qué hacemos con ellos?

La pregunta de Woquened lo pilló por sorpresa.

—¿Y quién soy yo para decidir eso? —preguntó con brusquedad.

Woquened ignoró su tono y, alzando una ceja, señaló al campo que se extendía ante ellos. Sus soldados ayudaban a las personas heridas a montar en los carros y apilaban los cuerpos a un lado del camino.

—Creo que el único con potestad para hacerlo por aquí —soltó el general, mesándose la punta del bigote—. Muchacho, me temo que, sin querer, te vas a quedar al mando.

Daval meneó la cabeza con rapidez.

—Ni hablar. El cargo es tuyo.

Woquened esbozó una sonrisa, aún con la cara salpicada de algún resto de sangre. Era la primera vez que lo había visto reír desde la batalla y el asesinato de Rowel.

—¿De un viejo cascarrabias? —Se cruzó de brazos—. Oh, vamos, no te conozco demasiado, pero creo que has demostrado tu valía de sobra hoy, y los tefalinos necesitan a un líder en el que poder confiar.

Daval torció la boca.

—¿Me lo dice el mismo que no confiaba en mí al principio?

Woquened se encogió de hombros y envainó la espada con un movimiento fluido. Su cara y su barba estaban llenas de polvo, pero veía la mirada sabia de sus ojos.

—Si Rowel confiaba en ti, con eso me basta y me sobra.

Le dio una palmada en el brazo, un pequeño gesto para demostrar la afección que ambos compartían. El cadáver de Rowel, reducido a pedazos, ni siquiera podía enterrarse para gozar de un descanso eterno en paz.

—Muchacho, tú y Rowel lo habéis dado todo por una panda de desconocidos —continuó el humano—. Podríais no haber venido hasta aquí y continuar con los alux hasta Taman, pero no. Esa capacidad de sacrificio es lo que le falta a la mayoría de los que se autodenominan reyes. Permíteme un momento. —Llevado por un impulso, el general carraspeó y alzó un puño para hablar frente a todos. Varias cabezas se giraron hacia él entre la multitud.

—Hoy hemos roto las cadenas de un destino mortal para Tefalén —gritó—. Hemos derramado sangre y hemos perdido vidas para poder decidir. Como tefalino y guardia real durante toda mi vida, ¡estoy harto de servir sin elegir! —Señaló a Daval—. Todos habéis oído rumores sobre él, pero, hoy, Daval Wicker, silfo e hijo de Cirae, ha peleado contra su propia madre con el único fin de salvarnos. —Un murmullo general se levantó en el ambiente nocturno a la luz de los fuegos—. ¿Y qué puede decir un viejo soldado como yo ante eso? Por la memoria del valiente Rowel, ¡propongo que sea nuestro líder! ¡Daval Wicker!

El discurso ensalzado del general hizo que el silfo enrojeciera y negó con la cabeza hacia todas las cabezas curiosas que se levantaban entre las hogueras y que cada vez eran más numerosas. Todos guardaron silencio, pero hubo alguien que se adelantó. Daval reconoció en él al hombre calvo de la taberna, sintió un pinchazo de alegría al ver que había sobrevivido.

—¡Su madre lo encerró en un calabozo por contarnos la verdad! —gritó ante todos.

Alguien se situó junto a él y le palmeó el brazo. Al girarse, Daval reconoció al viejo Trebur y a su nieta, la pequeña Lily. Le pareció que hacía siglos de aquel encuentro en la casita ajada bajo el árbol, esa que había iniciado el camino final hasta Tris. Aún sorprendido, oyó que el anciano levantaba la voz:

—Hizo todo lo posible por salvar a su pobre hermana, a pesar de que le advertí que no lo hiciera —dijo—. Es uno de los pocos de esta nueva generación que ha visto el mal a la cara y quiere protegernos de él. ¡Tiene todo mi apoyo si puedo servirle!

Unas cuantas voces más se unieron a un despliegue de lealtad que jamás hubiera imaginado, hasta que varios puños se alzaron en el aire entre gritos exaltados en aquel campo de muertos. Con la silueta de la antigua reina aún presente, alguien sugirió en voz alta que fuera su rey. Fue lo máximo que pudo soportar, y el cielo, que su estado anímico había hecho imposible despejar de densos nubarrones, tronó suavemente.

—¡No quiero ser el rey de nadie! —gritó por encima de sus voces. Miró a Woquened, quien le devolvió una sonrisa divertida y se encogió de hombros confirmando sus primeras palabras—. No estoy hecho para eso.

—Pues no lo seas —dijo el hombre calvo a él y a la multitud, con unas dotes de orador que no le habría imaginado en un principio—. Solo sé nuestro líder, un compañero para afrontar los malos tiempos que se avecinan. Por el momento, puedes ser nuestro señor.

—¡Nuestro Señor del Rayo! —gritó la pequeña Lily contagiada por el ambiente general.

El murmullo excitado de los allí congregados se extendió como una oleada hasta que, con las manos en alto, los mismos que habían despreciado a Cirae lo coreaban sin cesar con un título que no había pedido.

—¡El Señor del Rayo! ¡El Señor del Rayo! ¡El Señor del Rayo!

Woquened y los soldados se unieron a ellos en un grito coral que le erizó el vello del cuerpo al completo. Todas aquellas personas necesitaban creer en algo, necesitaban confiar en alguien, y lo habían elegido a él. Abrumado por todo un cúmulo de sensaciones, tristeza y rabia por las muertes de sus amigos, algo nuevo se instaló en él: la esperanza por la vida.

«La señorita Ventisca está muy orgullosa de ti, Señor del Rayo», se imaginó la voz dulce de Tris diciéndole con una sonrisa socarrona. Y cuánto deseó abrazarla un instante.

Una leve llovizna cayó, fruto de su estado de ánimo y, mientras el resto seguía con su coro, levantó la vista al cielo. Disfrutó del espectáculo de los nubarrones un instante, hasta que su expresión se hizo seria al divisar una figura oscura entre las nubes. Pestañeó al pensar que había sido fruto de su imaginación, pero entonces vio varias figuras más.

Siguiendo su mirada, la población calló y sus gritos fueron sustituidos por murmullos de terror. Un grupo de siluetas con alas negras se entremezclaban con las nubes. Alguno de ellos bajó la cabeza para observarlos, pero no hicieron ademán de pararse, siguieron volando con el batir de sus alas oscuras camufladas como manchas entre los nubarrones. Hacia el norte.

—¿Son asys? ¿Asys alados? —preguntó Woquened sorprendido.

Daval asintió con los labios fruncidos. Su cabeza funcionaba a toda velocidad.

«Demonios. Llaves. Mirah».

—Van a Taman. —Y decirlo en voz alta hizo que una mano invisible le estrujara las entrañas.

Woquened abrió los ojos.

—Y ¿qué hacemos ahora? No podemos llevar a toda esta gente justo al lugar a donde van esas bestias.

Daval tragó saliva antes de hablar.

—No, no podemos —dijo pensativo antes de cruzar la mirada con él—. Cambio de planes, id hasta Luguv, en la frontera con Trisar, y refugiaos ahí hasta recibir mi aviso. —Se acercó para coger un caballo y montó rápidamente.

Woquened le cogió las riendas para frenarlo.

—¿Y tú dónde vas?

—Hay mucho que perder allí. Tengo que intentar evitarlo.

Sus palabras encerraban mucho más de lo que quería, pero no daban lugar a más preguntas.

—Voy contigo —dijo el humano.

—No. Me retrasaréis.

—Muchacho, estoy viejo, pero puedo espolear a un caballo sin caerme si es lo que te preocupa.

—No, Woquened. —Miró las caras de los cientos y cientos de

personas allí congregadas—. Esta gente ya ha sufrido demasiado. Ocúpate de que lleguen con vida hasta Luguv o nada de esto tendrá sentido.

Él frunció los labios y alzó una ceja antes de decir:

—Para no querer ser un líder, actúas como tal.

No tardó en dar órdenes para organizarlos a todos. Su carácter recio y decidido le recordó mucho a Rowel, y un nudo en el pecho le hizo echarlo de menos. Espoleó a su caballo y salió disparado. La gente lo vio marcharse, muda de asombro, entre la incomprensión y el respeto. Daval hizo soplar una corriente de aire para ayudar al caballo a correr más rápido, y, aun así, no le parecía suficiente.

Al menos partía con la ventaja de conocer el camino, pues Morty y él habían recorrido aquel trecho cuando buscaban a un ladrón humano que se había escondido en las tierras de los tálpidos unos cuantos años atrás. Si mantenía un buen ritmo de trote y tomaba el antiguo sendero entre los cañones de las Rocosas, podría llegar al amanecer, incluso antes.

Tragó saliva. Todos esos pensamientos eran parches para enmascarar la verdad. Había pocas posibilidades de que llegara a tiempo. Azuzó al caballo y, por primera vez en su historia, se lamentó de no ser un alux y tener alas para llegar a su destino.

40

Ymara contempló las habilidosas manos de la salamantina, que trabajaban en la fragua.

Con el cabello oscuro recogido en diminutas trenzas, la hembra que Rachana le había presentado como Ashae manipuló el metal con los mismos dedos. Su resistente piel hacía innecesario el uso de guantes ni de otro elemento protector, y trabajaba allí, con su escueto conjunto rojo de dos piezas, igual que si estuviera tomando un té en pleno Diablo Espinoso.

Ashae sacó el metal enrojecido para calcular la temperatura.

—Está casi listo —anunció.

Rachana sacó entonces de un fardo de tela un frasco de cristal transparente. El resplandor dorado del mantra de esencia aharí iluminó la estancia con una luz propia y extraña. Ymara no pudo evitar abrir la boca. Movida por la curiosidad, había insistido en acompañar a Rachana para ver el proceso de forja de un arma de aquellas características.

—Bien, dámelo —dijo Ashae y levantó una ceja—. ¿Estás segura de que…?

—Segurísima. A trabajar, lagarta —la cortó la otra.

Ashae se encogió de hombros y le dedicó una mirada pícara antes de que ambas compartieran una sonrisa que a Ymara le escoció. Frunció el ceño. Ni hablar, compartir unos ratos en el lecho junto a ella no le permitía sembrar ese gesto de posesión. Pero, cuando Rachana posó sus amarillos ojos sobre ella y le acarició la parte baja de una de las alas, no pudo evitar sentir una calidez burbujeante en el estómago.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ymara asintió. Ese tono dulcificado también la desquiciaba. La salamantina le había dejado claro que no quería compromisos, pero,

encaprichada por su nueva conquista, parecía decidida a dejar huella en ella en poco tiempo.

Ashae hizo oídos sordos a sus carantoñas y dedicó una mirada al libro abierto de par en par sobre la mesa. Le hizo un gesto a Rachana para que le acercara el frasco y asintió.

—Espero hacerlo bien —dijo—. Sé que mi madre fue una de las principales forjadoras en la época oscura, pero de ahí a heredar sus dotes hay un buen trecho. Yo soy más de hacer lanzas, jabalinas y cuchillos sencillos, pero, en fin.

Ashae siguió murmurando para sí mientras abría el tarro de esencia. El brillo se hizo aún más acusado e iluminó las pieles escamosas de las salamantinas, dotándolas de un aspecto casi irreal. Sacó el metal de la fragua ya con su forma definitiva, que ahora despedía un color azulado, y lo posó sobre una losa de mármol, recubierta con tierra arenosa con motas brillantes.

—Es arena de nuestra tierra —informó Rachana antes de que ella preguntara—. Sus capacidades mágicas la hacen perfecta para trabajar sobre ella. Actúa como un campo de energía para que ninguna mota de esencia se escape en el proceso.

Ashae vertió poco a poco la esencia por la hoja y, con suma ceremonia, la extendió con los dedos para impregnar cada fibra del metal sin que se desperdiciara una pizca. La espada adquirió un brillo dorado y ella le dio la vuelta para repetir el proceso por el otro lado. La caricia de sus dedos era tan suave y sensual que la alux casi sintió que eran un par de espías viendo una escena íntima. Permanecieron en silencio, sin apenas respirar, por miedo a que un gesto desvaneciera la magia del momento. Una vez convertida en una hoja casi de oro líquido, la hembra la sujetó por el pomo y la volvió a introducir en la fragua.

Ymara contuvo el aliento hasta que volvió a sacarla tiempo después. Ashae tomó una piedra negra y porosa y comenzó a afilarla con destreza, pasándola una y otra vez sobre los bordes. Una vez pulida, les hizo un gesto para que se acercaran. El arma, una espada corta de mango trenzado, despedía un halo dorado por toda la hoja. Rachana soltó un gemido.

—Y ahí van tres años de mi vida. Espero que el novio imbécil de tu hermana sepa utilizarla.

Ashae la metió con cuidado en una cubeta para atemperarla y se frotó las manos. No dudó en recoger una gota de esencia que había

quedado sobre la mesa y chuparse el dedo.

—¡Ehh! —se quejó la pelirroja.

Ashae se encogió de hombros.

—Un regalo por las molestias, ¿no?

De pronto, un tañido reverberó en el ambiente.

Las dos salamantinas se miraron e Ymara notó como se le encogía el corazón, al recordarle el sonido metálico de alarma que había hecho sonar Miles cuando los demonios comenzaron a invadir Trisar. Ashae frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—¿Una alarma? Seguro que un par de idiotas la habrán liado en el mercado otra vez —dijo en tono cansino—. Espero que no me toque en el grupo de limpieza de mañana. Me da que se van a comer la faena de quitar las manchas de sangre.

Sin embargo, al poco, al primer sonido le siguieron otros pequeños tintineos metálicos, a niveles superiores e inferiores a donde estaban. Colándose entre los recovecos del volcán, un coro que parecía comunicarse entre sí. Eso sí hizo que la piel del rostro de Rachana se pusiera de un verde mucho más claro.

—Debe ser algo gordo —dijo la salamantina y, en un impulso se acercó a coger la espada humeante recién forjada—. Vamos.

Las tres salieron del taller, una cueva pequeña a un par de niveles sobre el Diablo Espinoso, para descender la escalera con rapidez. Llegaron a la zona de entrenamiento, donde había un gran número de gente congregada. Ymara advirtió que unos cuantos salamantinos guiaban hasta la zona a parte de la población llegada de Trisar.

Vio las alas negras de Mirah incluso antes de que esta la viera y se dirigió hacia allí. Junto a la reina estaba Miles, y a su espalda Tomen, que tenía a la pequeña Quera cogida de la mano.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mirah a Rachana.

Ella se encogió de hombros, tan descolocada como la alux, y un intenso olor a quemado impregnó el ambiente, justo cuando Perenite descendía por la escalera. Las plumas rojas del cinturón que ceñía su vestido de cuero marrón se mecieron. Su andar elegante y fiero la llevó a hablar con un grupo de salamantinas con pinta de guardianas. La vieron gesticular con ella antes de dar órdenes y levantar la vista a la multitud allí congregada hasta divisarlos.

—Hay varios focos de incendio en este nivel y en los colindantes por arriba y abajo —anunció cuando llegó hasta ellos. Dirigió a Mirah sus ojos amarillos, la cual parecía perdida en sus pensamientos—.

Como medida de seguridad, te trasladaré a la zona subterránea, querida. —Parecía visiblemente preocupada y su cara de rasgos dulces estaba en tensión.

Mirah negó con la cabeza.

—No, voy a quedarme por si…

—Nada. Tú bajas. Ya.

El tono de Perenite era punzante y no admitía discusión. De pronto, sus cientos de años parecieron dominar la situación a pesar de que ambas reinas se clavaron la mirada la una en la otra. Mirah supo que no iba a ganar esa batalla de determinación, así que señaló a Ymara, Quera y Tomen.

—Ellos vienen conmigo.

Perenite asintió. Una tensión se había instalado en sus ojos ambarinos. Miles se adelantó y miró la espada que Rachana aún llevaba en la mano en una pregunta muda. Ella se encogió de hombros para dársela y él la cogió, sus dedos parecieron pelarse un poco ante el calor aún presente en el metal.

—Iré con ellos, por si acaso —anunció el comandante.

La reina lo miró como si dudara de que pudiera ser un escolta lo bastante hábil y le dio un toquecito a su nieta en el hombro.

—Tú también vas. Condúcelos hasta la última poza y ocúpate de que no salgan de allí abajo hasta que averigüe qué ha pasado, ¿entendido? —Intentó hacer sonar su petición con un tono despreocupado, pero Ymara notó que también era una forma de conseguir que su nieta estuviera protegida y alejada de lo que sea que estuviera pasando. Rachana no discutió y solo le dirigió un gesto de asentimiento a su abuela.

Un humo negro comenzó a impregnar el ambiente mientras la pelirroja, con Llamas sobre su hombro, los conducía con destreza por las galerías de piedra roja hasta una de las *desplazadoras*. Con ayuda de otra salamantina, manipuló las poleas mientras todos subían a la plataforma y comenzaron a descender. Rachana se despidió de la otra salamantina con un gesto de la mano.

En el nivel inferior, una bocanada de humo les reveló una pequeña parte de la ciudad comida por unas llamas rojas. Había gritos y órdenes susurradas entre el crepitar del fuego, mientras intentaban apagarlo en una perfecta formación de figuras cargadas con cubos de agua.

Conforme bajaban, el espectáculo de los siguientes niveles fue

similar, pero en el cuarto nivel solo vieron un aluvión de caras entre el humo que se asomaban por el agujero de la *desplazadora* con el fin de atisbar algo de lo que ocurría. Y, luego, silencio. El descenso hacia la parte más recóndita del Orbe de Fuego pareció sumergirlos en un universo diferente a la agitación del Diablo Espinoso.

—Si son focos diferentes, es evidente que han sido provocados —dedujo Tomen antes de mirar a Rachana—. ¿Es algo común por aquí?

La pelirroja se mesó la trenza con un resoplido.

—¿Qué os creéis que somos unos salvajes pirómanos? Somos un poco intensas en nuestras emociones. —Se encogió de hombros e Ymara no tuvo duda alguna de que era verdad. Ella continuó—: Pero pocas veces acaban en incendio, spirit. Somos más de arreglar las cosas a puños y no prendiendo fuego a la cueva del que nos caiga mal. —Se rascó un punto en el brazo—. ¿Y si ha sido alguno de los vuestros? Desde que llegasteis no hacéis más que provocar distracciones.

—¿No estarás insinuando…? —Tomen sacudió la cabeza ofendido.

El humo era menos acusado conforme bajaban, pero una especie de neblina hacía difícil verse incluso los unos a los otros. Mirah, que había estado muy callada, se tensó junto a Ymara.

—No puede ser —dijo en voz alta más para sí misma que para el resto.

—¿Qué no puede ser? —preguntó la salamantina a su lado.

La reina tenía el rostro desencajado. Se llevó una mano a la sien y se mordió el labio. Sus ojos se abrieron como si hubiera visto la claridad de algo que hubiera estado en las sombras.

—Ha sido Fury.

La determinación en esa declaración cogió a todos por sorpresa.

—¿Qué? —se mofó Rachana—. ¿Ese spirit? ¿Acaso te has golpeado la cabeza, alitas negras?

Pero ella comenzó a hablar de forma atropellada. Cada una de sus palabras despertó aún más las alertas de cada partícula del cuerpo de Ymara.

—Oh, claro, él intentó decírmelo… y jamás habría… ¿Cómo he podido ser tan estúpida? —Se volvió a llevar una mano a la sien y arrugó la frente—. ¡Son ellos! ¡Están aquí!

Todos se quedaron en un silencio sepulcral en el que solo se oía el crujir de la madera al bajar por el inmenso agujero. Ymara supo de inmediato a qué se refería y, antes de que alguno lograra preguntarle,

una llamarada de fuego prendió las cuerdas de una de las poleas, que se pelaron en cuestión de segundos. La plataforma trastabilló sobre sí misma y los hizo rodar al soltarse de uno de los lados. Ymara solo atinó a coger a Rachana y desplegar sus alas antes de que la estructura se precipitara a la negrura del abismo.

41

El humo hizo toser a Mirah y, con Quera cogida en brazos, aleteó para esquivar los restos de la plataforma, reducida a una masa de tablones llameantes entre las rocas más profundas de las Rocosas de Aharí. Se dejó caer por delante, justo a la entrada de la cueva, y manoteó para intentar hacer el aire más respirable por el humo. A su lado vio a Ymara y a Rachana tiradas en el suelo, ilesas e intentando tomar aliento. Entre las llamas, Miles forcejeaba con el cuerpo de Tomen, hasta que consiguió ponerlo a salvo fuera de las llamas y lo dejó tendido en la piedra.

—Yo… —jadeó—. No he podido sujetarlo a tiempo, se me escapó de entre las manos.

—Está vivo —dijo Ymara tras acercarse y tomarle el pulso. Le dio un par de palmaditas en la cara y el spirit reaccionó y se llevó una mano a la cabeza antes de sentarse.

Mirah no les prestaba atención. El coro de voces había vuelto con fuerza otra vez. Casi había olvidado esa sensación de presión y de cortarle todo pensamiento racional. Ahora que sabía que una mitad de la sangre que corría por sus venas pertenecía al otro lado, entendió por qué los oía desde el principio. Era una mestiza y, como tal, podía oírlos, aunque no entenderlos del todo. Sin embargo, entre aquellos sonidos indescifrables hubo una palabra que no se le escapó: «Spirit».

Y, como las piezas sueltas de un rompecabezas, todo se acopló, por mucho que quisiera que la solución fuera otra. Al girarse, le pareció ver una sombra perfilada al fondo de la cueva. Todo era una trampa, una trampa del céfiro que poseía a Fury. ¿Desde cuándo?

—Estad atentos a vuestro alrededor.

Ninguno se atrevió a decir nada más. Miles y Rachana se colocaron en primera posición con las armas preparadas y caminaron hacia adelante. Mirah sacó su espada, aunque había tenido la

prudencia de llevarla, sabía que su hoja sería inútil para el enemigo al que se enfrentaban. Se sorprendió al ver que todas las antorchas estaban apagadas, y, aun así, el resplandor los cegó al introducirse en la gran cueva del lago dorado. Quera soltó una exclamación de sorpresa al verla.

Todo estaba en silencio. Uno de esos silencios que ponen los pelos de punta. Miró a su alrededor, pero fue incapaz de ver a nadie entre las sombras que conducían a las otras pozas secas de esencia. Las voces se intensificaron en su interior y, de repente, el sonido inconfundible de un aleteo les hizo girarse a mirar por donde habían venido. La silueta alada de dos asys penetró en la cueva de esencia aharí y el resplandor dorado iluminó sus alas negras y su piel grisácea.

—¡Alejaos con la niña, Ymara! —chilló Rachana, y ella y Miles se apresuraron a colocarse por delante. Mirah intentó no pensar de dónde habían salido aquellos asys provistos de falanges mientras veía cómo se lanzaban cada uno respectivamente contra Miles y la salamantina. Como si tuvieran estudiados cuáles eran sus objetivos.

Los demonios iban armados, y aquellas falanges, que Mirah comprobó que eran casi idénticas a las suyas propias, les daban una agilidad impresionante. Uno de los asys derribó a Miles aleteando con fuerza y mandándolo contra la pared de roca. El comandante se levantó y se elevó para acercarse y lanzarle un par de estocadas que el demonio esquivó sin problema. Iniciaron una pelea en el aire, donde Miles intentaba contener los golpes.

Por debajo de ellos, la salamantina se levantó del suelo con un impulso de las piernas tras haberse zafado del agarre del otro demonio. Con un giro en torno a la cintura, envió una estocada contra el asys. La hoja dorada de la lanza le pasó rozando por el pecho justo antes de que este se moviera hacia un lado.

Los asys, aunque fieros, no parecían muy diestros en el uso de las armas. Mirah apretó los dientes dispuesta a unirse a la lucha, pero no podía dejar al resto sin ninguna protección. En el aire, el demonio agarró a Miles por los hombros y le asestó un cabezazo. El alux meneó la cabeza, aturdido, pero aprovechó el instante para agarrarle y forcejearon entre sí. El comandante le clavó la espada en el pecho. La esencia dorada del arma recién forjada pareció cumplir su propósito y los dos se precipitaron al suelo. Tras un jadeo por el impacto, Miles retiró la hoja de la espada cubierta de sangre negra del cuerpo inerte del demonio, despacio, como si aún pensara que este se volvería a

alzar.

Con un giro, Rachana ya había desarmado a su contrincante, quien esquivó otro envite de la salamantina, llevándose un tajo en la pierna. Ella saltó y se encaramó a una de sus alas con destreza, justo iba a clavarle la lanza por la espalda cuando la fuerza salvaje de una ráfaga de fuego la hizo caer.

Antes de que Mirah pudiera girarse para ver de dónde había venido la llamarada, una figura salió de entre las sombras, se abalanzó sobre ella y la desarmó. Mirah jadeó cuando notó el cuerpo grande que la sujetaba por la espalda. El filo amenazador de su propia espada le acarició la garganta. No le hizo falta verlo para confirmar sus sospechas.

—Quietos o está muerta.

Su voz no había cambiado y, aun así, la sintió más lejana que nunca con aquel tono gélido. Todos los pelos del cuerpo se le erizaron al comprender qué exactamente había intentado tocarla noches atrás.

Rachana se incorporó del suelo. Toda la piel de su espalda se había arrugado como un papel, allí donde el fuego había impactado. El asys alado, cerca del techo de la cueva, los sobrevolaba sin quitarles la vista de encima. La salamantina enseñó los dientes y se lanzó a correr hacia Fury, pero él chasqueó los dedos de una mano y una bola de fuego se materializó sobre ella con tanta facilidad como tomar aliento. Pero no la lanzó contra ella, sino que el proyectil se cernió cerca del lugar donde estaban Quera, Tomen e Ymara. Se tiraron al suelo para esquivarlo apenas por un pelo.

—La próxima no fallaré, salamantina. —Fury les hizo un gesto con la cabeza a ella y a Miles y ordenó con un tono profundo—: Las armas, al suelo.

Pero ambos se miraron, reticentes.

—He dicho al suelo. —Fury apretó más la espada contra su gaznate—. Y cinco pasos atrás.

Hubo un instante de vacilación, pero, cuando el spirit clavó más el filo punzante y Mirah soltó un gemido al brotar algunas lágrimas de sangre, las armas cayeron al suelo con un tintineo metálico.

—Bien. —Era Fury y, al mismo tiempo, no lo era—. Habéis hecho exactamente lo que pensábamos. ¿Qué mejor lugar que este para proteger a la reina? En el fondo todos sois unos necios. —Su pecho vibró con su risotada mordaz y ella notó su aliento acariciarle el oído al susurrarle—: Podríamos haber pasado un momento delicioso juntos

la otra noche, tanto él como yo lo deseábamos tanto… Lástima que ya no haya tiempo. —Mirah casi sintió el gemido asqueado de Fury en alguna parte de aquella cáscara y el céfiro siguió—: Ha sido decepcionante lo poco que me ha costado dominar su poder, igual que lo he dominado a él.

—Lo dudo.

Por mucho orgullo que vistiera su tono, supo que Fury habría peleado con uñas y dientes y que no habría sido, ni mucho menos, tan fácil. Se revolvió y él afianzó los brazos en torno a ella. Notaba todos y cada uno de los puntos en que sus cuerpos se rozaban y cómo el pulso se aceleraba.

Él se retiró de su oído para alzar la voz.

—Salamantina, ven aquí.

Rachana abrió los ojos ante la orden.

—Oblígame.

Aquello pareció divertir al demonio que, con un gesto de la mano, no dudó en materializar unas llamas que lamieron los pies de Ymara. La alux gimió e intentó retroceder hasta la pared.

—Para. —Rachana gruñó con un bisbiseo de su lengua bífida. Después frunció los labios y se acercó.

—Buena chica —susurró Fury con una mueca y señaló el lago—. Ahora, adentro.

Ella alzó una ceja entre las escamas de piel.

—¿Qué?

—¿Piensas hacerte la estúpida? Vamos, no tengo tiempo. —Movió un dedo. Quera gritó al aparecer otra lengua de fuego a sus pies.

—¡No sé de lo que me hablas, spirit! —chilló la salamantina con los ojos brillantes. Esta vez en su voz no había más que un rastro de desesperación.

—Quiero la llave del fuego —espetó Fury—. Y sabemos que Perenite la escondió al fondo de la poza. Tráemela. Ahora.

Rachana frunció el ceño. Era evidente que no sabía de lo que le estaba hablando, pero Mirah sí que lo sabía. Y, por supuesto, Fury y ese invasor también. Ambos habían estado allí cuando la reina salamantina les contaba aquella historia. Si hubieran sabido…

—¿Cómo sé que no los vas a matar mientras estoy ahí abajo? —repuso Rachana.

—No lo sabes. Pero puedes verlos sufrir durante un buen rato si es lo que prefieres.

Sus miradas pugnaron entre sí, al final, la salamantina suspiró y meneó la cabeza. Sin mediar palabra, se acercó a la orilla del lago donde el resplandor dorado pareció iluminarle cada escama de la piel. Se despojó del vestido, que cayó a los pies de la roca. Desnuda, dudó un instante.

—¡No, no lo hagas, Rachana! —se revolvió Mirah.

Pero ambas sabían que no tenían mucha más opción. Allí, en las entrañas del volcán y con las distracciones de los otros niveles, sería demasiado tarde cuando las otras guerreras llegaran. Mirah notó el suspiro en los hombros de la salamantina para infundirse fuerzas. Y, luego, alzó las manos para tomar impulso y se zambulló de cabeza.

Volutas de humo dorado brotaron de la superficie líquida y su figura se perdió en unas ondas lánguidas entre las burbujas hirvientes. El aroma a azufre de la sala se intensificó al remover los vapores de la sustancia.

Fury aprovechó para hacer reptar sus dedos de la mano libre por el cuello de Mirah sin bajar la espada. Como si quisiera martirizarla, los deslizó, uno a uno, hasta hundir el índice en la línea entre sus pechos. Mirah contuvo el aliento al notar esa calidez fría y oscura. La bilis le revolvió las tripas y vio de reojo la mueca de él cuando sus dedos se apartaron de su piel para aferrar la cadena y dar un tirón. Los eslabones se rompieron y sacó el medallón de su escote. El terror de la verdad la constriñó.

—¿Pensabas que tu querido spirit había salvado la llave del agua aquel día? —le susurró él, acariciando el medallón con los dedos antes de retirarlo de su campo de visión—. ¿Cómo se siente al saber que solo has sido una marioneta más? Todo estaba planeado. —Su risotada le erizó el vello y apretó los puños mientras una rabia desconocida despertaba en su interior—. Menos lo de tu padre. En eso hubo que improvisar. Si hubiera despertado, habría descubierto mi presencia.

Mirah tardó un instante en procesar sus palabras. Pero, cuando lo hizo, el grito reverberó en la cueva como un aullido devastador. La traición y la desesperación se unieron a esa rabia latente en sus venas para explotar. Con una fuerza salvaje, le dio un cabezazo hacia atrás a la vez que agarraba con las manos la espada para apartarla. La hoja afilada le comió la carne de las manos, pero se sacudió, impulsada por el horror, mientras giraba y le daba un codazo en las costillas que le hizo soltar el arma. La sangre manaba de sus manos cuando se agachó para cogerla, pero Fury le asestó un puntapié para alejarla de su

alcance y esta se hundió en el lago dorado deshaciéndose como si fuera ácido.

El asys alado, decidido a intervenir, descendió hasta ellos, pero Miles lo arrolló con un aleteo rápido contra la pared, haciendo que unos cuantos trozos de roca se precipitaran a la poza de esencia. Con Fury forcejeando con Mirah, Tomen usó su poder para atraer hacia él la espada dorada de Miles, que se deslizó sumisa por el suelo hasta que el viejo spirit la empuñó y se abalanzó sobre Fury.

El céfiro se giró al sentir el tajo en la espalda y le lanzó a Tomen una llamarada que lo derribó entre lenguas de fuego. Quera e Ymara gritaban. Un olor a piel quemada se unió al olor fuerte de la cueva mientras intentaban extinguir las llamas del cuerpo del spirit.

En suspensión, por encima de sus cabezas, el asys se lanzó contra Miles y cayó sobre él para asestarle un puñetazo salvaje. El comandante no tuvo tiempo de reaccionar mientras el demonio le asestaba un golpe tras otro. Con la fuerza de las voces relegada a un segundo lugar en su cabeza, Mirah se levantó y, jadeante, se enfrentó a los ojos negros de Fury. Tuvo que recordarse a sí misma que no era él. Que ese cuerpo marmóreo y ese rostro de mueca vacía solo eran un cascarón de lo que había dentro.

En ese instante, Rachana emergió del lago. Como una figura bañada en oro, se deslizó hacia fuera de la roca y se dejó caer exhausta en el suelo. Su cuerpo despedía vapor y los restos de esencia dejaban ver su piel arrugada y quemada por debajo. Dejó caer junto a ella un cofre pequeño y se desmayó.

Mirah sabía que debía actuar rápido si quería tener alguna posibilidad. Vio de reojo el resplandor de la lanza de Rachana tirada en el suelo y aleteó para cogerla y situarse frente a Fury antes de que cogiera el cofre. Se interpuso con un gesto veloz, pero no estaba acostumbrada a manejar un arma tan larga, por lo que sus movimientos fueron torpes y poco efectivos. Tras un par de ataques, él le arrebató la lanza de la mano y la empujó contra el suelo. Mirah aulló cuando la punta le atravesó una de las alas para inmovilizarla contra la piedra. Un palpitar de todas sus terminaciones nerviosas le desenfocó la visión en diminutas estrellas. El ramalazo de dolor se extendió desde la falange abierta hasta toda su espina dorsal y sintió que perdía toda la fuerza.

El céfiro de Fury aprovechó para acercarse al cofre y forcejear con el cierre. La cerradura se rindió pronto y lo abrió con manos

impacientes. Mirah se mordió del labio de impotencia mientras un resplandor rojizo centelleaba en el ambiente. Giró la cabeza en busca de sus amigos, buscando una salida, *algo* que cambiara las tornas.

Solo una chispa, una simple chispa.

Tomen se había quedado inmóvil tras haber perdido la consciencia con el cuerpo en carne viva. Miles, con la cara convertida en un amasijo de sangre tras los golpes, logró salir de debajo del asys y lo agarró por la espalda para intentar arrancarle una de las alas. Y luego estaba ña gemela alux que permanecía en una esquina con Quera. Las dos alux cruzaron una mirada fugaz y vio cómo Ymara apretaba lo puños. Ambas sabían que cualquier movimiento en esas circunstancias era un suicidio, y, aunque quiso detenerla cuando la vio ponerse en movimiento, supo que sería en vano. Había visto en sus ojos miel el reflejo de la culpa que le devoraría las entrañas si se quedaba sin hacer nada, igual que cuando se habían llevado a su gemela.

No supo si fue el espíritu de Ylara el que la hizo correr, pero Ymara cogió la espada dorada que yacía junto al cuerpo inconsciente de Tomen y se abalanzó sobre Fury. La hoja le abrió un tajo en el hombro antes de que él enfocara en ella sus ojos oscuros. Y, aunque fuera rápida, Ymara no era rival. Al céfiro no le costó doblarle el brazo y arrebatarle la espada. Después, con una rapidez certera, la giró y se la atravesó en el vientre.

El grito desesperado de Miles hizo eco en la cueva, pero ya era tarde. Hubo más gritos, pero Mirah fue incapaz de distinguirlos, pues su propio chillido de horror hizo eco en sus oídos. Una rosa roja de sangre empapó el vestido de Ymara cuando la hoja le salió por la espalda y el céfiro la sacó con un movimiento seco. La alux, con los ojos muy abiertos, se llevó una mano al vientre antes de trastabillar hacia el borde del lago y caer hacia atrás.

Él solo soltó una risotada que a Mirah le sonó vil y asquerosa. Apretó los dientes, presa de la ira. Con un grito, aferró el extremo de la lanza que la atrapaba y la sacó de su ala. El desgarro de dolor fue tan brutal que el mundo se puso del revés, pero se obligó a levantarse y mirar al cuerpo de Fury y al mal que tenía en su interior.

Quería matarlo, quería destruirlo, quería que desapareciera.

En algún recóndito lugar de esos ojos, Fury soportaría lo que ella hiciera y el destino que quisiera darle. «Besaría la oscuridad por ti mil veces». Pero ¿podía ella soportar perderlo?

El asys que antes peleaba con Miles se lanzó hacia ella. Sin apenas pestañear, empuñó la lanza y se la hundió en el pecho. Antes incluso de que el demonio cayera inerte, ella salvó la distancia hasta Fury.

Empuñó la lanza. Las palabras escritas por Banyoli en aquel antiguo libro se repetían en su cabeza como una cantinela, pero, a diferencia de él, ella no tenía tiempo para experimentos. Intentó que las emociones no le nublaran la mente al sentir que los gritos demoníacos de su cabeza se intensificaban.

Una fuerza que nunca antes había sentido pareció insuflarle la piel, cada órgano, cada músculo y cada hueso. Con un grito rabioso, se tiró sobre el céfiro. Fue tan rápida que él no pudo reaccionar. Las lágrimas bañaron sus ojos cuando la punta dorada encontró la carne de su mejor amigo.

Al mismo tiempo, Miles voló para intentar agarrar el cuerpo de Ymara antes de que se hundiera. El líquido dorado comenzó a engullirla y deshizo sus bonitas alas hasta convertirlas en jirones de carne. Él se negó a soltarla hasta que sus propias manos se hundieron en la esencia arrancándole un grito de dolor. Quizá veía en su rostro el mismo horror que en el de su gemela cuando se la arrebataron.

Justo cuando sus manos achicharradas la dejaban partir a aquella tumba dorada, Fury cayó hacia un lado con la lanza clavada. Una nube de humo negra comenzó a salir de su interior para escapar de la muerte, la misma oscuridad que había emponzoñado el camino que los había llevado hasta allí. Sollozado, Mirah le posó una mano en la mejilla hasta que la última gota de maldad salió de él.

Y, antes de que la nube de oscuridad se escapara, una figura pequeña y con trenzas apareció para blandir la espada dorada de Miles y clavarla justo en el centro del humo.

42

Quera, con los labios fruncidos, mantuvo la espada en el aire hasta que el humo negro se desvaneció, esparciendo una lluvia de cenizas en el suelo. Mirah se agachó para coger la gema roja de entre los dedos de Fury. Era circular, de un burdeos oscuro, casi color sangre, y la sintió caliente al tacto.

—Dame la espada, Quera.

La niña obedeció justo cuando el ruido inconfundible de más figuras aladas parecía retumbar entre las paredes a la vez que las voces resonaban en su cabeza. Miles descendió para posarse junto a ellas.

—Coge a la niña y escondeos en alguna de las cuevas abandonadas —ordenó—. Protégela.

El comandante pestañeó antes de negar con la cabeza.

—Majestad, no…

—¡Es una orden, Miles! ¡Rápido! —le gritó.

Las dos se miraron un instante. Miles fue incapaz de desobedecer una orden directa de su reina. Cogió a Quera en brazos ignorando sus manos destrozadas y aleteó para meterse por un hueco a la derecha.

—¡No, señora Mirah! —gritó la niña antes de que ambos se perdieran en la oscuridad.

Sola, Mirah inspiró profundamente para darse fuerzas y con la espada dorada en la mano se preparó para luchar. Era evidente que la querían a ella. Cinco figuras aladas irrumpieron en la cueva, la semilla germinada en los cuerpos de todas las alux secuestradas.

Altos, esbeltos y fuertes, los cuernos grises retorcidos sobre los hombros rozaban la punta de sus alas negras. El coro de voces subió de intensidad al cruzar la mirada con los ojos negros del más cercano. Le sorprendió que ninguno la atacara directamente, por el contrario, se quedaron mirándola desde el aire, hasta que dos de ellos

descendieron para tocar el suelo.

El de la derecha, más robusto, se acercó e intentó agarrarla, pero Mirah le asestó un tajo en el brazo. La carne se abrió, pero no se regeneró, como ocurría con las armas normales. Él gruñó. Aquello la envalentonó y avanzó para atacar, pero él la esquivó alzando el vuelo. Ella, viendo una oportunidad de liberar toda la furia acumulada, giró sobre sí misma y se cernió sobre el segundo. Todo ese tiempo de práctica diaria la había preparado para un momento como este. Blandió la espada en un movimiento ascendente y la hoja lo acuchilló desde la entrepierna hasta el pecho. El cuerpo se disolvió en una ráfaga de cenizas grises que se le metieron entre los labios.

El asys más robusto volvió a descender frente a ella. Mirah alzó la espada para abalanzarse sobre él, pero una voz oscura y penetrante le envió una ráfaga opresiva a la sien. Parecía lejana y cercana al mismo tiempo, como si reptara cerca del oído hasta meterse en el fondo de su cabeza.

«¿Tienes ganas de ver a Lucy, Mirah?».

Tragó saliva ante aquel tono burlón y espeluznante. Aunque intentó no dejarse llevar por él, una imagen vívida de su hermana pasó ante sus ojos. Meneó la cabeza. No podía dejar que le envenenaran los pensamientos, aquello no era más que parte de un ardid.

—Está muerta.

Su voz ronca le sonó rara hasta a sí misma, pero la voz de su cabeza pareció advertir la leve vacilación en su tono.

«No lo está. Está aquí conmigo. Te estamos esperando».

«Intenta hacer que bajes la guardia. No le dejes». Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. Con un gruñido, blandió la espada de nuevo hacia otro demonio. Aunque él se movió, con un giro a la derecha le alcanzó en una pierna. Sangre negra salpicó el suelo.

«Qué alux más terca —se quejó la voz en su cabeza—. Yo nunca miento. O casi nunca».

Dudó. Y, en ese instante de duda, con la cabeza llena de voces junto a aquella voz principal, no advirtió que dos de ellos descendían por su espalda.

«Desarmadla. La quiero viva».

Hasta ella oyó la orden de aquella voz sibilina. Antes de que pudiera evitarlo, uno la agarró y otro le dio un golpe en la cabeza. Hicieron fuerza con sus dedos cerrados en torno a la gema, pero ella

se negó a soltarla.

Un nuevo golpe en la cabeza hizo que se desplomara en el suelo con la visión borrosa. Entre puntos de luz negra, vio cómo uno de los asys se acercaba para recoger el medallón del bolsillo en el cuerpo inmóvil de Fury. El coro de voces pareció hablar entre sí, y la sujetaron entre dos antes de alzar el vuelo. Sintió que ascendían fuera de aquel agujero dorado de luz y muerte, a la vez que otros asys alados se colocaban a los flancos en una formación aérea. El agujero en el ala le ardía, la cabeza le palpitaba y notaba un reguero de sangre húmeda que rezumaba de una brecha en la sien. Subieron hasta llegar al Diablo Espinoso, donde el humo del fuego aún dotaba al ambiente de poca visibilidad.

Pegados al techo de roca, sobrevolaron las calles de la galería del nivel principal, que se había convertido en una batalla de fuerza salamantina contra oscuridad. Una distracción, una simple estratagema. Conseguido su objetivo, varias figuras de alas negras se unieron a ellos en el aire y Mirah intentó enfocar la vista para ver lo que ocurría.

Iniciada la retirada, las salamantinas luchaban con fiereza por sesgar una vida más de aquellas almas oscuras que las habían invadido por sorpresa. Vio cómo una se agachaba con un diestro movimiento para colarse entre las piernas de un asys y abrirle dos tajos en las pantorrillas. A su lado, otra giró sobre sí misma para encaramarse a la espalda de otro mientras él echaba a volar. La salamantina agitó sus trenzas rubias a la vez que reptaba para no caerse. A varios pies del suelo ya, se asió al cuerpo de su enemigo para clavarle la punta de su hacha de cabo corto en el gaznate antes de dejarse caer al vacío. Mirah pestañeó al ver cómo ella se afianzaba a la pared de roca rojiza del volcán antes de estamparse contra el suelo.

Ver a esas guerreras luchar era todo un espectáculo al lado de los soldados humanos de Rowel y los alux de Miles que, aunque parecían luchar con ahínco, no tenían esa elegancia mortal y salvaje de la raza lagarta. Un coro de voces se elevó desde el suelo cuando alguien señaló su figura secuestrada en el aire.

Mientras Mirah sentía como iba y venía su consciencia, los asys que la llevaban tuvieron que dar un giro brusco para sortear un par de jabalinas tiradas con puntería certera. El movimiento hizo que entrecerrara los ojos. Entre el humo y las llamas, alcanzó a ver cuerpos verdes y grises salpicando la roca rojiza. El fuego consumía

todos los tenderetes del mercado a la vez que las telas y los postes caían en un estrepitoso amasijo de podredumbre calcinada.

En el aire, por delante de ellos, los soldados de Miles forcejeaban con los demonios en un baile coordinado donde los nuevos asys, contagiados de una energía ágil y fluida para controlar sus recién adquiridas vidas, manejaban mejor sus alas que muchos de ellos.

Abajo, en medio de todo el alboroto, la sangre, la muerte y el dolor, una figura les lanzó una bola de fuego que impactó en el demonio que volaba en su flanco derecho. El impacto hizo que este cayera al vacío hasta estrellarse en el suelo de roca, sobre los restos consumidos de un puesto de verduras. Trastabillaron en el aire hasta que el demonio que quedaba sujetándola se la cargó sobre el hombro. Otra nueva bola encendida hizo que girara y esta se estrelló contra otro asys que volaba a su lado.

Mirah bajó la mirada y creyó ver los amarillos ojos de Perenite, encendidos por la desesperación. La reina de Taman no parecía acostumbrada a errar en sus predicciones, y esta vez había fallado subestimando a su enemigo. Ahora, seguro que atenazada por un sentimiento entre la culpa y la rabia, daba rienda suelta a su poder escupiendo bolas de fuego hacia el techo del volcán que creía inexpugnable para detener a sus enemigos.

Los demonios no pararon. Sus órdenes parecían claras y concisas. Con las llaves en su poder, su trabajo estaba concluido. Todas y cada una de las siluetas negras que quedaban con vida salieron de la pelea con las salamantinas para unirse a la retirada con la comitiva alada.

La puerta de entrada al Orbe de Fuego estaba abierta de par en par, con los cuerpos inertes de las más de cincuenta salamantinas custodiadoras esparcidos entre los salientes. El aire le agitó el pelo al salir al exterior de la noche y, cargada sobre el asys, después del asfixiante calor en la poza de esencia, aquello fue un soplo de aire fresco.

Cerró los ojos con fuerza. Su orgullo le impedía verter una sola lágrima más, pero ya no se sentía reina de nadie. Les había fallado a todos. Y, antes de que su cabeza acabara por sumirla en la oscuridad, la sola posibilidad de ver a Lucy una vez más le encendió una chispa de esperanza.

El calor de una nueva bola de fuego, más cerca esta vez, le calentó la cara. Al abrir los ojos vio que se alejaban. Bajo ellos, en el suelo, pudo distinguir una docena de cuerpos pequeños e inmóviles.

Tálpidos. La bilis le revolvió las tripas al comprender.

Los demonios habían encontrado la mejor forma de acceder al Orbe de Fuego sin ser vistos. El céfiro de Fury les había dado la clave. Y, ahora, el señor Cien y muchos de los miembros de su familia habían sucumbido a aquella oleada de muerte. Dio gracias porque la oscuridad no la dejara ver bien la masacre.

Los nuevos asys volaban con rapidez, mucho más que algunos de su especie. Volvió a cerrar los ojos antes de notar como caía en la inconsciencia plena en un vuelo que, sabía, la conduciría hasta la Cueva de la Hidra.

43

Daval contempló la silueta inmensa de las Rocosas frente a él.

Jadeante por el esfuerzo, el caballo resopló, pero él solo atinó a apretar las piernas en torno a los costados del animal para imprimirle más fuerza. El viento le agitó el pelo en plena cabalgadura frenética mientras las primeras luces pugnaban por salir entre los densos nubarrones.

Las luces del Orbe de Fuego aún centelleaban como pequeñas motas conforme se acercaba. Cruzó el bosque de hojarasca roja y amarilla que parecía cubrir el suelo con una mortaja burdeos. Aun siendo temprano, el clima era caluroso y, sin embargo, un sudor frío le cubría la piel de la cabeza a los pies. Se agachó para esquivar la rama baja de un árbol hasta salir al trecho rocoso que lo separaba de su destino.

Miró al cielo. La llovizna no había amainado y él no había hecho nada por remediarlo. Ya hacía unas cuantas horas que había creído ver de nuevo algunas siluetas negras entre las nubes, pero fue incapaz de decidir si había sido real o producto de su imaginación. Los densos nubarrones no dejaban ver mucho más allá.

Perdió la noción del tiempo en un cabalgar mecánico hasta que el volcán del Orbe de Fuego pareció hacerse más grande a cada instante. El nudo de su estómago se apretó aún más, sin saber qué iba a encontrar a su llegada.

Buscó con la mirada un sendero oculto en un lateral al recordar la conversación de taberna con un tipo que comerciaba con las piedras preciosas que desenterraban los tálpidos. El humano, un hombre enjuto con la lengua larga después de varias jarras de licor, le contó que había hecho su propio atajo para llegar hasta la guarida de aquellos seres.

Y no mentía. Efectivamente, allí estaba. Un sendero mucho más

transitable, aunque estrecho, donde a duras penas pasaba su corcel. Volvió a azuzar al caballo y no paró hasta llegar a la misma puerta del castillo enclavado en la montaña. El camino de entrada, con solo algunas antorchas encendidas para iluminar los cuerpos de la guardia en el suelo, le confirmó lo peor.

Nadie le prestó demasiada atención, ocupados en volver a una seminormalidad después de una evidente lucha. Apenas desmontó del animal, se introdujo en el interior, donde un aluvión de salamantinos, de brillantes pieles verdes, intentaban extinguir los restos de un incendio. Otros apilaban los cuerpos de los muertos, cuyo número parecía muy inferior a la masacre de Trisar.

Cruzó por delante de la estatua de un lagarto escupiendo fuego a la espera de ver alguna cara conocida. En medio del tumulto, nadie pareció reparar en su presencia. Los restos calcinados de telas y maderas, quizá de un mercado, humeaban recién extinguidos por el agua que levantaba volutas de humo perezoso.

Cruzó galerías de piedra rojiza hasta llegar a una inmensa explanada de roca con el suelo mullido, donde advirtió al fin la silueta de las alas de los alux, que parloteaban alterados reunidos en corrillos. Tras un barrido rápido con la mirada, no encontró las alas negras de Mirah entre la multitud. Intentó divisar a alguien con quien pudiera hablar, mientras la mala sensación se acentuaba.

Por una cueva cercana emergieron un grupo de soldados alux. Transportaban varios cuerpos en los brazos. Apartó a la gente de su camino para acercarse y reconoció los ojitos azules de la pequeña Quera, que se iluminaron al verlo.

—¡Señor Daval! —gritó antes de bajar de los brazos del soldado que la llevaba con la cara hinchada y sangrante. La pequeña corrió hacia él con las mejillas anegadas de lágrimas y lo abrazó por la cintura—. ¡Se la han llevado! ¡Los demonios se han llevado a la reina Mirah!

El mundo a su alrededor se nubló. Si su poder no hubiera estado agotado, el cielo habría tronado al son del pellizco que le atenazó el pecho, con el corazón palpitante. Apretó la cabeza de la niña contra él a la vez que levantaba la mirada. En un rincón, el doctor Remín y otra salamantina de cabello oscuro y rizado, con un cinturón repleto de frascos e instrumentos varios, se ocupaban de los heridos.

Tomen, el viejo spirit, se hallaba apoyado contra una pared con la cabeza y un brazo vendados. Tenía grandes quemaduras en la piel y

tenía la mirada perdida en el vacío. Casi le costó reconocer a Miles entre toda la sangre que le llenaba el rostro.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, acercándose a él. Pero el alux se mantuvo en silencio al ver la nueva figura que los soldados transportaban. Era Fury, que aún tenía el extremo de una lanza clavada en el pecho. Daval se sintió desfallecer.

—No han podido recuperar nada de ella… —Oyó que Miles murmuraba para sí mismo con la vista perdida en algún punto en el suelo. Daval tragó saliva ante sus palabras. Ver al perfecto comandante presa de ese estado de *shock*, solo aumentó su desazón.

—¿De quién hablas? ¡Miles! —Lo zarandeó antes de darse cuenta, pero este no se decidió a responder. Daval corrió para arrodillarse en el suelo junto al cuerpo de Fury. La salamantina del pelo rizado le examinaba las pupilas mientras Remín miraba la herida.

—Aún está vivo —dijo la hembra—, pero muy débil. Debe tener alguna hemorragia interna. Hay que tratarlo ya.

Una silueta desnuda y recubierta como de oro fundido entre trozos de piel levantada se colocó ante ellos tambaleante; como si acabara de despertar de un largo letargo. Detrás de ella, una salamantina alta, de media melena pelirroja los miró con la barbilla alzada. Sus ojos amarillos parecieron examinar a todos los presentes hasta detenerse en Daval, una cara que, obviamente, no le era familiar.

La figura dorada, sin importarle ni su desnudez ni los presentes, mostró la palma de la mano abierta donde descansaba una especie de broche con la silueta de un pájaro. Su piel apergaminada crujió con el movimiento y los restos de antiguas escamas se desprendieron para salpicar el suelo.

—¡Esto es lo único que ha quedado de Ymara! —gruñó con rabia y señaló a Fury—. ¡Ha sido él! ¡Ni se os ocurra salvarlo!

Los dos sanadores se detuvieron para mirarla, dubitativos. Daval frunció el ceño. Lo que decía aquella mujer era sencillamente imposible. Aunque tuviera sus motivos para no tenerle especial simpatía, conocía lo suficiente al spirit herrero como para soportar semejante acusación. Se adelantó para intervenir.

—¡Remín! —El doctor reconoció su voz—. ¡No la escuches! Lleváoslo y tratadlo. ¡Rápido!

—¿Y tú quién diablos eres? —La salamantina de la piel levantada le enseñó los dientes y casi pensó que saltaría sobre él para

despellejarlo, pero no se amedrentó. La otra, la del pelo más corto, se acercó para agarrarla de los hombros.

—¿Dónde está la dichosa Perenite? —gruñó él y miró a su alrededor antes de gesticular en el aire—. ¡Quiero hablar con vuestra reina, salamantinas! ¡Ahora mismo!

—La tienes delante, silfo. —La hembra del pelo corto alzó una ceja, se cruzó de brazos y las pulseras de sus brazos chocaron entre sí.

Daval abrió la boca, pero la volvió a cerrar. La miró de arriba abajo. Perenite debía de ser una anciana de unos diez mil años, y esa mujer aún conservaba un cuerpo esbelto y marcado bajo aquel vestido. Sin embargo, había algo distinto en el amarillo de los ojos, una sabiduría fiera que, junto con la actitud general y cómo enmudeció el resto, le confirmó que no mentía. Quera interrumpió la tensión del momento con un hablar atropellado.

—¡Cúrenlo! ¡No ha sido el señor Fury! —Se peinó con dedos nerviosos una de las trenzas rubias deshechas. Miró a Perenite y le tiró del vestido—. Tenía uno de esos humos malvados dentro. ¡Yo lo maté con la espada dorada del señor Miles!

Intercalando unas frases con otras, la pequeña Quera intentó explicarse. En cuanto creyó que había oído lo bastante, la que se hacía llamar Perenite les hizo un gesto a los dos sanadores.

—Haced lo que podáis por él. —Luego le ofreció la mano a Quera y le dijo—: Y tú, mi dulce niña, y el comandante Miles nos vais a contar todo lo que ha ocurrido. —Miró a Daval—. Incluyendo a este silfo que ha entrado en mi reino con exigencias sin siquiera presentarse.

* * *

Miles rechazó el té humeante. A un lado, Rachana, con apenas una tela alrededor de los hombros cubriendo su desnudez, completaba el relato de la pequeña Quera sobre lo ocurrido en la poza de esencia aharí. Él apenas había participado en la conversación. Miraba al suelo dándole vueltas una y otra vez a los acontecimientos. ¿Cómo no había reparado en que habían tenido al enemigo en sus filas durante todo el tiempo?

—Pero no puede ser, no está… —dijo Daval y pareció buscar la palabra—… podrido. Ni podrido ni demacrado. —Miles sabía que hablaba pensando en su difunta hermana, a la que todos habían visto

en su lamentable estado final.

Perenite soltó el humo dorado de la pipa por los labios. Por primera vez no se había sentado en esa especie de trono de cojines a ras del suelo y permanecía de pie, con la cola verdosa balanceándose de uno a otro lado, quizá el único gesto de su agitación.

—No tiene por qué ser así, querido —dijo—. Es la norma general, pero no la exclusiva. Por lo que me decís, el céfiro ha estado viviendo dentro de vuestro compañero, pero solo ha tomado el control de su cuerpo en contadas ocasiones. Eso habrá permitido que su estado de salud general sea normal. Su ponzoña solo ha sido mental, no ha llegado a órganos ni a músculos, ni siquiera a la piel. —Apoyó un brazo encima del otro en un gesto elegante—. En cualquier caso, nuestro problema ahora es otro, y es acuciante.

Rachana daba vueltas al broche de Ymara entre los dedos con la mirada gacha. Cuando se lanzó a hablar, su tono socarrón habitual había desaparecido.

—Si tenían las llaves, ¿por qué se han llevado a la alux?

Los ojos amarillos de Perenite centellearon. La salamantina parecía guardarse ciertas cosas que no le apetecía compartir con el resto. Murmuró una frase más para sí que para los presentes.

—He sido tan estúpida…

Daval estaba demasiado agitado como para esperar a que ella se decidiera a ser franca. Una bocanada de aire salvaje agitó el fuego de la hoguera a un lado de la habitación hasta extinguirlo. La reina alzó la mirada hacía él antes de continuar:

—Creen que Samirah podrá manipular la esencia oscura para crear la llave que fue destruida.

La miraron sin comprender. Fue entonces cuando Perenite les contó el verdadero origen de la reina de Trisar. Una historia sobre el pasado que afectaba directamente al futuro. Miles sintió un revoltijo en las tripas ante lo que suponía. Todos se quedaron en silencio cuando acabó.

—Mirah seguirá siendo la hija del difunto rey Edur —dijo él—, y yo seguiré honrando su memoria para protegerla, fuera cual fuese su vientre de concepción.

La determinación en su voz hizo que la reina salamantina lo analizara un instante.

—¿Y eso les funcionará? —Miles miró a Rachana cuando habló. El pelo deshecho de su larga trenza le caía desordenado por los lados de

la cara mientras ella tiraba con desgana de los restos de piel achicharrados de sus mejillas. A veces le costaba pensar que Perenite fuera su abuela, pero había una gracia y elegancia en los gestos de ambas que solo podía pertenecer a dos seres con la misma genética.

—No lo sé —admitió la reina—. Es la hija de quien creó la puerta y, como tal, puede que tenga el don de reparar los trozos de la antigua, aunque necesitarían otro trozo de cristal mágico…, pero, es posible que… —Perenite se dejó caer entre los cojines. Pensativa, jugó un instante con una de sus pulseras y les dedicó una mueca amarga—. Es curioso. Miles de años intentando salvar a mi raza, contando cada mínima gota de esencia y restringiendo la natalidad para alargar nuestra existencia, y ahora voy a tener que volver a sacrificarla para poder forjar las armas que la salven. Sed conscientes, queridos, una nueva guerra se aproxima y todos deberemos estar preparados.

El peso de aquella afirmación fue un jarro de agua fría en la sala y casi pareció hacer empequeñecer las llamas del fuego que la caldeaban. Miles notó cómo el silfo apretaba los puños saboreando toda la información. ¿Estaba pensando en lo mismo que él? ¿Y si se pudiera evitar que utilizaran a Mirah? ¿Y si existía una mínima posibilidad de salvarla? ¿Iban a quedarse encerrados, entrenando, a la espera de una batalla final?

—Iré a por ella. —La cara de Daval era imperturbable, pero Miles vio cómo sus ojos púrpura clareaban ante su convicción.

Perenite alzó una ceja.

—Es demasiado tarde, silfo. Mi pobre niña Samirah está perdida. Perecerá en la Cueva de la Hidra. —Bajó la mirada—. Es absurdo ir.

—Eso lo decidiré yo.

Rachana soltó un gemido al mirarlo.

—Oh, mierda, está enamorado de ella —dijo con un aspaviento, como si fuera evidente en cada respiración y Miles, enarcó una ceja. Rachana parecía tener cierta capacidad para leer el interior de cualquier criatura.

—No digas estupideces, salamantina.

—La estupidez sería cruzar al otro lado del mar para salvar a alguien por quién no sientes nada —dijo Rachana—. Pero, sé realista, silfo. Cuando llegues solo tendrás un puñado de huesos que recoger.

Miles se negaba a entrar en un debate sentimental, pero, en esta ocasión, su lealtad lo obligaba a apoyar al silfo.

—No podemos dejarla allí. Y si hay una mínima posibilidad de

detener una guerra y de conocer el destino de todas las alux secuestradas… —Le costó pronunciar la última frase, porque sabía el gesto que habría puesto Ymara al saber que quería seguir luchando por encontrar a su gemela. O, más bien, lo que quedara de ella. Se pasó la mano por el pelo recogido para que nadie notara cómo le temblaban las manos. Aceptar la más que posible muerte de la única hembra que había hecho latir su corazón había sido duro, pero perder el rostro de Ymara entre el líquido dorado había sido como dejar escapar la última huella de Ylara en este mundo. Se sentía tan vacío que necesitaba mantenerse ocupado para no llenarse de ponzoña. Miró a Daval y su mente salió de aquel bucle para centrarse en cuestiones prácticas—. ¿Cómo cruzamos el mar de Ilis?

—Tengo un plan —dijo Daval, quien se había mantenido callado mientras Perenite hablaba, tejiendo, quizás, todas las posibilidades—. Y como ahora parece que me consideran el líder de Tefalén, lo usaré a mi favor.

Perenite lo estudió mientras se masajeaba el mentón sin pedirle más explicación. Una chispa se había encendido en su mirada. Asintió y caminó de un lado a otro de la habitación.

—Podría funcionar… —musitó para sí misma—, pero para eso necesitamos prepararnos y tiempo para hacer armas y… —Llamó a la salamantina rubia que les había servido el té y comenzó a darle órdenes con voz dulce pero tajante—. Querida, quiero que encendáis ahora mismo todas las antiguas fraguas. Formad grupos de diez en diez, trabajaremos alternativamente con una hora de descanso. Hay mucho trabajo que hacer. —Luego señaló a Daval—. Tú concéntrate en ese plan que tienes mientras yo me concentro en el mío.

El silfo asintió y le estrechó la mano. Miles se miró las suyas. Ni siquiera había reparado en el dolor de estas, donde la piel quemada le picaba horrores, impregnada de una pasta rojiza que Remín le había aplicado. Pero eso no sería un impedimento. Si tenía que dejarse las manos y la piel por salvar a su reina, que así fuera.

44

Ylara sintió que no podría dar ni un paso más y se apoyó a un lado de la escalera de piedra.

El cansancio la devoraba después de tantas horas sumidas en el letargo de las profundidades. Al hambre, la sed y las heridas de los pies, había que unirle ese encogimiento en el pecho desde hacía unas horas atrás que la hacía respirar con dificultad, como si le hubieran robado una bocanada de aire de los pulmones. Como si le faltara una parte de sí misma.

«Te estás volviendo igual de remilgada que ese comandante tuyo», imaginó que le diría su hermana. Y, a pesar de todo, no pudo más que esbozar una sonrisa. Cuántas ganas tenía de verla. Y ese sentimiento le hizo levantar la cabeza para seguir adelante, igual que hubiera hecho ella. Siempre le había faltado esa chispa de tenacidad que a veces envidiaba de Ymara. Tiró de la mano de Lucy y esta la siguió, sumisa.

Después de días y días caminando sin parar, se les estaban acabando los últimos retazos de energía. Los asys alados habían desaparecido pronto, e Ylara maldijo haber perdido sus alas. Aunque habían corrido, a mitad de camino les perdieron la pista. Sin embargo, la galería donde estaban era de un único sentido y eso era otro golpe de suerte. Pero la suerte ya se estaba acabando.

El camino recto que los asys habían sobrevolado en poco tiempo, a ellas les llevó muchas horas a pie. Al final, escondidas tras una roca del tamaño de un roble, habían palpado los peldaños de una escalera bajo los últimos restos de la antorcha a punto de consumirse. El hallazgo les había insuflado un ramalazo de esperanza. Pero aquella dichosa escalera no tenía fin.

Lucy se volvió a caer y la arrastró con ella unos peldaños hacia abajo. Oyó su voz ronca en un sollozo, derrotada y febril hasta la extenuación.

—No puedo más.

—Ni hablar. No te vas a rendir ahora. —Tiró de ella para levantarla y levantarse a sí misma en un esfuerzo casi titánico. El sudor le corrió por la nuca y la cueva pareció girar dentro de sus ojos.

Sus pies volvieron a subir un peldaño más. Y luego otro. Y otro más.

—Problemas de alux, se nos había olvidado lo que era una escalera, ¿eh? —intentó bromear. Lucy no respondió, pero no la culpaba, cualquier gesto parecía requerir de todo su esfuerzo físico.

«Solo un peldaño más —se repitió—. Solo uno más».

De repente, oyeron un eco de pasos bajo ellas e intercambiaron una mirada de espanto.

—¡Oh, no! ¡Vamos, tiene que quedar muy poco!

Sin saber cómo, echaron a correr escalera arriba, mientras el sonido bajo ellas se intensificaba. Lucy volvió a tropezar y, al intentar sujetarla, la antorcha se le resbaló de las manos y cayó escalera abajo. El ruido resonó en los escalones como un presagio de muerte.

Los gruñidos se intensificaron. Ylara soltó un resoplido. Era evidente que las habían localizado. Con el corazón bombeando frenético, afianzó la mano de Lucy.

—No pares. No pares de correr —dijo en un jadeo ahogado—. Solo hay que llegar al exterior.

Y, conforme subía todo lo rápido que sus ajados pies le permitían, pensaba:

«Otro peldaño más. Solo uno más. Ya debe faltar poco».

Las pisadas de los asys se acercaban, mucho más rápidos que ellas, y entonces lo vio. Al fondo, en un hueco que describía una abertura irregular: el cielo. Con la certeza de que lo podían conseguir, admiró aquella estampa de un oscuro desteñido. Debía faltar poco para el amanecer. Estaba tan cerca, tan tan cerca…

Y entonces Lucy se desplomó en el escalón inferior.

—Levanta.

Pero la princesa le tiró de la mano para acercarla. Rodeó su torso con los raquíticos brazos y la abrazó con los últimas chispazos de fuerza.

—Me buscan a mí, Ylara —le susurró al oído mientras la piedra bajo ellas parecía vibrar ante los pasos—. No saben que estás viva. Si salimos juntas, nos encontrarán a las dos.

Supo lo que quería decir y la rabia hizo que las lágrimas bañaran

sus ojos.

—¡No! —se quejó—. No voy a…

—No te buscarán. Vete, Ylara. Por favor —imploró en apenas un susurro—. Haz que esto valga la pena.

Dudó. Igual que había dudado aquel día fatídico cuando tuvo oportunidad de escapar y acabó escapando Ymara. Se sintió tan aliviada como estúpida entonces. Pero, ahora, supo que Lucy tenía razón. Las lágrimas se convirtieron en un torrente en sus ojos.

—Encontraré la manera de sacarte. Yo voy a…

Ambas sabían que eran palabras vacías, tristes, palabras que nunca llegaría a cumplir.

—Márchate —la cortó Lucy—. Nunca te olvidaré, amiga.

—Ni yo a ti.

No la miró al soltarla o se desmoronaría. Avanzó para salir de aquel agujero de terror y muerte. Se concentró en subir un pie y otro de forma mecánica, a la vez que los gruñidos de los asys llenaban el ambiente. Pensó que alguna mano saldría de la oscuridad para atraparla justo antes de llegar a la salida, pero eso no ocurrió.

La brisa que antecedía al amanecer le acarició las mejillas para secarle las lágrimas en una sensación que le supo a gloria. Aunque le hubiera gustado quedarse allí con los ojos cerrados un momento, no dejó de correr. Esquivó las rocas de aquel paraje solitario y desértico, sin un mísero árbol tras el que esconderse.

Las zarzas punzantes, el único elemento vivo en aquella tierra infértil, le arañaron las piernas sin misericordia alguna, pero no lograron detenerla. Torció hacia un lado para dirigirse a un grupo de rocas unas junto a otras. Tras agacharse en el suelo, gateó para meterse en un hueco entre ellas. Rompió una telaraña y los hilos se le adhirieron a la cara hasta que los apartó de un manotazo.

Dentro, se encogió y se llevó las manos al pecho para hacerse un ovillo. Por el hueco que quedaba entre las rocas, miró hacia arriba. Las estrellas, pequeños puntos de luz difuminados en el cielo, parecían velarla. Allí, sola y sin alas para desplazarse, tenía que esperar a que fuera de día. Una lágrima dio paso a un sollozo extraño, mezcla de alivio y de tristeza. Pasaría el resto de la noche en vela, aún con el miedo metido en los huesos, pero, gracias a Lucy, estaba viva y era libre.

45

Un olor dulzón le cosquilleó dentro de la nariz.

Tragó saliva con dificultad y la lengua, amarga, era como una plasta seca y enmohecida. La parte racional de su mente le bailaba en un conjunto de imágenes oscuras e intentó apartarlas haciendo un esfuerzo por abrir los ojos. Pestañeó sin enfocar aún la vista. Al intentar levantarse, una mano lo obligó a pegar la cabeza de nuevo al jergón. De pronto, sintió un dolor agudo en el pie. El reflejo de una bola de llamas doradas le devoraba la piel. Gritó, confuso.

Revolviéndose, notó que la parte derecha de su pecho le pesaba como dormida. Sus lamentos hicieron eco en la cueva durante un tiempo interminable, mientras la mano lo anclaba a la cama con una fuerza férrea hasta que una voz dulce y familiar habló.

—Suficiente, querido.

Con un chasquido de dedos, las llamas desaparecieron y sintió el pie palpitante y en carne viva. La mano que lo sujetaba desapareció y miró desorientado a su alrededor. A un lado, de rodillas, la nieta de Perenite lo miraba con los ojos amarillos encendidos de furia, como si deseara asesinarlo solo con aquel gesto. A los pies del colchón, de pie, estaban el doctor Remín y la reina de Taman con los brazos en jarras.

—Vamos, doctor, póngale algo en la quemadura o se le llenará el pie de ampollas —ordenó Perenite antes de acercarse a él. Con una afilada uña le levantó uno de los párpados hacia arriba para observarlo a un palmo de distancia. Pareció satisfacerla lo que vio.

—Bien, la niña tiene razón. Está limpio —dijo antes de apartarse.

Fury ahogó un gemido al sentir el tacto de los dedos del médico sobre el pie. Una sustancia viscosa y fresca alivió todo el ardor y soltó el aire. Mareado, vio que tenía el pecho desnudo y vendado al completo en uno de los lados.

—¿Qué ha pasado? —La voz ronca le sonó a cualquier cosa menos

a sí mismo.

—Que la has cagado, spirit —espetó Rachana.

Perenite miró a su nieta con gesto severo.

—Cállate, ¿quieres? —la reprendió y volvió a mirarlo—. ¿Cómo te encuentras? Siento lo del pie, querido, pero teníamos que asegurarnos.

Con la mente embotada, intentó levantarse.

—Oh, no, nada de eso —le dijo Remín, haciendo que se tumbara de nuevo—. Has tenido suerte. Mucha, diría yo, pero acabas de pasar por una intervención muy delicada y, aunque tengas un ungüento anestésico, el daño está ahí. Así que mantente quieto o se te abrirá la herida. —Una vez concluido con el pie, se acercó para examinarle los vendajes y comentó—: Su majestad pareció calcular el sitio perfecto para que no fuera mortal, sus conocimientos anatómicos son sorprendentes. Y suerte que nadie te quitó la lanza, es curioso, pero la misma arma taponó la herida y no te desangraste. Habrías tenido una hemorragia interna severa y me temo que no estaríamos hablando ahora mismo.

Apenas oyó las explicaciones del doctor. Una ráfaga le acudió a la mente, apenas una imagen cubierta por un velo negro que su mente fue incapaz de recuperar. El recuerdo de su último momento plenamente consciente. Sus manos alrededor de Mirah y cómo había tenido que lidiar con el deseo propio mezclado con el del céfiro. Después, todo era una neblinosa cortina de detalles vagos, inconexos. *Él* se había hecho con el control completo. Pero ya no estaba allí, lo sentía. Aún con la pesadez de la cabeza, la carga oscura que había estado portando dentro todas esas semanas se había desvanecido, dejándole extenuado y con dolor en todas y cada una de las fibras del cuerpo. Las preguntas acudieron a sus labios en un hablar atropellado, y la reina no dudó en llenar los agujeros de sus recuerdos para componerle la situación completa.

Conforme ella hablaba, se sintió más y más fatigado. Una angustia le oprimió el pecho y apretó la tela del colchón con el puño cuando su cabeza le aguijoneó con la imagen de sus manos empuñando la espada que había atravesado a Ymara. Meneó la cabeza con un gemido.

—¿La… la he matado?

—Lo has hecho, spirit —espetó Rachana, y apretó el extremo de la trenza pelirroja que tenía entre las manos en un gesto de furia que le humedeció los ojos. Cuando volvió a mirarlo, su tono era amenazador —. Y has tenido suerte, si me hubieran dejado, te hubiera arrancado la

piel a tiras antes de matarte. Ella no merecía esto.

Perenite le hizo un gesto de cabeza para que se marchara y ella obedeció con un vaivén decidido de caderas. Su orgullo salamantino le impedía prorrumpir en lágrimas delante de desconocidos. Fury bajó la cabeza, horrorizado, y Perenite se arrodilló junto a él.

—No has sido tú, querido. —Le apartó un mechón sudoroso de la frente para obligarlo a mirarla—. Solo has sido una pieza más del juego de nuestros enemigos. Nadie te culpa. —Señaló el lugar por donde había desaparecido Rachana—. Ni siquiera mi nieta, por mucho que le cueste admitirlo. Solo necesita volcar su rabia en algo unos días, me temo que se había encariñado mucho de esa alux.

Fury guardó silencio. Había visto cómo ambas se miraban. Había llegado a envidiar la sensación de saber que alguien te miraba así. E Ymara… había sido una alux tan valiente… con tantas ganas de lograr cambios en esa sociedad clasista de Trisar… Y *él* había cortado su espíritu para siempre. Sus propias manos le habían dado muerte. Lágrimas de rabia le escocieron los ojos.

A su lado, el doctor Remín se despidió, portando una bandeja con frascos y demás instrumentos medicinales, dejándolo solo junto a la reina. Perenite no cortó su desahogo, pero permaneció junto a él, en silencio, sin dejar de mirarlo. Pensar en Mirah, rumbo a una tierra desconocida en manos de los demonios, tampoco ayudaba. Y todo por su maldita culpa. Antes de que se dejara caer al vacío de la autodestrucción en su cabeza, la reina de Taman le apoyó una mano en el hombro.

—Solo alguien con un corazón fuerte podría sobrevivir a lo que tú has pasado, muchacho —dijo—. Pero lo verdaderamente difícil es seguir adelante con el peso de todo lo que llevas. Estoy segura de que encontrarás buenos motivos para no desmoronarte. —Perenite suspiró y añadió—: ¿De dónde heredaste tu don ígneo?

El cambio de tema lo sobresaltó.

—De mi madre. Era de las islas del Cieno.

Perenite asintió y dijo:

—Pocos desarrollan nuestro poder, querido. Y algo me dice que en tu árbol genealógico hubo algún salamantino. Es un poder que escala varias generaciones, como un río que fluye por el corazón de una montaña hasta que vuelve a aparecer. —Le puso una mano en la mejilla—. Lo veo en tus ojos. ¿Y sabes lo que eso significa?

Fury frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Somos líderes por naturaleza —dijo ella—. Los que portan la llama en su interior están hechos para grandes hazañas, para cambiar el transcurso del destino.

Él soltó una risa amarga.

—Si matar y condenar el futuro de Elania lo llama «grandes hazañas», es que es usted una cínica, majestad. —Bajó la mirada y se reprendió—. Yo debería…

Perenite lo calló.

—Aún puedes hacer algo, querido.

Acto seguido le habló de un plan. Un plan peligroso al que no tardó ni un instante en sumarse. Ella se encogió de hombros y le dedicó una extraña mirada antes de alejarse hacia la cortina de cuentas de la entrada a la cueva. Las antorchas llamearon sobre su piel, encendiendo las escamas verdes con reflejos dorados. Una cabecita asomó por entre las tiras de la cortina y Perenite le hizo un gesto con la mano.

—Oh, pasa, querida, pasa. Yo ya me iba. —Se giró hacia él—. Te dejo en buenas manos.

La reina dejó paso a Quera, que entró vacilante, retorciéndose un lado del vestido. En cuanto la salamantina se hubo marchado, dio un par de pasos hacia el colchón. En medio de todo el caos de su cabeza, no pudo más que pensar en lo valiente que había sido. Había empuñado la espada que había matado al céfiro y, según le había contado Perenite, había luchado por que lo salvaran.

La spirit lo miró con los ojitos brillantes. Él abrió los brazos hacia ella.

—¿A qué esperas? Ven aquí.

Su sonrisa no tardó en aparecer, como si lo reconociera más allá de esa extraña criatura en la que se había convertido en las últimas semanas. Cuando sus brazos la rodearon, notó que ella suspiraba de alivio.

—Mi pequeña salvadora —susurró contra su pelo y notó que una parte de su destrozado corazón comenzaba a latir de nuevo.

Ella lo apretó más y él gruñó de dolor.

—Con cuidado.

Quera se separó para comenzar a hablar de forma atropellada y sus ojos se convirtieron en un torrente de lágrimas.

—¡El señor Daval dice que el señor Rowel también ha muerto! Y la pobre señora Ymara… ¡Todo es culpa de ellos! ¡Odio a los

demonios! ¡Los odio! Yo… Yo… —Sus manos se cerraron en dos puñitos apretados y le clavó la mirada con las mejillas húmedas—. Dígame que vamos a matarlos a todos, dígame que recuperaremos a la señora Mirah.

Fury calló. Rowel muerto. Fue como si otra astilla de dolor se clavara en su interior. Había llegado a coger cariño a ese humano. Miró a Quera. No podía hacerle promesas que no sabía si llegarían a cumplirse, pero sí sabía que la oscuridad más plena lo había utilizado para sus propósitos y, envenenado por la impotencia, ahora no iba a quedarse de brazos cruzados.

Si había que luchar, lucharían.

Por Mirah, por Quera y por sí mismo; por encontrar la paz de su alma.

—Lo intentaremos. —Ella asintió con los labios apretaditos en una mueca decidida. Fury le apartó un mechón de pelo de la cara y añadió—: Y para eso me aseguraré de que tengas tu propia espada. Perfecta e implacable para matar a todos los demonios que quieras.

46

La decisión de encerrar a Haya Donek en la Cueva de la Hidra no pudo ser más acertada.

«O al menos en un principio», pensó Mirah tras ser empujada por las empinadas escaleras. El espacio estrecho para descender había obligado a los asys a replegar las alas, aún sin aflojar el agarre para tirarle del brazo una y otra vez. En su cabeza, sus voces parecían excitadas y eufóricas, en una serie de gruñidos a los que empezaba a acostumbrarse después de tres noches de viaje, ¿o puede que fueran cuatro? Tenía los sentidos demasiado aletargados y la herida de la sien le palpitaba.

La bajada fue larga y tediosa. Perdió la noción del tiempo hasta que pisaron suelo llano, todo lo llano que se le podía pedir a un terreno excavado en la más pura tierra. No pudo evitar compararlo con el Orbe de Fuego, pero, en el volcán, a diferencia de aquel lugar subterráneo, la calidez del ambiente no te enfriaba los huesos. Las paredes de roca tampoco eran rojas, sino de un color ceniza harapiento y olvidado que aumentaron su apatía.

El vuelo, aun en manos de los asys, había acabado por agotarla. Aunque hubiera querido usar sus propias alas, notaba el agujero en la falange herida ardiente y pulsante. Habían tomado tierra para esconderse de la luz del día tras cada noche de viaje, pero, cuando vio el reflejo azul del mar nocturno, todos los pasajes pasaron a ser fragmentos difusos fruto de su inconsciencia.

Ahora, en las entrañas de la Cueva de la Hidra, uno de ellos volvió a empujarla. Parecían mucho más ágiles en sus movimientos que los anteriores asys. La piel, un poco más clara que la de los demás, pero del mismo color ceniciento, era joven y tersa. Aunque tenían en común los ojos, que seguían siendo totalmente negros.

Un miedo a lo que iba a encontrarse le hizo tragar saliva. ¿Por qué

llevarla hasta allí? ¿Realmente iba a ver a Lucy o se había dejado llevar por sus mentiras? ¿Iba a convertirse en otro vientre de concepción demoníaca? Su vista bajó a la muñeca desnuda del brazo derecho e imaginó su brazalete sobre la clara piel de Lucy. Y todo para liberar al dichoso Haya Donek.

Pensar en ese nombre hizo que sintiera una palpitación en la cabeza que pareció compartir los asys. Apretaron el paso. El fin de la escalera la llevó a una galería oscura donde pisó los restos de una antorcha consumida en el suelo rocoso.

Conforme cruzaron el primer tramo de aquella galería, los caminos se entrelazaban los unos con los otros, en una multitud de recovecos a cada lado de la pared donde se mezclaban los corredores sin salida y los que se hundían en las entrañas infinitas hasta a saber dónde. Al poco, giraron a la derecha, donde un pasillo salpicado de antorchas hacía el camino más transitable.

¿Tenía miedo? Sí, lo tenía. Pero junto a ese sentimiento había otro que la reconfortaba, un aire familiar que no sabía describir, como quien prueba el sabor de un plato que había olvidado después de mucho tiempo. Los dos asys la introdujeron bajo un arco y la empujaron hacia delante. Un coro de miradas negras se cernió sobre ella y sintió que empequeñecía.

Cientos de asys la observaban. Algunos a ras del suelo, pero otros, los más nuevos, volaban un poco por debajo de lo que les permitía el techo de la cueva, que allí era más alto. Fue más que evidente hasta para ella el cuchicheo excitado de sus voces en la cabeza.

Las piernas le temblaron cuando todos le abrieron un pasillo hacia el centro, donde una figura mucho más alta que el resto, de cuernos brillantes negros, la miró. No llevaba el típico taparrabos como el resto, sino que portaba una túnica negra de tela de saco abierta por el pecho, por el que le cruzaba una banda desde el hombro a la cintura con lo que parecían pequeños huesos.

—Samirah, qué honor —dijo él con una voz ronca que reconoció al instante. La misma que le había hablado en la poza. La forma en que pronunciaba las palabras y su tono jocoso le encendieron todas las señales de alerta—. Pero, venga, acércate. Deja que todos miren al vástago de Samalek.

Tragó saliva cuando el asys le hizo un gesto con los dedos para que se adelantara. Sin otra opción, salvó la distancia hacia el centro, intentando mantenerse rígida e inalterable a pesar de la cojera de la

pierna. No iba a darles la satisfacción de mostrarles cómo se sentía ni por un segundo.

Al llegar junto a él, no vaciló en mirarlo directamente a los ojos. Su osadía pareció divertirle y ella se cruzó de brazos para no dejar ver el tembleque de las manos. Se aclaró la garganta y consiguió que la voz sonara bastante decidida dadas las circunstancias.

—¿Dónde está Lucy?

El demonio, que debía ser el líder, soltó una risotada con los dientes hacia afuera que arrugó la cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara. El resto lo imitó, más por inercia y respeto que por participar en su diversión.

—Preguntas. Ersebek esto, Ersebek lo otro… —Gesticuló él con una mano—. Las preguntas no siempre tienen una respuesta. —Suspiró—. ¿Puedo llamarte Mirah? Seguro que sí. No sabes lo que deseaba tenerte aquí con nosotros. —Sus ojos negros bajaron hasta su pierna con una mueca diabólica—. Aquella noche en Tefalén… pensaba que eras una alux cualquiera. Matarte hubiera sido privarnos de otra hembra sana para aumentar nuestra especie, si hubiera sabido quién eras…, todo hubiera sido mucho más fácil, ¡aunque menos divertido!

Mirah frunció los labios.

—Quiero ver a mi hermana —exigió, pensando que era justo en ese instante cuando su leve chispa de esperanza se desvanecería.

—Oh, para ser reina tienes muy poca consideración. —Él hizo un gesto cansino—. La pequeña Lucy… La tienes ahí mismo.

Levantó la mano hacia un lateral de la cueva y los asys se apartaron para dejar ver a una figura encadenada a la pared. Aunque su pelo, sucio y desgreñado, ya no era el mismo que recordaba, no había duda alguna de que era ella. Corrió, olvidando por un momento dónde se encontraba, mientras los asys volvían a abrirle un camino entre sus cuerpos.

Lucy estaba izada por las manos con dos cadenas, los pies desnudos apenas rozaban el suelo, convertidos en una masa de sangre. Con la cabeza hacia delante y el pelo en cortina sobre la cara, estaba inconsciente. Su vestido, destrozado, solo era un leve reflejo de la suciedad y el hambre que se había comido la escasa carne que se le pegaba a los huesos. Su hermana nunca había tenido ese tono bronceado como ella, pero, ahora, su piel blanca era casi traslúcida. Ahogó un gemido al no encontrar en su espalda la huella de sus

preciosas alas.

Maldijo para sí con desesperación y apretó los dientes. Al levantarle la cabeza con delicadeza, vio que su mejilla derecha estaba deformada, con la piel sonrosada y arrugada propia de una quemadura.

—Lucy, soy Mirah —susurró—. ¡Lucy!

Le acarició el lado de la cara sano y sus ojos se abrieron con pesadez. Aunque le costó enfocar la vista al principio, esbozó una sonrisa cansada al reconocerla. Mirah le apartó el pelo de la frente; su piel ardía. Debía tener mucha fiebre.

—¿Estoy muerta ya? —Su voz fue un susurro casi inaudible. Mirah negó con la cabeza y ella hizo una mueca al intentar incorporarse—. No, me duele todo, así que creo que sigo en este maldito agujero del infierno.

No pudo evitar cruzar una sonrisa cómplice con ella, como si no estuvieran en una caverna repleta de demonios. Se obligó a infundirse fuerzas por ambas, para mantener su cordura, pero su voz se rompió un poco al decir:

—Lo siento. Siento haber tardado tanto. Yo…

Lucy negó con la cabeza en un gesto apenas imperceptible. Tenía los labios secos y llenos de llagas cuando los abrió para decir:

—No se me da bien ser fuerte y valiente como tú. —Bajó aún más la voz como para compartir un secreto—. Pero he logrado salvarla, Mirah. He salvado a esa chica. ¿Estás orgullosa de mí?

Debía estar delirando por la fiebre. De reojo le vio la espalda, una multitud de heridas lacerantes y ennegrecidas le cruzaban la piel. La infección se la estaba comiendo. Le dio un beso en la frente.

—Yo siempre he estado orgullosa de ti.

—Qué enternecedor encuentro.

Ersebek se había acercado de forma sigilosa hasta su espalda. Se giró para enfrentarlo.

—Deja que se marche. —Alzó la barbilla—. Me buscabas a mí, ¿no? Libérala.

Él torció el gesto con una sonrisa mordaz y alzó la mano para mostrarle el brazalete.

—Oh, la hermana equivocada, sí. La verdadera portadora de la llave de la oscuridad eras tú, y no la pobre Lucy. —Giró el brazalete entre los dedos de la mano.

—Libérala.

Su voz fue tan autoritaria que él torció la cabeza para estudiarla.

—Sus deseos son órdenes, majestad.

No hubo gesto alguno, pero, de una orden mental, dos asys se acercaron para desatar los pesados grilletes que sujetaban las manos de su hermana. Ersebek dio unos cuantos pasos a su alrededor.

—Samirah… —recitó—. ¿Sabes quién fue tu madre, alux?

No vio necesidad de mentir ahora que sabía la verdad.

—Samalek.

—Oh, curiosa similitud entre ambos nombres, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros y se mordió el labio cuando los asys intentaron poner en pie a Lucy y esta trastabilló y cayó a gatas con las manos en el suelo. Ersebek alzó algo brillante en la otra mano. Era una espada larga. Se dedicó a examinarla a la vez que andaba con pasos lentos.

—Cuando te dije que esto era un encuentro familiar… —Hizo una pausa y pasó un dedo por la hoja afilada—…, no me refería a Lucy.

La frase hizo que lo mirase con el ceño fruncido. Ersebek le devolvió una sonrisa lobuna y, con un gesto rápido, salvó la distancia hasta su hermana. La espada blandió el aire enranciado antes siquiera de que Mirah tuviera tiempo de pestañear. En un gesto seco y mortal, la cabeza de Lucy se separó casi al completo de su cuerpo.

La nuca abierta escupió chorros de sangre caliente sobre la roca, y el cuerpo, mustio, quedó apoyado en las rodillas y en el colgajo que aún le unía la cabeza al torso. Una neblina se instaló sobre Mirah hasta que fue capaz de chillar. El grito salió de lo más profundo de sus entrañas y despertó el odio más visceral y salvaje que había conocido.

Se abalanzó sobre Ersebek con toda la fuerza de la furia ciega. Varios asys la frenaron. Arañó, pateó y mordió hasta dañarse su propia lengua y sentir el sabor de la sangre. Cada zona de su cuerpo pareció bullir a punto de explotar. Una sacudida, mezcla de odio, locura y maldad le penetró por las venas. Tembló por las nuevas sensaciones y clavó la mirada en el asys más cercano.

Una ráfaga invisible salió de ella para obedecerla. El asys se estremeció y se sacudió entre gemidos agónicos con el cuerpo contraído. Con la boca entreabierta, se apoyó en el suelo y vomitó una sustancia negra y pastosa. El charco despidió una neblina negruzca hacia arriba junto con un olor fuerte y ácido, y el asys, tras varias arcadas, quedó inerte entre la humedad oscura.

El líder sonrió y ella apretó los dientes. Lágrimas de rabia pura

brillaban en sus ojos y dejó que el sentimiento creciera en lo más profundo de su ser. Nuevos brazos la sujetaron mientras se sacudía entre gritos. Algo le hizo recordar a Perenite, hablándole de las capacidades de su madre, después de todo, sí parecía que había heredado algo de ella. El palpitar de una nueva oscuridad le hizo clavar la mirada en Ersebek con la esperanza de verlo retorcerse como al otro asys, pero no pasó nada. Él se acercó y bajó la voz.

—Yo no soy como ellos. —Hizo una mueca—. Y tú tampoco.

Ella se agitó con rabia entre los brazos demoníacos hasta escupirle en la cara, pero él se limpió y levantó el brazalete. Los cristales negros brillaban a la luz de las antorchas.

—Samalek era mi tía. Ella era la única que podía controlar la sustancia oscura. Sé que rompió su llave y por eso te necesito.

Los chillidos de Mirah hicieron eco entre las rocas, incapaz de dominarse al ver de reojo la mancha de sangre en torno a su hermana que no dejaba de crecer. El reguero rojo se había unido al charco negruzco del asys creando una alfombra de muerte y maldad. Todo parecía irreal, pero la crudeza y la agonía que la asfixiaban eran demasiado vívidas como para ser una pesadilla.

Dejó que ese nuevo poder que le insuflaba las venas de ponzoña se liberase para retorcer los cuerpos de todos los asys a su alrededor. Espasmos, gruñidos y más vómitos de sustancia negra. Ersebek la paró cogiéndole la cara entre las manos y se relamió los colmillos.

—Y ahora que he conseguido despertar la esencia oscura que aún conservas, vamos a liberar al espíritu de mi padre, Haya Donek.